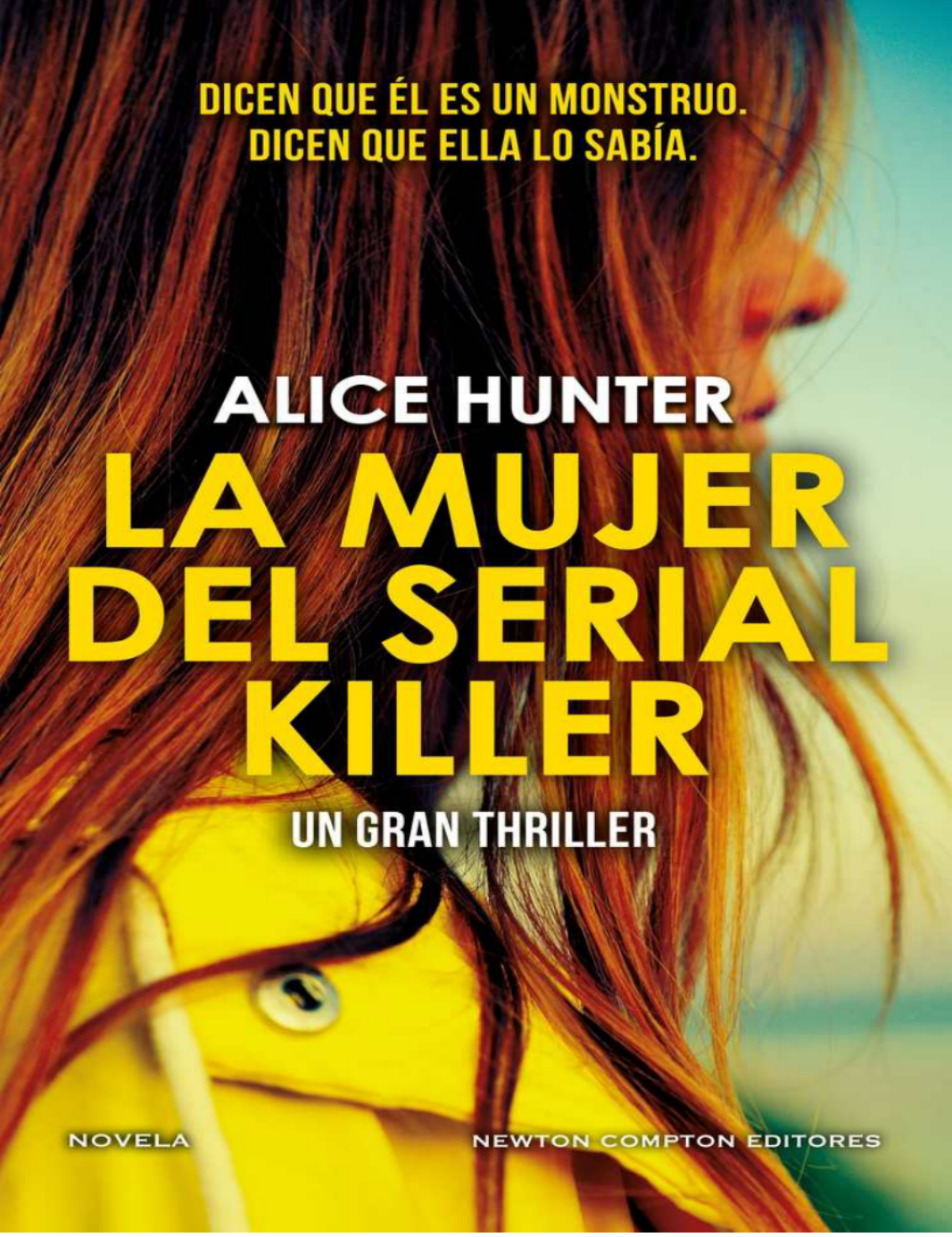
DICEN QUE ÉL ES UN MONSTRUO.
DICEN QUE ELLA LO SABÍA.
ALICE HUNTER
LA MUJER DEL SERIAL KILLER
UN GRAN THRILLER
NOVELA
NEWTON COMPTON EDITORES

Dicen que él es un monstruo.

Dicen que ella lo sabía.

¿Conoces realmente a la persona que más quieres?

Beth y Tom Hardcastle son la pareja perfecta. Los vecinos los envidian: el matrimonio parece estar en una luna de miel perpetua, viven en una casa espectacular y tienen una hija encantadora.

Sin embargo, una noche, mientras Beth espera a que su marido regrese del trabajo, la policía llama a su puerta. Es inusualmente tarde y Tom todavía no ha llegado, por lo que rápidamente comienza a preocuparse… Pronto descubre que la realidad es mucho peor de lo que ella imaginaba.

Los agentes sostienen que su marido es un asesino, un auténtico y sádico monstruo que encuentra placer en el acto de matar. Beth se siente totalmente devastada tras esta revelación, pero sigue sin comprender qué es lo que la policía quiere de ella.

¿Acaso es posible que la esposa de un serial killer no sospechara absolutamente nada?

Alice Hunter

La mujer del serial killer

Traducción de Guillem Gómez

Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

Para Katie Loughnane,
editora y amiga inspiradora: gracias.

Capítulo 1

Beth

Ahora

Me siento medio aliviada, medio molesta cuando escucho las llamadas insistentes en la entrada. Poppy se acaba de acostar después de leer por tercera vez *The Wonky Donkey*. Le he prometido una y otra vez que papá seguro que vendrá a casa para darle su beso de buenas noches. Son las ocho pasadas, hace dos horas que debería haberse acostado.

–Papá está aquí –dice, reabriendo emocionada los ojos de color aguamarina, desvaneciéndose su sueño.

–Y ni se le ha pasado por la cabeza abrir con llave. –Suspiro, mientras me levanto de su cama de princesa Disney–. Vuelve a cerrar los ojos, Poppy, peque, y te lo mando aquí arriba en un segundo.

Deslizo el índice por su nariz de botón, desde el caballete hasta la punta.

Bajo corriendo las escaleras y me agacho inconscientemente bajo la viga de roble, dispuesta a abrir la puerta de un tirón y gritarle a Tom por su tardanza y su falta de consideración, pero a la vez quiero estrecharlo entre mis brazos: nunca llega tarde del trabajo y me he estado obsesionando con que algo malo debe de haberle sucedido.

Me he intentado convencer de que su tren venía con retraso, o de que se ha quedado atrapado en medio del tráfico volviendo de la estación de Banbury –tener que desplazarse de Lower Tew al centro de Londres y volver cada día no es precisamente un trayecto breve–, pero si ese fuera el caso, me habría llamado para decirme que iba a llegar tarde. Él no le fallaría a Poppy: le encanta oír sus gritos de deleite cuando él imita voces tontas. Es algo que yo no he logrado perfeccionar, está claro, visto el número de veces que me ha hecho «volver a intentarlo» para que me salga bien.

Abro la maciza puerta de madera y respiro para tranquilizarme. No hace falta que me enfade con él. Llega tarde, eso es todo. No importa si ha despertado a Poppy; estará contento de ponerla a dormir mientras recaliento su cena. «No le grites».

No es Tom.

–Ah… Ejem… Disculpen, creí que sería… –Mi frase se va apagando. El corazón me da un vuelco en el pecho.

–Buenas noches. La señora Hardcastle, ¿verdad? –dice uno de los dos hombres. Ocupan hombro con hombro el marco de mi puerta, dificultando que vea nada más afuera. No veo el vehículo en el que han llegado, pero a juzgar por su aspecto elegante, de traje, y que conocen mi nombre, por instinto sé que son policías.

–S… sí –tartamudeo.

Las extremidades me tiemblan. Tenía razón. Tom ha tenido un accidente.

Me agarro al borde de la puerta mientras cierro los ojos. Esperando lo inevitable, la respiración me llega apresurada y poco honda.

–Tenemos que hablar con el señor Thomas Hardcastle, por favor.

El hombre, que tiene aspecto de estar sobre los cincuenta y pocos, con pelo canoso en las sienes y calvicie incipiente en el casco, abre una cartera de cuero y me muestra una placa.

–Soy el inspector Manning, de la Policía Metropolitana, y este es mi compañero de la del Valle del Támesis, el agente Walters.

Sus palabras me sobrevuelan la cabeza mientras me lleno de alivio. Si quieren hablar con él, no están aquí para decirme que ha muerto.

–No está. Llega tarde del trabajo. Pensé que era él quien llamaba a la puerta, de hecho –digo, controlando ahora más mi voz–. ¿De qué se trata?

Frunzo el ceño al darme cuenta de repente de que el inspector Manning está invadiendo el umbral de mi casa. El otro detective, cuyo nombre ya no recuerdo, ha retrocedido y se pasea por el jardín de la entrada.

Manning no responde.

–¿Puedo ayudarlos? –Mi irritación va en aumento. ¿Qué querrán?

–Entraremos y esperaremos –dice. Se vuelve al agente, que ahora se encuentra a su lado–. Walters: comprueba la parte trasera primero –le dice con voz brusca. Retengo su nombre en la memoria esta vez.

No parece que vaya a ser yo quien decida si pueden esperar aquí, a pesar de mi recelo sobre dejar entrar a dos hombres en casa a estas horas, cuando estoy sola. Como si advirtiera mi incomodidad, el inspector Manning me pregunta si quiero llamar a comisaría para que me confirmen que son policías. Empiezo a reír nerviosa, les digo que está bien y abro la puerta del todo.

Escucho a Poppy, que llama desde su cuarto en el piso de arriba, y le grito:

–¡Vengo en un minuto, mi amor! Pasen. –Les indico la cocina y sigo al inspector Manning al entrar. Da zancadas largas, decididas. Reviso el móvil. No hay llamadas perdidas. No hay mensajes de Tom.

«¿Dónde demonios estás?».

Me meto el teléfono en el bolsillo del pantalón.

–¿Puedo ofrecerles una taza de café o té?

–Sí, gracias. Té. Negro, sin azúcar.

Mi mente da demasiadas vueltas mientras pongo la tetera a hervir y descuelgo dos tazas de sus ganchos en la alacena.

–No me ha contestado. ¿De qué va todo esto? –Trato de no levantar la voz: un tono de curiosidad, no de exigencia.

–Tan solo un par de preguntas, por el momento –dice, sentado pesadamente a la gran mesa rústica de roble.

Fue una de las cosas que más disfruté comprando al instalarnos aquí, ahora hace dos años. Quise que fuera un cambio en todos los sentidos, de modo que pasamos del mobiliario moderno londinense a una estética de casita campestre en los montes Cotswolds.

Se me acelera el pulso con las palabras que elige el inspector Manning: «Por el momento».

–¿Ah? ¿Preguntas acerca de…?

Antes de que me responda, se oye un traqueteo en la puerta trasera que conduce a la cocina. Ahí está el agente Walters. Evidentemente ha estado echando un vistazo al entorno de la casita.

¿Creen que Tom está escondido? ¿Que soy yo quien lo esconde? Algo parecido al pánico va tomando cuerpo en mi interior al tiempo que la imaginación se me desborda. Trago saliva con fuerza, intentando contenerla.

Dejo entrar a Walters y le pregunto si quiere tomar algo. No habla, tan solo sacude la cabeza. Un mechón castaño arenoso le cae sobre la frente con el movimiento, y se lo peina de nuevo a un lado con el índice. Si lo que quieren es que esté tensa, lo están logrando de maravilla.

–Dice que su marido llega tarde del trabajo. ¿Tiene alguna idea de dónde está?

–Va y viene de Londres de lunes a viernes. Trabaja en la banca… para el Moore & Wells. –No se me ocurre qué más decir, de modo que dejo de hablar.

–¿Ha intentado llamarlo?

–Lo hice hace un rato, antes de acostar a mi hija. Pero desde entonces, no.

–¿Podría volver a intentarlo, por favor?

Me tiemblan las yemas de los dedos al tratar de pulsar el nombre de Tom en la pantalla de «números recientes». Por accidente pulso el de Lucy y tengo que cancelar la llamada rápidamente. Al segundo intento, le doy al contacto correcto. Da señal dos veces, y luego salta el contestador de voz. Joder, debe de haber desviado las llamadas. Estoy a punto de intentarlo de nuevo cuando se oye la puerta de entrada.

Es Tom. Gracias a Dios. Por fin podremos quitarnos de encima lo que sea esta situación.

–¡Tom! ¿Dónde has estado? –Me apresuro a recibirlo, llevándolo hacia mí de un tirón, notando en él un olor algo agrio. No lleva puesta su chaqueta de traje; debe de habérsela dejado en el coche. Le susurro al oído–. Aquí hay una especie de policías, y quieren hablar contigo.

Me aparto a tiempo de ver cómo pierde el color. Sus ojos azul pavo real destellan. Con algo que me parece miedo.

La ansiedad me roe el estómago.

–¿Señor Thomas Hardcastle? –El inspector Manning está de pie cuando entramos en la cocina, con la placa extendida mientras se acerca a Tom–. Soy el inspector Manning, de la Policía Metropolitana.

Veo cómo se le sacude la nuez a Tom al tragar saliva.

–Sí, ¿en qué puedo ayudarle? –dice Tom, mirando hacia mí antes de volver su atención sobre el policía. ¿Puede ser que le tiemble la voz?

–Creemos que puede sernos de ayuda en la investigación de un asesinato.

Capítulo 2

Beth

Antes

La cafetera Nespresso zumba con estruendo mientras corro de un lado a otro de la cocina, tratando de realizar tres tareas a la vez. No solamente porque es lunes; cada mañana entre semana empieza así. Frenética, ruidosa, a la carrera… y desde primera hora. Poppy ya estaba despierta a las cinco, y durante diez minutos la escucho entretenerse con cualquier cosa en su cuarto, hablándole a sus peluches más preciados –un león, un tigre y un perezoso que Tom le compró– antes de venir conmigo, sin rastro de sopor en sus hermosos ojos.

A diferencia de los míos. Parece que nunca duermo más de cuatro horas, lo que significa que tengo siempre los ojos soñolientos.

Tom ya se había levantado, duchado y puesto uno de sus muchos trajes –gris oscuro, el color que elige para la mayoría de sus prendas–, y estaba sentado ante la mesa rústica de la cocina, con la nariz metida en el iPad, esperando el café y que yo le preparara un desayuno rápido. Es la rutina habitual por las mañanas antes de salir e ir en coche veinte minutos hasta la estación de Banbury, donde se sube al tren de las 7:04 a Marylebone. No tiene ni idea de cómo es mi rutina a partir de entonces, pero a menudo le digo, plantándole un beso en la cabeza mientras sorbe tranquilamente su café y come huevos revueltos, que es un caos.

Y siempre sonríe, me mira a los ojos, guiña y me dice:

–Pero si fuera de otra forma no te iba a gustar.

Tiene razón, por supuesto. Llevamos una vida estupenda. Ambos nos dedicamos a hacer lo que nos gusta: él, administrador de carteras financieras, y yo por fin soy mi propia jefa, a cargo de un *ceramics café*, una cafetería donde hacemos cerámica. Y luego, volvemos a casa para encontrarnos el uno al otro y a nuestra pequeña Poppy. Somos la envidia de nuestros vecinos y amigos. Bueno… Supongo que tengo uno o dos amigos, de todos modos. Tom pocas veces tiene la iniciativa de salir, y en realidad apenas ha hecho vida en el pueblo desde que nos mudamos. Es lo que le produce a uno haber vivido en Londres demasiado tiempo: ha descendido varias categorías en el arte de hacer

amigos. Cuando lo conocí, hace siete años, era siempre el alma de la fiesta: irradiaba encanto, ingenio e inteligencia. Pero el ambiente de Londres no requiere el esfuerzo que hay que llevar a cabo aquí, en un pueblo pequeño. Tengo que intentar organizar alguna cena con invitados, motivarlo un poco. También me iría bien a mí: trabajo tantísimo en la cafetería que me he vuelto un desastre para salir y dar la cara ante los demás. Pero espero que esto cambie con mi nuevo grupo de lectura.

Cuando Tom se acaba los huevos, e introduce su plato y su taza en el lavavajillas, besa primero a Poppy y luego viene conmigo, envolviendo mi cintura entre sus brazos, arrastrándome muy cerca de él mientras posa sus labios sobre los míos. Sus deliciosos labios, suaves y carnosos. Con lo atropelladas que son nuestras mañanas, saboreo el momento. Me embriago de él. Me agarra el trasero y lo estruja con fuerza, excitándome al instante.

–Ahora mismo te lo haría contra la encimera. –Me respira con fuerza en la nuca, añadiendo a la mezcla nuevos besos sensuales.

–Podrías. Pero me parece que nuestra hija tendría algo que añadir –susurro, jadeante.

Poppy está demasiado absorta trasladando los ingredientes de su desayuno de una parte del plato de plástico a otra –mezclando soldaditos de tostada con rodajas de plátano, y luego apilando encima las fresas partidas en dos– como para darse cuenta de lo que estamos haciendo. Pero él se aparta de todos modos, y respira bien hondo.

–Dios… Mire cómo me pone, señora Hardcastle… –Se ríe de su broma de siempre, haciendo que aparezcan arrugas en la comisura de sus ojos penetrantes–. Le gusta mandarme a trabajar en este estado –me dice, guiando mi mano a apretarle la entrepierna–. Debería acabar lo que ha empezado. ¿Qué se supone que voy a hacer con esto?

Me río.

–¡Venga, compórtate! Seguro que te las apañas. –Voy a apartar la mano, pero la deja ahí apretada un rato más.

–Vale. Bueno, está claro que me toca hacerlo. Me voy, entonces. Tal vez podamos retomarlo cuando vuelva a casa.

Y se va, dejándome todavía algo jadeante, con la espalda pegada a la encimera. Poppy aprovecha para agarrar el iPad de Tom, que ha olvidado en medio de la mesa.

–¿Vemos *CBeebies*? –dice, extendiendo los brazos.

–Oh… Espera. –Cojo una toallita húmeda y se la paso un poquito por las manos–. No creo que papá quiera marcas pegajosas en la pantalla.

En realidad, a papá no le gustaría nada que lo utilizara. Es muy celoso de su iPad, pero va muy bien para tener a Poppy entretenida, y yo también lo uso de vez en cuando cuando él no está. Se lo devuelvo para que vea los dibujos mientras me preparo.

Al cabo de poco más de una hora, Poppy ya está vestida, ha llenado su mochila de *El Jardín de los Sueños* y espera paciente ante la puerta a que termine de juntar mis cosas. Se contonea de un lado a otro, canturreando algo que no reconozco. Pobrecita. No es que le encante ir a la guardería, pero se calma una vez está allí. No se ha hecho muy amiga de ningún otro niño. Al menos, no ha mencionado el nombre de ninguno. Creo que en eso se parece a mí a esa edad: tarda en confiar en los demás. Tal vez en mi caso siga siendo así. Cojo las llaves y la pila de carteles de la mesa del recibidor.

–Ah, espera un momento. ¿Dónde has puesto el iPad de papá, corazón?

Miro por todo el recibidor y luego echo un vistazo rápido en la cocina, pero no lo veo.

–Eh… lo puse en… eh. –Poppy se encoge de hombros.

–Tranquila, ya lo encontraré más tarde. –Ahora no me da tiempo a buscar–. Venga, venga, pequeña Poppy, ¡vámonos!

Al salir, la cojo de la mano.

–Son muy bonitas, mamá, ¿verdad que sí? –me dice, señalando las flores del jardín con la mano que tiene libre.

No tengo muy claro qué flores son, pero tiene razón, son muy hermosas: de un lila, azul y rosa muy bonitos. Unas flores blancas trepadoras adornan la puerta, y producen un efecto alegre y acogedor. Eso fue lo que nos atrajo de esta casita de campo cuando decidimos mudarnos a Lower Tew desde Londres. Seducción inmobiliaria al instante. Con su tejado de paja de postal y unos ladrillos rojos tan llamativos, nos enamoramos tan rápido de ella como nos habíamos enamorado nosotros dos.

Eché el ojo a Tom por vez primera en el bar Sager + Wilde de Bethnal Green, la noche en que celebraba mis 25 años. Sentí una chispa de energía al verlo pasar entre la gente en la terraza, y se sentó a mi mesa. Otra chispa ante su confianza al ignorar a mis amigos y hablarme solo a mí, cogiéndome de la mano y besándola. Hubo una chispa, también, cuando vi esta casita. Así tenía que ser.

Creo en las chispas.

–Sí, son bonitas, Poppy –le digo, devolviendo mi atención al presente–. Tendré que descubrir qué son.

«Solo han pasado dos años», me digo a mí misma. Dos años, casi exactamente, desde que nos mudamos, y poco menos desde que abrí el *ceramics café*… Un sueño que nunca habría creído posible mientras trabajaba como consultora de recursos humanos en el corazón de Londres. Me cuesta creer que se haya puesto todo de nuestra parte para que llevemos esta vida. Es casi perfecto.

Pero siempre hay algo más, ¿no es cierto? Algo más por lo que esforzarse. La perfección es un estado que te lleva siempre un paso de

ventaja por delante. Una plenitud que en realidad no se puede alcanzar. La perfección raramente se alcanza.

–Buenas, Lucy –grito mientras entro en El Local de Poppy media hora más tarde. Mi idea era llamarlo «El Local de Loza de Poppy», pero Tom me dijo que con tanta aliteración sería una sobredosis.

Oigo un «buenas» sofocado a lo lejos, desde la trastienda. Lucy debe de estar sacando del horno los objetos vitrificados, fríos desde ayer.

Después de dejar mis cosas en la sala de descanso, cojo uno de los carteles que preparé en casa y lo engancho en el tablón de anuncios. Me ilusiona empezar aquí de nuevo el grupo de lectura, pero los nervios se me notan. No tengo claro cómo va a resultar; no me gustaría que la gente creyera que quiero usurpar el lugar de Camilla. Me estremezco. Ya hace casi un año, en cualquier caso… He dejado pasar un tiempo prudencial después de su fallecimiento, ¿no? Era una persona muy querida en este pueblo, especialmente entre las otras madres. Puede que haya alguien que no vea con buenos ojos que me ocupe de algo que ella empezó. Las secuelas de su muerte repentina todavía se dejan notar: entre la comunidad, las repercusiones continúan, ya que dejó sin madre a una niña de dos años. La pequeña Jess ya casi ha cumplido tres, lo mismo que mi Poppy –ni siquiera se me pasa por la cabeza dejarla, me rompe el corazón–. El marido de Camilla, Adam, debe de haber sufrido un dolor inimaginable. Todavía ahora, seguramente.

Sacudo la cabeza; no quiero obcecarme con su tragedia.

–¿Ya estamos? –La voz de Lucy me sobresalta.

Me doy la vuelta para verla, con el delantal, dispuesta a abrir puertas. Lleva sus tirabuzones largos de color caoba recogidos en un moño, con un pañuelo azul floreado que le arregla el resto del cabello. Solo tiene 23 años, pero está muy segura de sí misma, es trabajadora y se puede confiar en ella. Y a los niños (como a los adultos) les encanta su actitud alegre y vivaz, y cómo canta mientras ellos van pintando. Principalmente son canciones de películas de Disney, pero de vez en cuando entona alguna canción para los adultos. Fue la persona idónea cuando la cafetería empezó a funcionar y tuve que contratar a alguien. Ella prepara el local y comprueba que todas las máquinas estén en marcha, y que las pastas y pasteles se hayan dispuesto en el mostrador mientras llevo a Poppy a la guardería. Más tarde, defiende la fortaleza cuando salgo a recogerla. Incluso abre los sábados de nueve hasta el mediodía, y sirve bebidas calientes y aperitivos. Los fines de semana yo los reservo a pasar tiempo con la familia; he sido inflexible en eso desde el principio. Lucy básicamente hace todo el trabajo duro, algo que me recuerda en broma cada día. Luego le digo que se lleva un buen sueldo, reímos y seguimos.

–Sin duda ya estamos manos a la obra. Pongámonos en marcha –digo, frotándome las manos.

Cómo iba a saber que hoy terminaría de un modo tan grave.

Capítulo 3

Beth

Ahora

Me tiemblan las manos mientras me sirvo una copa de pinot grigio. El inspector Manning y el agente Walters se han llevado a Tom a la comisaría de Banbury.

–¿Va a necesitar un abogado? –pregunté, precavida, mientras se lo llevaban.

Manning usó la misma frase de nuevo, que serían «tan solo un par de preguntas por el momento», antes de agradecerme el té y darme la espalda. Era surreal: mi mente iba rezagada. Observé impotente cómo se iba Tom, apenas un instante después de que hubiera vuelto a casa. No tuve ocasión de hablar con él, de preguntarle cómo le había ido el día, de preguntarle por qué venía tan tarde. Llevo su expresión desconcertada impresa en el cerebro.

Pero ¿no era algo más que desconcierto lo que leí fugazmente en su rostro?

Aparté de mí aquella idea.

Ay, Dios. Poppy.

Pobre bichito. Cuando llegaron los agentes, le dije que estaría en un minuto, y ya hace más de media hora de aquello. Abandonando la copa sobre la encimera, corro al piso de arriba para ver cómo está. Por la rendija que deja la puerta entornada puedo verla, profundamente dormida, con las manos sobre el pecho. Se me derrite el corazón. Qué inocente. «Lo más cercano a la perfección que hemos logrado –pienso, cerrando con cuidado la puerta–. Mi bella durmiente».

No la voy a abandonar como hicieron conmigo de niña. Todavía me persiguen los recuerdos de mi padre, que no me quiso lo bastante como para quedarse. Mi madre se sumió en la depresión, y luego en el alcoholismo, dejándome al cuidado de mi abuela, prácticamente. Lo hizo lo mejor que pudo, pero el daño ya estaba hecho. Todavía afecta muchas de mis decisiones.

Poppy no va a pasar por una mala infancia; me niego a que le suceda algo así. Debe tener un hogar seguro y feliz, con padres que la quieran y que nunca la defrauden.

Apuro la copa y luego abro la nevera, cojo la botella de vino y la vuelvo a llenar. Mientras tomo otro trago, una imagen de mi madre me cruza la mente.

«No seas como ella».

Vierto el líquido que queda por el fregadero y meto la copa en el lavavajillas. Tengo que mantenerme lúcida. Solo ha pasado media hora desde que se llevaron a Tom; seguramente apenas acaban de llegar a comisaría. Puede que tarde horas. Debería intentar tranquilizarme frente a la tele, o quizás irme a la cama. Aunque prácticamente tengo la certeza que será en vano. No puedo acallar el tumulto de los pensamientos que me rondan la cabeza ahora mismo, y mucho menos si me tumbo en una habitación silenciosa.

«Una investigación sobre asesinato», dijo Manning.

¿El asesinato de quién? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

¿Y que les hace creer que mi Tom sabrá algo acerca de todo eso?

Capítulo 4

Tom

Ahora

Llamo a mi abogado, Maxwell Fielding, de camino en coche a la comisaría de Banbury. No creo que exista algo parecido a una «charla informal» en lo que se refiere a interrogatorios policiales, y aunque no me han arrestado ni detenido, según dice el inspector Manning, no me la quiero jugar. Sea lo que sea este asunto, entiendo que creen que estoy relacionado con la víctima de un asesinato, así que hasta que no sepa algo más, quiero estar en presencia de alguien que me pueda aconsejar.

Se me intensifican las palpitaciones en el pecho al llegar a comisaría.

Un viento frío azota el espacio a la intemperie mientras los tres andamos desde donde el agente Walters ha estacionado su vehículo hasta la entrada de la comisaría. Tiemblo y me maldigo por no haber cogido un abrigo antes de salir de casa: tuve que dejar la chaqueta del traje en mi coche. Me cruzo de brazos firmemente mientras camino, frenando al darme cuenta de que voy demasiado por delante de los detectives. No tengo *tantas* ganas de entrar. Si me siento congelado ahora, imagino que será peor cuando empiecen conmigo.

«No llegues a conclusiones precipitadas: no estás arrestado».

Mi mente revolotea cuando trato de predecir el quién, el qué, y el dónde. Me indican una pequeña habitación en el interior de la comisaría y me dicen que tome asiento y espere. Esa clase de tácticas para retrasarlo todo se utilizan para ponerlo a uno nervioso. Tenso. Para provocar que se te dispare la adrenalina por el cuerpo y sudes, pensando en lo que está por llegar.

Tal vez esté pensando demasiado. Confío, contra toda esperanza, en que sea verdad que solo quieren hacerme un par de preguntas sobre alguien a quien no he visto desde hace una eternidad; o mejor todavía, sobre alguien con quien ni siquiera me he llegado a cruzar. Tal vez ni siquiera conozca a la persona. A la víctima. Puede que solo exista una vaga conexión, como que vamos al mismo gimnasio, o que sea un antiguo cliente de banca que tuve. Sí, debe de ser eso.

Inspiro lenta y largamente, intentando tranquilizarme.

No quiero parecer culpable antes incluso de que abra la boca.

Mi mente se pierde buscando el rostro de Beth cuando la dejé con los detectives. Su boca totalmente abierta, y su hermoso rostro con forma de corazón, pálido.

Parecía que tuviera miedo. Como si tuviera motivos para ello.

No es la primera vez que entro en una comisaría, pero sí es la primera vez que se me interroga en relación con un asesinato.

Aprieto los puños bajo la mesa rectangular. Mi anillo de casado se clava en la carne de los dedos contiguos. Deseo que se me relajen las manos de nuevo, saco los brazos de debajo de la mesa y los dejo reposando ante mí. Daré menos impresión de estrés si lo hago. Cierro los ojos ligeramente, apartando de la mirada los muros de color amarillo apagado y sin ventanas. Este cuarto es claustrofóbico, no pasa el aire, y eso sin que haya aquí otros cuerpos. ¿Por qué no pueden hacerme esas preguntas en la tranquilidad de mi casa, por el amor de Dios?

«Porque es algo malo», responde la voz en mi cabeza.

Ay, Dios. ¿Qué va a pasar?

Mis ojos se abren de golpe cuando escucho la puerta.

Supongo que estoy a punto de descubrirlo.

Capítulo 5

Beth

Ahora

El colchón se hunde, moviendo mi cuerpo apenas un poquito, pero lo bastante para que me despierte; ha sido un sueño ligero.

–¿Tom? ¿Qué hora es? –Me incorporo, parpadeando con rapidez.

–Chisss… No te preocupes, vuélvete a dormir, mi amor –me dice.

Oscila las piernas bajo el edredón y se acurruca junto a mí. Su piel está fría en contacto con la mía y tiemblo.

–Disculpa, Beth. –Me susurra a la nuca.

–¿Que te disculpe por estar frío?

–No. Ya sabes qué quiero decir. Siento lo de esta noche, por mi retraso y luego… bueno, todo lo demás.

–¿Ya está todo resuelto? –El cansancio me ha consumido. Mi voz es un murmullo.

–Ya hablaremos por la mañana.

–Nunca tenemos tiempo para hacerlo –digo, aturdida.

–Bueno, ya está. Ahora no te preocupes más.

Que me digan que no me preocupe por algo tiende a producir el efecto contrario.

–Hablemos ahora –digo, impulsándome con el codo y mirando a Tom. La luz de la luna se introduce en el cuarto a través de un espacio entre las cortinas, pero no basta para hacer visibles sus rasgos. Me doy la vuelta y enciendo la lámpara de la mesita.

–¡Ay, Beth! Ahora no. –Se tapa los ojos.

–Tiene que ser ahora. Mañana hay demasiado que hacer. He de empezar con los preparativos para una fiesta de cumpleaños, y luego recoger a Poppy en la guardería y llevármela de nuevo conmigo, porque la fiesta empieza a las cuatro…

–Ya es mañana –gruñe, cortándome en seco–. Tendremos tiempo por la noche. Ahora trata de tranquilizarte y descansa. –Se vuelve para darme la espalda.

–No, Tom. Siéntate, por favor. Necesito saber qué ha pasado en comisaría –le suplico–. ¿Pudiste ayudarlos con su investigación? ¿Por quién te preguntaban? ¿Alguien a quien conoces? Por favor, dime que no es nada malo.

Cede, resoplando, mientras coloca las almohadas contra el cabezal y apoya la espalda en ellas. Oigo una larga bocanada de aire que emerge de su nariz. Me late fuerte el pulso en el cuello esperando que me responda.

–Era acerca de Katie –dice, simplemente.

–Mierda. –No hace falta que diga más que su nombre de pila. Sé quién es. Katie Williams fue la novia de Tom justo antes de conocerme a mí. Por lo que se tenía constancia, se había ido a dar la vuelta al mundo, o algo parecido. Sabía que le rompió el corazón a Tom; él mismo me lo dijo durante nuestra primera cita. Pero solo habíamos vuelto a hablar de ella una vez más. Tom no se recrea en el pasado. «Hay que mirar adelante», dice siempre.

–Sí. Mierda. –Baja la cabeza, la barbilla casi le toca el pecho. Me acerco a él, dejando un brazo sobre su estómago y acaricio el vello alrededor de su ombligo.

–Vale. Es muy fuerte. ¿Dónde la han encontrado?

–Ah, no –dice Tom, sacudiendo la cabeza–. No lo han hecho. Solamente sospechan que le ha pasado algo.

–Bueno, eso está bien, entonces –digo con un optimismo que me llena la voz.

–Puede ser.

–Querían hablar contigo solamente porque eres un ex. ¿Te han preguntado si has hablado con ella recientemente?

–Ese tipo de cosas, sí.

–Por lo tanto no les has sido de mucha ayuda, entonces. Ya que no lo has hecho.

–Exacto. Así pues, no hay nada de qué preocuparse. He cumplido mi parte. Ahora duérmete, Beth. Estarás hecha polvo cuando suene el despertador.

–Siempre estoy hecha polvo. Así estoy por defecto –digo, esbozando una sonrisa.

–Mañana acabamos de hablarlo.

De momento estoy satisfecha. Apago el interruptor de la luz, me escurro entre las sábanas y abrazo la cintura de Tom. Quiero que sepa que estoy ahí, la esposa comprensiva. Sin embargo, mi mente no quiere tranquilizarse y se desboca, pensando en todo cuanto sé acerca de Katie, que no es muchísimo. Salió con Tom poco antes de aparecer yo, y estuvo loca por él. Pasaban todo su tiempo libre juntos.

Pienso en lo encantador que era Tom; lo poco que me costó caer bajo su hechizo. Y cómo seguí hechizada por él. Katie solo duró seis meses. Él estaba quemado, me dijo. Ella cambió, quería algo diferente.

Tenía que casarme con él. Tener un bebé con él.

Siempre lo he considerado el hombre adecuado.

Capítulo 6

Beth

Ahora

Oigo los chorros de agua contra la mampara de la ducha y lentamente me vuelvo hacia el baño contiguo al cuarto. Tom se ha dejado la puerta abierta, como siempre, y lo veo a través del cristal. El gel forma espuma sobre su torso, el champú le va cayendo de la cabeza. Lo miro con atención, planteándome todo el tiempo qué le preguntaría exactamente anoche el inspector Manning, y cómo respondería Tom. Aparentaba calma cuando se metió en la cama, así que tal vez ya esté resuelto. Aparto de él mi mirada y, en lugar de intentar volverme a dormir, me pongo en pie.

Tenía razón: estoy hecha polvo. Descubro ojeras oscuras cuando me miro en el espejo del armario. Voy a necesitar una buena dosis de base y maquillaje para taparlas, y un tanque de café para reanimarme. Me espera un día completo y aguantar una fiesta infantil. No es hasta las cuatro, y será solo para diez personas –un puñado de niños de tres y cuatro años y sus padres–, pero de todos modos me llevará tiempo prepararla, y sé que la sesión de una hora parecerá que dure el doble. No estaba segura de decir que sí a la madre, Sally, cuando me pidió reservar. Los niños más pequeños normalmente son los más difíciles de atender: su capacidad de concentración suele ser escasa; les cuesta quedarse en una silla más de cinco minutos. Iba a decir que no, pero mencionó que Jess vendría con Adam y una punzada de culpa transformó mi «no» en un «sí, por supuesto». ¿Cómo podía negarme al saber que vendrían?

Los pasos de Poppy apenas suenan en el rellano.

–Hola, pequeñita –le digo, aupándola. Me estruja con sus brazos regordetes–. ¿Y cómo has dormido?

–He dormido mucho, mami –me sonríe satisfecha, y de repente frunce el entrecejo–, pero papá se portó mal.

–¿Ah, sí, cómo es eso? –lo veo venir.

–Sí –dice entre pucheros–, no me dio el beso de buenas noches.

La mampara de la ducha cruje, y al cabo de un instante, Tom sale con una toalla que le cubre la mitad inferior del cuerpo.

–¡Lo siento, Poppy, peque! Qué tonto es papá, ¿verdad? –dice él con

una mueca, yendo a recibirla con los brazos extendidos.

Ella ríe cuando le caen gotas de la ducha encima.

–¡Paaaapi! –grita, escondiéndose detrás de mí.

–Deja que me seque y me vista, y entonces te daré el mayor abrazo de oso del mundo para compensarte, ¿vale?

–Vaaale –dice ella, saliendo de la habitación corriendo–. Voy a buscar el desayuno, mami.

–¡Bajo en un segundo! –le grito–. Espérame a la mesa.

–Sé que quieres ir al grano, Beth, pero ahora casi no tenemos tiempo. Mira, te lo cuento con todo detalle más tarde, cuando vuelva, ¿vale?

–No soy Poppy. No me hables como si fuera una cría, Tom.

–Cariño. –Se sienta a mi lado en la cama, cogiendo mi mano en la suya–. No lo estoy haciendo. Lo hablamos, pero sé que tus mañanas son muy agitadas. Francamente no hay mucho que contar. Y, de verdad, no hay de qué preocuparse.

–¿En serio? ¿Nada? –Yo misma noto la incredulidad en mi tono. Tom se pone derecho y se aparta de mí.

–Nada de lo que tú tengas que preocuparte –repite, con los ojos fríos y serios–. Como dijo Manning, fueron un par de preguntas.

–Muy bien –suelto aire larga y lentamente, pero no logro quitarme la inquietud de encima. Ni la incomodidad de no creérmelo.

Damos un paseo lento hasta la guardería. Poppy se detiene cada pocos pasos para admirar algo que ha visto: un gato atigrado, las flores de un jardín, un caracol en alguna pared. Nos cruzamos con Shirley Irish, del pub, que me pregunta por el grupo de lectura.

–Me sorprendió ver tu cartel cuando entré a buscar mi pedido anoche –dice, arrugando la nariz puntiaguda como si le hubiera llegado un hedor desagradable.

–¿En serio? Quién iba a decir que un grupo de lectura sería algo sorprendente en una comunidad como la nuestra, señora Irish –le digo, frívolamente. Siempre la llamo «Señora Irish» a la cara, por algún motivo, aunque insiste en que la llame Shirley.

–Bueno, ya. Pero ¿recuerdas que era el grupo de Camilla Knight antes, verdad?

Me mordisqueo el interior del labio para evitar decir «no creo que a ella le importara ahora. No es que se vaya a enterar precisamente». En lugar de eso, sonrío y le digo que pensé que sería un guiño simpático a Camilla, y que le habría gustado saber que la gente de aquí mantenía algo que ella empezó. Shirley sacude la cabeza varias veces, y su pelo negro y fino se mueve a ambos lados de la cara, aparentemente dándome la razón, y escapo mientras puedo. ¿Se oponen todos a que vuelva a iniciar el grupo?

–Creía que no llegaba esta mañana –digo al entrar en la cafetería.

–Empezaba a preguntarme si había pasado algo malo –dice Lucy.

–Ah, no. Nada malo –digo rápidamente, demasiado –. Solo que Poppy iba a paso de procesión y luego nos hemos cruzado con Shirley, la del pub.

–Suerte que has podido huir, entonces. Cuando te pilla no te suelta, ¿verdad?

El comentario de Lucy me hace reír. No se equivoca. De camino a guardar mis cosas en el cuarto trasero, mi mirada se posa en el cartel del grupo de lectura. Lo quito. No por lo que haya dicho Shirley –estoy decidida a seguir adelante, diga ella lo que diga–, sino porque no me gustaría para nada que Adam lo viera y pensara mal de mí por haberme apropiado del grupo de Camilla. Ella fue quien lo empezó, y lo estuvo dirigiendo unos cuantos años. Al mudarnos aquí, cuando abrí El Local de Poppy, entró un día, con su melena dorada cayéndole sobre los hombros como miel lustrosa y su silueta delgada envuelta en mallas ajustadas y una camiseta de leopardo, y me preguntó si podía usar mi local un miércoles al mes para que se juntara su grupo de lectura. Normalmente tenía lugar en su casa, me dijo, pero ahora se había apuntado más gente y había alcanzado un nivel de alboroto que era un problema para el sueño de su hija de un año.

Siempre albergué alguna esperanza de que me invitara a leer el libro que había elegido, a sentarme con las otras Madres Monas y debatir sobre qué les había parecido. Al revés: me mantuve en su periferia dos horas al mes, sirviendo bebidas y pasteles. Escuchaba sus chismes y lo que pasaba en sus vidas. Me hizo abrir los ojos; no tenía ni idea de que pasaran tantas cosas en un sitio tan pequeño.

Y aun así, Camilla no me aceptaba en su círculo íntimo. La única vez que congeniamos fue a través de mis recetas de galletas, ya que también le gustaba la pastelería. Parece que haya pasado una vida entera desde aquello.

–¿Les dejarás elegir las figuras? –dice Lucy.

–¡Ah! Ejem… no. –Guardo el cartel bajo el mostrador–. Creo que solo las medianas con forma de animales. Gracias, Lucy.

–De acuerdo –dice.

Mientras se dirige a la parte trasera, oigo que empieza a cantar. Sonrío, pero luego una nube se posa sobre mí. Ayer fue un día tan normal: feliz, despreocupado. Hoy todo es distinto. Siento una pesadumbre que se instala en mi interior, al acecho. La sensación de que algo malo está por llegar.

El tiempo va pasando deprisa hasta las cuatro, y me alegro de haber reservado la mayor parte de la preparación por la mañana, ya que ha sido un día ocupado y he tardado más de media hora en recoger a Poppy, desviándome un poco a mi casa en busca de más pasteles. No

podría estar más orgullosa de que El Local de Poppy haya empezado aquí con tan buen pie. Para ser yo una recién llegada a una comunidad tan unida, se han volcado en darme apoyo a mí y a la cafetería. Observo los pasteles recién horneados, las magdalenas y galletas dispuestas en el escaparate de cristal al lado de la barra. Tienen un aspecto y un olor deliciosos. Algunos me los traen de fuera, pero muchos de ellos los hago yo en casa. Es mi pasión, y es un puntazo compaginar la pastelería con Poppy, que se apunta a veces también a cocinar. He disfrutado haciendo experimentos con recetas nuevas y a Poppy le encanta ser mi catadora oficial. La reacción ha sido estupenda: incluso he oído a alguien decir que hago las mejores galletas que ha probado en su vida. Tom se puso a reír cuando se lo conté. Dijo que cuando nos conocimos jamás se habría imaginado que yo me volvería tan casera y clásica. Nunca tengo claro si es un cumplido o una indirecta, pero, sea una cosa o lo contrario, estar aquí y llevar la cafetería me satisface y me hace feliz como nunca hasta el momento.

Poppy se ha comportado como un angelito esperando a que lleguen los niños, sentándose con paciencia a la mesa más cercana a la barra, jugando con las piezas de servir café que le compré porque quería ser como mamá. Por suerte, Sally la invitó a la fiesta de Molly, así que al menos no he tenido que buscarme una canguro.

Las figuras de animales de arcilla cruda están listas para que los niños y sus padres las elijan; se han preparado las ocho mesas acompañadas de pintura de distintos colores. Hay globos coloridos y brillantes esparcidos por la cafetería, además de carteles que exclaman «feliz cumpleaños» en las paredes. Echo un vistazo a Lucy, que se ha colocado el pañuelo en su sitio y lleva su delantal. Me siento como si aguardáramos una invasión.

–Todas a punto –anuncia Lucy.

–Genial. Y muchísimas gracias por todo lo que has hecho, como siempre. Estaba pensando que en una hora, más o menos, ya estaremos, y podrás ir a relajarte con Oscar –le digo.

–Ah, pero si estoy muy a gusto, ya lo sabes. Me encuentro en mi salsa con los niños. Además, Oscar trabaja esta noche hasta tarde… Tiene que acabar de arreglar no sé qué coche, y llevar otro a algún sitio, y luego coger el tren de vuelta –dice Lucy, haciendo gestos con desdén–. Quien sabe a qué hora va hacer acto de presencia.

Lucy no es muy de coches. Nunca ha tenido uno: prefiere embalarse por el pueblo con su leal bici oxidada o usar el transporte público. Los mecánicos le resultan un misterio y a menudo me dice que se va a dormir escuchando a su novio dándole que te pego al tema. Me parece bastante gracioso, aunque puede que Oscar no lo vea igual.

–Ay, el placer de ser tu propio jefe, ¿verdad? Me siento identificada –

le digo–. Hizo bien al quedarse el garaje de su padre, Lucy. No le debe de haber sido fácil.

–No, lo echa mucho de menos. Pero se ha esforzado mucho sin que le ayudaran demasiado. Su padre estaría orgulloso.

–Claro que lo estaría, cariño –le digo, serenándola. Luego me dispongo a lucir una gran sonrisa y abro la puerta para recibir a la cumpleañera.

La tranquilidad de la cafetería explota: una bomba de ruido de niños ensordecedores y padres que compiten con ellos en busca de atención. Hacen el ruido de un grupo de veinte, y no la mitad. Me lleva unos quince minutos hacer que todo el mundo vaya a una mesa con sus animales. Hago un recuento rápido: un niño ha faltado. Adam y Jess no han llegado todavía, tal vez lo hayan cancelado. Le pregunto a Sally si están todos.

–Oh… hum… En realidad, no. Falta una. Jess y su padre todavía no han llegado –dice, y sus ojos revolotean por la cafetería.

Levanta el brazo y de repente saluda a alguien detrás de mí, y me giro para ver que Adam está entrando con Jess. Se ve diminuta: mucho más pequeña que otros críos de su edad, por lo que le resulta más fácil no perder su posición, oculta entre las piernas de su padre, apretándolo con fuerza. Este intenta sacársela de encima para poder dirigirse a una mesa, pero ella se agarra a él, desesperada. Sally abandona su silla de un salto y se agacha a su altura para que lo suelte, sin éxito. Cuando Sally vuelve a su asiento, al lado de Molly, descubro un gato blanco de juguete que Jess sujeta bajo el brazo, con lo que tengo excusa para hablarle.

–Veo que tu animal favorito es el gato, Jess –le digo–. Hay un gato muy especial que te está esperando ahí, ¿quieres verlo?

Jess mira a su alrededor desde detrás de Adam y saca el cuello para ver lo que le señalo. Le ofrezco la mano y tímidamente me la coge. Adam me sonríe mientras la dirijo a las galletas, y Jess escoge su gato.

–Gracias, te has portado muy bien con ella –dice Adam cuando toman asiento y están listos para empezar. Arrastro una silla y me siento junto a él.

–Debéis de llevar una temporada complicada, los dos… No debe de ser fácil acostumbrarse.

–No, no lo es. –Baja la mirada, sin impedir que vea lágrimas en sus ojos–. Te sorprendería la de gente que cree que deberíamos haberlo superado y pasado página porque ya hace un año. Si te digo la verdad, supongo que lo hemos hecho, hasta cierto punto. Vuelvo a trabajar en la oficina a media jornada… puedo hacer bastante desde casa y pasar más tiempo con Jess. Pero, sinceramente –hace una pausa, como si meditara si puede hacerme confidencias–, a veces me hace falta estar con otros adultos, ¿sabes? Es lo que me mantiene cuerdo. Haga lo que

haga, tengo la impresión de hacerlo todo mal…

Se le quiebra la voz, y tose como si se la aclarase para disimular. Tengo ganas de verdad de poner mi mano sobre la suya, o algo así, para demostrarle que empatizo, pero es la primera vez que hablo con él seriamente, de modo que no parece adecuado.

Lo que hago es preguntarle acerca de Jess: cómo le está yendo en la guardería, qué le gusta hacer, cómo consigue él trabajar y cuidarla a la vez. No sé cómo, termino proponiendo que ella venga a merendar la semana que viene.

–¿En serio? Sí, sería fantástico. Le conviene mezclarse más con niños de su edad que no sean de la guardería. Es bastante tímida.

–Ah, Poppy es igual. ¡El favor me lo estarías haciendo tú *a mí*! –sonrío–. Paso tanto tiempo aquí, procurando que el negocio marche bien, que me temo que no me dedico lo suficiente a ella.

–Bah, seguro que no es así. Debes de ser un modelo a seguir para ella. Y apuesto que le dedicas muy buenos ratos cuando no estás aquí.

Me pregunto si lo dice por ser amable, pero me mira directo a los ojos y me dedica una sonrisa que parece sincera.

–Me encanta estar con ella. Ser madre es el mejor trabajo del mundo –Al decirlo se me cae el alma a los pies. Ay Dios–. Quie… quiero decir.

–Está bien, Beth. De verdad. Ser padre o madre es el mejor trabajo, no hace falta que te sientas mal por mí.

–A veces no pienso antes de abrir la boca –digo, sonrojada.

Se ríe.

–¿Sabes que hay gente que huye de mí como de la peste? Ahora mismo, incluso. No saben qué decir. Les resulta violento, así que son amables al decirme «buenos días», o bien «¿qué tal todo?». Pero entran en pánico si respondo con más de una frase. –Acerca su cabeza a la mía y susurra, conspirador–: Me sorprende que nos hayan invitado a esta fiesta, la verdad. ¡Sinceramente me alegro de que me estés hablando! Haz el favor de no preocuparte por si dices algo. Te aseguro que no me voy a ofender.

–Vale, eso es bueno –sonrío, tranquilizada, al levantarme de la mesa–. Bueno… Os dejo tranquilos a ti y a Jess para que pintéis. ¡Parece que tu gato será el más colorido que haya visto en mi vida! –Sonrío a Jess–. Mejor será que vea cómo les va a los demás.

Voy de mesa en mesa, contenta de haber hablado con Adam. Debe de estar muy solo. Puede que juntar a Poppy con Jess nos beneficie a los dos.

Cuando se acercan las cinco, se me empieza a formar un nudo en la tripa, pensando en volver a casa. Ahora que la fiesta casi llega a su fin, me puedo permitir pensar en la investigación del crimen. Pronto voy a poder hablar con Tom de una vez. No sé cómo funcionan esas cosas, ya que no han encontrado ningún cuerpo, pero si lo están enfocando

como un asesinato, debe de ser que disponen de suficientes pruebas que apuntan a ello.

Pobre Katie.

No se me ocurre por qué creen que Tom podría ayudarles, en cualquier caso. Aunque por la mañana parecía estar bien, debe de haber quedado desconcertado tras presentarse la policía en casa.

–Te agradezco mucho que nos hayas dejado celebrar aquí la fiesta –dice Sally, apretándome el brazo–. Molly se lo ha pasado muy bien, y yo también. Me encantaría venir por mi cuenta un día de estos, la verdad, y hacer algo más… ¡de adultos!

–Bueno, serás más que bienvenida, claro. ¡Y me alegro de que a Molly le haya gustado la fiesta, ha sido divertido! Y lo digo con sinceridad, porque no me lo esperaba. Estoy totalmente agotada, pero tengo que decir que no ha sido tan estresante como me imaginaba.

El estrés está todavía por llegar.

Capítulo 7

Beth

Ahora

El coche de Tom está aparcado en el callejón que conduce a la casa. Me induce a emociones contradictorias. Agradezco que esté en casa a la hora pero, aun así, despierta en mí una oleada de náuseas de antemano. Respiro profundamente varias veces y abro la puerta delantera.

Al instante intuyo un problema. La casa está en silencio.

Tom no está.

–¿Papá? –grita Poppy, corriendo hacia el salón, de nuevo fuera, y luego a la cocina, en su busca. Por un instante, me quedo inmóvil, con la mente hecha un lío. Su coche está. Él, no. Compruebo el móvil. Si Tom pensaba salir, está claro que me habría mandado un mensaje, ¿verdad? Hay una llamada perdida de un número desconocido, pero cero mensajes nuevos.

–Puede que se haya ido a correr –le insinúo a Poppy cuando se vuelve insegura hacia mí. ¿Y por qué no? Como no estábamos en casa, en lugar de perder el tiempo sentado él solo, puede que haya aprovechado esta rara circunstancia para salir a correr. Solía hacerlo de forma regular pero, con lo ocupados que estamos, prefiere pasar tiempo con Poppy el rato antes de dormir.

–Volverá en un momento –dice, con resignación.

–Sí, eso espero, cariño. ¿Vamos a merendar, vale?

Dejando la bolsa sobre la mesa del pasillo, veo el destello rojo del contestador automático. Pulso «reproducir».

–No quiero que te dejes llevar por el pánico, Beth… –La voz de Tom inunda el pasillo, tan alta que se distorsiona. El eco rebota en las paredes. Doy toquecitos rápidamente al botón de bajar el volumen, mientras me bombea la sangre en los oídos– Disculpa. Me han vuelto a llevar a comisaría. Puede que esta vez tarde un poco más. No te preocupes, tengo a mi abogado aquí conmigo. Volveré a llamar en cuanto pueda –dice.

Me da la impresión de que ha terminado, pero luego oigo un suspiro, seguido de las siguientes palabras:

–Te quiero, Beth. –La conexión se corta.

Me pesan las piernas y los brazos. No puedo moverme. ¿Qué se supone que tengo que hacer? Me pregunta si debería llamar a la comisaría. O al abogado de Tom. Aunque si está con Tom tampoco me servirá para dilucidar nada.

Dios mío.

Los policías evidentemente vinieron hasta la casa para llevárselo, ya que el coche de Tom está aquí. ¿Lo habrán visto los vecinos?

Un escalofrío me recorre la espalda.

Siento que deliro.

Necesito llamar a alguien. Hacer algo. Pero, aparte de Tom, no tengo a nadie a quien dirigirme ni en quien buscar apoyo. ¿Cómo he dejado que esto me suceda? He estado demasiado ocupada montando la cafetería. Demasiado ocupada con Poppy. Demasiado ocupada haciendo de esposa. Tom siempre decía que los amigos están sobrevalorados y que nos distraerían del otro. Tengo a Lucy y a las madres del grupo de la guardería al alcance de mi mano, pero no me siento con la confianza para buscarlas ahora mismo.

La voz de Tom resuena en mi mente:

«Solo nos necesitamos el uno al otro, Beth. Es lo único que importa».

Pero Tom no está aquí. Y, de repente, me doy cuenta de que no tenía razón.

Yo sí necesito a otra gente.

Solo que ahora no hay nadie. Estoy en esto sola.

Capítulo 8

Tom

Ahora

Supe desde el principio que llamar a Maxwell sería la decisión correcta: a pesar, incluso, de que el inspector Manning y el agente Walters solo querían hacerme «un par de preguntas». Al menos se ha puesto al tanto de todo y ya conoce la situación ahora que me han devuelto aquí. No utilicé la vía del «sin comentarios» durante el primer interrogatorio, ya que no hacía falta. Unas cuantas preguntas sencillas para «obtener un retrato de Katie»; eso es lo que buscaban, dijeron. ¿Por qué decidiría alguien ofrecer como respuesta «sin comentarios», dado el caso? Del modo en que lo veo, conlleva culpabilizarse al instante. He visto documentales policiales de *real-crime* y… cómo me saca de mis casillas, por Dios, cuando el interrogado murmura «sin comentarios» cada cinco segundos. Me tengo que controlar para no tirar el mando a la pantalla de la tele. Sin duda doy mejor impresión si respondo abiertamente a sus preguntas.

Si perciben que estoy cooperando tal vez empiecen a buscar en otras partes.

Con todo, este es mi segundo interrogatorio y, ya que ahora parecen mucho más serios que antes, estoy pensando en abordarlo con el «derecho a guardar silencio». No hay duda de que Maxwell me lo aconsejará también porque… ¿Qué pasa si digo algo en falso? ¿Si me autoinvolucro de algún modo? Si no entro en el juego, al menos no me pueden atrapar. Porque esto es lo que parece. Una trampa dispuesta con mucho cuidado. Atraparme con preguntas ligeras, adormecerme para inducir a una falsa certidumbre, haciéndome creer que he cumplido con mi parte para ayudarlos… Y entonces, ¡bam! La mano dura.

¿Qué es lo que creen saber?

No pueden saber nada. No hay nada que saber.

Si me repito esto lo bastante para mis adentros, existe la posibilidad de que me lo crea.

Fui demasiado idiota al no hablar con Beth cuando ella quiso. Dejarlo para esta noche ha sido un craso error, y ahora es demasiado tarde para arreglarlo. Tan solo he logrado dejarle un mensaje corto en el

contestador de casa. Apuesto a que ellos hablarán con ella antes que yo.

–¿Está acusando de algún delito a mi cliente, inspector Manning? –pregunta Maxwell.

Está sentado junto a mí, informal, pero con la gran autoridad que le confieren su traje plateado hecho a su justa medida y el pelo cobrizo, atentamente engominado. Su voz es tranquila, firme, segura. Es del rollo franco, sin tonterías, de «déjalo en mi manos». Vale hasta el último penique que le voy a pagar. Con suerte, esta va a ser la última vez que necesitaré sus servicios.

–Como usted sabe, su cliente admite que tuvo una relación con Katie Williams, residente de Bethnal Green, en Londres, justo antes de su desaparición. Aparte, tenemos pruebas que sugieren que puede haber tenido algo que ver con la misma. Esto convierte al señor Hardcastle en un presunto implicado.

Mi seguridad se desvanece.

Es la primera vez que el inspector Manning lo ha mencionado, y mi reacción instintiva es mala. Tengo conciencia de las voces que siguen sonando a mi alrededor; Maxwell consulta algo acerca de la divulgación de las pruebas y el detective le responde, pero las palabras se ralentizan, es como si se distorsionaran en una mezcla borrosa; no logro descifrar ninguna de ellas. Una sensación repentina de encontrarme en plena mar embravecida me llena la boca de saliva.

–Voy a necesitar una pausa para ir al lavabo. Ya mismo –digo, seguido de una arcada.

Maxwell deja de hablar y da un respingo mientras lo hago a un lado. Manning, a continuación, aparta su silla, se levanta y me conduce a los aseos. Abre la puerta y me deja entrar.

–Me quedaré aquí afuera –dice, como si imaginase que me fuera a largar. Asiento rápidamente y corro hasta el cubículo donde vierto el contenido de mi estómago sobre el líquido amarillento y maloliente de la taza.

Sospechoso.

Después de tantos años.

Capítulo 9

Katie

Hace ocho años

Ella se fijó en él instantáneamente al entrar en Energies. Alto, musculoso, de pelo oscuro y unos ojos azulísimos, que la arrebataron desde el otro extremo de la sala. Katie llegó a escucharse a sí misma tomando una brusca bocanada de aire. Dios mío, qué guapo era. ¿Un nuevo monitor? Este no era su horario de siempre; normalmente elegía las sesiones de primera hora por la mañana antes del trabajo, pero cada cierto tiempo decidía acudir al salir. Había tenido un día estresante. Aunque cada día lo era –teniendo en cuenta que era trabajadora por cuenta propia, y principiante–, aquel día estuvo tratando de que le asignaran un contrato de relaciones públicas que perseguía desde hacía meses, y quería relajarse con una clase de yoga antes de retirar. Tal vez era la hora a la que él siempre acudía, y solamente fuera la primera de muchas veces que se iban a cruzar.

Quitándole los ojos de encima, se calmó y siguió caminando. Pero ¿debía ignorar una conexión tan instantánea? ¿Qué pasaría si no volvían a cruzarse?

Katie cambió de dirección y apretó el paso. No tenía nada que perder. Seguro que él estaba en una relación –probablemente acabaría haciendo algo humillante– pero no era la clase de persona que se pensara las cosas dos veces. Su lema era «aprovecha cualquier ocasión».

–Hola, soy Katie –le dijo, dándole la mano al paso y dedicándole una gran sonrisa–. ¿Eres monitor?

–Vaya, hola, Katie –dijo él. Sus ojos eran hipnóticos de cerca. Brillaban. «Un hombre que claramente está acostumbrado a que le hagan caso», pensó. Su voz era profunda, sexi. Katie sintió que le palpitaba el pecho. Él aceptó su mano y la sostuvo con firmeza. No la soltó–. Es un placer conocerte. Y no, no soy monitor… Este es mi gimnasio. Soy Tom.

Sus ojos se unieron y Katie se sintió perdida. Ahora que le había hablado, no se le ocurría nada inteligente, ni gracioso. Ni siquiera una frase banal con que seguir. Tartamudeó, bajó la mirada y lo volvió a mirar desde sus largas pestañas. Su padre decía que era su mirada de

princesa Diana. Katie no soportaba a la familia real.

–¿Qué has venido a hacer? –le preguntó Tom, impidiendo que se avergonzara aún más.

–Yoga. Lo encuentro muy espiritual. Mi plan es hacerme monitora, algún día.

No supo por qué había añadido todo aquello; solamente había comunicado aquella ambición a sus amigos, nunca a un desconocido. Tom asintió y sonrió. Sus dientes estaban perfectamente rectos, uno de los atributos que Katie incluía entre sus deseos para un hombre, que también incluía ojos increíbles y un cuerpo fibrado. Tom encajaba bien. Incluso puede que obtuviera la máxima calificación.

Nunca le había pasado eso antes.

A los veinticuatro años, había empezado a creer que solo estaba destinada a salir con perdedores. Su padre estaba tan desilusionado con los novios que elegía de adolescente que incluso se negaba a dejarlos entrar en casa. Al cabo del tiempo, no obstante, su padre también se desilusionó con Katie, o eso pareció. Se largó con una mujer roja como un tomate a la que conoció en España después de la muerte de su madre, y Katie no volvió a verlo. Apenas recibía algún que otro correo electrónico contándole que seguía vivo y que se lo estaba pasando la mar de bien con su Miss Sonrisas. De todos modos, Katie se estaba adelantando a los acontecimientos. No había motivos para pensar que sacaría algo de aquel primer encuentro con Tom. Estaba claro que él no le propondría quedar. Tal vez debiera hacerlo ella.

–Seguro que lo harías genial como monitora –sonrió–. Mira, seguramente todavía esté por aquí cuando termines tu sesión de yoga.

Ay, Dios mío. Tenía interés de verdad. Sabía que había hecho bien presentándose.

–¿Sí? Bueno, si más tarde te apetece una copa, tal vez podríamos ir a tomar algo. –Su descaro la hizo sentir orgullosa. La hacía parecer segura de sí misma. A los hombres les gustaban las mujeres seguras.

–Fantástico. –Sonrió Tom, cogiendo una toalla y sacando brillo a sus antebrazos. Katie no podía dejar de mirarlo, observando como se frotaba los bíceps despacio–. Te estaré esperando –le dijo con un guiño.

Tom

La vi entrar hace varias semanas al centro de fitness Energies, con una esterilla de yoga bajo el brazo. Yo estaba justo al otro lado de la calle, echando un vistazo en un escaparate, cuando su reflejo me llamó la atención. Por fuerza tenía que hacerlo. Supe de inmediato que la deseaba. Quiso la suerte que la encargada de las clases de yoga

era amiga de un colega, y logré sonsacarle algo cuando fui a entrenar, como siempre, por la noche. No fue difícil enterarme de las rutinas habituales de Katie. La observaba de lejos, esperando a que llegara el momento idóneo para acercarme a ella. Hoy me ha pillado desprevenido. Al principio me ha descolocado, pero luego me he dado cuenta de que ha hecho el trabajo por mí.

Y eso me ha excitado.

Capítulo 10

Beth

Ahora

Al agacharme para recoger de la entrada el periódico de la mañana, mis ojos se concentran en un titular y siento fundirme por dentro. «VECINO SOSPECHOSO DE ASESINATO». Por Dios, ¿cómo se han enterado de esto tan rápido? Tom ni siquiera está arrestado ni ha sido acusado de nada, y aun así ya los tenemos esparciendo mentiras entre sus páginas. Esto debe de ser difamación. Arrojo el periódico sobre la encimera y aporreo el teclado del móvil.

–Maxwell, soy Beth Hardcastle –digo, y en lugar de esperar a que responda, continúo–: Oye, los periódicos están haciendo circular mentiras despiadadas. Les trae sin cuidado la verdad. ¡Tom está *ayudando* a la policía! Desinformación como esta va acabar con nosotros. ¡No se pueden salir con la suya!

No puedo evitar hablar presa del pánico, ni siquiera con Poppy mirándome con ojos como platos desde la mesa de la cocina. Respiro para calmarme y camino hacia el pasillo, con el móvil que me arde junto al oído. Trato de mantener la voz baja y tranquila.

–En serio, Maxwell. ¿Cómo voy a protegerme a mí misma y a Poppy de las consecuencias de todo esto? –Cruzan mis pensamientos repercusiones en potencia, avivando las brasas de mi rampante ansiedad. Hasta este momento no me había pasado por la cabeza qué podía pasar si la prensa se enteraba–. Debe de haber algo que puedas hacer al respecto.

Sin aliento, finalmente dejo de hablar y espero a que afirme que va a demandarlos por calumnia o difamación, pero, en cambio, mantiene un inquietante silencio.

–Beth, lo siento –dice finalmente, despacio–. Pero me temo que no hay nada que podamos hacer. La situación ha cambiado…

–Inocente hasta que se demuestre lo contrario es lo que se supone que va a pasar, ¿verdad? –Salto–. Pero, hoy en día, las cloacas del periodismo lo que quieren es vender sus periódicos, esparcir mentiras por internet. Lo que sea con tal de ganar más lectores. Es asqueroso. De momento solo habla de ello la prensa local, ¡pero eso cambiará! ¡Tom es inocente! Simplemente está ayudando con unas preguntas,

por el amor de Dios. Ni siquiera está detenido, ni acusado…

–De hecho, Beth… Será mejor que te sientes.

Estoy paralizada. Intento tragar saliva, pero no puedo.

–¿Qué? ¿Qué es lo que pasa?

–Han arrestado a Tom. Está bajo custodia.

Solté un sermón a Maxwell. ¿Qué clase de locura es esa de tener a Tom bajo custodia, y cómo pueden creer que matara a Katie Williams? ¿Tom, un asesino? Maxwell insistía en que –fuera cual fuese la prueba que tenían– no les bastaba para acusarlo. Si así fuera, lo habrían hecho de inmediato. Lo tenía muy claro. Ahora bien, a eso se dedica: a decirme lo que quiero oír. Para eso le estamos pagando varios cientos de libras por hora: para asegurarnos de que Tom salga y vuelva a casa conmigo y con Poppy. Se lo recordé por lo menos seis veces antes de colgar.

¿Cómo se supone que podré pasarme el día trabajando en la cafetería sabiendo esto? Todo el mundo me estará mirando. Me juzgarán. Ay, Dios mío. Pobre Poppy. ¿Cómo puede estar pasando todo esto? Hace unos días todo iba sobre ruedas. Estábamos viviendo un sueño.

Tener miedo de dejar mi casa no es una sensación que haya experimentado antes en mi vida. Pero ahora, llegando al final del sendero con la manita de Poppy sujetando la mía, mi pulso se acelera y traquetea, como un motor de coche en una mañana helada. Asomo la cabeza por la entrada, mirando con cautela a ambos lados del camino antes de abandonarlo.

–¿Estás jugando, mamá? –Poppy dice entre risitas.

De golpe, empieza a hervir la cólera en mi interior. Se supone que la tenemos que proteger. Asegurarnos de que se sienta segura, querida y atendida. Ojalá Tom estuviera aquí para que pudiera gritarle. Estoy furiosa con él por meternos en esta situación. Y hacer como si no pasara nada es insoportable. Tengo que hablar con Tom. Hay tantas cosas que quiero preguntarle… Pero ¿cuándo voy a tener ocasión de hacerlo? ¿La voy a tener? Respiro con tanta fuerza que me doy cuenta de que se me ensanchan las fosas nasales. Poppy se vuelve a reír, pensando que forma parte del juego.

–¿Eres un dragón? –me dice.

De hecho, me siento como si pudiera lanzar fuego por la nariz y la boca en cualquier momento. Sin duda estoy lo bastante airada.

–¡Sí, soy un dragón furioso y quiero mi… DESAYUNO! –Me obligo a bromear, y me agacho y le hago cosquillas bajo las costillas. Ella rechina divertida.

Seguimos caminando en dirección a la guardería, cabizbaja para no cruzarme con la mirada de nadie. Este es el papel que me toca hacer.

Capítulo 11

Tom

Ahora

Cuando me llevan a una sala de interrogatorio más grande, hay una persona nueva junto al inspector Manning, y me hacen sentarme ante una mesa cuadrada cerca del muro, frente a ellos. Estoy muy tenso: la nueva me mira con ferocidad. Sus ojos de color plata no parpadean. Al principio esquivo su mirada, y de inmediato comprendo que he suspendido su examen. ¡Joder! Noto cómo sonríe sin tener que mirarla.

¿Por qué está aquí? ¿Adónde ha ido el agente Walters? Me sentía capaz de abordarlo a él, no a esta joven de aspecto engreído que se cree especial.

–Buenas, Tom. ¿Ha pasado buena noche? –dice el inspector Manning sin apartar los ojos de la carpeta que tiene abierta ante él.

Doy un resoplido, pero no le respondo directamente. Maxwell todavía no ha llegado y no voy a pronunciar ni una palabra hasta que lo tenga a mi lado. Manning traslada su atención hacia mí, relaja su postura en la silla y cruza los dedos, juntando las manos sobre la barriga.

–Esta es la agente Cooper –dice, asintiendo a su izquierda–. Es mi compañera de la unidad de Homicidios y Delitos Graves.

Mi corazón palpita con violencia. Ahora, dos detectives de la brigada de homicidios de Londres. ¿Será que creen tener algo serio entre manos? Intento no estresarme, ya que Maxwell dijo que en la fase de comunicación no divulgan la naturaleza de todas las pruebas que puedan tener en mi contra y que, según su experiencia, apunta a que no son muchas y que solo están «haciendo lo que toca».

Di «sin comentarios».

¿Debería confiar en la experiencia de Maxwell? Por esa razón le pedí que viniera, de modo que supongo que sí, debería. Pero no lo tengo claro.

La agente Cooper me dedica algo que pretende ser una sonrisa, imagino: sus labios finos se ensanchan en una línea recta, pero ningún rasgo facial se mueve. Tal vez se haya puesto bótox, algo habitual en las mujeres hoy en día –incluso antes de haber tenido una sola arruga–, y tenga los músculos inmóviles, así que solo consigue hacer

esa mueca extraña. Me fuerzo a mirarla a los ojos. Tiene más o menos mi edad. No me hace sentir cómodo. Es atractiva, pero de manera normal y corriente: no es guapa, no hay nada especialmente llamativo en ella. La piel blanca, clara, sin maquillar, con una colección de pecas sobre la nariz. El pelo muy lacio, rubio fresa, le cae sobre los hombros. Su rostro no revela demasiado; no sé interpretar lo que piensa. Me remuevo en el asiento y miro hacia la puerta cerrada. Pero… ¿dónde está Maxwell?

–¿Cómo ha pasado la noche? –dice la agente Cooper.

Ahora que ya me lo han preguntado dos veces, supongo que debería responder.

–Me he hospedado en sitios mejores –le digo–. Me temo que les voy a puntuar más bien bajo en TripAdvisor. No pienso repetir.

–Eso ya lo veremos –dice, sin apartar sus ojos de los míos. Estoy decidido a soportar su mirada.

Quizá no sea el mejor momento para que me vean como un chulo; tengo que controlarlo.

Finalmente, se abre la puerta y Maxwell entra.

–Vale. Manos a la obra, ¿de acuerdo? –dice el inspector Manning, enderezándose y removiendo los papeles de la carpeta que hay sobre la mesa.

–¿Lo llevas bien? –me pregunta Maxwell. Mientras tanto, se quita la chaqueta y la cuelga del respaldo de su silla.

Me encojo de hombros. No lo estoy llevando bien, pero no quiero hablar tanto. Que anoche me arrestaran y me sacaran muestras de ADN y las huellas dactilares fue impactante. Lo hizo todo muy real. No pude dormir; no solamente por la cama incómoda y el ambiente lúgubre, sino porque mi cabeza no paraba de dar vueltas. Imágenes del rostro de Katie cuando la vi por última vez, confundiéndose con las de Beth. No he logrado hablar con Beth, pero Maxwell me ha dicho que irá a verla más tarde. Hemos acordado cuánto le puede informar. Los detectives no son los únicos que pueden reservarse información. Espero que esté bien.

Y mi pequeña Poppy. ¿Qué le habrá dicho Beth?

Nunca he estado tanto tiempo separado de ellas. ¿Y si me apartan de su lado para siempre? ¿Cómo lo van a soportar? No tienen a nadie más que a mí.

Pierdo el control de mi respiración. Tengo que concentrarme en el momento presente, en esta sala. Respirar despacio. He repasado una y otra vez las preguntas que creo que me harán. He excavado recuerdos de hace ocho años y he practicado la historia que necesito contarles.

No dejes que te metan prisa, que te aturdan.

Sigue tranquilo. Ofrece respuestas ponderadas.

O di «sin comentarios».

Sigo queriendo evitar esa opción, por mucho que Maxwell la aconseje. Los culpables callan.

Los inocentes –y los listos– responden con seguridad.

Se inicia la grabación. Se hacen las presentaciones.

Empieza el interrogatorio.

Capítulo 12

Katie

Hace ocho años

–Vamos, Katie. Lo hemos hablado –dijo Tom.

Katie quería señalar que no, no lo habían hablado. Era él quien lo había mencionado, y le había hecho saber su opinión. Le había dicho lo que iban que hacer y lo que no. En ningún caso había sido un debate en que Katie fuera participante activa.

Tal y como pasaba habitualmente.

Llevaban juntos casi cuatro meses, y todo había sido perfecto desde el principio. Tom se había encaprichado con ella y a ella le encantaban sus atenciones. No se podía creer la suerte que ella, Katie Williams, tenía siendo la novia de Tom Hardcastle, un tío para morirse. Aunque aquella luminosa relación estaba empezando a perder lustre. Últimamente, él se había convertido en un pelmazo; solo la quería para ella, no quería que Katie se relacionase con sus amigos.

–Tom, cariño. Si lo recuerdas bien, no estuve de acuerdo con tus planes. Es tradición que mis amigos y yo salgamos el Primero de Mayo.

–Venga ya. Si ya sabemos que a nadie le interesa el Primero de Mayo. Solo buscan una excusa para quedar y ponerse hasta el culo, como antes. Ahora me tienes a mí. ¿No prefieres pasar el festivo conmigo en lugar de con tus antiguos compañeros de uni? Lo tengo todo planeado: un picnic en el parque, champán, ni más ni menos; una caminata romántica por el Regent's Canal… y una sorpresa especial… –Cogió a Katie de la mano y le hizo dar vueltas, riendo–. De verdad, cariño, te va a encantar. No puedo esperar a dártelo.

Katie se rindió.

–Vale, vale –dijo–. Les escribiré y les contaré que mi fantástico novio me ha preparado una sorpresa, y que ya quedaremos para vernos otro día.

–Así me gusta –sonrió él.

Katie sacó el móvil del bolso y empezó a mandar mensajes. Tom se sentó a su lado, mirando atentamente. Ella se giró un poco, incómoda al ver que miraba por encima del hombro como si no se fiara de que fuese a escribir las palabras correctas. Pulsó «enviar», se metió el

móvil en el bolsillo y Tom se apartó. Katie bajó los hombros. Había esperado con ganas ponerse al día con sus amigos.

–¿Un café? – preguntó él.

–Claro. –Esperó a que se esfumara en la cocina antes de volver a sacar el móvil y mandarle un mensaje rápido a Isaac, con disculpas por haberse echado atrás de sus planes de siempre. Antes de Tom, él había sido la única persona en quien podía confiar siempre. Pero parecía ser que ya no lo necesitaba.

Según Tom, no habría nada que fuera a necesitar, aparte de él.

Tom

Deseaba poder pasar un buen rato de verdad con Katie. Solo ella y yo; no los inmaduros de sus amigos. No alcanzaba a entender por qué quería estar con ellos. Me había llevado mucho tiempo organizarle el día romántico perfecto. Sin montar un escándalo, borrachos como si fueran adolescentes idiotas. Ya no estaban en la uni. ¿Cuánto tiempo seguirían actuando como si siguieran estando?

No le mentí cuando le dije que tenía una sorpresa. Les iba a mostrar a sus amigos cómo iban a ser las cosas a partir de aquel momento.

Capítulo 13

Beth

Ahora

No saben ni disimular cuando susurran. Puede que estemos en una guardería, pero somos adultos: sé que están hablando de mí. Sobre Tom. Debo decidir ahora mismo cómo lo voy a encarar. Podría hacer como si no estuviera pasando; eso sería preferible. Y puede ser que el interés se desvanezca pronto. Maxwell dijo que la policía puede mantener arrestado sin cargos a Tom hasta veinticuatro horas, que finalizan esta noche a las ocho, pero cree que van a solicitar una prórroga. Noté que pasaba por encima por las minucias del asunto, y yo tenía la mente demasiado embotada para llevarle la contraria. Lo único que sé acerca de estas cosas lo he sacado de la serie *24 horas en custodia policial*. Sé que cuando se trata de un delito grave tienen derecho a retener a alguien, en caso de que haya buenos motivos para ello. La conclusión de mi conversación a una sola voz con Maxwell –y el único resquicio de esperanza– fue que, aunque la policía consiga la prórroga de 96 horas para acusar a Tom, deberán soltarlo si no disponen de pruebas suficientes.

Aunque Maxwell espera que este sea el resultado, ¿qué pasa si se equivoca y no sueltan a Tom? Debo asegurarme de protegerme a mí misma y a Poppy, aquí y ahora. No soy tan ingenua como para creerme que lo puedo seguir ignorando. Sé que no sería inteligente ni me haría ningún bien ignorarlo. Tengo que enfrentarme al resto de madres.

Tras darle un beso de despedida a Poppy y dejarla con la maestra auxiliar, me dirijo a los padres chismosos. Se quedan impávidos cuando me acerco a ellos; todos miran hacia otro lado para no cruzarse con mi mirada.

–Buenos días –digo con calma. Les dedico una sonrisa alicaída cuando, sin previo aviso, pierdo el control y me llevo las manos a la cara. Todo se viene abajo y rompo a llorar.

–Ay, Dios, Beth. –Una mujer cuyo nombre no consigo recordar viene corriendo hacia mí y cubre mi hombro con su mano–. ¿Estás bien? No hemos podido evitar oír lo que…

Siento otras manos sobre mí, acariciándome la espalda y los brazos

mientras me acompañan afuera. Hay varias voces amables que compiten por su atención.

–Es tan horrible, no puedo… –El llanto impide que articule otras palabras.

–¿Vas hacia tu trabajo? –Es Julia, la madre de los trillizos, quien pregunta.– Te acompañaremos a pie, venga. –Y se me llevan de la guardería a toda prisa hacia la cafetería. Estoy en medio de una banda de madres del pueblo: protegida, de momento.

Una vez llegamos, las cinco madres eligen asiento ante la mesa circular más grande, hacia el fondo, y me mantengo ocupada preparando lattes. Lucy me mira, arqueando la ceja derecha.

–¿Me estoy perdiendo algo? –me dice.

–Ya que lo preguntas, sí, te has perdido algo.

–¿Estás bien? Te veo un tanto pálida. –La preocupación deforma sus delicadas facciones–. ¿Poppy está bien?

El silbido del batidor de leche impide durante unos minutos que prosiga la charla. Una vez preparadas las bebidas, dejo mi mano sobre la muñeca de Lucy y le digo que se lo contaré con calma una vez se hayan ido las madres, pero que se han llevado a Tom a la comisaría de Banbury para que asista a la policía con una investigación. Su boca adopta forma de «o», pero rápidamente se recupera y asiente secamente, sonriendo comprensiva.

–Aquí los tienen, señoras. Invita la casa. –Deposito la bandeja de lattes sobre la mesa y sonrío vacilante al sentarme.

–Y entonces, Beth, ¿cómo estás? –dice Ellie, efusiva–. Debe de ser un shock tremendo. Vamos a ver… ¿Tom? ¿En serio lo creen capaz de hacer daño a esa pobre chica?

–Los periódicos están contando algo que no es –digo con énfasis–. Me pregunto cómo pretenden hacer eso e irse de rositas. Si os digo la verdad, esta mañana no quería ni salir de casa.

Las lágrimas me enturbian la vista. Siento manos compasivas que me tocan de nuevo. Hundo la cabeza entre mis brazos sobre la mesa y se me escapa el llanto.

–Ay, preciosa… Estamos todas aquí para ti. Intenta no preocuparte. No ha sido acusado, ¿verdad? –pregunta Julia.

–No. Y lo van a soltar cuando vean que no tiene nada que ver con su desaparición, lo sé. Pero todo el mundo siempre podrá decir aquello de que cuando el río suena, agua lleva. Sale en el periódico. Han manchado su nombre y el mío también. Periodistas de cloaca. Esto puede arruinarnos la vida.

Otro acceso de lágrimas me sacude el cuerpo.

–Mira, pase lo que pase, a todo el mundo le encanta esta cafetería. Has hecho algo increíble y la gente seguirá viniendo. Claro que habrá

habladurías, eso es inevitable. Pero la verdad vencerá –declara Julia con dramatismo, como si estuviera testificando ante el tribunal–. Este asunto no va a impedir que sigan viniendo clientes, y tú y Poppy recibiréis apoyo, te lo prometo.

Esta es la interacción más larga que he tenido jamás con el club de las Madres Monas en los dos años que llevo viviendo aquí. Ahora bien, es muy bonito y está muy bien dar apoyo mientras creen que Tom es inocente. Se podrían girar en mi contra de la misma forma si sucede lo peor y *sí* lo acusan.

«No será acusado», dice la voz en mi cabeza.

Por suerte –al menos de momento–, mi miedo a salir de casa parece haber sido infundado. Poppy y yo… estamos bien por ahora. Y si Maxwell hace bien su trabajo, soltarán pronto a Tom y toda esta situación se disolverá como lo que es, cotilleos de pueblo. Que pronto serán reemplazados por otros. Y, la verdad sea dicha, finalmente creen que soy lo bastante interesante para incluirme en su círculo de amigas, en el que me he querido infiltrar desde que me mudé a Lower Tew. Al fin y al cabo, algo positivo ha traído la chocante detención de Tom.

El día transcurre despacio, y me repito en la mente una y otra vez la charla con las madres de la guardería. Intento mantenerme ocupada quitando mesas, pasando el trapo por la barra y apilando tazas, pero voy contando los minutos que faltan para irme y recoger a Poppy. Me vibra el móvil en el bolsillo del delantal. Rebusco en él para cogerlo, pero termino apartando la mano. Ignorarlo es irresponsable, pero pensar en las noticias que pueden acompañar a esta llamada me colma de terror. Estoy segura de que volverán a llamar. Lo afrontaré más tarde.

Le cuento a Lucy lo que ha pasado. Sin excesivos detalles: igual que con Julia y las demás. Un mínimo para satisfacer su curiosidad, y ya está.

Lucy permanece muy callada después, y apenas me habla durante el resto de la tarde. No se pone a cantar ni una vez, algo rarísimo en ella. Al principio, creí que era por respeto: no querer parecer demasiado feliz y contenta después de esas noticias. Pero empiezo a percibir que hay algo más.

Justo antes de salir, le digo:

–Has estado extrañamente silenciosa, Lucy. ¿Estás bien?

No me mira directamente a los ojos cuando responde:

–Sí, bien. –No la quiero presionar. Una preocupación me revuelve las entrañas. Parece preocupada. ¿por qué?

No puedo dedicar más tiempo a esto ahora. Me pongo el abrigo y me sonríe levemente, diciendo que nos vemos mañana por la mañana. Estoy incómoda al salir, y no puedo ignorar el pensamiento que se

repite en mi mente: Lucy no cree que Tom sea inocente.
Tengo la sensación de que no es la única.

Capítulo 14

Beth

Ahora

Mientras voy caminando, finalmente compruebo el móvil. Es Maxwell quien ha estado llamando… Varias veces, al parecer. Mensajes, también, pidiéndome que me ponga en contacto con él. Aparte hay una llamada perdida de un número oculto. ¿Puede que sea de Tom? No sé si le permiten llamar, ni tampoco lo que querría decirle si pudiera. Y eso, suponiendo que de verdad quiera hablar con él… Sea lo que sea lo que está pasando, algo debe de tener la policía para arrestarlo. Si hablo con él, no hay duda de que mis palabras serán de rabia, de disgusto y de dolor. No de apoyo. Pero a la vez… Si no lo hago ahora, no tengo idea de cuándo tendré la oportunidad.

Aunque estoy tentada de ir a la guardería con la cabeza mustia, no lo hago. Me esfuerzo en seguir firme, mirando a mi alrededor mientras camino con prisa. Mi casa está en medio del breve trayecto y me pregunto si debería entrar primero para devolver a Maxwell su llamada, en privado. No. Seguiré. Mantendré la realidad a raya un poquito más. Pronto me tocará escuchar lo que tenga que decir. Una brisa poderosa remueve las hojas caídas, y el viento frío me azota la cara. Varios mechones cobrizos me tapan los ojos y, mientras trato de peinarlos, veo lo que tengo ante mí.

Me detengo antes de llegar.

En el camino que conduce a mi casa veo numerosos vehículos, aparcados de cualquier manera y con las puertas abiertas, como si los hubieran abandonado a toda prisa.

Coches de policía.

Mi cuerpo tiembla mientras me quedo inmóvil en aquel lugar, boquiabierta ante la escena. Obligo a mis piernas, decaídas, a seguir caminando hacia ellos.

¿Qué demonios está pasando?

Llega un coche detrás de mí, chirriando. Me apresuro a girarme, casi deseando que me embista, pero se detiene abruptamente. Me regaño por pensar ese tipo de cosas. Poppy me necesita.

La puerta del conductor se abre y Maxwell se apea a toda prisa con el rostro de color remolacha.

–He estado llamando. Sin parar. –Su voz es severa.

De entrada, me ofendo porque me riñe, y le quiero decir que hoy he tenido que solucionar un montón de cosas, y que estaba a punto de llamarlo, pero la situación es claramente grave y no lo hago. Da un portazo, pasa de largo y se dirige a los policías uniformados ante mi casa. Se intercambian algunas palabras, y luego veo a una mujer elegante y muy rígida de pelo rubio fresa que se le acerca. Le muestra un papel, que él le arranca de las manos. Lo estudia unos segundos y se lo devuelve.

Se vuelve hacia mí. Apenas me he movido. Mi pulso produce ruidos sordos cuando me informa de que tienen una orden de registro, y que esta les permite confiscar cualquier cosa en nuestra casa que pueda tener que ver con la acusación de asesinato. No puedo ni reaccionar cuando hago entrega de mi llave.

¿Qué esperan encontrar?

Capítulo 15

Tom

Ahora

–Se lo vuelvo a preguntar –dice el inspector Manning, con visible exasperación en su rostro enrojecido–. ¿Dónde estaba usted? Sabemos que no se presentó al trabajo.

–Sin comentarios. –No me puedo creer que haya pronunciado esa frase. Es para morirse de vergüenza, quiero darme una bofetada. Suenan gritos de «culpable» en mi mente. Dios mío: si estuviera viendo este interrogatorio en la tele, en el confort de mi salón, me tentaría arrojar el mando contra la pantalla. O a mi cara de idiota. De todos modos, no creo que tenga otra opción; Maxwell me exige que a partir de ahora no hable y, aunque le estuve haciendo caso omiso, ahora parece ser el mejor de mis recursos; o el único. No les puedo regalar nada más que les sea útil en mi contra.

–Las grabaciones de seguridad no muestran que estuviera en la estación de tren a la que va siempre, y sus compañeros de trabajo no tenían idea de su paradero. No nos ha hecho constar que usted tuviera otras cosas que hacer. –La agente Cooper revisa los puntos de la lista–. Esto no pinta bien, Tom. Todo este secretismo, el día después de interrogarlo sobre Katie Williams, no hace más que añadir leña al fuego. Si empieza a cooperar, será percibido como algo más favorable para usted que si guarda silencio. Este rollo de «sin comentarios» parece confirmar los cargos.

Sus ojos fríos taladran a fondo los míos. Me pregunto si tiene pareja. No lleva anillo de casada. No me sorprendería que estuviera soltera, que viva sola, con un gato como única compañía. Es decir, si es que abandona la comisaría alguna vez. Sola. Amargada y perversa. Le hace falta un poco de tema. Aparto la vista de ella.

–Se van acumulando pruebas contra usted, Tom. Mis agentes han estado en su casa y han estado rebuscando entre sus objetos personales. ¿Qué se apuesta a que ahora tienen entre sus manos más pruebas que añadir al expediente? –Manning da un golpe sobre la enorme carpeta que tiene delante. Seguro que está llena de papeles en blanco (otro juego para hacerme hablar), pero sus palabras no dejan de causarme una sensación de resquemor. Polis revolviendo entre mis

cosas. Yendo penosos de una habitación a la siguiente, rastreando en busca de pruebas entre objetos de Beth y de Poppy, y metiéndolas en bolsas sin motivo. Se me ensanchan las narices intentando controlar mi respiración. Aprieto los puños bajo la mesa, me azoto en los muslos hasta que me duele.

–¿Le hemos tocado la fibra? –dice la agente Cooper–. ¿Le preocupa lo que hayamos podido obtener? Porque me imagino que usted llevaba mucho tiempo sin pensar en Katie Williams antes de que el inspector Manning llamara a su puerta. Esa vida idílica con su hermosa mujer y su hija le han vuelto engreído. Claramente, no esperaba que algo por lo que ha estado sorteando a la justicia durante ocho años volviera a asomar y a causarle problemas. ¿Verdad? Eso quiere decir que no ha sido tan meticuloso como debería. Se le inspiró una falsa impresión de seguridad. Así pues… seguro que ha ido dejando pistas de vital importancia. Cosas que usted tenía por irrelevantes, cuyo significado creía que solo usted entendería, y que nosotros recogeremos y con las que llegaremos a una conclusión. Sorprende lo irrelevante, lo inocuo que puede parecer algo hasta que se le añade contexto. Entonces la imagen empieza a tomar forma.

«¡Cállate, cállate, cállate!» Tengo que morderme las mejillas por dentro, con fuerza, para impedir soltar esas palabras. Esa zorra mojigata. ¿Por qué Manning le está reservando la voz cantante? Él es su superior. Sus palabras me revuelven el estómago. Me deshice del portátil del trabajo, pero no pude encontrar mi iPad. Salí corriendo de casa la mañana del martes y di por sentado que lo encontraría más tarde, pero llegaron antes de que tuviera ocasión. «Mierda».

Si Beth hubiera estado en casa cuando la llamé desde comisaría aquella noche, podría haber conseguido que aceptara hacerlo desaparecer por mí. Aunque eso, por sí mismo, habría sido fuente de problemas.

–¿Qué sacarán nuestros informáticos de su teléfono o del ordenador de su casa? ¿Cuando se comunicó por última vez con Katie? ¿Sus emails confirmarán que se fue de viaje?

Abro la boca para empezar a despotricar, pero la mano de Maxwell se interpone: es una advertencia. Susurro las palabras entre dientes apretados:

–Sin. Comentarios.

Una perla de sudor me recorre el rostro y trato de limpiármela sin que ellos se den cuenta. Esa puta, Cooper, se da cuenta. Hace una mueca y me entra la necesidad de darle un puñetazo. Aparto la vista, miro más allá, a la pared que hay detrás. Visualizo a Beth, a Poppy y a mí como una familia en nuestra perfecta casita de campo. Lo tendré de nuevo. Si mantengo la sensatez.

Si no encuentran nada en mi iPad.

Si la verdad acerca de dónde estuve aquel martes no se revela.

Capítulo 16

Beth

Ahora

La mujer a la que vi antes está de pie, muy rígida, ante la entrada a mi casa mientras recorro el sendero. Poppy me agarra de la mano con fuerza. O tal vez sea yo quien está apretando la suya.

–Señora Hardcastle –dice–. Soy la agente Imogen Cooper, del Equipo 8 de Investigaciones de la unidad de Homicidios y Delitos Graves. Trabajo con el inspector Manning. Le devuelvo su llave. –Extiende el brazo–. Di una vuelta a la cerradura, iba a venir a buscarla –dice, dejando la llave sobre la palma de mi mano. Imogen Cooper es menuda, pero su actitud muestra seguridad y apuesto a que es mucho más dura de lo que aparenta.

–Bueno, ya estoy aquí. –Agarro la llave en la mano y me aparto de la detective.

–Lo siento. –Da un paso hacia mí para impedir que me cuele en casa a toda prisa–. Entiendo que pueda parecer invasivo. Pero toca hacerlo, es lo que hay.

–Claro –le digo. No quiero hablar acerca de esto delante de Poppy–. ¿Cómo está todo… hum… aquí dentro? –Señalo con la cabeza hacia la casa.

–Ah, nos hemos llevado lo que nos hacía falta, por el momento. Hemos intentado que no parezca que una manada de elefantes ha pasado en estampida. Pero ya se sabe… –Sonríe de un modo forzado.

Fantástico. Así que está todo hecho un desastre. Además, que diga «por el momento» no augura nada bueno.

Sacudo la cabeza y suspiro con fuerza.

–¿Ya ha hablado Maxwell Fielding con usted? –me pregunta.

–No, todavía no. Tenía que ir corriendo a buscar a Poppy.

–De acuerdo. –La agente Cooper se enfunda las manos en los bolsillos del pantalón e inclina su mirada hacia Poppy–. Hemos estado jugando en tu casa –dice, con un intento de sonrisa–. Lo siento, puede que lo hayamos dejado un poco de lío, y a tu mamá le tocará ordenarlo. A los mayores no siempre se les da bien esconder cosas. A veces son un poco chapuceros.

La agente Cooper vuelve el rostro de nuevo hacia arriba y nuestras

miradas se cruzan. Se me para el pulso. Me esquiva, y finalmente puedo aprovechar para meterme dentro.

La escucho decir «nos vemos mañana» cuando cierro la puerta. Por un instante, me quedo con la espalda apoyada contra la puerta, asimilando la situación. Temblando.

Por el modo en que ha actuado, por lo que ha dicho, intuyo que han encontrado lo que estaban buscando.

Capítulo 17

Beth

Ahora

Saber que unos agentes de policía han estado en mi casa, en mi cuarto, tocando mis cosas, me produce sensación de violación. No llegué a tiempo para quedarme aquí y presenciar cómo llenaban bolsas de plástico enteras con las cosas de Tom. Tal vez con cosas mías, incluso. Tenía que recoger a Poppy de la guardería. Probablemente sea mejor no haberlo visto, de todos modos. Habría estado consumiéndome de inquietud por lo que estarían buscando. Por lo que podrían encontrar.

De primeras, no soy consciente de qué se han llevado: todas las habitaciones están en niveles dispares de desorden. Por lo que veo a toda prisa, yendo por toda la casa, parece que han sido minuciosos. Espero que eso signifique que no volverán, diga lo que diga Cooper. Por suerte, me doy cuenta de que han sido menos desconsiderados con el cuarto de Poppy. Revoloteo, colocando bien los juguetes sobre su cama, cerrando cajones y armarios. Recojo sus prendas tiradas por el suelo y las meto todas juntas en el ropero. Por hoy ya está bien.

La habitación de matrimonio se encuentra en un estado de caos mayor, igual que la cocina. El ordenador principal no está, y tampoco veo el iPad de Tom. Eso era lo evidente, lo que esperaba que fueran a incautar. Sin embargo, me recorre una violenta desazón, y me asusta que esto me derribe junto con Tom: que me arrastre a un vórtice sin fin. Necesito pensar qué puedo hacer para evitar la destrucción total de mi familia. Por lo que sé, todavía no tienen el cuerpo de Katie Williams, así que no entiendo de qué pruebas pueden disponer para vincular a Tom con ella y mantenerlo bajo custodia. Está claro que Maxwell no me lo cuenta todo, pero según él, lo que hasta ahora tienen no es sólido. Sin embargo, debe de serlo suficiente como para que sigan investigando. ¿Suficiente para que un jurado condene a Tom a pasar la vida en la cárcel? No lo veo. A menos que hayan encontrado a Katie, y que de algún modo la vinculen a Tom, aunque Dios sabe cómo, entonces no hay caso. Tengo que averiguar acerca de casos similares, ver cuál ha sido el resultado en los que se ha sentenciado asesinato en ausencia de un cuerpo.

Después de cocinarle algo rápido a Poppy, y de calentar mi cena en el microondas, la acuesto y vuelvo al piso de abajo para seguir arreglando la cocina. Terminé el salón y el pasillo a la media hora de llegar a casa; el trastero y el resto del piso de arriba son lo siguiente en mi lista. Mientras devuelvo el papeleo al cajón que reservamos para los recibos y otras cartas importantes, me doy cuenta de que faltan algunos extractos de la cuenta bancaria. Tenemos una cuenta común, pero Tom también tiene una propia. Siempre ha sido así, y aunque yo cerré la mía cuando nos casamos, esta la hemos mantenido por si ocurre alguna emergencia. Según sé, la última vez que fue utilizada fue cuando compramos el horno alfarero para El Local de Poppy, al quedarme sin efectivo a causa de ciertos arreglos inesperados por hacer. No veo por qué unos extractos más recientes podrían servir a la policía en un caso de hace ocho años.

Una llamada a la puerta me arranca de mis pensamientos.

Capítulo 18

Beth

Ahora

Maxwell está sentado frente a mí, apoyando los codos sobre la mesa de la cocina. Sus ojos grandes de color ámbar apuntan a los míos. Aprieto las manos fuerte; mis dedos se enrojecen mientras espero a que me ponga al corriente de todo.

–Me temo que han concedido una prórroga del plazo a la policía, Beth. Te advertí de que podía darse el caso, y por supuesto lo he intentado evitar, pero después de la orden de registro, era de esperar.

–No lo entiendo, Maxwell. –Sacudo la cabeza, luego apoyo la barbilla en el hueco que forman mis manos. No me lo está contando todo, lo sé. ¿Qué es lo que no me explica?–. Pensé que después de esta noche lo dejarían libre, y que volvería a casa.

–Sí, lo sé, me sabe mal. –Parece agotado. Él también ha tenido un día muy largo, de eso no hay duda–. No es lo ideal. Lo revisarán por la mañana, y entonces, si así lo desean, tendrán que solicitar al juez otra prórroga hasta las 96 horas máximas por ley. En cualquier caso, el inspector Manning y la agente Cooper querrán interrogarte, Beth. Tienes que estar preparada. –Está usando un tono amistoso; sin duda el que reserva para parientes afligidos y esposas alteradas. Personas como yo.

Se me seca la boca y la lengua se me adhiere al paladar. Tomo un trago de mi botella de agua. He preparado a Maxwell un café, pero ahora no podría tomarme uno. Aunque el chute de cafeína me iría bien después de este día inconcebiblemente largo, me pasaría toda la noche despierta.

–Vale –digo, recuperándome de las malas noticias iniciales–. De acuerdo. Aunque no sé qué creen que puedo aportar. Lo habrá dicho ya todo, ¿no crees?

–Te van a preguntar qué sabes acerca de Katie Williams: cosas que Tom te haya contado. –Maxwell se ha saltado mi pregunta; a saber qué les habrá contado Tom–. Además, querrán que les ayudes a obtener una semblanza, saber qué clase de persona es Tom. Responde a sus preguntas con el menor detalle posible.

–¿El menor posible? ¿Por qué? ¿No sería mejor ser más puntillosa?

–No. Cuanta más información les des, más cuerda tendrán con que ahorcarlo.

Me dejo caer contra el respaldo de la silla, boquiabierta.

–Ay, disculpa –dice deprisa–, he elegido una mala frase. Ya me entiendes. Tú responde sí o no cuando sea posible y, si describes algo, que sea conciso. Cuánto más te enrolles, más fácil será que acabes diciendo algo que lo pueda incriminar.

–¿En serio? ¿Como qué? No entiendo, Maxwell. Si es inocente, nada de lo que diga servirá para echarle mierda encima.

–Eso no tiene por qué ser verdad. Creen que Tom está involucrado en la desaparición y posterior asesinato de Katie. De modo que, aunque digas cosas que tú crees intrascendentes, de repente las examinarán con lupa. Volviendo la vista atrás, algo sin importancia puede acabar pareciendo lo más significativo. Todo depende de la perspectiva que quiera aplicar el equipo de investigación. ¿Comprendes?

–Supongo –digo, sin entender nada en realidad.

–Imagínate esto. En un caso criminal reciente, se sospechó que una pareja había matado a su bebé, algo que ambos negaban con rotundidad. Decían que lo habían encontrado en la cuna por la mañana y que no hubo manera de reanimarlo. Durante el interrogatorio, la madre hablaba y hablaba, y, al intentar explicarlo todo, terminó hablando de más. Cosas que le parecían cotidianas, como darle paracetamol a su bebé para el dolor dental. Los agentes, y luego los periódicos y las redes sociales, empezaron a sospechar que le había provocado una sobredosis. Fue acusada de haber matado accidentalmente a su bebé y de intentar encubrirlo. –Hace una pausa para respirar–. ¿Ves? Contó una historia con pelos y señales, creyendo que serviría de algo, y eso es lo que terminó pasando. La policía desmontó algo que habría sido inocente del todo de manera aislada. Hicieron que su declaración fuera congruente con el punto de vista que les interesaba: que ella era culpable de homicidio imprudente. En tu caso, podría significar que Tom sea acusado de asesinato. No des detalles, Beth. Responde breve y claramente. Así es más fácil recordar lo que has dicho, además.

Le mando una mirada de confusión.

–Parece que dices que voy a mentir.

–Eso no es lo que estoy insinuando. –Sacude la cabeza–. Pero debes andarte con cuidado. Si quieres que Tom salga y vuelva a casa contigo y con Poppy cuando se les acabe el tiempo, tienes que pensarte bien lo que cuentas a la policía.

–¿Crees que Tom tuvo algo que ver, Maxwell? ¿Es eso lo que me intentas decir?

–Claro que no, aunque mi oficio no consiste en creer o dejar de creer. Tom ha dado instrucciones a mi despacho para que actuemos en su

favor. Si esto llega a los tribunales…

Mi corazón palpita con furia.

–Dijiste que ni siquiera tenían pruebas para acusarlo, y ahora me hablas de tribunales –digo, flexionándome para abandonar la silla, apoyando las manos sobre la mesa mientras me inclino hacia Maxwell–. ¿Y cómo podemos estar seguros de que Katie está muerta? ¿No la estaban buscando?

–Todas las pruebas, o la falta de ellas, apuntan a que Katie ya no está viva, Beth. Sencillamente, desapareció del todo. Al principio, sus amigos daban por hecho que se había ido de viaje, pero parece que su único contacto con ellos fue por email, y empezaron a sospechar que ni siquiera eran de ella. Nunca utilizó una tarjeta de crédito en el extranjero para comprar. No hay ni rastro. Así que, al no tener pruebas de que esté viva, me temo que buscan sus restos.

–Tom no tuvo nada que ver con su desaparición o su presunta muerte, Maxwell –digo–. Dijiste que lo sacarías de ahí.

–Ya sé lo que dije, Beth –suspira–. Ya que Manning es un inspector con tanta experiencia, me sorprende que esté haciendo el idiota, que no comparta todas las pruebas conmigo. Lamentablemente, me parece que estos investigadores creen que se las saben todas. Me da la sensación de que tienen algo que convencerá a la fiscalía general británica para presentar cargos. Hay algo que se están reservando, y al principio creí que lo hacían porque no disponían de nada firme, pero ya no lo tengo tan claro.

Tardo varios segundos en procesar esta información, y cuando por fin lo hago, siento que me flaquean las piernas. Me vuelvo a sentar con fuerza, sacudiendo la cabeza con vehemencia.

–No, no, no.

–Lo siento, Beth. Solo puede que sea así, pero quería prepararte para ello. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para asegurar que vuelva a casa contigo y con Poppy.

Estoy preocupada por Tom, pero no puedo dejar de pensar en qué significa todo esto para mí. Me doy cuenta de que si Tom resulta acusado, voy a ser la persona más escrutada de Lower Tew.

La mujer de un presunto asesino.

Capítulo 19

Beth

Ahora

Maxwell tenía razón. Tras su partida, la policía tardó menos de una hora en llamar y preguntarme a qué hora podría charlar con ellos. Conseguí posponerlo; les dije que mañana tras el almuerzo me iría bien. Me pidieron que fuera a comisaría. Tras explicar que no tengo a nadie que recoja a Poppy de la guardería acordamos que vendrían a casa. Dejarlo para mañana me da tiempo de pensar en todo lo que Maxwell me contó, y también calcular cómo voy a formular mis respuestas. Está claro que me va a hacer falta.

Antes, Maxwell me estuvo preparando con la clase de preguntas que creía probables, y a pesar de que no dejaba de repetirlo, cada vez que intentaba responder decía demasiado.

–Demasiada paja –decía; paja que puede empeorarle a Tom las cosas, si he de creerme al abogado.

Hacer que esperen también sirve para que vayan transcurriendo las horas. Cuanto menos tiempo tengan para reunir pruebas, más probabilidades de que se les cuele el tiempo y lo tengan que soltar.

He ordenado la cocina, he sacado los juguetes de Poppy, y justo ahora, a punto de echarme en el sofá y poner los pies en alto, vuelven a llamar a la puerta. Intento tranquilizar la voz de pánico que siento en mi cabeza y que me dice que es la policía tratando de cogerme desprevenida viniendo antes de tiempo.

Pero podría ser.

Mierda.

Doy una bocanada de aire profunda y retumbante, y abro sin soltar la cadena de la puerta. Esperaba ver a dos agentes con caras graves, como la noche del lunes, pero tan solo hay una persona ahí fuera. Siento alivio al ver que no es un policía, pero me impacta que sea Adam quien esté ahí.

–Hola –dice con una sonrisa que vacila al esbozarse en sus labios–. Sé que es una intrusión inesperada, pero… bueno, he oído que a Tom lo han arrestado. –Mira de soslayo, como si tuviera miedo de que vaya a ponerme a chillar–. Si quieres que me meta en mis propios asuntos, por favor dime que me largue. Pero si nadie te ha preguntado cómo

estás, o si necesitas apoyo, pensé que podría ofrecerme. Sé cómo es que te eviten, ¿te acuerdas?

Ahora su sonrisa es amplia, se refleja en su mirada. En sus ojos bondadosos. Irradia cordialidad. Tanta, que me pongo a llorar.

–Oh, no. Lo siento mucho. –Levanta ambas manos con las palmas hacia arriba y se aparta como si me hubiera hecho daño físico–. De verdad no quería disgustarte, Beth… –Parece morirse de vergüenza.

–No. No. Todo bien… Es que ha sido un día muy largo. No me has disgustado. –Cierro la puerta un poquito para poder soltar la cadena del pasador, y luego la abro de par en par y me hago a un lado para que pueda entrar–. Gracias. Me sabe mal haberme puesto a llorar.

–No, para nada. Yo estoy todo el rato llorando –dice. Me río entre lágrimas. Luego me temo que no lo dice en broma.

–Ah, lo dices en serio. No era… no era mi intención reírme. Tienes todo el derecho a llorar.

Ahora es Adam quien se ríe.

–Volvamos a empezar –dice–. Pasaba por aquí para ver si necesitas a alguien con quien compartir las penas, si quieres. O para hablar, compartir quejas, que te escuchen si estás flipando con esto… o por si te puedo ayudar de algún modo ahora mismo.

–Todo lo que has dicho, me parece.

Asiente.

–Vale. Entonces me alegro de no haberme rajado de camino a tu casa.

–¿Ibas a hacerlo?

–Sí, ¡Dios! No te conozco muy bien. A ver, pareces encantadora. Te portaste muy bien con mi hija ayer y propusiste que viniera algún día, cosa que te agradezco. Pero podrías haber reaccionado arrancándome la cabeza de un mordisco, ¡yo que sé!

–Claro, supongo que era una posibilidad. En fin, ¿puedo ofrecerte algo? ¿Dónde está Jess?

–Tengo una vecina maravillosa que se llama Constance, a la que a veces no le importa ayudarme. Está en mi casa, cuidando de ella. Pocas veces la llamo por la tarde, pero pensé que esta sería una ocasión en que me convendría hacerlo. Y, sí, me gustaría tomar algo. ¿Tienes chocolate caliente?

–Yo pensaba en algo con alta graduación de alcohol, pero si quieres tengo chocolate caliente. Eso es lo que tengo. –Miro hacia un lado.

–Ay Dios –sacude la cabeza–. Debes de pensar que soy un muermo con esto del chocolate caliente. Pero es lo que más le gusta a Jess y me he acostumbrado a tomarlo con ella. Mejor que estrenar una botella de whisky. Eso sería terreno resbaladizo, estando solo y teniendo que cuidar de una niña de tres años.

–Claro. ¡Ahora me siento como una madre horrible! Marchando chocolate caliente –digo. No creo que sea un muermo. Me parece

encomiable que se abstenga de beber alcohol, y que Jess sea su prioridad siempre. Está claro que es un padre atento y responsable.

–No insinuaba que fueras mala madre porque te apetezca una copa –dice, con los ojos muy abiertos–. Vaya, he empezado metiendo la pata contigo. –Está aturdido; le salen manchas rojas a lo largo de la garganta. Se rasca la cara.

–Oye, Adam… para ya –digo, pasando a la cocina. Me sigue–. Estás aquí. ¿Ves a alguien más? –Señalo con la mano a nuestro alrededor–. La policía me ha invadido la casa hoy, buscando pruebas para condenar a mi marido. –Me noto la voz entrecortada y toso para que no lo note. Los ojos de Adam se abren de par en par, pero sigo hablando para que no me pregunte. No quiero volver a llorar–.Tener compañía ahora mismo seguramente es lo que más me conviene, y no tengo a nadie más en quien apoyarme. No te preocupes por lo que puedas decir… No se me da mejor que a ti, créeme. ¿Te acuerdas de que me arrepentí al instante de las cosas que te dije en la cafetería? Me respondiste que no te importaba.

Adam asiente y respira hondo. Parece sentirse mejor después de mis revelaciones.

–No, no me importó, tienes razón. No es lo que se dice, ¿verdad? Son las acciones. Es que alguien se tome un tiempo para hablar, que sepan escucharte. Eso es lo que importa.

–Exacto. Y me siento igual. Te agradezco que decidieras pasarte por aquí. –Encuentro los sobres de chocolate y cojo dos tazones. Me va bien que Adam esté aquí: le habría dado a la botella, y por lo menos llevaría ya dos copas y estaría fuera de mis casillas.

–Qué bien. Entonces me alegro de haber logrado venir hasta tu puerta.

–Yo también, que estés aquí me ayuda quitarme de la cabeza a los dos policías que mañana quieren hablar conmigo.

–Oh, vaya. –Levanta las cejas–. Qué fuerte. Debes de estar muy ansiosa, especialmente después de que han registrado tu casa. Mira, no estoy aquí en busca de primicias… no tienes que contarme nada.

–Ya lo sé. Gracias, Adam. Confío en ti.

«Más que en mi marido ahora mismo, probablemente».

Capítulo 20

Beth

Ahora

Lo de anoche ayudó. A Adam se le da muy bien escuchar, tanto como me había asegurado, y aunque no hice alarde de mis sentimientos, ni del horror que experimenté al ver que tanta gente había puesto mi casa patas arriba, me sentí bien compartiendo algunos de mis temores. Verbalizarlos frente a alguien que no sea un abogado. Terminamos hablando más sobre Camilla que acerca de Tom. Es evidente que se sintió devastado tras perderla, especialmente dado el modo en que ocurrió: una reacción anafiláctica grave. Decía que le restaba importancia a su alergia a los frutos secos, ya que hacía años que no le había causado molestias, y que no comprobaba religiosamente los etiquetados. Siempre llevaba consigo un EpiPen, así que no tenían por qué temer que pasara algo tan trágico.

Dijo que habla con Jess todo el tiempo acerca de ella, pero que no se suelta con nadie sobre sus sentimientos; el impacto que ha tenido en su vida; lo solo que está. Me dijo que echa en falta la conversación y la compañía adulta, pero no quería poner sus necesidades por delante de las de Jess. Pobre Adam. Parecía ser que me necesitaba más de lo que yo lo necesitaba a él. Sin embargo, al menos me quitó mi propia situación de la mente. Volverá a traer a Jess a la cafetería, lo convertirá en algo más habitual para que se divierta, pero también para que interactúe con adultos. Creo que es la solución perfecta en su caso.

Me pregunto cuál es la solución perfecta en el mío.

Poppy no quería que la dejara en la guardería esta mañana. Puede que note que mi ansiedad va en aumento. Vi al grupo de madres de ayer, y charlamos un poco, vigilando de no mencionar el registro policial ni el arresto de Tom. Ellas tampoco hicieron alusión, aunque estoy segura de que deben de estar al corriente de ambas cosas y se mueren por enterarse de más. Cuando haya hablado con el inspector Manning y la agente Cooper, en unas horas, debería disponer de una imagen más clara acerca de adónde va todo esto. Entonces me prepararé para lo siguiente.

Si todo va bien, tal vez tenga a Tom en casa más tarde. Todo volverá

a la normalidad. Es tan extraño pensar que hace unos días todo se veía feliz, fácil y despreocupado. Lo rápido que pueden cambiar las cosas. En un instante, el rumbo de tu vida puede dar un vuelco radical y llevarte a algo que nunca habías anticipado.

Me alegraré una vez haya tenido esa charla con los policías. Por lo menos han aceptado llevarla a cabo en mi casa, y no en la comisaría. No podría soportar esa humillación añadida, aunque eso significa que los vecinos los verán de camino a mi casa. De nuevo.

–Buenos días –digo al entrar en la cafetería. Dos mesas están ocupadas: hay gente disfrutando de tazas y pasteles. Nadie está pintando cerámica. Los clientes, a ninguno de los cuales reconozco del pueblo, me devuelven el saludo con educación y me observan mientras camino hacia la trastienda. Siento un hormigueo en el vello de la nuca.

–Hola, Lucy. ¿Va todo bien esta mañana? –pregunto, poniéndome un delantal. Lucy está de pie tras la barra, rellenando las fuentes con pastas y delicias horneadas.

–Sí. De hecho, sí hay algo un poco raro.

–¿Ah? ¿Cómo, raro? –Tengo la sensación de saber ya por dónde van los tiros.

–¡Los clientes estaban haciendo cola! Esperaban a que abriera. Me parecieron un poco demasiado entusiastas. Y no son de Lower Tew. –Lucy achica los ojos.

Lo que pensaba. Las noticias van viajando, crece la curiosidad. Turistas. Y no creo que estén aquí por el paisaje o por la cerámica. Me siento desprevenida por las náuseas y tengo que agarrarme el estómago.

–Bueno, si son clientes… Dinerito para mi bolsillo –digo, emitiendo una carcajada forzada.

–Sí, ya. Espero que no se convierta en un circo. La nuestra es una comunidad pequeña y encantadora: a la gente del pueblo no le va a gustar que se haga famoso por algo que no sean sus casitas pintorescas y su pub fenomenal –dice, antes de añadir, con tensión en su sonrisa–: Y el *ceramics café*, claro.

–Mira, Lucy, esto es lo último que quiero que pase, ya lo sabes. –No puedo disimular que estoy dolida. Lucy lleva trabajando más de un año para mí y siempre nos hemos llevado bien. No me gustaría para nada que esto afectase a nuestra relación laboral; la necesito.

–Está claro que esto durará cuatro días. Más tarde tengo que hablar con la policía. Espero que así me aclare. Tom es un buen hombre –digo, secándome con la manga una lágrima rebelde.

–Perdóname, Beth. No quería ser tan poco comprensiva, y menos después de que hayas recibido noticias tan malas.

–¿Así que tú también has oído lo último?

Lucy me envuelve con un brazo y reposa su cabeza sobre mi hombro.

–Esto es un pueblo, Beth –dice, a modo de explicación. Suspiro, y ella sigue–: Me encanta trabajar aquí, y me encanta vivir en Lower Tew. A veces me pongo un poco sobreprotectora cuando se trata de este sitio.

–Ya lo sé, cariño. Y está muy bien que la comunidad sea importante para ti. Me encanta tu pasión. Al fin y al cabo es por eso que te contraté. Todo va a ir bien, te lo prometo.

Es una promesa de la que me arrepiento de inmediato. ¿Cómo voy a saber que todo saldrá bien? No hay garantías de que Tom vaya a salir al fin del período de arresto. No hay ninguna certeza.

Intento reponerme, me regaño a mí misma.

Sí es una certeza. Por supuesto que todo saldrá bien.

La policía no puede tener suficientes pruebas como para acusarlo. No puede ser. Sé positiva. A no ser que aparezca algo que me contradiga, debo mostrarle al mundo que todo irá bien. De momento, por mi bien y por el de Poppy, actúo sobre la suposición de que Tom es completamente inocente, y que no hay ninguna posibilidad de que pueda ser acusado de un crimen tan terrible.

La verdad vencerá.

Capítulo 21

Beth

Ahora

He estado de brazos cruzados, literalmente, durante la última media hora. Mirando al reloj. Esperando. ¿Por qué vienen con tanto retraso? ¿Es porque han estado liados consiguiendo el permiso de un magistrado para ampliar el período de custodia de Tom? No está en casa, y sus 36 horas hace rato que ya han terminado, de modo que supongo que lo han conseguido. Puede que solo quieran llegar tarde a propósito para hacerme empezar con mal pie.

«Respira».

El desayuno de esta mañana se me revuelve en el estómago. La digestión se me ha ido al traste. Si no se dan prisa, encima iré a recoger a Poppy tarde en la guardería. Ya me siento bastante culpable por dejar a Lucy sola más tiempo de lo habitual. No me conviene el estrés añadido de preocuparme por defraudar a Poppy.

«Por el amor de Dios, daos prisa».

Los fuertes golpes en la puerta me inmovilizan. Son ellos.

«Vamos, Beth, tú puedes».

Aprieto y relajo los puños varias veces, zarandeo los hombros para que se suelten, respiro a fondo y tranquilamente me dirijo a la puerta.

–Señora Hardcastle –dice la agente Cooper, levantando la barbilla. Trago saliva con fuerza, y luego la invito a pasar. Justo cuando me congratulo de que solo hay un agente, se desliza por la esquina la figura maciza del inspector Manning y empieza a andar tras mis pasos. Suelta un seco «hola» y sigue a Cooper a mi casa.

–Nos vimos muy brevemente ayer, como debe recordar –dice, como si fuera una experiencia que pudiera a olvidar–. Soy la agente Imogen Cooper, trabajo con el inspector Manning. Gracias por atendernos hoy.

Me fijo en los ojos de Cooper, yendo de una punta a otra de la sala, fijándose en el más minúsculo detalle. ¿No lo había hecho ya anoche? ¿Es nada más que para impresionarme? El modo en que camina no hace ningún favor a mis nervios.

–Si quieren pasar a la cocina, estoy preparando café y he horneado unas galletas. –El olor de mis galletas de limón, jengibre y virutas de chocolate blanco flota en el aire por la casa. A mis clientes les suelen

caer del cielo, así que espero que ellos se ablanden también un poco.

–Gracias –dice. Creo que intuyo algo parecido a una sonrisa, pero puede que esté equivocada. Es difícil saberlo: su expresión no ha cambiado realmente desde que ha entrado. Tengo la sensación de que me van a hacer pasar un mal rato. Miro al inspector Manning y sonrío. Por suerte, también lo hace, y permito que mi mente enloquecida se calme un poco.

Se sientan uno al lado del otro en la mesa de estilo rústico, y sacan libretas y bolígrafos. Intento centrarme en el café que les sirvo. Me tiemblan las manos, pero no puedo evitarlo. Seguro que los nervios son frecuentes, y lo esperaban en una situación así, ¿no? No creerán que sea algo extraño, o señal de que estoy preocupada, ¿verdad? Aunque me gustaría alargar este momento, postergar las inevitables preguntas, sé que no puedo dedicarme a hacer tiempo.

–Ahí tienen. Las mejores galletas del Local de Poppy –digo, con alegría, mientras dejo dos fuentes ante los agentes y vuelvo a buscar la bandeja con las tazas.

–Entonces, ¿El Local de Poppy es su cafetería? –pregunta la agente Cooper.

–Sí, es un *ceramics café*: se puede venir a pintar piezas ya hechas, como platos, tazones, animales y otras cosas, y tomar café y un pastelito mientras uno lo va preparando. Luego lo introducimos en el horno de alfarero, lo cocemos durante la noche, y las piezas se pueden recoger al día siguiente, o se las mando. Lo inauguré al poco de mudarnos aquí, y ha sido una muy buena experiencia. La gente ha sido muy entusiasta… –Corto en seco al darme cuenta de que ya lo estoy haciendo: largando más de la cuenta, cuando en realidad podría haber dicho, sencillamente, «sí, soy la dueña de la cafetería».

No pasa nada. Ahora que me he sacado la inquietud de encima, tal vez sepa responder a las preguntas serias con más brevedad.

–Suena… interesante –dice el inspector Manning, mirando de soslayo a su compañera. Me tienta añadir que ya sé que no es del agrado de todos, pero me muerdo la lengua.

–¿Cómo lo está llevando, señora Hardcastle, teniendo en cuenta que su marido está bajo custodia? –pregunta Imogen Cooper, antes de sorber el café. Creo que es una pregunta trampa. La ha formulado como si no pasara nada, sin bolígrafo, para hacerme creer que esto es una charla desenfadada. Intenta que me relaje, tal vez. O eso es lo que me quiere hacer creer.

Ahora pienso que ojalá Maxwell no hubiera venido anoche. Ha conseguido ponerme tan tensa que me estoy obsesionando con las preguntas más simples. Me obligo a distender los hombros, y relajo la musculatura conscientemente. Lo voy a hacer a mi manera.

–No muy bien, francamente. Como se puede imaginar, todo esto ha

surgido de la nada. Como un rayo fulminante, por así decirlo. No lo puedo entender, si les digo la verdad. ¿Cómo pueden creer que Tom está involucrado en la desaparición de esa mujer?

–Siento mucho que todo esto haya sucedido de manera tan repentina, señora Hardcastle…

–Llámeme Beth, por favor, agente Cooper. Llamarme así una y otra vez se hace eterno –digo con una sonrisa.

–Beth, entiendo que le impacte que su marido esté bajo custodia. Tenemos motivos para creer que fue la última persona en ver a Katie Williams. Eso, por supuesto, lo convierte en un presunto implicado. A menudo resulta ser que la última persona que vio a alguien fue quien tuvo que ver con su desaparición. –Cooper ahora saca su libreta y balancea el boli. Mira al inspector Manning y él se inclina hacia delante, colocando su teléfono móvil entre nosotros, dispuesto a empezar sus preguntas.

Me paso la lengua por los labios, tratando de lubricarlos, pero no hay mucho con que humedecerlos. Tomo un sorbo rápido de café.

–Para que quede constancia en la grabación, el inspector David Manning y la agente Imogen Cooper entrevistan a Bethany Hardcastle en su casa…

Siento que mi cabeza está yendo para otro lado cuando empieza a decir «para que quede constancia en la grabación». En mis oídos suena un ruido atronador: un chirrido agudo que está a punto de arrojarme al pánico. No lo he visto venir. Los bolígrafos y las libretas ya me producían bastante nerviosismo.

Empieza hablando conmigo, y no al teléfono. Su voz me devuelve al instante presente y recobro la compostura.

–¿Ustedes vivían en Londres antes de mudarse aquí? –pregunta, mirándome directamente a los ojos.

–Sí, correcto. Teníamos un piso en Bethnal Green. Bueno, en realidad el piso era de Tom. Me instalé con él y luego nos casamos. Cuando me quedé embarazada entendimos que tocaría mudarnos de allí en algún momento, ya que no era lo bastante grande para una familia que iba a crecer. Pero luego, después de tener a Poppy no parecía el mejor momento, y al volver de mi baja por maternidad me ascendieron. Así que seguimos un tiempo más. Al cabo de unos meses supe que no era realmente lo que quería. –Dejo de hablar. En primer lugar, para respirar, y en segundo, porque me doy cuenta de que estoy haciendo todo lo contrario a las instrucciones que me habían dado.

«Respuestas breves. Por Dios».

Poso las manos sobre mi regazo. Las junto con fuerza y me estrujo los dedos hasta que duelen. Aprieto los labios para evitar más vómito verbal.

–¿Cuándo y dónde se conocieron? –pregunta él. Se remueve más

hacia el fondo de la silla, y me pasa por la mente que se está poniendo cómodo para otra respuesta interminable.

–Fue hace siete años. Me acuerdo con claridad, porque cumplía veintisiete años: sábado 5 de abril. Justo en la terraza del Sager + Wilde. Estaba sentada con mis amigos. –El recuerdo me hace sonreír y dejo de hablar. Manning levanta las cejas y se sienta más cerca para garabatear algo. Me pregunto por qué se toma la molestia de sacar notas si lo está grabando. ¿Para producir la impresión de que su visita es algo serio? ¿Para asegurarse de que esté tan tensa como sea posible?

–¿Le contó acerca de su relación anterior con Katie Williams?

–Sí. De hecho, aquella misma noche. Recuerdo que me dijo que le habían roto el corazón hacía poco, y que no esperaba conocer a nadie ni tener una conexión tan inmediata como la que tuvo conmigo. Lo dijo medio en broma en aquel momento, claro. Pero cuando empezamos a salir y la relación se volvió seria, me contó en confianza que se quedó bastante hecho polvo cuando Katie se fue repentinamente. Fue inesperado que recogiera los bártulos y se marchara al extranjero.

–¿Lo bastante hecho polvo como para impedirle que se fuera? –dice Cooper.

Trato de no mirarla directamente.

–No. Tom tenía el corazón roto, sinceramente, porque se marchó. Se había ido. No la retuvo. Y, ¿sabe? Después de que ustedes, la otra noche, le contaran que sospechaban que algo le había pasado, estuvo destrozado. Durante todos esos años, simplemente creyó que ella llevaba la vida con la que soñaba en otro país, y ustedes acabaron con ese convencimiento. Puede que haya sido el último en verla en *este país,* por lo que saben, pero obviamente alguien la habrá visto en algún otro lugar.

Ambos policías dirigen la vista a sus libretas, y ninguno de los dos responde. Supongo que no habrán encontrado a nadie que afirme haberla visto. Tom sigue siendo la última persona. Ese es el motivo por el que lo retienen. No podrán acusarlo de nada, no hay manera.

–Durante estos siete años desde que conoció a Tom, ¿ha habido alguna vez en que mostrara una actitud agresiva hacia usted? ¿Hacia su hija?

Sacudo la cabeza y suspiro. Maxwell ya había dicho que este sería un ángulo que utilizarían, pero ahora que me lo preguntan me siento consternada.

–No. En absoluto. Es el más amable, tierno y cariñoso de los hombres, y quiere a Poppy más que a su propia vida –digo–. Pregúnteselo a cualquier persona –añado.

–Un buen hombre de familia –murmura Manning.

–Sí, eso mismo. Por eso esto me parece una locura tan grande. Están perdiendo el tiempo examinando a Tom. El lugar en que se encuentra Katie… mi marido no lo sabe. ¿No será que vive desconectada de todo? –Es una propuesta optimista. Quiero preguntar por qué han decidido que ha sufrido daño casi ocho años después de haber abandonado el país, pero no me lo van a decir. Deja que pregunten ellos; no tiene sentido sulfurarlos mientras tengan a mi marido encerrado.

–Seremos nosotros quienes formulemos las teorías, si no le importa –dice el inspector Manning, rotundamente.

Murmullo una disculpa.

–¿Cómo describiría su relación? –pregunta él.

–Fantástica, gracias –digo, de manera demasiado repentina–. Estamos muy felices. Nos hemos procurado la vida perfecta para las dos en este lugar.

–Ambos parecen trabajar mucho, Beth. Debe de ser difícil encontrar tiempo para ustedes, especialmente teniendo una niña pequeña. A menudo cuesta mantener una buena racha en una relación cuando se imponen exigencias por todos lados. –Es Cooper quien lo dice, y está claro que se trata de una indirecta. Por ahí no paso. Ya que no ha preguntado nada directamente, me quedo callada. Maxwell estaría orgulloso. Parece darse cuenta de que es eso lo que hago y formula una pregunta–: Usted, inmersa en su nuevo negocio, además de ocuparse de Poppy, y Tom pasando tanto tiempo en el trabajo, o en el tren… ¿Qué impacto ha tenido en ustedes?

Me cuido de tomarme mi tiempo al responder, sirviéndome un poco de café mientras pienso. Tengo presentes sus ojos, que me miran expectantes.

–Por supuesto es inevitable que existan varias fases en una relación sana, y el hecho de que llegara Poppy significó que tuvimos que ajustarnos. Pero es lo mejor que nos ha pasado en la vida y ambos la adoramos. Tom se desvive por ella –digo, sonriendo–. Hemos aprendido a adaptarnos, y hemos logrado seguir como recién casados. Tom siempre se asegura de que haya tiempo para nosotros por las noches y pasamos fines de semana estupendos. –Creo que esa apreciación es justa, más o menos.

–¿Tom vuelve del trabajo a qué hora?

–Hacia las seis… Antes, si le permiten salir puntual. Le gusta pasar rato con Poppy y leerle un cuento para ir a dormir. Negoció con su banco disfrutar de horarios un poco diferentes para poder hacerlo.

–Ya –dice la agente Cooper, con la vista hacia abajo y rebuscando entre las hojas de su libreta. Levanta la cabeza y por un instante no dice nada mientras me mira fijamente a los ojos, con los labios muy apretados. Trato de controlar una pierna que se me sacude bajo la

mesa–. Viendo que ustedes tienen esa «fantástica» relación –prosigue Cooper, haciendo el repelente gesto de imitar comillas con los dedos–, es de suponer que lo comparten todo, ¿no? Ya sabe, como cuando se dice que… ¿entre ustedes no hay secretos?

Es una pregunta trampa. Toda pareja tiene por lo menos algún secreto, ¿o no? Pero si digo eso lo va a desvirtuar y a hacerlo sonar como que he mentido acerca de la buena relación que tenemos.

«Ve a lo seguro».

–Lo compartimos todo, sí. –Opto por ser breve. Lo que Maxwell me aconsejó merece la pena.

–Así pues, ¿usted sabe por qué llegó tarde el lunes por la noche? –Su mirada no se desvía de la mía.

«Mierda». No lo sé. Nunca llegué a preguntárselo. He caído en su trampa con esta pregunta. Ahora es el momento de decir simplemente la verdad.

–No, no llegué a tener ocasión porque el inspector Manning se lo llevó a rastras justo cuando llegaba a casa. –Le mando una sonrisa mordaz a Manning.

–Sin embargo, volvió esa misma noche. ¿No lo hablaron entonces?

–Yo estaba en la cama, y luego él se fue temprano por la mañana, como siempre.

Cooper asiente, despacio.

–¿De verdad? –dice.

Mi pulso cardíaco se acelera.

–Sí, de verdad –le digo. Noto que mi tono de voz flaquea. Sin ninguna duda ellos lo han percibido también. Cooper se sienta más hacia delante, con su rostro tan cerca que huelo el café de su aliento y veo la intensidad de sus ojos: motas azules en un gris de acero.

–¿Le sorprendería saber que no fue a trabajar al día siguiente? –dice.

Inconscientemente doy un grito ahogado. «¿Cómo? ¿Tom no fue a trabajar el martes?»

No tengo modo de recuperarme de la reacción de shock que acabo de mostrar. Y no se me ocurre nada que pueda decir como respuesta.

–Lo tomo por un sí, en ese caso.

Las cejas de Cooper se elevan y sus labios forman una raya mientras va escribiendo. El bolígrafo chirriando sobre el papel es el único sonido de la sala.

Capítulo 22

Beth

Ahora

Siento una opresión en el pecho de camino a la guardería; cualquier simple aliento parece enredarse en los pulmones. Tengo que prestar declaración oficial en la comisaría de Banbury tan pronto como sea posible. La gravedad de esta situación finalmente ha hecho mella en mi cerebro y he pasado a modo de autopreservación.

Tom me mintió.

Manning y Cooper apenas dejaron dudas al respecto. No puede ser que ellos mintieran afirmando que Tom no fue a trabajar. Estoy segura de que, en ciertas circunstancias, juegan con el modo en que pasan información a quienes interrogan, pero esta no parece ser una de esas situaciones. Dijeron que habían estado comprobando imágenes de cámaras de seguridad y que Tom no fue visto subiendo a ningún tren hacia Londres, ni se presentó en el banco. Que yo no lo supiera irá en contra de Tom. Pero supongo que el motivo de ausencia del trabajo pesa aún más. ¿Conocerán los agentes su razón para no ir? Aunque no entiendo qué relación puede tener con algo que sucedió hace ocho años.

La pregunta se me clava en el cerebro. ¿Qué estaría haciendo, si no estaba en el trabajo? Se marchó a la hora habitual; iba en traje; cogió su maleta, igual que siempre.

No llevaba puesta la chaqueta del traje cuando volvió la noche del lunes. Ahora me doy cuenta, y también recuerdo un agrio olor al abrazarlo. No le había dado más importancia, ya que se me quitó de la cabeza cuando los policías se lo llevaron. Pero ¿qué sería? ¿Sudor? Tom no es una persona especialmente sudorosa, excepto cuando sale a correr un buen rato.

¿Por qué no confiaría en mí lo suficiente para decirme por qué llegaba tarde? ¿Y dónde estaba realmente el martes? Tal vez el interrogatorio despertó en él más preocupaciones de las que me dio a entender. O puede que sonsacarle recuerdos del pasado lo alterase. Me pregunto si ha llegado a pensar en lo alterada que estoy yo con todo esto. Lo triste que su hija se pondrá cuando no esté otra noche en casa. Si tengo oportunidad de hablar con él por teléfono, ¿surgirán de

mí todas esas preguntas? ¿O tal vez lo que saldrá disparado será una invectiva de furia? Tras la última revelación, ni siquiera sé si quiero oír su voz. Escuchar más mentiras.

–Guapa, ¿cómo estás? –La voz, aunque no muy alta, me produce un susto. Miro detenidamente a mi alrededor. Está ante la puerta de la guardería.

–Disculpa, tenía la cabeza en otra parte –le digo a Julia, intentando sonreír, pero sin conseguirlo.

–Espero que las cosas no estén yendo a peor –dice, arqueando una ceja perfectamente aseada. Me parece que es *microblading*. Sin saber muy bien qué decir, sencillamente exhalo un largo suspiro.

–Ay. Vaya. A ver, mira… si necesitas hablar, por favor llámame, ¿vale?

–No tengo tu número –le digo de inmediato.

Julia emite una risita nerviosa. Tal vez se acaba de dar cuenta de que nunca me había hecho caso antes de que Tom y yo nos convirtiéramos en la comidilla de todo el pueblo. Saca una tarjeta de un bolsillo lateral de su bolso Gucci y me la pasa.

–Cuando quieras, día o noche –dice. Suena a que va en serio.

En mi mano le doy la vuelta a la tarjeta. Una grafía con relieve dorado adorna el anverso: JULIA BENNINGTON. TERAPEUTA DE BELLEZA. Ah, eso lo explica todo. No puedo creer que no me diera cuenta de que se dedica a esto. Me pregunto cómo hace tantas cosas teniendo trillizos; es básicamente Supermamá.

–Gracias –le digo. Mi voz decae, y se me inundan los ojos de lágrimas.

–Todo irá bien, guapa –murmura, frotándome el brazo mientras entramos. El rostro de Poppy se ilumina al verme y por un momento mi ansiedad se disuelve. Viene corriendo con un paso incómodo, con una pintura en la mano.

–¡Mamá! ¡Lo he hecho para ti! –dice, lanzándome la imagen, todavía húmeda.

–Oh, qué bonito, cariño. –Reprimo más lágrimas al ver tres manchas de tamaños diferentes con brazos y piernas con forma de palo.

–Tú, yo, y papá. –Los señala.

El corazón se me empieza a hacer añicos.

«Ay, Tom, ¿qué nos has hecho?»

Capítulo 23

Beth

Ahora

Los viernes por la mañana suelo enviar las creaciones de alfarería, pasadas por el horno, a la gente que no las ha podido recoger en El Local de Poppy. He quedado con Lucy en que lo hará ella. Van a ser unos cuantos viajes en bici, así que por una vez puede abrir más tarde la cafetería. Un escalofrío me recorre el cuerpo al pensarlo. Si abrimos tarde seguramente daremos de qué hablar. Dejé a Poppy en la guardería sin cruzarme con Julia, todo un alivio, ya que estaba demasiado nerviosa para quedarme a charlar. Tengo que estar en la comisaría de Banbury a las diez. He dormido incluso menos de lo habitual, porque mi mente no deja de darle vueltas una y otra vez a la declaración que estoy a punto de realizar.

Justo ahora, en el párking trasero de la comisaría, me doy cuenta de que no puedo recordar nada del trayecto que hice hasta aquí. Solía pensar que llevaba bien el estrés. Siempre lo he controlado, y no me he dejado controlar por él. Hoy, las punzadas que castigan mi abdomen, la cabeza que me duele como si estuviera en llamas y las manos temblorosas, son señales de que he perdido el combate esta vez. Este estrés es distinto, en cualquier caso. Muchas cosas penden de un hilo.

Revisando mi aspecto en el espejo, hago un pacto en silencio conmigo misma; luego salgo del coche y voy caminando con seguridad hacia la entrada.

He hecho mi declaración oficial pero, sorprendentemente, no al inspector Manning ni a la agente Cooper, como había esperado. Tal vez sea porque anoche ya consiguieron lo que buscaban, y el papeleo lo dejan a policías menos cualificados. O puede que sea porque no soy tan importante. Francamente, sentir menos presión me ha ayudado un poco. De todos modos, no estoy segura de haber dado una buena impresión. Desde que me dijeron que Tom no fue a trabajar el martes, mi mente ha estado dando vueltas sin parar, y mi inquietud debe de ser evidente, por mucho que lo ensayara durante toda la noche.

Doy un vistazo alrededor de la comisaría antes de salir,

preguntándome dónde debe de estar Tom exactamente. El agente Walters, el detective que vino a mi casa la noche del lunes, se fija en mí y viene a verme. Mi instinto inmediato es el de irme rápidamente antes de que me alcance, pero mis pies se niegan a moverse.

–Sabe que su marido ha sido trasladado, ¿verdad? –Achica los ojos.

–No. ¿Qué quiere decir con que lo han trasladado?

–Lo siento, pensaba que le habría informado su abogado. Ya que se trata de un caso de la Policía Metropolitana, el inspector Manning y la agente Cooper siguen interrogándolo en su unidad de Londres. –Sonríe, comprensivo, mientras me hace partícipe de esta nueva información.

–Vale –digo, bajando la mirada hasta el suelo. No quiero que perciba mi mirada–. Ha sido… –Toso para despejarme la garganta–. ¿Ha sido acusado, entonces?

–No, todavía no, señora Hardcastle. Tienen tiempo hasta mañana por la noche y creo que se lo querían llevar a su terreno para seguir con el interrogatorio.

La manera en que lo expresa Walters me hace pensar que se tomarán muchas molestias para asegurarse de poder acusar a Tom. No puedo evitar que hagan acto de presencia en mi cabeza imágenes como la de Tom sometido a los «interrogatorios» de algunas series. Imagino que le hacen el submarino, que lo golpean hasta que admite su culpa para que cese el dolor. Para que el poli se salga con la suya, cueste lo que cueste.

De vuelta en el coche, me quedo sentada durante lo que parece una hora. Soy incapaz de conducir mientras siento estas náuseas. No he desayunado, algo que tampoco ayuda. Mi estómago gruñe y se remueve al agarrar el volante, e inspiro fuerte a través de la nariz y espiro por la boca, tratando de superar la sensación de asco. No contaba con las repercusiones; no había dejado que mi cabeza fuera hasta ahí. Pero ahora debo empezar a prepararme para las altas probabilidades de que Tom ya no vuelva a casa.

Capítulo 24

Tom

Ahora

¿Cuántas horas quedan? Se me está haciendo eterno. Me concentro en mis cálculos: solo tienen treinta y cuatro horas para mantenerme encerrado sin cargos. Me llevaron a su jefatura para subir el listón; para que aumente la presión sobre mí, y entonces suelte algo que me autoincrimine. Nunca he estado a gusto en espacios cerrados y este nuevo calabozo, de dos por dos, a pesar de su austeridad, me está asediando: el espacio se achica minuto a minuto. Pronto será como estar dentro de un ataúd. Ojalá hubiera aire fresco en lugar del aliento de quienes estamos bajo custodia.

Y si creo que esto es malo, no quiero imaginarme una celda de prisión.

Sin duda lo último que deseo es saber cómo es.

–Por favor, Maxwell. Hazlo bien. Sácame de aquí –murmullo mientras camino de un lugar a otro. En realidad, solo puedo dar tres pasos antes de tener que girarme y volver. Tras varias veces haciendo lo mismo, estoy mareado, así que me echo en un duro camastro como de campamento. ¿Qué habrá dicho Beth a los del trabajo? Se estarán preguntando por qué no los he contactado aun, especialmente Celia. Dios, espero que la policía no haya hablado con mis compañeros; eso sería muy violento. Se me forma un nudo en la garganta. No, no. Todo irá bien, no entres en pánico. No estaré aquí mucho más: tengo que aguantar. Volveré a casa con Beth y con Poppy, y esto no será más que un recuerdo lejano. Un mal recuerdo. Donde casi me estrello. Pero que podemos dejar atrás. Beth me ama. Esto no lo va a cambiar.

De todos modos, le debo algunas explicaciones. Y no puedo ser muy pródigo con la verdad, o debo salir con una versión totalmente distinta. Una que no implique tener que decirle que le he estado mintiendo durante meses. Todo iba bien: no hubo un solo bache en todo este tiempo. Ambos teníamos lo que queríamos. Lo que necesitábamos.

Y ahora, desde la tumba, Katie lo puede arruinar.

Capítulo 25

Beth

Ahora

El Local de Poppy está relativamente tranquilo cuando finalmente traspaso la puerta. He conducido lentamente de vuelta hacia aquí por si el mareo me obstaculizaba el juicio.

–Caray, Beth –dice Lucy, mirándome desde la mesa del fondo. Deja lo que está haciendo y corre hacia mí, rodeándome con su brazo–. Siéntate, corre. Tienes un aspecto terrible.

–Muchas gracias –le digo, intentando sonar graciosa. Me dejo guiar hasta la mesa más cercana y hago un ruido sordo al caer sobre la silla de madera–. No he desayunado. –Inhalo profundamente, apoyo los codos sobre la mesa y dejo caer la cabeza entre mis manos. Lucy desaparece de mi lado y vuelve con un brownie grande y un chocolate caliente.

–Toma, esto debería ayudarte a subir el azúcar –me dice con una expresión congelada–. Parece que estos brownies de chocolate tan deliciosos y viscosos son una especialidad de la talentosa dueña. –Sonríe y mira cómo doy un bocado.

–Sí, dicen por ahí que era una pastelera bastante buena –digo, con un pedazo de brownie descendiendo lenta e incómodamente por mi garganta. Lo hago bajar con un trago de chocolate caliente, y finjo que no siento que está ardiendo–. Gracias. ¿Qué haría yo sin ti?

Lucy se encoge de hombros. La piel alrededor de su cuello tiene un tono rosado.

–Te las arreglarías, Beth. Eres una de las mujeres con más determinación que he conocido en mi vida. Tú sola te las apañarías si tuvieras que hacerlo.

–Bueno, gracias por el voto de confianza, Lucy. Pero, de verdad, te necesito. Ahora más que nunca, de hecho.

–Ay, Dios. –Su voz se encoge en un susurro. Se le ensanchan los ojos y golpea el pecho con una mano–. ¿Han presentado cargos?

–No, todavía no. Pero tengo un presentimiento horrible, Lucy. El equipo que lleva la investigación se lo ha llevado a Londres. Tienen hasta el sábado por la noche para interrogarlo. Para reunir pruebas. –Trago saliva, tomo otro sorbo de mi taza y miro a mi alrededor, a los

pocos clientes que hay. Afortunadamente no parecen estar observando ni prestando atención a nuestra conversación. Reconozco a todo el mundo hoy, lo que es de agradecer. De momento, por lo menos. Si presentan cargos contra Tom, se va a armar la de Troya.

–¿Crees que pueden conseguir algún tipo de prueba que les permita acusarlo? –me pregunta Lucy. Tengo dudas. ¿Qué debería responderle? ¿Declarar desafiante que no hay nada que encontrar porque Tom es cien por cien inocente? ¿O debería admitir alto y claro que Tom me mintió? ¿Que deben de haber encontrado algo en casa durante el registro, porque de no ser así no hubieran podido ampliar su periodo de custodia? Mis pensamientos son un caos.

–Realmente no lo sé, Lucy –le digo, optando por ser franca con ella. Necesito ser directa con alguien, y no tengo muchas opciones.

Se queda callada un rato, mirando fijamente a la ventana y más allá. Me pregunto en qué piensa. Posiblemente en cómo demonios puedo estar aquí, diciendo que no tengo claro si mi propio marido es culpable o no. No es lo que estoy diciendo exactamente, pero sí es lo que insinúo.

–¿Qué puedo hacer para ayudarte, Beth? –me dice, volviendo a centrarse en mí.

–No hay nada que puedas hacer. –Me encojo de hombros, con las lágrimas recorriéndome las mejillas, goteando sobre la mesa. Me las seco al instante–. ¡A menos que me sepas decir adónde fue Tom el martes, porque no fue a trabajar como me dijo! –Una risa de amargura escapa de mis labios.

–Ah, hum… –La cara de Lucy se relaja, su sorpresa es patente. Sacude un poco la cabeza y resopla –. Uf… Vale, entonces tienes razón, no puedo ser de mucha ayuda. Nunca lo veo. Raramente algún fin de semana, tal vez, y en el garaje un par de veces cuando me he pasado para saludar a Oscar, pero eso es todo. No es que se relacione mucho con los del pueblo, ¿verdad?

–No. No lo hace. En verdad, diría que tu novio es la persona más cercana a lo que podríamos llamar un colega por aquí.

–¿No tienes ni idea de por qué no fue al trabajo?

–Ni idea. Me resulta un misterio, Lucy. Día sí, día también, semana tras semana, seguimos la misma rutina. –Suspiro. Me sorprendo a mí misma al confiar en Lucy de tan buena gana, pero sincerarme en voz alta ante otra persona tiene un efecto inmediato. La tensión que he estado acumulando parece estar manando de mí. Abrirse ayuda, de modo que prosigo–. Tal vez este sea el problema. Se me pasó por alto. Ni siquiera pensé en fijarme si hubo algo anómalo el martes por la mañana. Todavía no me había recuperado de su interrogatorio la noche anterior y trataba de que me contara algo. Estaba tan obcecada en eso, que no hubiera notado nada impropio de él en sus actos, ni

ninguna diferencia en su comportamiento.

Ahora se me ocurre que ni siquiera puedo saber si el martes fue la primera vez que Tom no fue a trabajar. ¿Cómo iba a saber si era algo que sucedía a menudo? Que me haya mentido una vez significa que es fácil que me haya mentido otras veces.

La certeza de que saldría se está esfumando. No solo por las pruebas que la policía puede que tenga, sino porque de repente me estoy dando cuenta de que puede que siempre me haya ocultado cosas. ¿Ha sido inmerecida mi confianza de tantos años en él?

Capítulo 26

Katie

Hace ocho años

Katie estaba recostada sobre su espalda, Tom junto a ella. El calor de sus cuerpos se entremezclaba, respiraban aceleradamente. Debajo de ella, el mantel de picnic se había arrugado y resultaba incómodo, pero ella no se movía. Sus pensamientos iban de un lugar a otro, examinando su relación. Aquel había sido un buen día, como él le había prometido. Había puesto mucho empeño en el picnic –incluyendo toda la comida favorita de ella–, y la cogía del brazo amorosamente mientras charlaban. El regalo que le había hecho era abrumador: se sintió completamente estupefacta, pero pronto se repuso. El sexo que lo siguió fue salvaje y desenfrenado; a ninguno de los dos les importó que pudieran verlos. Fue eléctrico, como cuando estuvieron juntos por primera vez. Durante aquellos breves instantes, Katie olvidó sus recelos. Olvidó el plan cancelado con sus amigos.

Tom era un buen novio, ¿verdad? Que él quisiera que ella no hiciera otra cosa que pasar tiempo a su lado era algo natural en una relación reciente, se decía. Tal vez era ella quien estaba siendo injusta al esperar que aguantara a sus amigos inmaduros, cuando estaba claro que seguían todos atrapados en la vida posuniversitaria. Ella y Tom habían movido ficha: habían alcanzado otra etapa en sus vidas. Tom no tenía miedo al compromiso; hoy lo había demostrado. Tal vez ella sí, y por ello se había asustado. A veces era muy intenso; pero era algo que le encantaba –algo que ansiaba, incluso– de él al principio. Pero ahora, a veces, solo a veces, aquella intensidad la asustaba.

Se puso en pie y, apoyándose en un codo, contempló a Tom. Recorrió con un dedo sus labios entreabiertos, tan suaves. Sus pómulos prominentes, bellamente marcados; sus ojos intensos, grandes y del azul más increíble que había visto jamás; su pelo oscuro, ondulado y despeinado de tal manera que parecía que se lo hubiera arreglado así. Todo acerca de él le hacía latir el corazón más rápido. Físicamente era perfecto. Pero no podía ignorar el sentimiento de que algo imperfecto yacía bajo la superficie. Algo chirriaba en su inconsciente: una terca señal de alarma; una voz alertándole y que se negaba a que la acallara.

Pero, de momento, estaba entusiasmada con su piel, con su olor, con su amor por ella. Ya se preocuparía por lo demás otro día. Y, de todos modos, tal vez era demasiado tarde, puesto que ya había aceptado un anillo de matrimonio.

Tom

Supe que me ganaría a Katie con el picnic y el regalo. ¿Cómo no podría estar impresionada? ¿Cómo podría decir que no? A juzgar por el sexo, el modo en que su cuerpo se estremecía cuando la hice llegar al orgasmo, sin duda había sellado el pacto. Era el momento perfecto. Si no se hubiera largado y arruinado todo cuando volvió al apartamento…

¿Cómo se atrevió a actuar a mis espaldas de aquella manera? Confiaba en ella. Sabía cuánto la quería, la deseaba. Hacía lo que fuera por ella todo el rato. Le había dedicado tanto tiempo y esfuerzo, y me lo pagaba con mentiras.

Leí sus mensajes una y otra vez.

Se estaba burlando de mí; insinuaba que la estaba obligando a cancelar sus estúpidos planes, y que ella no podía hacer nada por sí misma. ¿Está intentando hacer que parezca controlador? Es como si quisiera destruir nuestra relación. Nos acabamos de comprometer, literalmente. ¿Aceptó el anillo solo para apaciguarme? ¿Para no montar un número? Isaac se puede ir a la puta mierda: siempre intenta engatusarla. Está claro que la desea. No lo pienso aguantar. Tendré que pararle los pies.

Habrá que esperar a la hora propicia. Reaccionar de inmediato con este arrebato no va a ser lo mejor. Lo voy a meditar. Buscaré el modo de asegurarme que ella se quede conmigo.

Capítulo 27

Beth

Ahora

Poppy no deja de preguntar cuándo volverá papá. Estamos de camino a la cafetería antes de volver a nuestra casa vacía. Le he prometido que puede elegir un animal para pintarlo: lo que sea que le mantenga la cabeza distraída y que deje de preocuparse por si papá no le volverá a leer su cuento de buenas noches. Mañana será todavía peor. Como es fin de semana, normalmente estaría jugando con él, o saldríamos de paseo, o iríamos de compras al Westgate de Oxford y comeríamos fuera. Nada de esto nos ocupará el día esta vez. «¿Quizás el próximo fin de semana?», se pregunta una vocecilla en mi cabeza.

–Oh… Gracias, Lucy –digo, al ver que ya ha puesto una mesa para nosotras.

–De nada. ¡Hola, Poppy! –Lucy extiende una mano y despeina a mi hija con cariño–. ¿Cómo está mi princesa favorita esta tarde? ¿Te lo has pasado bien en la guardería?

Poppy suelta una risita.

–Sí, gracias, Luzi.

Me hace gracia. Es genial ver cómo Poppy ríe, y me encanta cuando llama «Luzi» a Lucy. Es adorable. Que Lucy tenga siempre tan buen humor es de agradecer. Muestra su talante alegre, a pesar de lo que antes le he revelado. Es casi como si aquella conversación no hubiera tenido lugar. Ojalá pudiera hacer como si nada sobre los últimos días con la misma facilidad.

–Fantástico, me alegra oírlo. Tengo unos cuantos animales especiales que buscan a alguien que los quiera mucho –dice Lucy, cogiendo la mano de Poppy para llevarla ante la selección que ha preparado.

Me preparo un latte y sirvo zumo de naranja para Poppy. Coloco magdalenas con virutas de chocolate sobre un par de platos y los llevo a la mesa. Poppy va ataviada con un delantal rosa de flores y empieza a pintar. Es increíble lo independiente que es, especialmente teniendo tres años, y no espera a que le digan qué tiene que hacer. Eso es bueno, en parte, pero imagino que podrá ser algo complicado en un futuro no tan lejano. Me siento, contemplando tranquila a Poppy mientras meriendo. Me va mirando mientras busca otro color y dice:

–Ya me comeré el mío cuando haya terminado, mamá. –Y luego vuelve a poner una expresión de intensa concentración, frunciendo el ceño. Es tan bonita, tan inocente. No podría soportar imaginarla disgustada. Dolida. Abandonada.

Alejo de mí esos pensamientos, y mientras sigue ocupada pintando, revoloteo por el lugar. Recojo un tazón usado y arreglo una mesa que acaba de quedar libre. Cualquier cosa que me ayude a cortar el flujo de pensamientos negativos. Son casi las cuatro; no falta mucho para cerrar. ¿En qué voy a ocupar la tarde cuando lleguemos a nuestra casa? Poppy estará en cama a las seis, y a las seis y media estaré preparándome una cena de microondas, ya que no he estado por la labor de cocinar ni comprar esta semana. Echarán la misma bazofia de siempre en la tele; nada me interesa en estos momentos. Puede que simplemente me vaya a la cama.

–¡Pero bueno…, hola! –Su voz sedosa me saca de mis meditaciones de un plumazo. Adam está justo junto a la entrada y Jess mira a hurtadillas entre sus piernas.

–Hola, Adam –digo cuando me acerco, y luego, agachándome a la misma altura de ella–: Y hola, Jess. Poppy estará contenta de tener a una compañera con quien sentarse a pintar animales. Ahí la tienes. –Señalo hacia el fondo de la cafetería, a Poppy, inmersa en su proceso creativo y untando el pincel en el bote, repartiendo marchas por todo el osito. Una sensación de entusiasmo crece en mi interior al ver cómo saca la punta de la lengua de su boca arqueada, con los ojos llenos de concentración. Jess sale de detrás de Adam y camina hacia Poppy. Me alegro de que parezca menos tímida que la última vez.

–¿Todo bien? –Adam ladea la cabeza, buscándome los ojos–. Si no te importa que te lo diga, pareces muy cansada.

–Genial. Eso se traduce, más o menos, como «vaya pinta tienes», ¿verdad? –le dedico una tímida sonrisa, y me asusta ponerme a llorar y a hacer el ridículo de nuevo.

–No, para nada. Si lo pensara, lo habría dicho –sonríe y se pone a reír–. Ya me conoces.

La verdad es que no lo conozco. Pero actualmente es la única persona con la que me siento totalmente a gusto. Por algún motivo confío en él, y me llega una sensación imperiosa de tranquilidad cuando estoy a su lado. Entonces me doy cuenta de que antes me sentía del mismo modo con Tom, y eso no es algo que pueda salir bien.

De todos modos, no pasa nada si charlo con Adam mientras las niñas pintan. Se las ve bien juntas: casi como hermanas. Son tan parecidas. Me duele la tripa. Tom y yo no hemos vuelto a hablar sobre tener otro bebé desde que llegó Poppy. Antes de eso, a menudo hablábamos sobre formar una familia: Tom solía advertirme de que quería dos, o cuatro niños. «En cualquier caso, ningún número impar», solía decir.

Yo decía categóricamente que en ese caso estaría contenta con dos. Ahora me pregunto si podremos conseguirlo. Sin embargo, no estoy desesperada por tener otro todavía. Hasta hace poco he sido muy feliz tal y como estamos.

–¿A ver, en qué piensas? –oigo la voz de Adam y me vuelvo hacia él.

–Perdona. He estado en comisaría hoy para hacer una declaración, y me han dicho que los agentes de la unidad de Homicidios se han llevado a Tom a Londres para seguir interrogándolo. Estoy un poco preocupada.

–Es normal que lo estés. Me sabe mal, Beth. No puedo imaginarme lo estresante que debe de ser para ti. Toda esta espera. ¿Cuánto tiempo más pueden tenerlo detenido?

–Hasta el sábado por la noche. Tienen hasta las ocho, creo. –Suelto un suspiro de estremecimiento y miro a Adam a los ojos–. ¿Y si no lo dejan libre? ¿Qué demonios voy a hacer si resulta acusado, Adam? –La desesperación empapa todas mis palabras.

–¿Sinceramente? Ya te preocuparás de eso si llega el caso, Beth. Es la única manera de ir tirando. O la mía, en cualquier caso. Hora tras hora, día tras día, tal cual. No tiendo a pensar en el futuro, me da demasiado miedo. En esos momentos pierdo el control. Me dieron un consejo muy útil: si no puedes cambiarlo, deja que fluya. Si no, las preocupaciones se te van a comer viva.

–¿Y si hubiera algo que yo *sí* puedo cambiar?

Adam frunce el ceño.

–¿Qué quieres decir?

–Da igual –contesto–. Bueno, llevas aquí mucho rato y no te han servido nada. Menuda porquería de servicio –digo, animándome y yendo a la trastienda–. ¿Qué te traigo?

Adam se queda contemplándome varios segundos antes de responder.

–Una limonada, por favor. –Doy la vuelta y me dirijo a la barra, pero siento todo el peso de sus ojos en mí. Sabe que iba a decir otra cosa. Sabe que me eché atrás en el último momento.

Capítulo 28

Beth

Ahora

–¿Papá ha vuelto a irse a trabajar? –pregunta Poppy el mismo instante en que entra en mi cuarto, se abalanza hacia la cama y sube a gatas. Son las cinco de la mañana. Es sábado. Para desgracia de mis horarios de sueño, no sabe distinguir entre días laborables y fines de semana. Anoche, cuando la acurruqué en la cama, le pedí, en un momento de desesperación, el favor de dejar a mamá quedarse acostada hasta tarde, y que si se despertaba antes de que la luz entrara por las ventanas, se quedara en su cuarto y jugara con los peluches. Dudaba acerca del resultado, y acerté. No es que estuviera dormida, ni descansando plácidamente; mi mente está demasiado ocupada explorando todas las posibilidades, todas las sendas que nuestras vidas pueden emprender a partir de ahora.

–Sí, Poppy. Lo siento… Estará… –Estoy a punto de decirle «pronto en casa», pero debería dejar de mentirle a ella también. No puedo hacerle falsas promesas–. Un tiempo más fuera –le digo, y las palabras se adhieren a mi garganta, ya que sé que ni siquiera esto es rigurosamente cierto. Si resulta acusado, pasará un tiempo antes de ir a juicio. Y entonces, si es declarado culpable…

Un dolor agudo me cruza las sienes. No puedo permitir que mi niña crezca sin su padre como me pasó a mí.

«Joder, Tom».

Los nervios me impiden comer. Me quedo mirando cómo Poppy devora el desayuno, y las náuseas me agotan. Hay lluvia, tal vez piedra, que cae a cántaros contra las ventanas. Ni siquiera me he preocupado por apartar las cortinas y echar un vistazo. La luz apenas atraviesa la tela verde oscuro: me estoy escondiendo del mundo, encerrada aquí en mi casita de campo. Una parte de mí desea cavar más hondo todavía en las profundidades de mi autocompasión, pero tengo que pensar en Poppy. La relevancia del día de hoy sin duda lo va a eclipsar todo.

Hoy es el día.

Faltan once horas.

Maxwell me llama para «prepararme» para ambos resultados: o Tom vuelve a casa, o Tom es acusado de asesinato. Es extraño, pero me asustan de la misma forma ambas eventualidades. Tal vez no sea tan raro. Debería tranquilizarme un poco. Estos han sido los días más estresantes y difíciles de mi vida adulta; y claro que me siento incómoda, nerviosa… Tanto si sale libre sin cargos como si no. Maxwell dice que, en teoría, también podrían acusarlo y soltarlo de todas maneras bajo fianza hasta que haya un juicio. A mí esta me parece la peor opción. ¿Cómo aguantaríamos? ¿Cómo seríamos como pareja si vuelve a casa, pero acusado del asesinato de Katie? No puedo siquiera empezar a imaginar cómo nuestra rutina diaria se vendría abajo, y qué tipo de conversaciones tendríamos. Le pregunto a Maxwell si, debido a la naturaleza de la acusación, sería posible salir bajo fianza. ¿No lo detendrían de inmediato? Un hombre acusado de asesinato sería considerado un riesgo… ¿para sí mismo, o para los demás?

–Puede ir de cualquier manera, Beth –dice–. Es un crimen de hace años y Tom no tiene antecedentes. No hay sentencias previas, nada que haya llamado la atención de la policía con anterioridad. Ni siquiera le habían puesto nunca una maldita multa. Está impoluto.

–Por lo visto no es así, Maxwell, o no estaríamos en esta tesitura, ¿no te parece? –Se me hace un nudo en la garganta. ¿Cómo puede pasar por alto el hecho de que, uno, a Tom lo arrestaron, y que por lo tanto la policía debe de poseer pruebas del tipo que sea contra él, y dos, que mintió acerca de ir al trabajo? Y sobre Dios sabe cuántas cosas más.

–Bueno, iba a añadir una advertencia. Como te he dicho antes, Beth, los agentes no están dando a conocer cierta información y es posible que por eso no le concedan la posibilidad de fianza. –Se percibe crispación en la voz de Maxwell. ¿Por qué tengo la impresión de que es él quien no lo está explicando todo, y no la policía?

–¿Te ha pedido Tom que no me lo cuentes todo porque le preocupa que yo no pueda con la verdad? ¿Estás seguro de que no tengo que saber algo sobre él?

–Es tu marido, Beth. Tú deberías conocerlo más. –Detecto una pizca de sarcasmo, de acusación incluso, mezclada entre sus palabras. Tiene razón, por supuesto. Más que yo no debería conocerlo nadie. Que yo no esté montando un escándalo, chillando a la gente que su detención es una farsa; que no esté obstinada en su inocencia, produce mala impresión. No demuestro ser la magnífica mujer que lo apoya en todo.

–Lo conozco bien, Maxwell. Y es un buen padre y marido –digo, firmemente–. Eso es lo que le dije a los agentes cuando hablaron conmigo por primera vez, y se lo voy a decir a cualquiera que me lo pregunte. Tom no puede haberle hecho daño a Katie. –Parece que no estoy convencida hasta el último minuto, oigo cómo Maxwell suspira

profundamente al otro lado del teléfono.

–Entonces, confía en la justicia. Si Tom es inocente, las pruebas solo pueden ser circunstanciales. Como mucho.

Se me cae el alma a los pies. Suenan alarmas en mi cabeza.

–¿Cómo que «si es inocente»? ¿No te crees que lo sea?

–Claro, claro. Conozco a Tom desde hace mucho tiempo y me ha dado consejos financieros estupendos. Jamás me ha parecido que fuera alguien capaz de causarle daño grave a nadie. Pero todavía están investigando y a juzgar por lo que dicen tener contra él, y lo que siguen investigando, no puedo de ningún modo decirte cómo va a ir todo esto. Pero puedes estar tranquila, le darán el mejor asesoramiento jurídico, pase lo que pase después.

Cuelgo y me pongo a andar de un lugar para otro, retorciéndome las manos, que siento tan inquietas y agitadas como mis pensamientos. Quiero que pase ya esta tarde de una vez. Esto se tiene que acabar. Paso un trapo a la mesa de la cocina y me llevo a Poppy al piso de arriba para vestirla. Entonces, mientras juega a hacer de veterinaria con sus peluches, me desplomo sobre el sofá del salón y enciendo la radio para que suene algo de fondo. Las noticias de la mañana son una distracción más que bienvenida. Problemas de otra gente; no los míos. No obstante, cuando la voz del locutor va adquiriendo un tono más serio, pienso que sería mejor distraerme de otra manera. Un paseo por las afueras del pueblo sería una mejor opción, y el aire fresco nos iría bien a Poppy y a mí. Eso, claro está, si no se nos quedan mirando. Todo el mundo en Lower Tew debe de estar al corriente del arresto de Tom. Es humillante.

Raramente me pasa por la cabeza la vida que llevábamos antes en Londres, pero ahora mismo añoro la existencia anónima que la enorme capital ofrecía. Sí, tenía amigos y compañeros que me conocían, que sabían un poco de mi vida, y yo sabía un poco de la suya, pero no existía un interés generalizado por mis asuntos. Mayoritariamente, a nadie le importaba lo que hacía o lo que dejaba de hacer. Lower Tew es lo opuesto. Aunque… cada vez que hablan acerca de los frecuentes asesinatos en la ciudad, o veo un reportaje en el telediario acerca de un adolescente muerto apuñalado, o el hallazgo del cuerpo de una trabajadora sexual, o aquel otro atropello en que se fuga el conductor… Sé que tengo suerte de estar aquí, en la paz relativa de un pueblo. He tenido que privarme del anonimato para darle a Poppy un entorno más seguro a cambio. Tomamos la decisión correcta al mudarnos, por mucho que ahora me otorguen carta de «celebridad».

Rezo porque al final del día dejen de fijarse en mí. Pero la gente dice aquello de «piensa mal, y acertarás». ¿Se olvidarán algún día de que Tom fue arrestado, aunque lo dejen sin cargos? Imagino que, si acusan

a alguien más, entonces puede que sí. Si no, mi marido siempre será señalado. La vida de Poppy en este pueblo siempre estará marcada por esto.

¿Tendremos que volvernos a mudar?

Capítulo 29

Beth

Ahora

Poppy se tambalea de un modo cómico al andar: su anorak amarillo chillón, a juego con el mío, le queda un poco justo, y las botas de lluvia le llegan a las rodillas; ambas cosas restringen sus movimientos. Ha estado diluviando toda la noche, así que hay bastantes charcos de tamaño considerable, y le he dejado caminar un poco antes que yo para que pueda ser la primera en pisarlos. La alegría que tiene en el rostro. saltando y chapoteando en los baches del camino rellenos de agua, me hace soltar una lágrima. Tengo que protegerla, no importa cómo.

Me pide que haga lo mismo y, durante un momento de gloria, me olvido de toda la miseria que me persigue y me limito a divertirme estando con mi niña de tres años, preciosa y radiante, corriendo de charco en charco y chillando cuando el agua estalla a nuestro alrededor.

Entonces, las nubes de mi cabeza vuelven a conjurarse, y la ardiente y nudosa bola de ansiedad que guardo en el estómago se despierta.

Faltan seis horas.

A ojos de cualquier persona, pareceríamos perfectamente felices. Y, sin duda, Poppy lo es. Pero yo soy rehén de saber lo que puede ocurrir. Miro hacia las nubes de color gris oscuro, cargadas de lluvia, que transitan por el cielo, amenazando con estallar en cualquier instante. No puedo evitar pensar en su simbolismo.

–Hora de volver a casa, pequeña –le digo. No rechista, tan solo me tiende la mano para que yo le dé la mía. Creo que está cansada. Yo sí lo estoy. Damos la vuelta y nos encaminamos de nuevo al pueblo, esperando no encontrarnos con nadie. No aguantaría tener que ser educada; ni, peor, ver cómo la gente me evita. La única persona con quien no me importaría cruzarme es Adam. Por lo menos no me ha juzgado por todo este embrollo. De momento.

Faltan cinco horas.

De nuevo en la paz de nuestro hogar, cálido y acogedor, Poppy y yo nos acurrucamos en el sofá y vemos a los *Twirlywoos*. Apenas puedo soportar otro nivel de televisión ahora mismo. A Poppy le cautivan

esos personajes que parecen pájaros de colores relucientes y, mientras se queda sin hablar viéndolo, noto que se me cierran los párpados bajo el peso del cansancio.

Faltan cuatro horas.

Un toque de timbre me despierta bruscamente de la siesta. Poppy ya no está a mi lado. Me levanto, desorientada y mareada por un instante. Me relajo al verla de piernas cruzadas sobre la moqueta, a pocos centímetros de la pantalla del televisor, mirando hacia arriba. ¿Era mi móvil? ¿O el teléfono de casa? De todos modos, ya ha parado. Me froto los ojos, me relamo los labios secos y le digo a Poppy que voy a prepararnos una taza de algo. Me duele el cuerpo al caminar en dirección a la cocina; tengo la sensación rígida de haberme quedado dormida en el sofá. Miro el reloj. Las cinco y cuarto. Me quedé dormida más tiempo de lo que pensaba. Puede que empiece a cocinar algo para la cena.

Faltan menos de tres horas.

Intento lo mejor que puedo leerle el cuento a Poppy, haciendo las voces que le gusta que Tom imite. Se ríe, y sé que es porque lo estoy haciendo fatal, pero esta vez no me lo dice. La acurruco con la manta, le dejo una lamparilla encendida y le doy un beso de buenas noches. Se me cae el alma a los pies cuando me vuelve a preguntar cuándo volverá papá. Dentro de poco, yo lo sabré. Estoy contando minuto a minuto.

Falta una hora.

Mi móvil suena. Es demasiado temprano para que me esté llamando Maxwell, pero se me dispara la adrenalina en las venas de todos modos. Las palpitaciones en el pecho empiezan a reducirse cuando veo el nombre de quien llama.

–Hola, Adam. ¿Todo bien?

–Más bien debería ser yo quien te pregunte eso. ¿No sabes nada todavía?

–Estoy esperando una llamada a eso de las ocho. Se les acaba el período a esa hora. Supongo que podrían acusarlo o soltarlo a cualquier hora, así que…

–¡Caray! Sí… Debería colgar por si te llaman, lo siento –me dice–. Siempre elijo el peor momento. –Noto que se avergüenza y lo paso mal por él.

–No, de verdad. Todo bien. Si te soy sincera, un poco de distracción me viene bien. Hoy ha sido interminable, y esta última hora parece que vaya al revés, te lo juro. Me está matando.

–Me lo imagino. El tiempo suele hacerte estas jugarretas cuando estás desesperado porque pase de una vez. Y en cambio, cuando quieres respirar, o hacer balance de todo, disfrutar de un momento y hacerlo durar el tiempo que sea posible, te pasa al doble de la velocidad de la

luz. –Su voz es tierna, y noto que me está hablando de su propia experiencia al perder a Camilla –. Ya sé que esto no tiene pies ni cabeza. Se me da fatal hacer analogías.

–No, en serio, tiene todo el sentido del mundo. ¿Qué has hecho hoy? –digo, intentando cambiar el tema y evadirnos de nuestras miserias.

Hemos seguido hablando durante lo que han parecido unos diez minutos, pero cuando me paseo hasta la cocina para tomar un sorbo, miro el reloj de pared y entro en pánico:

–¡Adam! Tengo que colgar, lo siento. ¡Son pasadas las ocho!

Emite un jadeo, dice brevemente «¡buena suerte!», y cuelga.

Mierda. ¿No me he enterado de la llamada? ¿Cómo he podido dejar que esto pase? Rápidamente compruebo el móvil. No hay llamadas perdidas. Lo arrojo sobre la encimera e intento calmarme. Tengo un fuerte sabor a bilis en la boca. No he comido en todo el día, y no tengo más que ácido en el estómago.

«Por favor, date prisa y que se acabe todo esto».

Las ocho y once.

Mi teléfono sigue en obstinado silencio. Al contrario que mis oídos, que no paran de crepitar. Me da miedo pensar cuál debe de ser mi presión sanguínea. A este ritmo, voy a tener un ataque cardíaco o un ictus antes de tener noticias de Tom.

¡Que suenes de una vez! Le digo a mi móvil.

Y, de repente, lo hace.

Quiero llorar: la tensión es demasiado fuerte. Durante unos cuantos segundos contemplo la pantalla. El nombre de Maxwell me llena de miedo.

Quiero saber, y a la vez no quiero.

Cuando responda, todo será diferente. Nuestras vidas van a cambiar sea cuál sea el resultado. Somos gatos en la caja de Schrödinger.

Durante este minuto, Tom es inocente y culpable a la vez. ¿Estoy preparada para enterarme de cuál de los dos será en realidad?

Respirando profundamente, aprieto fuerte el botón para aceptar su llamada.

–¿Beth?

La cobarde que llevo dentro quiere colgar al instante.

–Sí, sí… Soy yo –digo, sorprendida de cuán débil suena mi voz.

–Vale –dice–. Tengo noticias.

El mundo deja de girar; las náuseas empiezan a superarme. Me voy a desmayar.

–Respira, Beth. –La voz de Maxwell suena muy distante. Hago lo que me dice.

–Adelante –le digo mientras tomo asiento para no desvanecerme.

Las siguientes palabras que salen de la boca de Maxwell van a determinar mi futuro y el de Poppy.

Capítulo 30

Beth

Ahora

–Lo siento muchísimo, Beth. Han acusado a Tom del asesinato de Katie Williams.

El resto de lo que Maxwell dice es ahogado por el frenético latir de mi corazón. Pensamientos opuestos colisionan en mi mente. Las emociones entrechocan y revientan en mil esquirlas. No tengo ni idea de qué debo hacer. Cómo debo reaccionar. Qué decir. Escucho las palabras «fianza denegada», antes de que un dolor terrible empiece a dominar todo mi cuerpo, y me paralice, y cuelgo sin responder. Sin preguntarle a Maxwell qué pasa ahora.

Ni siquiera le puedo pedir explicaciones ni decirle que quiero hablar con Tom.

Necesito estar tumbada en una habitación a oscuras.

–¡Mamá! –Un par de manitas me dan empujones en el hombro y abro los ojos.

«Oh, no. ¿Cuánto tiempo llevo dormida? Desorientada.» Me reincorporo.

–Poppy, cariño, ¿por qué no estás en la cama?

No puede ser que ya haya llegado la mañana. El dolor acuciante en mi cabeza se ha ido apagando, pero las náuseas vuelven a mí. El ácido se va revolviendo, amenaza con salir expulsado.

–No viniste cuando te llamé –me dice. La lámpara de mi mesita le ilumina la cara, cubierta de lágrimas. No recuerdo haberla encendido; ni siquiera recuerdo haberme metido en la cama. Intento asimilar mis últimos recuerdos, y de golpe me vuelve a la cabeza la llamada de Maxwell.

Ay, Dios. ¿Qué voy a decirle a Poppy?

–Lo siento, corazón. ¿Tenías una pesadilla?

Paso la mano bajo la almohada de Tom, saco el móvil y compruebo la hora. Ni siquiera es medianoche.

–¿Quieres subirte a la cama conmigo? –Aparto el edredón del lado de Tom.

–¿Dónde está papá? –Poppy se frota los ojos y hace pucheros.

Ya está. Ha llegado el momento en que debo contarle algo con más fundamento que «está trabajando». Pero no estoy lo bastante despierta para pensar en algo mejor. En algo que esté más cerca de la verdad.

–No va a estar en casa durante un tiempo, Poppy. Tiene cosas importantes que hacer –le digo, cogiéndola en brazos y metiéndola en la cama. Nos acurrucamos y acaricio la piel delicada de su mejilla–. Vuelve a dormirte, mi pequeña.

De momento, parece satisfecha con esa breve explicación, pero sé que no va a durar. No tengo ni idea de qué va a ir captando una vez estemos fuera de estas cuatro paredes. O si las noticias de la acusación de Tom, su posible condena, tendrán impacto en ella más allá de su ausencia del hogar. Ahora, dormir será imposible. No puedo acallar mis preocupaciones. Cuando salga el sol, ¿despertará todo el mundo con la noticia de que Tom ha sido acusado de asesinato? Julia y las madres, Lucy, Adam… ¿Van a prestarme su apoyo cuando se enteren? He tenido suerte de haber empezado a establecer relaciones más cercanas en este pueblo, pero no nos conocemos demasiado y puede que no baste. No es que se trate del tipo de relaciones profundas y valiosas que puedan pasar la prueba de una revelación así.

Pero serán amables por el bien de Poppy, ¿verdad?

Capítulo 31

Unas manos finas, impolutas, se cierran sobre su garganta. Aprietan cada vez con más fuerza, hasta que no alcanza a conseguir oxígeno. El peso de él empieza a aplastarla; montado a horcajadas sobre ella se aprietan contra sus costados. Pero el aire que ya le ha entrado en los pulmones no tiene adónde ir. Se queda atrapado, ardiendo en el interior de su cuerpo, que se va debilitando. Ella imagina que sus pulmones revientan como globos demasiado inflados. La sensación, que al principio le ha parecido casi placentera, se ha tornado dolorosa. Se retuerce cada vez más fuerte debajo de él; saca una mano con la que apartarlo de un empujón. Su control sobre ella no flaquea.

La va a matar.

Sus ojos, saltones, se posan fijamente sobre la mancha de humedad del techo. ¿Será esta su última imagen? No se suponía que iba a ser de esta manera.

Los bordes de la forma irregular que tiene encima de ella se vuelven borrosos. Se oscurecen. Ella se deja llevar a la deriva.

Jadea.

La luz inunda todo cuanto ve y el aire se va soltando. De nuevo, vuelve a entrar en sus pulmones. Una y otra vez, hasta que vuelve a ser capaz de hablar.

–¿Pero qué coño ha sido eso? –grita, frotándose el cuello.

Él sonríe.

–Te lo digo en serio. No vuelvas a hacerlo. Jamás. ¿Por qué no has parado?

–A veces no puedo –dice, encogiéndose de hombros, mientras se aparta de su cuerpo y vuelve a hundirse en la cama–. Pero lo has disfrutado. Lo has disfrutado tanto como yo.

Mientras su respiración vuelve a la normalidad, piensa en sus palabras.

No. Ella no lo ha disfrutado.

Por primera vez, ha sentido miedo.

Unos pocos segundos más y no se habría recuperado.

Él se levanta y se dirige al cuarto de baño. Escucha el sonido de la ducha.

Esta es la última vez que va a permitirle llegar tan lejos.

Ya no puede confiar en él.

Capítulo 32

Tom

Ahora

Esto es una pesadilla viviente. ¿Cómo demonios pueden decir que tienen suficientes pruebas para presentar cargos? Ni siquiera han encontrado un cuerpo, es absolutamente absurdo, joder. Y Maxwell se limitó a quedarse sentado asimilando lo que iban diciendo. Sin decir nada. Sin hacer nada. Patético.

Al agente de guardia parece que le haya picado en la cara un enjambre entero de abejas. Lo miro sin entender nada mientras me lee los cargos. Las palabras «Permanecerá preventivamente bajo custodia policial hasta que sea llevado a comparecer ante un tribunal» no son contrariadas por Maxwell. Y, a pesar de mi conmoción y mi incredulidad, tampoco por mí. Su significado poco a poco se va haciendo patente.

No volveré a casa.

No volveré a ver a Beth ni a Poppy.

En parte es culpa mía que no tenga derecho a fianza, ya lo sé. Maxwell me avisó de que no decir nada acerca de mi paradero el martes iría en mi contra. Que eso añadiría otro hilo que la policía iría a investigar. Pero no tenía opción.

Ese es probablemente el motivo por el que me han negado la fianza, y no por las pruebas que tienen. Tal vez crean que hay riesgo de fuga.

Dios. Podría ir a la cárcel toda mi vida.

«No pienses así».

Maxwell me preparará una defensa sólida. Beth lo ayudará. Todo irá bien al final. Mis apuros durarán poco tiempo. No me pueden acusar de asesinato. Situarme en el último paradero de Katie, vincularme a unos correos cualquiera, la palabra de sus puñeteros amigos y su padre. Su padre, que apenas tenía que ver con su vida. Eso puede que sea suficiente para que la fiscalía general británica permita a la policía acusarme, pero no va a bastar para un juicio. No va a surtir efecto. «Más allá de cualquier duda razonable». Eso es lo que tienen que probar. Tienen que probar que realmente cometí el crimen, y no van a tener una puta mierda. Y Beth estará conmigo: ella me echará un cable para salvarme.

«Lo que no puede es darte una coartada».

Ahora bien, no disponen del cuerpo. No tienen ni idea de a qué hora tuvo lugar su muerte, así que no me hace falta una coartada.

Estos pensamientos me consumen, mientras cunde el pánico en mi interior. Siento opresión en el pecho; hormigueo en las manos.

–No me siento bien –digo, doblándome. Creo que estoy teniendo un ataque al corazón.

–Venga ya, chaval –dice una voz, mientras unas manos me sujetan por las axilas, me levantan y me arrastran hasta una silla cercana–. Pon la cabeza entre las piernas. Estás desvaído, ya está. No hace falta que te asustes.

Qué fácil decirlo. No se le está desmontando la vida entera ante sus ojos, como a mí.

¿Por qué demonios ha tenido que pasar esto ahora?

Capítulo 33

Beth

Ahora

–Está claro que ella debía de estar al corriente, ¿no?

Aquel cuchillo podría haber sido perfectamente un grito.

Con la mano de Poppy agarrada firmemente en la mía, hombro con hombro, y con la cabeza bien alta, paso de largo el grupo de madres que se encuentran frente a la entrada de la guardería. Por dentro, se me revuelven las tripas y tengo ganas de vomitar, pero no les pienso demostrar lo intranquila que estoy. Pasé la mayor parte del día anterior en un estado de confusión, temiendo las repercusiones de que Tom fuera acusado del crimen. Tratando de anticiparme cómo reaccionaría el grupo de Madres Monas. Cómo los nuevos acontecimientos afectarían a Poppy. Me alegro de haber tenido el domingo para recuperarme; pero ahora, al oír los murmullos acusatorios, el pánico empieza a salir a la superficie.

Entro y busco el rostro cordial de Wanda, una de las auxiliares de la guardería, por la que sé que Poppy siente apego.

–Buenos días, Poppy. –Wanda sonríe mientras se dirige hacia nosotras. Respiro con alivio al verla ahí. A Poppy le cuesta dejarme ir, y me pregunto si percibe mi ansiedad.

–No hemos pasado muy buena noche –digo en voz baja. Wanda engatusa a Poppy para que suelte mi mano, y le ofrece la suya.

–Deme un segundo, señora Hardcastle. Ahora vuelvo. –Me mira con una sonrisa comprensiva, y luego se lleva a Poppy al rincón de los libros, donde están los trillizos sentados. Wanda le dice algo, casi susurrando a la maestra, y a continuación vuelve conmigo.

–Estará bien. No tiene de qué preocuparse –me dice, cómplice.

–Te agradecería muchísimo si hoy no le quitaras el ojo de encima, eso sí. Y, por favor, llámame si no quiere quedarse.

–Claro, claro. He hablado un segundo con Zoey; está un poco ocupada hoy, pero propone que usted se quede un segundo cuando recoja a su hija para charlar un poco.

–Sí, gracias. Eso me iría muy bien.

–Perfecto –dice Wanda–. Nos ocuparemos juntas de que Poppy no reciba impactos negativos aquí en la guardería.

–Eso espero –digo aliviada. Es una conversación de lo más extraño: no se ha dicho ni una palabra, pero hemos alcanzado un entendimiento mutuo, lo que significa que ya lo sabe. Me imagino que esa clase de preguntas se va a repetir durante los próximos días. Semanas. Meses, incluso. Comprendiéndolo, mi pulso titubea y me retiro a toda prisa antes de que mi cuerpo empiece a tener más reacciones.

Las madres siguen formando un corrillo como si estuvieran en un aquelarre. Han pasado al otro lado del portal y no podré cruzarlo sin saludarlas de algún modo. El comentario de «ella debía de estar al corriente» reverbera en mi cabeza y, ahora, junto a ellas, el viento lleva otro fragmento.

–No se puede estar casada con alguien tanto tiempo y no saberlo.

Durante una fracción de segundo, especulo de que están hablando de algo que no tiene absolutamente nada que ver. Tal vez sea mi propia inestabilidad emocional lo que me asegura que la gente va a cuchichear, llegar a conclusiones y rápidamente creerse la acusación. Tal vez sufra paranoia. Podrían estar hablando de cualquier otra persona. ¿Alguien que tiene una aventura, tal vez?

Evidentemente no es así. No ocurre nada más de interés en Lower Tew.

Trata acerca de mí. Y sus rostros lo confirman cuando me acerco. Unas pocas tienen la decencia de hacerse las incómodas y girarse, pero otras me miran a los ojos de manera desafiante. Julia es una de ellas. Por un instante horripilante pienso que también he perdido su apoyo, pero luego su rostro se dulcifica, y ella se separa del grupo.

–Oh, guapa. Siento tanto esa noticia tan horrible que me ha llegado –dice, poniendo ambas manos sobre mis hombros, y convirtiéndolas luego en abrazo. Tardo unos cuantos segundos, inmersa en la incomodidad de este abrazo, en apartar los brazos de mis costados y repetir su gesto. ¿Debería estar llorando? Me pregunto si eso les va a cambiar su percepción. Pero no me salen las lágrimas. Mis conductos lagrimales se han secado, no tendría más reservados para esta ocasión, incluso si quisiera montar una escena.

–Gracias, Julia –digo, soltándome con delicadeza de entre sus brazos–. Menudo desastre, ¿verdad?

–Sí, sí. Es muy impactante –dice, volviéndose hacia las demás–. Justamente lo estábamos comentando, ¿verdad, chicas? Qué shock más terrible te debe de haber causado, pobre.

Eso no es lo que estaban diciendo, pero tengo que seguirle el juego. El falso interés de Julia es exactamente lo que estaba esperando. Todavía estoy en la categoría de recién llegada. Todavía no estoy presente en la vida social, sin contar alguna conversación en la cafetería y el haber contribuido, sin pasarme, a algún acontecimiento

del lugar. Y ellas apenas conocen a Tom. Durante dos años he estado centrada en mi familia y mi negocio, y ahora eso me va a pagar factura. Así pues, a pesar de saber que sus motivaciones no son genuinas de verdad, las necesito. Necesito que estén de mi lado, aunque sea superficialmente. Todavía puedo establecer una amistad de verdad si lo intento lo suficiente, incluso en estas circunstancias tan sombrías.

Mis pensamientos derivan hacia Adam. Siempre deja a Jess temprano en la guardería. Principalmente, me confesó, para evitar el «Madregate». No se lo tengo en cuenta para nada. ¿Se habrá enterado de lo de Tom ya? Debe de ser la única persona de quien puedo fiarme para que me apoye sin dobleces. Una parte de mí quiere llamarlo, pero me da miedo su respuesta. Quiero pensar que no me hará un papel; que me tratará como antes. No soy *yo* la persona a quien van a juzgar.

Pero tal vez eso no sea verdad. Teniendo en cuenta lo que se murmura ante esta puerta, puede ser que ya me estén juzgando.

Capítulo 34

Beth

Ahora

Quedarme en el trabajo hoy, de algún modo, no me parece lo más aconsejable. No estoy dando el do de pecho. De momento, ya he armado un lío con el encargo de un cliente y me he golpeado con el horno alfarero, provocándome un moretón en el antebrazo. Tal vez debería bajar la persiana por hoy y volver a casa para reflexionar sobre el futuro, antes de causar más destrozos. Necesito contactar con Maxwell para preguntarle qué sucede a continuación.

¿Cuál es el proceso a seguir cuando alguien es acusado de asesinato y queda bajo custodia policial antes de proceder a juicio? Debería preguntarle qué papel tengo que interpretar a continuación; si es que me van a interrogar de nuevo. Después de su llamada el sábado por la noche me sentí incapaz de hacer frente a esas minucias. Tuve la impresión de que ayer sería mejor no llamarlo; a todo el mundo le hace falta un día libre. Esa fue la excusa que me di, en realidad. Pero ahora sé que tengo que afrontarlo. No puedo seguir la táctica del avestruz y hacer como si no pasara nada.

Suelto un suspiro gigante. Decisión tomada. Nadie está pintando, así que cuando los pocos clientes que han venido a tomarse un té y una galleta acaben, lo dejaré por hoy. En cualquier caso le pagaré a Lucy el turno íntegramente. Sin duda se sentirá aliviada de librarse de mí; la he notado muy rara desde que llegué. Su reacción a la noticia de que Tom ha sido acusado de asesinato fue de horror; aunque no estoy segura de si era una reacción verdadera o si lo ha hecho para que me sienta mejor. Ya mencionó una vez que no quería que Lower Tew se convirtiera en «un circo» y ahora, con la acusación ya formalizada, me imagino que tiene miedo de que se convierta en eso exactamente. Probablemente tenga razón. En estos momentos está en la trastienda, cepillando los estantes del horno. No pienso molestarla: lo está haciendo muy obviamente para poderme evitar. Empiezo a pasar un trapo por varias mesas limpias para pasar el tiempo.

–Y qué, ¿piensas seguir adelante con lo del grupo de lectura? –Pego un respingo al escuchar esa voz detrás de mí. Estaba tan inmersa en mis pensamientos que no había escuchado entrar a Shirley.

–Oh –digo, llevándome la mano al pecho–. Disculpe, señora Irish, no me percaté de que estaba ahí.

Frunce el ceño y sigue hablando sin esperar a que le responda.

–Dadas las circunstancias, imagino que ya vas más que servida.

Empiezo a sofocarme.

–Hum… La verdad es que no había pensado mucho más en ello, señora Irish.

–De verdad me gustaría que empezaras a llamarme Shirley. No hace falta formalidad. No soy profesora.

–No está previsto empezarlo antes de dos semanas, Shirley, así que decidiré sobre la marcha. No se preocupe, pondré al día los carteles si hay algún cambio –digo, dirigiéndome a la barra. Por suerte no sigue. Podía esperar cierta frialdad, incluso falta de educación, tal vez, a causa de la acusación de Tom. Trago saliva con dolor cuando se me ocurre: ¿qué pasará si recibo algo peor? Podría haber rencor, o hasta odio, dirigido hacia mí. Mi marido ha sido acusado de asesinato. El peso de esta realidad empieza a hacer mella en mí. La gente tal vez dirija el asco, la repugnancia que sienten, contra mí. Las palabras que oí a mis espaldas en la guardería se repiten en mi cabeza.

«Ella debía de estar al corriente».

Me llevo ambas manos a la tripa mientras el dolor empeora. Los rumores todavía no han corrido tanto ni tan rápido, pero al final lo harán. Incluso si reúno cierto apoyo ahora mismo, puede que se desvanezca cuando esto llegue a los titulares nacionales, cuando la prensa sensacionalista venga a indagar para su historia: la exclusiva contada por sus protagonistas. De sus culebrones nunca sale nada bueno. Todos lo van a retratar como el monstruo que asesinó a una joven. El rostro de Tom va a adornar periódicos y telediarios, y no habrá modo de escapar… Y todos se girarán en mi contra. ¿Cuánta gente en Lower Tew aparecerá para ofrecer su opinión, su punto de vista, ya que conocían al sospechoso? Ya que me conocían a mí. ¿Habrá alguien que nos defienda? ¿Habrá alguien que crea que Tom es inocente?

Hay que proteger a Poppy de todo esto. Es mi responsabilidad. Y si Tom va a la cárcel, seré la única responsable. La idea me horroriza. Nunca me imaginé criando a mi hija yo sola. No estaba en mis planes. Apoyada en la barra, reposo mi cabeza. Recuerdo cómo se alegró Tom cuando le mostré el bastoncillo con las dos rayas. Cómo me abrazó con fuerza, y luego entró en pánico y se apartó, pensando que habría hecho daño al bebé. Solo estaba embarazada de ocho semanas, pero la necesidad que Tom tenía de cuidar del bebé ya era tan fuerte desde el principio que supe que sería un buen padre. Su idea de mudarnos de Londres nació de esta necesidad de protegerla; su deseo de asegurar que esta niña crecería en un entorno seguro.

La emoción que sintió en su piso el día en que metimos en cajas nuestras antiguas vidas para volver a empezar juntos en una casa de ensueño era contagiosa, y estuvimos atolondrados pensando en cómo sería nuestra vida de familia; decidir qué cosas nos quedaríamos, cuáles guardaríamos en bolsas para las ONG, cuáles irían a la basura. Encontré cosas de la universidad de Tom mientras hacíamos las maletas.

Nos conocimos por cosas del destino. Él fue a la uni en Leeds, donde estudió Económicas y Finanzas, y yo estudié Filología Inglesa en Southampton. Incluso entonces ya parecía que hiciera una eternidad de aquello: el subidón de experimentar la independencia y hacer gran cantidad de amigos nuevos. Estudiar casi era secundario. Pasé un año sabático después de licenciarme; fui a Francia a esquiar antes de conseguir mi primer puesto de recursos humanos en Londres. Llevaba allí desde entonces. Conocer a Tom aquella noche en Bethnal Green, cuando sentí aquella chispa por primera vez, fue un momento de serendipia. Lo guardé todo entonces: la cuenta de Sager + Wilde, como un recuerdo de aquel encuentro, las rosas prensadas que compró, tonterías que me regaló. Incluso un anillo de plástico que hizo pasar en broma como anillo de compromiso. Por supuesto, también tengo objetos de relaciones pasadas: algunas fotos, pequeños recuerdos parecidos.

Tom no es de los que guardan cosas. Este tipo de sentimentalismo le molesta. Ni siquiera tenía fotos de sus padres y tampoco llevaba consigo fotos mías ni de Poppy. Montó una escena acerca de las cosas que conservaba de mi vida antes de él, de modo que me pareció poco característico suyo haber conservado cosas de la universidad. Insistió que nos lleváramos una sudadera de aspecto usado y que claramente era dos tallas demasiado pequeñas, y le pregunté para qué la quería. Estuve tirando todas mis cosas antiguas, en parte porque me lo pidió, en parte porque tenía ganas de empezar de cero. No era cuestión de llevarme fantasmas.

–¿Hola? ¿Hay alguien atendiendo? –Una de mis clientas habituales interrumpe mis recuerdos. Me froto la cara con las manos.

–Sí, disculpa, Amy. –Me apunto su pedido, y luego voy a la puerta a girar el cartel a «cerrado». Cuando se hayan ido los clientes que quedan, yo también me iré. Tengo que recoger a Poppy y tener *la conversación* con Zoey, la maestra encargada de la guardería. Pero antes tengo la necesidad de ver a Adam. Me sorprende que no me haya llamado para saber lo que ha pasado; me hace pensar que ya lo sabe y que, a pesar de su apoyo inicial, se ha echado atrás. Es probable que haya cambiado de opinión. ¿Quién querría que lo asociaran con la mujer de un presunto asesino? Tal vez esperaba que soltaran a Tom sin cargos, y ahora que no es el caso, ya no tiene ganas

de meterse en la línea de fuego. El fuego que está por caerme encima.

¿Pensará él también que yo debía de estar al corriente? ¿O que por lo menos debería estarlo?

Sabiendo cómo siempre antepone a Jess, apuesto a que no quiere saber nada más de mí. Pero me quiero asegurar.

Capítulo 35

Beth

Ahora

Llego a la casa de Adam y me espero ahí de pie, con incomodidad, a que responda a la puerta. Me siento como si me estuviera abriendo hasta lo más vulnerable de mí. Si me rechaza, no sé cómo voy a reaccionar. La puerta se abre y Adam da un paso atrás cuando ve que soy yo, pero no es para que pueda pasar. Se queda impactado al verme. Se recompone. Veo cómo inhala profundamente, y simultáneamente sonrío y me encojo de hombros. Los ojos y la nariz me hormiguean al descender unas lágrimas. Sacude el cuerpo hacia delante, saca la cabeza a la calle, mira arriba y abajo furtivamente. Sigo sus ojos cuando comprueba que no hay nadie más alrededor.

En silencio, me agarra del codo y me conduce adentro, cerrando la puerta rápidamente.

–Mira, disculpa. No… no debería haber venido –digo, titubeando–, sé que no te debes de sentir muy a gusto dejando pasar a la mujer de un presunto asesino… –Me doy la vuelta para irme, dolida por su reacción, pero a sabiendas de que era inevitable.

–No, no. No tienes por qué irte, Beth. Tan solo me preocupa lo que pueda decir la gente.

–Ya, claro. Pues si te inquieta tanto, me voy. No te quiero poner en una situación incómoda.

–Me inquieta lo que pueda parecer, porque estoy soltero y dejo entrar en mi casa a una mujer cuyo marido está bajo custodia. Puede parecer, ya sabes… sospechoso.

Frunzo el ceño al no entenderlo.

–Pueden pensar que estamos teniendo una aventura –dice, susurrando la última palabra como si alguien fuera a oírlo. Me pongo a reír.

–¿Cómo, Adam? ¿Y por qué demonios deberían llegar a esa conclusión?

–Bueno, no lo sé. Siempre tengo la impresión de que al grupo de Camilla le gusta tenerme vigilado; sea porque sienten que deben protegerme, o por respeto al recuerdo de Camilla, no lo sé. Y, bueno, es evidente que este es un pueblo muy pequeño y a la gente le gusta

hablar.

–Ah, sí. Lo estoy empezando a notar. –Seguimos de pie en el estrecho pasillo. Adam está tan cerca de mí que huelo su loción para después del afeitado: un olor a madera, especiado–. En serio, puedo irme. Veo que te he convertido en el foco de la atención, apareciendo como si nada. –Miro al suelo.

–¿Quieres tomar algo? –Su voz parece más tranquila, y su postura se va relajando.

–Si estás seguro, sí, por favor. No tengo a nadie más –mi voz flaquea– en quien confiar. Disculpa.

Adam asiente.

–Me halaga que pensaras que puedes acudir aquí.

Tímidamente coloca una mano sobre mi hombro, y luego me guía pasillo adentro hasta el salón.

Capítulo 36

Katie

Hace ocho años

Iba dando vueltas en ambas direcciones al anillo que llevaba, hipnotizada por la luz que refractaba del diamante, y luego se lo quitó para volverlo a guardar en su cajita de terciopelo rojo. Se sintió conmovida cuando en el picnic Tom abrió la tapa y reveló el anillo de época, con su diamante brillante. Estuvo indecisa entre la emoción y la aprensión. Pero tuvo mucho cuidado de mostrarle a Tom solo la emoción. Se había tomado muchísimas molestias; no podía negarse a aceptarlo. En lugar de eso, disimuló su reacción demostrándole su cariño.

–Es el inicio de nuestro futuro juntos, Katie. Tengo ahorros; podríamos casarnos este año –dijo Tom; sus palabras eran apasionadas, pero también atropelladas, como si se hubiera tomado doce cafés–. Es lo mejor que me he podido permitir. Eso es todo lo que quiero para ti: lo mejor. Siempre.

Katie, sentada, se abrazaba las rodillas mientras pensaba en sus palabras. Él no le había mentido al decirle que tenía la mejor de las sorpresas para ella, pero jamás se habría imaginado que le propondría matrimonio. Había estado ponderando su relación con Tom aquellos días; dónde estaba yendo; si le convenía. Esta jugada repentina por su parte debería haberle parecido increíble: debería llenarla de alegría, no de temor. ¿Se encontraban en el punto adecuado para tomar una decisión tan trascendental sobre su futuro? Que la amaba era obvio, pero no estaba segura de que lo que ella sentía fuera suficiente.

Pero le había dicho que sí.

Más tarde podría cambiar de opinión. No es que ya hubieran reservado una fecha. La gente rompe noviazgos continuamente. Y podía ser que se acabara convenciendo al final. Debería dejar pasar un tiempo para asimilarlo. Tal vez preguntar a sus amigos qué pensaban.

Mientras él estaba trabajando, Katie mandó un mensaje de grupo a sus amigos. Ansiosa por compensar que los había dejado tirados el día que siempre hacían planes juntos, les mandó no sin esfuerzo un mensaje que pensó que ayudaría a justificar su decisión de haber pasado el festivo con Tom y no con ellos.

No os vais a creer la sorpresa que Tom me había preparado… ¡una tontería, un puto anillo de compromiso! Disculpad que no pasara el día con vosotros, chicos, pero él lo tenía todo planeado. Besos.

Jugueteó con el móvil ansiosamente mientras esperaba que le respondieran. Finalmente, varios ¡bips! la llevaron a comprobar sus mensajes.

Oh, qué guay, cariño. Me alegro mucho por ti. No tenía ni idea de que ibais tan en serio. Besos.

El mensaje de Sammie le hizo sentir un poco de vergüenza, pero fue el de Isaac el que la dejó preocupada.

¿En serio? Wow, pero qué fuerte. ¿Y qué le has dicho? Besos.

La respuesta de Isaac se podía interpretar de dos maneras. Katie pensó que parecía un poco sarcástico, pero era difícil sonsacarle el sentido a un mensaje de texto: la intención y el tono se podían malinterpretar.

Fue toda una sorpresa, la verdad es que sí. No me lo esperaba. Le dije que sí. Besitos.

Después de unas cuantas preguntas más y prometerles que se juntarían para charlar en serio se despidieron, y le dijeron a Katie que les avisaran cuando ella y Tom tuvieran un día libre para empezar a organizar una fiesta de compromiso.

En conjunto, daba la impresión de que se alegraban por ella, algo que le supuso un alivio. Se preguntó si cuestionarían su decisión; si hablarían a sus espaldas, debatirían si no estaba yendo demasiado deprisa. Sin duda no tardarían en llamarla uno por uno para tener una idea más general. Es lo que ella misma haría si alguno de ellos anunciara de repente que se casaba.

Le vibró el móvil y sus hombros se hundieron al leer un nuevo mensaje que le llegó de Isaac. Tenía la impresión de que sería el primero en comentarlo por privado.

Hola, guapa. Espero que no pienses que estoy siendo negativo, pero… ¿estás totalmente segura de que quieres hacerlo? ¿No crees que te está haciendo falsas promesas para que te quedes con él? Espero equivocarme. Solo quiero que estés bien. Eres muy importante para mí, ya lo sabes. Y después de la otra noche pensé que habrían cambiado algunas cosas. Besos.

Tom

Y después de la otra noche pensé que habrían cambiado algunas cosas. Besos.

Ah, muy bien, perfecto entonces. Leo el mensaje una y otra vez, poniéndome más furioso cada vez. Llegué a pensar que reaccionaba de manera exagerada cuando le comprobé antes el teléfono; que estaba llegando a conclusiones que no eran. Pero no. Tenía razón. A eso se dedican a mis espaldas. ¿Qué otra noche? ¿Cuando Katie dijo que tenía que bajar a la tienda para comprar más vino y se demoró casi una hora? Me dijo que se había encontrado con una amiga y que estuvieron charlando sin parar.

Mentirosa. Se estaba viendo con él.

Capítulo 37

Beth

Ahora

Me alegra haber podido hablar con Adam y que no me rechazara. Ahora, no obstante, caminando por el pueblo en dirección a la guardería, con quien me preocupa encontrarme es con Zoey. Me da miedo lo que tenga que pasar. Cuánto sabe; cuántas explicaciones tendré que darle. Tengo que pedirle que aplique más medidas de apoyo. Esta situación no debería afectar a mi hija para nada. No sería justo para ella. Me cubro con la capucha del abrigo aunque no está lloviendo, con la esperanza de tener un trayecto tranquilo. Voy tarde, así que con suerte no me encontraré con la mayoría de padres. A no ser que sigan por ahí charlando entre ellos, cotilleando, preguntándose por qué todavía no he hecho acto de presencia. La tensión se me acumula tras los ojos mientras me acerco.

Julia se encuentra cerca de la puerta, con sus trillizos dando vueltas a su alrededor, pero no está con su pandilla habitual. Es raro. La saludo con la cabeza al acercarme, le suelto un hola muy rápido y luego cruzo la puerta.

–¡Beth, guapa! –grita detrás de mí.

Me giro despacio.

–Pensé que estarías un poco… bueno, sola. Te iba a preguntar qué te parecería si me paso a verte más tarde –dice, ladeando la cabeza–. ¿Traigo vino? –Levanta los hombros y sonríe. Vacilo un segundo, a punto de rehusar su oferta, pero se lo ve venir–. Venga, Beth. Necesito estar en compañía de adultos, estoy hasta el moño de Matt. –Entorna los ojos y suelta una risita forzada. Me pregunto si realmente lo dice en serio. Sospecho que es una excusa que se ha sacado de la manga para que acabe aceptando.

¿Qué va a pasar?

–Vale, estaría muy bien, ¡gracias! –digo.

Julia se pone más recta, su expresión se vuelve más alegre.

–Oh, ¡genial! –dice, toda sonrisas–. Me da pena pensar en ti, con esa casa toda para ti sola mientras todo este… asunto… te está sucediendo. –Agarra a su prole y los conduce al otro lado de la acera, gritando mientras sigue caminando–: ¡Estaré a las siete!

De inmediato empiezo a desconfiar de las intenciones de Julia y me decido a ir tras ella a retirar mi aceptación, pero ya ha desaparecido tras la vuelta de la esquina. Podría mandarle un mensaje diciéndole que tengo migraña o algo para librarme. Sintiendo el dolor palpitante que tengo en mi cabeza ahora mismo no sería mentira, de todos modos. Me froto las sienes y entro en la guardería.

Poppy está sentada en una silla, con las piernas colgando y la mochila en el regazo. Se ve diminuta. Se me hace un nudo en la garganta. Quiero estrecharla entre mis brazos; protegerla de cualquier reacción que pueda provocar el arresto de Tom.

–Hola ¡mi peque, Poppy! –le digo, sacándola de un tirón de su silla y abrazándola bien fuerte. Siento que sus manos me agarran los brazos. No puedo detener las lágrimas.

–No llores, mamá –me dice. Toda la tensión que he estado guardando de la semana anterior, que he estado aguantando, amenaza con salir a chorros de mí, en este instante. Aprieto los dientes, inspiro profundamente por la nariz y me recompongo. No puedo desmontarme. Tengo que ser fuerte por el bien de Poppy.

–Es solo que estoy muy feliz de verte –digo. Sus cejas de color rubio pálido descienden, como si supiera que estoy llorando por otro motivo.

–Vale, ¿podríamos ir un momento al despacho, Beth? –dice Zoey?–. Poppy, por favor quédate un momentito con Wanda, tengo que hablar con tu mamá.

Un destello de preocupación cruza el rostro de Poppy, pero pronto muda en una sonrisa cuando Wanda la coge de la mano y la lleva al Rincón de los Animales. Tienen un nuevo caracol de tierra africano que le parece fascinante.

En el despacho, Zoey me dice que no me preocupe, pero cuando le explico que Tom ha sido acusado, su expresión relajada se vuelve más tensa. Me sorprende que no lo supiera ya; creía que el rumor estaría en boca de todos. Se remueve incómoda en su silla, y luego se aclara la garganta.

–Vaya, me sabe muy mal escucharlo. Debe de estar pasando por un momento muy estresante. Mire, no estoy aquí para juzgar. –El mero hecho de pronunciar estas palabras me revuelve el estómago. Cree que Tom es culpable. ¿Tal vez piensa que de algún modo también lo soy?–. Nuestra responsabilidad es para con Poppy, ayudaremos a que no se sienta afectada de manera negativa por nada mientras se encuentre a nuestro cargo. Factores internos y hasta cierto punto externos también, pero evidentemente no puedo ejercer control sobre qué pasa fuera de aquí, Beth.

–No, claro. Eso ya lo puedo entender. Solamente iba a pedirle que le preste especial atención, que se aseguren de que otros niños o

maestros no la tratan de manera distinta.

–Los niños son demasiado pequeños para entenderlo. Es improbable que se comporten distinto con ella.

–Puede que hagan caso a lo que dicen sus padres. Me apuesto a que ellos sí tienen muchas cosas que decir acerca de mi situación en estos momentos. –Me retuerzo las manos sobre mi regazo; pensar en todo esto me produce ansiedad.

–Por supuesto que prestaremos atención a Poppy. Estaremos atentos a cualquier cosa inapropiada y la cortaremos de raíz. Queremos que la guardería sea un lugar seguro para ella, un sitio donde se pueda seguir desarrollando y creciendo. –Zoey extiende el brazo y me alcanza las manos, dándoles un pequeño apretón–. Se encontrará bien, Beth. Los niños son extraordinariamente resilientes.

El recuerdo de mi padre cuando me abandonó me recorre como si pudiera verlo ahora.

¿Lo son?

Porque no es lo que sé por experiencia.

Capítulo 38

Está tumbada en silencio, inmóvil; sus muñecas atadas con fuerza al cabezal; sus piernas están extendidas, ambos tobillos atados a un pilar de la cama. Su respiración se ha vuelto más intensa, más rápida. La venda impide que lo vea, pero lo oye al moverse; sabe en qué parte de la habitación se encuentra. Sabe lo que está a punto de hacer.

Antes sentía un chute de adrenalina esperando lo que iba a ocurrir. Ahora solo quiere que se acabe. Quiere alcanzar el otro lado sin un miedo que le nuble la mente durante el tiempo que tarda en poner en práctica sus fantasías. Tiene la esperanza de que la vez pasada se lo dejó lo bastante claro, y que no la va a estrangular hasta el punto de desmayarse de nuevo.

–Te voy a dar una lección –dice. Sus esperanzas van decayendo mientras siente las palmas de sus manos sobre el pecho, avanzando hacia arriba, deteniéndose en su garganta.

Respira hondo. Se prepara para este juego.

De repente, ya no siente su peso encima de ella. Está confundida. Estaba desesperada por sentir adónde había ido, qué estaba haciendo.

Esto es nuevo. Ella vuelve a respirar de manera estable; retuerce la cabeza para escuchar, para intentar adivinar qué debe de estar planeando. Entonces algo suave le recorre el cuello. ¿Está utilizando su corbata?

Siente que tiran fuertemente de ella cuando el material empieza a estrangularle el cuello. Escucha cómo él gime previendo lo que vendrá después, cómo va aumentando su excitación.

Está empezando.

Capítulo 39

Beth

Ahora

–¡Ay, Dios! –me asusto cuando llaman a la puerta y rápidamente cierro de un empujón la cubierta del lavavajillas. Son las siete en punto; me había olvidado de que Julia venía y ni siquiera le he escrito buscándome una excusa. Sería muy tentador hacer como si no estuviera en casa, pero sabiendo que sí estoy, no es una escapatoria aceptable. Ni siquiera me he duchado ni me he cambiado. He estado demasiado ocupada limpiando la cocina después de la cena. Debo de estar hecha un desastre. Gruño y me peino rápidamente con las manos mientras me dirijo a la puerta.

–¡Hola! –dice Julia con una gran sonrisa y una botella en cada mano. Vaya si ha venido preparada. También se ha arreglado. Si antes pensaba que estaba hecha un trapo, ahora me siento incluso peor. Lleva un precioso vestido, amarillo claro, que intuyo que es de algún modisto, y lleva su lustroso cabello en un moño desordenado pero perfectamente arreglado. El rostro también lo lleva maquillado del todo: mucha sombra dorada en los ojos y rímel negro; su base tiene contorno; sus pómulos prominentes subrayados de un tono satén perlado y los labios de color rubí se ven perfectamente provocativos como si fuera a *salir-salir*. No a casa de una amiga. Ni de una conocida, en este caso.

Dejo que entre, y me rodea una nube de perfume caro cuando cruza el umbral de la entrada como un vendaval. Se vuelve a mí, vacilante.

–Oh, pasa, pasa –le digo, apuntando al salón. Por supuesto, jamás había entrado en mi casa. No conoce cómo está estructurada–. Voy a por un par de copas.

Nada más volver y dejar las copas sobre la mesa, Julia va directa a la yugular:

–Así, ¿qué? He oído que hay novedades.

–Sí, es cierto. Supongo que ya lo sabe el pueblo entero –digo de modo brusco. Me echa para atrás que esta sea su frase de apertura, después de que la haya invitado a mi casa a que me dé un poco de «apoyo».

–Qué noticia tan terrible. Siento mucho que haya tenido que acabar de esta manera. –Intenta parecer preocupada mientras no pierde

detalle de la casa, pero su frase es forzada. Descorcha una de las botellas y sirve el prosecco hasta el tope de ambas copas–. Espero que no te venga mal un poco de espumante. Ya sé que se supone que es más para celebraciones, y tal vez no sea lo idóneo dadas las circunstancias, pero podríamos brindar por nuestra nueva amistad. –Me regala una gran sonrisa.

–Para ahogar nuestras penas, mejor dicho. Dios mío, todo esto es devastador, Julia –digo, con toda honestidad.

–Apenas si me lo puedo imaginar –dice, sacudiendo la cabeza–. Debes sentirte tan… descoyuntada.

–Esa palabra está bien. –Resoplo con severidad–. Aunque… enfadada, dolida, asustada… perdida… Estas son más bien mis emociones actuales, que tratan de dominarme.

Sonríe mostrando comprensión.

–¿Has hablado ya con Tom?

–No. Estoy demasiado nerviosa. O tal vez fuera mejor decir que creo que si no hablo con él puedo hacer como si esto no hubiera pasado.

–Ay, la negación… Hacer como el avestruz. Lo entiendo, Beth. Pero seguramente deberías hablar con él, ¿no? Tratar de descubrir cuán mal está la situación.

–Lo han acusado de asesinato, Julia. ¿Podría ir peor?

–Bueno, sin pretender sonar negativa, lo peor sería que lo declararan culpable. ¿No te gustaría saber lo que piensa sobre esos cargos? Lo que quiero decir es que… imagínate que es inocente y que no hay pruebas suficientes para que lo condenen, pero tienes que saber qué está pasando, Beth. Para que estés preparada.

«Preparada». Incluso esa palabra está cargada de connotaciones. La necesidad de hacer algo; de actuar. Pero de repente, sé que no estoy preparada para nada de esto. No quiero estar aquí, abriéndome en canal de esta manera. Necesito cambiar de tema; he sido demasiado cándida con alguien a quien apenas conozco.

–Sí, bueno. Afrontar el día de mañana ya me parece suficiente realidad. Y bien, Julia, me gustaría saber cómo lo consigues tú.

–¿Oh, qué? –Frunce el ceño, aunque no se le nota. Su frente apenas se arruga una pizca.

–Tienes trillizos, llevas tu propio negocio, siempre luces un aspecto espectacular. No lo entiendo. ¿Cómo sabes hacer malabares con todo de esta manera? Solo tengo una hija y ya me veo… bueno… así. –Hago un gesto señalándome a mí misma, de arriba a abajo, como apoyo de mis palabras. Julia aparta la cabeza y se ríe, mostrando una dentadura perfectamente blanca y sin un solo empaste.

–Ay, guapa. La mayor parte de lo que ves es pura proyección. –Toma un largo sorbo de vino chispeante.

–¿Proyección?

–Sí, ya sabes. La imagen que deseo proyectar al mundo. ¿Crees que lo estoy logrando? –Su risa ahora es quebradiza–. Eres encantadora, diciéndome cosas así. Y me alegro de haber conseguido dar esa impresión: que ese sea el modo en que me ves. Tú y todo el mundo en Lower Tew. –Suspira con dramatismo.

–Ah –digo–, ¿de modo que no todo es como parece? –Me alegra haber dado este vuelco a la conversación. Los focos no me alumbran durante un instante.

–¿Y acaso lo es alguna vez? –Vuelve a por otro trago de prosecco–. Todos nos ocultamos tras puertas cerradas la mayor parte del tiempo, ¿no es así? Nadie sabe qué pasa ahí dentro, cómo es la vida de una persona una vez se ha cerrado la puerta. A no ser que se lo contemos a alguien. –Se le acumulan las lágrimas en los ojos, pero no se le escapan. Está claro que está acostumbrada a mantener bajo fuerte control sus emociones. No esperaba que sucediera esto. Tal vez sea el vino; creo que probablemente ha tomado unas cuantas copas antes de venir. ¿O es su manera de hacer que *yo* me abra acerca de mi vida tras puertas cerradas?

Muy lista.

–Eres una mujer todoterreno, ¿verdad? Fíjate en cómo vas: siempre vestida perfecta, maquillada, con un negocio de belleza exitoso, tres niños que se portan estupendamente la mayor parte del tiempo. Eso no puede ser fácil. Un marido que te adora y tal repertorio de amistades –me pregunto si me he pasado de la raya, si lo he simplificado demasiado y he hecho que suene un tanto superficial.

Sonríe con tristeza.

–Por fuera, sí. Estoy de acuerdo en que mi vida parece una maravilla. Pero que no te confunda: trabajo duro, y en general me siento satisfecha con lo que he logrado, con todo a lo que llego cada día. Pero, por dentro… –Se coloca una mano sobre el corazón–. Me faltan tantas cosas, Beth. Quisiera también compartir el éxito y el vértigo; tener momentos de franqueza y poder arrancarme la coraza para exhibir los defectos que hay debajo. Ser perfecta todo el tiempo me hace sentir muy sola.

Estoy un poco perdida, y no sé muy bien cómo reaccionar. Julia Bennington no me está tomando el pelo. Está atrapada en un infierno que se ha creado ella sola. Al enterrar sus sentimientos reales y enmascarar sus defectos, se ha creado la imagen de mujer, madre y empresaria exitosa y arrolladora. Y ahora se siente incapaz de confesarlo todo, de abrirse a los demás.

–¿Y las madres de la guardería? ¿El resto del pueblo? ¿No te has abierto a ninguna de estas personas?

–No. Mi fachada está muy bien construida y no puedo destrozarla, ni lo haré. Perdí a la única persona que conocía a la Julia auténtica.

Me quedo boquiabierta.

–Oh, Julia… ¿No sería Matt…? –¿La abandonó y nadie lo sabe? Realmente se ha tomado en serio fingir ser perfecta siempre.

–No, él no. Sigue siendo el mismo; me ignora la mayor parte del tiempo y me utiliza de trofeo cuando le conviene. A día de hoy no le cuento nada.

–Ah, disculpa… Creí que era él a quien te referías.

–Me refería a Camilla. Ya sabes, Camilla Knight. La difunta esposa de Adam.

–Sí, sí, disculpa. –Me acaba de desconcertar. Recuerdo que eran del mismo grupo de amigas, pero no me di cuenta de que estuvieran tan unidas.

–Cuando murió, dejó un vacío sobrecogedor en mi vida. –Julia se bebe de un trago el prosecco que le queda y se vuelve a servir una copa. No digo nada: se está poniendo las pilas para contarme más.

Es un descanso que Julia sea quien habla todo el tiempo, pero la tristeza que emana de ella me está incomodando. Es extraño que me haya elegido para soltarse; para compartir sus sentimientos más recónditos, mostrar su verdadero yo. Ni siquiera la conozco. Pero, de todos modos, tal vez sea precisamente esa sea la razón de que me abra el corazón. ¿Está intentando que me convierta en su nueva mejor amiga de repente?

–El puesto de mejor amiga sigue libre –dice, como si me leyera la mente. Esboza una sonrisa irresoluta–. Nadie me conocía como Camilla. Ninguna de las otras, aquellas con las que voy por ahí, *ve* como soy. ¿Entiendes? No ven nada más allá de Julia y sus trillizos; Julia con su negocio; Julia y sus bolsos y ropa de diseño. Porque no les interesa nada más. No quieren ver nada que sea distinto. Camilla sí quería. Estaba interesada en mí de verdad: me hacía preguntas, no se contentaba con lo que yo le contaba. Al principio pensé que era una entrometida y me volví más hermética si cabe. Pero un día, cuando me invitó a ir a su casa después del grupo de lectura una tarde, me dijo que estaba preocupada por mí. Fue entonces cuando me di cuenta de que era una amiga de verdad. Se preocupaba por las cosas que mantenía ocultas. Estaba lo bastante interesada en nuestra amistad como para querer rebuscar hasta el fondo. Era algo que apreciaba.

–Me lo imagino. Es difícil encontrar amigos de verdad, ¿no es cierto? No he tenido ninguno desde la universidad. Mis amigos tomaron caminos separados y perdimos contacto. No he perdido a nadie, como tú, pero entiendo la necesidad de tener a alguien cerca a quien puedas buscar y en quien confiar. Alguien que sabes que siempre dará la cara por ti.

–Exacto. Eso es lo que echo tanto de menos. Yo creía que Lucy era tu amiga de referencia aquí, ¿no?

–Ah, bueno… Lucy es un encanto, pero es muy joven. No tenemos tantísimo en común. Me viene fantástica en El Local de Poppy; puedes confiar en ella, es cumplidora. Ha sido muy buena conmigo con toda esta agitación. Pero no es alguien a quien consideraría mi mejor amiga, si entiendes lo que quiero decir.

Me enfado al ver que estoy volviendo a dar la vuelta a la conversación para hablar de mí. Me inclino hacia delante, cojo la botella y lleno ambas copas.

–¡Y es un poco ñoña! Justo acaba de salir del nido. No me gustaría desilusionarla. –Me río.

–Tienes razón. Tiene que encontrar por sí misma qué es lo que quiere. Pobre. –Julia se acaba de un trago la copa.

–¡Puede que sea una afortunada! –digo–. A alguien tenía que tocarle estar siempre feliz y contenta en la vida.

–Brindemos por ello –dice Julia, alzando la copa vacía–. Ah, mierda. –Pone la botella del revés para servirse más pero apenas se escurre un par de gotas de vino.

–Voy a buscar la otra –digo, levantándome y yendo en dirección a la cocina. Me estoy tambaleando, se me ha subido un poco a la cabeza–. Increíble que nos hayamos fulminado esa con tanta rapidez. –Debería frenar. No quiero emborracharme y ser incapaz de cuidar de Poppy. El rostro de Adam aparece en mi mente y siento un pinchazo de culpa. ¿Qué pensaría de mí como madre?

–¿Has conocido al novio de Lucy? –La voz de Julia me pega un susto. No me he dado cuenta de que ha venido conmigo a la cocina.

–¿Oscar? Sí, lo he visto en un par de ocasiones. A veces ha venido a la cafetería para verla. –Saco el prosecco de la nevera y se lo paso a Julia. Con suerte será ella quien se beba la mayor parte de la botella. Por lo que he visto esta noche, le cuesta bien poco. Tampoco parece que se le haya subido demasiado, por lo que imagino que bebe con regularidad. No soy quién para juzgar, pero he visto adónde puede llevar la dependencia del alcohol.

–¿Te ha dado la impresión de que es un poco… raro? –dice Julia, achicando los ojos.

–No especialmente. Es callado, no parece sentirse muy a gusto con otra gente a su alrededor, pero me parece bastante normal.

–Hum… Tal vez sea yo, entonces. No parece tener muchos amigos varones. Tiene aspecto de solitario, sin tener en cuenta que sale con Lucy, claro.

–¿Tal vez no tenga ganas de rodearse de amigos de conveniencia? –Levanto las cejas.

–*Touché* –dice ella.

–Tom ha llevado alguna vez el coche a su garaje, para alguna reparación. Y le puso neumáticos nuevos y se ve que le arregló algo

que tenía que ver con la batería. Nunca me dijo nada malo sobre él. Me parece que simplemente es reservado fuera del trabajo. Lucy parece bastante contenta con él.

–Estaré proyectando otra vez, ¿no? Creo que cualquier persona cuya vida se ve perfecta por fuera debe de tener problemas que no comparten. ¡En menuda cínica me he convertido! –Julia echa a andar hacia el salón y sirve ambas copas antes de que pueda frenarla. Me voy a tomar la mía despacio. Se abalanza sobre el sofá de dos plazas y levanta los pies.

–Salud –dice–. Brindemos por vivir con secretos.

Levanto mi copa sin mucho convencimiento, pero no repito su brindis.

Capítulo 40

Beth

Ahora

Esta es mi primera resaca desde hace un buen tiempo y no es que esté disfrutando afrontar el día de hoy con el estómago dando bandazos y la cabeza atontada. Y una hija de tres años. Poppy ya ha empezado a saltar una y otra vez en mi cama para que me despierte; durante un momento horrible he creído estar en un barco, bamboleándome sobre las olas. No pienso volver a beber entre semana. Me pregunto cómo debe de estar Julia esta mañana. Supongo que lo voy a ver en un instante. ¿Actuará de modo extraño conmigo después de lo que me reveló anoche? ¿Se acordará siquiera de lo que dijo? Tendré que improvisar sobre la marcha; ver cómo reacciona ante mí, primero, y luego tomar la iniciativa. Lo último que quiero es que se sienta extraña y se arrepienta de haberse soltado anoche.

Tengo otra llamada perdida de Maxwell. Puse mi móvil en silencio anoche. No me he visto capaz de enfrentarme a una conversación con él. Sé que no lo puedo aplazar eternamente, pero por el momento quiero evitarlo; negar lo que está pasando. «Si decido no hablarlo, no está pasando». Qué reacción tan infantil, qué vergüenza.

¿Y qué pasa con Tom? Debe de estar desquiciado. ¿Se supone que debo ir a verlo? Nunca pensé que sería posible, dadas las circunstancias. Imagino que sí podemos hablar por teléfono. Sin duda estará entre las cosas que Maxwell me querrá comunicar. Si respondiera sus llamadas conocería las respuestas.

Como nos hemos levantado muy temprano, y no tengo nada que prepararle a Poppy para desayunar, creo que prepararé una hornada de galletas. Me sacará de esta resaca y una cucharada de la masa me dará un buen chute de azúcar. El azúcar siempre me ayudaba con las resacas. Eso y una lata de Coca-Cola, que por suerte tengo en la nevera. Es una de las pocas cosas que aprendí de mi madre.

Poppy se sienta a mi lado mientras distribuyo los ingredientes sobre la encimera, y me ayuda colocándolos en el orden en que los voy a necesitar. Canto la canción que suena de Michael Bublé mientras tomo medidas, y Poppy tararea desafinando, sonriendo mientras añade

cucharadas de ingredientes que le he preparado en un bol especial. Los olores que tienen que ver con hornear me devuelven siempre a cuando vivía con mi abuela. Fue ella quien me enseñó los fundamentos de la cocina y la pastelería, y no mi madre, a quien no le apetecía nada de aquello. Principalmente solo tenía tiempo para beber, vomitar y dormir.

Estamos preparando mi especialidad: galletas de avena con dulce de azúcar y mantequilla, mi receta de referencia para recuperarme de la ansiedad o las preocupaciones. Cuando mezclo los ingredientes en mi cuenco de la marca Cath Kidston, me viene a la cabeza el modo en que Julia hablaba de Camilla anoche. No tenía ni idea acerca de sus sentimientos; no hay duda de que sabe ocultar bien sus emociones en su vida cotidiana. No me puedo creer que no me diese cuenta de que eran tan buenas amigas; tan solo las había visto en medio de grupos grandes, y nunca las dos solas. Pobre mujer. Me sorprende un poco oír que Camilla había sido tan buena. Si soy sincera, me costó mucho conocerla al principio; daba la impresión de ser un poco distante. Siempre intentaba entrar en sus conversaciones o en las de su grupo, pero nunca llegué a conectar con ella. Finalmente fue a través de las recetas como logramos tener algo en común, si es que se puede llamar así. Camilla tenía mucha experiencia con la pastelería y siempre se le ocurrían ideas brillantes. Las semanas antes de su muerte empezamos a hablar sobre combinaciones de sabores y nos pasamos recetas. Recuerdo que incluso me dio algunos consejos para perfeccionar estas galletas de mantequilla y azúcar.

Por supuesto, nuestra amistad jamás fue mucho más allá, ya que murió poco después. Una lástima. Como es típico, era una de las pocas mujeres con las que yo hablaba que Tom encontraba soportables. El resto no le caían bien; decía que eran superficiales y falsas. Le he intentado decir que si le da una oportunidad a la gente puede que se sorprenda.

Se suponía que yo iba a invitar un grupito a comer antes de que todo esto sucediera. Ya no podrá ser, comprendo con cierta sensación de abatimiento. ¿Será mi vida normal en algún modo a partir de ahora?

–¿Me dejas lamer la cuchara? –dice Poppy, agarrando el cuenco después de haber vertido pegotes similares de la mezcla sobre la bandeja de horno. Sé que no debería, por el peligro de salmonela de los huevos crudos, pero es uno de los mejores recuerdos que conservo de mi abuela. Siempre me dejaba coger la cuchara de madera y lamer aquella mezcla dulce y pegajosa. Forma parte de mi infancia. No puedo dejar que Poppy se pierda algo tan tradicional. Hay que correr ciertos riesgos en la vida, razono, y le paso la cuchara.

–Oooh… gracias, mamá –dice con los ojos como platos.

Me friego las manos usando el delantal y meto la bandeja con masa

de galletas en el horno.

–Muy bien. Venga, pequeñaja. Nos prepararemos para ir a la guardería.

Pongo en marcha el temporizador del horno y vamos al piso de arriba. El fabuloso olor del horneado llena la casita entera. Resulta un contraste incongruente con el escenario de horror en que estoy inmersa.

Todavía nos queda algo de tiempo antes de partir, y Poppy está absorta con unos dibujos de la tele. Estuvo enfurruñada cinco minutos de reloj cuando le dije que no podía usar el iPad de papá. Finalmente, aprovecho esta ocasión y reúno el valor para devolverle a Maxwell su llamada.

–Estaba empezando a creer que te habías largado para no volver –dice–. Sabes que he tratado de contactarte varias veces, ¿verdad? –Su tono de fatiga ahora suena exhausto. Le recuerdo, con desaliento, que he tenido que aguantar muchas cosas estos días. Con cierto malhumor me informa de que Tom se encuentra en una situación peor de la que estaba, y que tal vez el apoyo de su mujer podría servir para soportarlo. Quiero que cuelgue. ¿Cómo se atreve a impartir lecciones? Poppy y yo somos inocentes en esta circunstancia. Sea Tom inocente o culpable, esta situación es problema de Tom, no nuestro. Ni siquiera conocí a Katie. Aunque Tom esté limpio como una patena no va a cambiar nada de esto: seguimos siendo yo y Poppy quienes tenemos que enfrentarnos a sus problemas. Creo que tengo todo el derecho del mundo a estar enfadada, dolida, confundida. Asustada.

–Mira, entiendo lo duro que debe de ser –dice, rebajando el tono, interpretando mi silencio como una señal de que ha sido demasiado brusco–. No es algo que vieras venir, ¿verdad? Estás perfectamente en tu derecho de sentir todas estas emociones. Quiero intentaros reconducir, tanto a Tom como a ti, en todo esto.

–Sí, lo sé. Disculpa. Tienes razón, estoy diciendo cualquier cosa. Pero mi prioridad es Poppy. Tom también lo desearía así. Él sabe cuidarse perfectamente; Poppy no.

–A él le preocupa mucho cómo le va afectar todo esto a ella. Y a ti, claro. Quiero poder tranquilizarlo, Beth. No tiene ningún control sobre lo que está sucediendo fuera de la celda de custodia. Soy su único enlace con el mundo exterior, con su familia. Tengo que intentar mantener viva su esperanza, aunque todo parezca desalentador.

–¿Ah, desalentador, dices? –Es una pregunta inútil, ya lo sé, pero se supondría que el propio abogado de Tom intentaría hacerlo sonar un poco más positivo.

–La policía ha encontrado más pruebas incriminatorias, Beth. De todos modos, nada de lo que tienen es una prueba irrefutable de que

tuviera algo que ver en su desaparición, o cualquier cosa, pero al irse acumulando varios elementos separados, el dedo de la acusación sin duda permanece apuntando hacia él.

Suelto un suspiro reverberante.

–Entiendo. El cuerpo sería una prueba irrefutable, ¿no?

–Depende. –Me imagino a Maxwell encogiéndose de hombros.

–¿De…?

–De dónde ha estado el cuerpo durante estos años; la causa de su muerte; si hay ADN que conecte a Tom con el cuerpo, o con la escena. Esa clase de cosas.

–Pero… De todos modos, si hubiera un cuerpo y encontraran pruebas de que hay ADN de otra persona, eso descartaría a Tom como sospechoso, ¿verdad? El resto de pruebas son puramente circunstanciales, y un juez no podría condenarlo en base a ellas. ¿Está buscando la policía el cuerpo, o no?

–Parecería que sí. Están tratando de encontrar posibles escenarios, pero no pueden buscar por todas partes. Necesitarían una pista importante para empezar a remover una zona en particular. Eso, si el cadáver está enterrado y no desechado de cualquier otra manera.

–Sí, supongo. –Mi cabeza devanea de un lugar a otro y pienso en todos los lugares que Tom y yo solíamos visitar cuando vivíamos en Londres. Nos juntamos solo un año después de lo de Katie, y entonces me mudé a su piso. El piso donde Katie, sin lugar a dudas, había pasado tiempo. Me estremecen las posibilidades que no puedo evitar de imaginar.

–En cualquier caso, otro motivo por el que te llamaba era para comentarte que Tom tiene su primera vista mañana. El juez va a diferir el caso al tribunal de primera instancia, ya que ha sido acusado de un delito procesable. Primero se celebrará algo llamado «vista preparatoria para la vista de la causa» en el tribunal, esperemos que antes de veintiocho días a partir de mañana. Tom alegará inocencia, evidentemente, y con mucha probabilidad le denegarán la libertad bajo fianza por las mismas razones que anteriormente, y lo mandarán a prisión preventiva hasta el día de su juicio. ¿Alguna pregunta?

Tengo la mente en blanco. Este vertido informativo ha sobrecargado mi cerebro agotado; no lo puedo procesar todo. De modo que le digo que no, que no tengo preguntas, y que lo comprendo todo. Aunque *sí* tengo preguntas, y comprendo bien poco.

–De acuerdo, genial. Bueno, llámame cuando sea si hay algo que quieres que te explique con detalle. –No se oye nada y creo que eso significa que ha colgado sin despedirse. Pero luego añade–: A Tom le gustaría mucho verte. –Y mis piernas empiezan a flaquear.

¿Quiero verlo?

Capítulo 41

Beth

Ahora

Julia no está en la guardería. En su lugar veo a su marido, Matt. Tal vez se está recuperando de la resaca, al fin y al cabo. Si hubiera tenido a alguien que llevara a Poppy por mí, se lo habría concedido con ganas. Matt no se detiene a hablar con nadie; deja a los trillizos y se va a toda prisa. Pero no sin dirigirme a mí antes una mirada fulminante. Miro al suelo; debe de saber que Julia estuvo conmigo anoche. Tal vez me culpe por su estado esta mañana. Espero que Julia se esté recuperando y que pueda hablar con ella para tantear el terreno.

Unas cuantas de las implicadas en el Madregate dicen hola, pero no se me acercan ni me incluyen en sus conversaciones. Eso me va perfecto. De todos modos tengo que llegar al trabajo para colocar el género recién hecho en las vitrinas. Quiero intentar mantener mi rutina, aunque no me apetece demasiado trabajar. Sería más sencillo volver a casa, enterrarme bajo la colcha y dejar que el mundo siga girando sin mí.

Pero hacer lo «más sencillo» es de cobardes. Me niego a ir por ese camino.

Lucy vuelve a estar de su ánimo habitual; ya la escucho cantar antes de abrir la puerta de la cafetería. Suena bien: normal. Reconfortante. Y creo que es lo que necesito. Aunque mi vida haya dado este giro, si mi entorno sigue igual, por lo menos mientras no estoy en casa puedo hacer como si no pasara nada. Como si estuviera en otro mundo, uno más seguro y amable, un rato. Por poco que sea. La noticia de que Tom ha sido acusado de asesinato pronto empezará a dar vueltas por el pueblo; puede que sea «seguro y amable» poco tiempo más.

Lucy deja de cantar al verme.

–Beth, hola. No estaba segura de si vendrías después de que te fueras temprano ayer. Te mandé un mensaje anoche, pero al no responderme…

Saco el móvil de mi bolso y busco entre mis mensajes.

–Ay, disculpa –le digo al encontrar su mensaje–. Estuve ignorando el teléfono un poquito. Gracias por abrir persiana como cualquier otro

día normal. Tengo que intentar que todo siga funcionando. –Sigo caminando hasta la trastienda y dejo el bolso en una percha que hay detrás de la puerta. Lucy me ha seguido. Intuyo que quiere preguntarme algo.

–¿Estás bien? Quiero decir… ¿Bien de verdad?

–Lo hago lo mejor que puedo, Lucy. Todo me parece desesperanzador. Tom me quiere ver.

Se le abren mucho los ojos.

–Es normal que así sea. Imagino que se debe de sentir muy solo. Sin saber lo que está pasando, preocupado por si lo mandan a la cárcel de por vida. –Lucy se queda sin aliento–. Perdona, he sido insensible.

–No, tienes razón. Dios, menudo lío. No sé cómo nos ha sucedido esto. Todo estaba yendo tan bien…

–¿Irás a visitarlo, entonces?

–No lo sé, de verdad. Ya sé que está mal por mi parte, pero no puedo soportar verlo así. Me destrozaría.

–¿Pero no querrá saber que lo apoyas? ¿Que crees que es inocente? Porque lo crees, ¿verdad?

Y esa es la pregunta del millón, por lo visto.

¿Si creo que mi marido es inocente? ¿Es eso lo que todo el mundo quiere saber?

«Ella debía de estar al corriente».

–Por supuesto –digo–. Bueno, será mejor que nos pongamos en marcha. No deberíamos desatender el local. –Vuelvo hacia la sala principal y me coloco detrás de la barra, donde me mantengo ocupada apilando vasos y limpiando la cafetera.

–Un latte para llevar, por favor.

Me giro y me encuentro con Adam.

–Vaya, hola. No te suelo ver por aquí durante el día –le digo.

–No, me he pasado a la hora del descanso para tomarme un café. –Se apoya hacia delante con complicidad y me hace una mueca–. Estoy en plena misión de pedir un favor.

–¿Ah, sí? Vaya. –Arqueo una ceja y sonrío satisfecha.

–Sí. Y normalmente no pide favores a la gente; no soporto deber nada. Pero creo que me lo ofreciste, así que espero que no te sepa mal si te pido…

–Dímelo –le contesto, imaginando el resto.

–¿Sería posible que recogieras a Jess de la guardería cuando vayas a buscar a Poppy y te la pudieras quedar en casa hasta las seis, más o menos? –Entorna los ojos y junta las manos como si se pusiera a rezar.

–¿Todo esto lo haces para que me derrita? Como un cachorro mirándome con sus ojitos tiernos.

–Sí, esa era la idea –se ríe.

Tomo una bocanada de aire, añadiendo una pausa dramática antes de

soltarlo y responderle:

–Claro. Lo haré. Y tienes razón: es verdad que propuse que Jess viniera a merendar esta semana. Así que no hace falta que pienses que es un favor y no tienes que sentir que tienes una deuda que pagar, o algo parecido.

–Muchas gracias, Beth. Eres una salvadora. Podría habérselo pedido a Constance, pero creo que la he estado llamando demasiado últimamente. Y creo que pasar tiempo con Poppy le vendrá muy bien a Jess.

–Entendido, pues. Simplemente recuérdale a Zoey que me das permiso para recogerla. –Me vuelvo para preparar su latte, y cuando termino, se lo sirvo, dejando también una galleta recién hecha en su bolsa de papel–. Tienes que probarlas –le digo mientras se la doy–. Invita la casa.

–¡Con extras! Voy a volver.

–Bueno, pero sin pasarnos. Harás que empiecen los rumores.

–Ay, Dios mío. ¿Tú crees? Tal vez no debería haber… –Se va apagando, con el rostro pasmado.

–No, Adam. Sencillamente quería decir que ese será el efecto si voy regalando galletas. No que hayas venido –digo, sorprendida por su reacción. Pero entonces me acuerdo de cómo actuó cuando pasé por su casa a visitarlo. Parece estar preocupado de veras acerca de los rumores.

¿Puede ser que sea un poco sensible? *Es* una cualidad positiva, supongo, pero está claro que no debería estar tan preocupado de lo que piensen las amigas de Camilla. Me pregunto si hay algo más, que tal vez sus intenciones hacia mí no sean tan inocentes como pretende y que se sienta un poco culpable por ello.

–Ah, vale. –Se le enrojecen las mejillas de vergüenza–. Mira qué bien se me da sobreentender las situaciones –dice con una risita incómoda–. Deberías ver cómo interpreto los emails y los mensajes de móvil.

Ambos reímos.

–Se te da mejor de lo que crees –le digo–. Bueno, vuelve al trabajo antes de que crean que te has dado a la fuga.

–Sí, mejor será. Nos vemos a las seis. Y… gracias de nuevo, Beth. Te estoy realmente agradecido, especialmente dado que… Ya sabes.

–No, ¿qué?

Se le abren a Adam mucho los ojos y se queda boquiabierto. Está a punto de decir algo, pero no consigo reprimir la sonrisa, y ahora caigo.

–Ah, ¡por favor, Beth! Casi me tomas el pelo. ¡Ja, ja!

Sigo mirándolo cuando se va y una sensación muy extraña se remueve en mi interior.

Tengo que ir con cuidado.

Capítulo 42

Beth

Ahora

El viento sopla muy fuerte mientras recorro el camino. Me pongo la capucha para protegerme de él… y de cualquiera a quien me pueda encontrar. Varias hojas caídas arrancan el vuelo en forma de espiral, formando un torbellino. Me quedo quieta ante el minitornado, fascinada, pensando que es una buena representación de mi vida en estos momentos.

El murmullo de un coche que se acerca me arranca de mi trance y rápidamente me acerco a la pared para dejar paso a un Land Rover. El pasajero saca la cabeza al adelantarme, y se me queda mirando fijamente. No lo reconozco; ni a él ni al vehículo. ¿Sabe quién soy? ¿La mujer de quién? Supongo que tendré que acostumbrarme a esta clase de paranoia. Estoy tentada de coger el móvil y sacar una foto de su matrícula, pero el Land Rover desaparece antes de que pueda procesar la idea y ponerla en práctica. De todos modos puede que no haya sido nada.

Cuando llego a la guardería, la escena es la de siempre, excepto por un detalle. Todavía no está Julia. La decepción se mezcla con la inquietud. Puede ser que esté enferma, o que me evite, pero ¿y si hay algo más? ¿Y si se ha discutido con Matt? Había bebido bastante cuando empezó a hablar acerca de él y de su relación anoche. Es posible que se haya peleado con él estando borracha cuando volvió a casa. Podría ser el motivo de su feroz mirada esta mañana.

Mi preocupación por suerte dura poco. La veo salir de la clase. Está claro que debe de haber entrado directamente: habrá estado hablando con Zoey, en lugar de quedarse fuera esperando con su grupo habitual. Lleva unas gafas enormes que prácticamente le cubren el rostro; ya que el cielo está tan negro, me arriesgo a suponer que las utiliza para ocultar su resaca: ojeras, bolsas en los ojos, nada de maquillaje, tal vez.

–Hola, pequeñaja –le digo a Poppy cuando sale del edificio, con Zoey detrás de ella. «Ay, Dios, algo debe de haber pasado.»– ¿Qué ha ocurrido? –Me falla la voz. Trago saliva.

–¿También te llevas a Jess Knight hoy? –me pregunta Zoey. Claro.

Sencillamente lo está comprobando antes de dejar que me la lleve a casa. No ha pasado nada malo.

–Sí, Adam me lo pidió hace un rato. Vendrá tarde del trabajo.

–Solo hace falta que firmes un formulario –dice. La sigo hasta el porche de la entrada, a salvo del viento, y garabateo mi firma, declarando que me han dado permiso para recoger a Jess. Luego cojo a Poppy y a Jess de las manos, una a cada lado, y andamos hacia la entrada. Las dos están totalmente emocionadas, algo que me alegra ver.

Por suerte, me cruzo con Julia antes de que se vaya. Solamente quería charlar brevemente para ver cómo está.

–Caramba, vaya si me entretuviste anoche –le digo, divertida y sonriendo.

–Dios mío, ¿verdad que sí? –Julia se inclina hacia mí y me susurra–: Tal vez habría sido suficiente una botella. –Se repeina detrás de un hombro y me da la espalda–. Hablamos otro día, Beth. Me tengo que ir corriendo.

Veo cómo se retira a toda prisa con cierta incomodidad en la boca del estómago. Me alegro de que no esté rara conmigo, pero emprendió la fuga rápidamente, así que tampoco es que actúe de manera excesivamente amistosa, teniendo en cuenta nuestras confidencias de anoche. Creo que le mandaré un mensaje más tarde; le haré saber que no le voy a decirle nada a nadie. La voy a tranquilizar. Debe de sentirse avergonzada de haberme confesado tantas cosas.

De vuelta en la casita, dejo a las niñas jugando con Play-Doh y un montón de herramientas de juguete en la mesa de la cocina. Le pido a Alexa que ponga mi lista de canciones inspiradoras y empiezo a prepararles la merienda. Durante estos instantes, todo parece normal, despreocupado y feliz. De repente me encuentro cantando a pleno pulmón *Nothing's Gonna Stop Us Now* y, como ocurre con cualquier ilusión, siento esa emoción, a pesar de todo lo demás.

A las seis en punto, llaman a la puerta.

–¡Papá! –grita Jess.

Adam me entrega una botella de vino nada más abrir la puerta. Le digo que entre, y se la acepto, entrecerrando los ojos.

–A modo de gratitud –me dice, respondiendo a mi mirada interrogativa–. Y no quería que te sintieras culpable por tomártela, así que he venido para compartir una copa contigo.

–¿En serio? –le digo–. No sé qué me parece eso de *compartir* una copa.

Sacude la cabeza un poquito.

–Bueno, evidentemente me voy a tomar una. Yo *soy* el adulto responsable en este caso.

–Eso me parecía.

Después de que Jess y Poppy han corrido a su alrededor varios minutos, se van al salón a mirar un poco la tele.

–Espero haber conseguido cansarla –digo–. ¿La descorcho? –No menciono que es la segunda noche seguida que bebo.

–Sí, adelante. –Mira por toda la sala, sin fijarse en nada en particular.

–¿Va todo bien? –le pregunto.

–Sí, disculpa. Es que estaba pensando en lo extraño… En lo inquietante que debe de ser todo esto para ti.

Sirvo dos copas pequeñas y le paso una.

–Inquietante. –Asiento–. Buena palabra. Sí, la verdad es que lo es.

–Lo estás llevando muy bien, sigues a flote, Beth. –Balancea la copa ante sus labios y toma un sorbo.

–Bueno, las apariencias a veces engañan.

Adam asiente.

–Muy cierto. Lo siento, debería pensar dos veces decir cosas así de estúpidas. La verdad es que se me da bien la estupidez.

–No son cosas estúpidas. Tienes razón. De cara al mundo exterior, voy tirando. Pero ambos sabemos que el exterior debe permanecer duro, intacto, por el bien de nuestros hijos.

–¿Cuánto tiempo llevas construyendo ese exterior?

Frunzo el ceño. Su expresión me lleva a pensar que no se refiere solamente a mi situación actual.

–¿Qué quieres decir?

–Dime que me vaya a hacer gárgaras, si quieres. Pero me llevo la impresión de que no es una construcción completamente *nueva*.

Siento calor en las mejillas. Me rasco la nuca y tomo un sorbo de vino. Adam mantiene los ojos fijos sobre los míos. ¿Qué es lo que ha visto en mí que nadie más lo ha hecho?

–Toda mi vida, seguramente –suelto, encogiéndome de hombros.

–Toda una vida edificando barreras a tu alrededor, y ahora el único hombre a quien le has permitido traspasarlas te ha fallado. Es una mierda. Lo siento.

Me invade una extraña necesidad de ser protectora con Tom. Está bien que yo diga que él nos ha fallado a mí y a Poppy, pero que lo diga Adam me produce urticaria.

Pero soy incapaz de encontrar palabras para defenderlo.

Adam no aparta la mirada de mí, con el ceño fruncido. Está de espaldas a la encimera. La encimera a la que Tom me tuvo pegada la última mañana en que nuestras vidas fueron normales. Adam está esperando que diga algo.

Creo que con mi silencio lo estoy diciendo todo.

Capítulo 43

El sexo es duro, frenético. Mecánico. Sin cercanía entre ellos.

Quien controla es él. Ella no es el objeto de su fantasía, sino el medio para alcanzarla. Ella dijo que no a las mujeres; dijo que no a las corbatas. Y a las medias. A él no le gusta que le digan que no, pero pronto le empezó a excitar. Hizo que se lo dijera más a menudo.

«¡No, no, NO!»

Acaba rápido, lo que significa que su momento encima de él no va a durar mucho rato.

Se aparta, pero ella intuye la insatisfacción de él. Coge su chaqueta y se monta a horcajadas sobre ella. Se la coloca sobre la cara. La sujeta firmemente. A los pocos segundos empieza a sentir mucho calor, claustrofobia. Negarle los métodos habituales solo ha conseguido hacer que se vuelva más creativo: está innovando.

Ella forcejea mientras se le acaba el aire. Esta es la parte que de verdad le excita a él. El poder de la vida o de la muerte en sus manos.

No la lleva al límite esta vez, en cualquier caso.

Grita cuando se vuelve a correr. Pero no es su nombre el que sale de sus labios.

–Perdóname, perdóname, perdóname –grita una y otra vez.

Luego permanece una eternidad entre sus brazos. Llorando.

Si la gente supiera lo que ocurre de puertas para adentro.

Capítulo 44

Tom

Ahora

Maxwell parece pensar que Beth no vendrá a visitarme. Finalmente ha hablado con ella después de intentar contactarla durante más de un día. ¿Por qué lo habrá estado evitando? ¿Por qué me está evitando a mí? No me puedo creer que vaya a abandonarme aquí solo. Sin esperanza. No es así. Mi Beth no es así. Ella me ama. Me necesita.

No puedo ir a la cárcel.

Necesito estar en casa; necesito ser padre y marido.

Ser el que mantiene la familia: ese es mi cometido. Mi cordura depende de ellas. Sin ellas no tengo propósito; no tengo razones para vivir esta vida.

Esta noche hace frío aquí. Tal vez sea el miedo de lo que está por venir. Tal vez sea por el fantasma que me acompaña.

Dicen que maté a Katie Williams.

Si fuera el caso, uno creería que es *ella* quien me persigue, quien se quiere asegurar de que me caiga mi merecido; de que se le haga justicia.

Pero el fantasma no es ella.

Me cubro con la fina manta hasta la cabeza, como un niño que teme a los monstruos.

Solo que el monstruo ahora soy yo.

Capítulo 45

Beth

Ahora

–Será mejor que me lleve a Jess a casa. Gracias por cuidarla –dice Adam.

–Gracias por el vino. –Levanto el vaso vacío. ¿Cuántas me he tomado?

–No hay de qué. Me alegro de que hayamos podido tomar una copa juntos.

–Ha sido genial charlar contigo; pasar un buen rato por lo menos. –Me vuelvo a llenar el vaso–. Sería una pena tener que tirarlo –sonrío.

–¿Vas a estar bien? –Veo que una mirada de preocupación invade el rostro de Adam–. Ahora me hace sentir mal dejarte así.

–¿Dejarme cómo? –Tengo una sensación horrenda de ir arrastrando las palabras. Debo controlarme.

–No he parado de acosarte con el vino, te he estado hablando de la cosa más estresante de mi vida, y ahora me largo. Lo siento.

–Estaré bien. No te preocupes. Me han dejado tirada estando mucho peor, créeme. –Intento tomármelo a la ligera, para que Adam se sienta mejor ahora que se va, pero creo que lo he empeorado diciendo eso–. De verdad. Voy a meter a Poppy en la cama y yo haré lo mismo. Me irá bien irme a dormir temprano.

Se queda vacilante ante la puerta de la cocina, con un pie en el pasillo.

–Sé que son circunstancias distintas pero, ya sabes. En realidad también sentí que Camilla me fallaba. –Se da la vuelta para mirarme–. No te sientas culpable por pensar que Tom te ha dejado tirada.

–Pero Camilla no… –Estoy a punto de decir que Camilla no tenía la culpa de haberlo abandonado; fue un accidente terrible. Pero me doy cuenta de que tiene razón estando molesto, en cierto modo. Ella decidió no tomarse en serio su alergia. Decidió arriesgarse aquí y allá si un envoltorio mencionaba «puede contener trazas de frutos de cáscara». Le empezó a dar igual. Tomó decisiones que, al final, afectaron a Adam y a Jess. Y ahora a todo el mundo le parece obvio que Tom debe de haber tomado malas decisiones en su pasado. Y que me afecta a mí y a Poppy. No se acusa a alguien de un crimen a no ser

que haya hecho algo.

–Incluso aquellos a quienes amamos nos pueden hacer daño, ¿verdad? –digo en vez de eso.

–¿Te hizo daño Tom alguna vez, Beth? –Nunca ha sonado tan serio. Me pregunto por qué me está diciendo eso justo antes de irse.

–Por supuesto que no –digo susurrando–. Bueno, si exceptuamos el… ya sabes… –Le doy un empujón a modo de broma y le guiño el ojo.

–No, no lo sé ¿Qué quieres decir?

¿En serio se lo tengo que deletrear? Creí que entendería a qué me refiero. De repente, me produce demasiada vergüenza ir y decirle: «el sexo, Adam», así que prosigo, con la esperanza de que lo capte:

–Le gusta… tener el control; cosas así. Ya sabes, jugar a roles, los normales en una pareja casada, supongo. –Gesticulo como diciendo que no es gran cosa. Adam levanta las cejas.

–Sí, ya veo –dice, volviéndose de nuevo para ir a buscar a Jess al salón.

Lo que dice su tono es que no lo ve. Tal vez su vida de casados no fuera para tanto. Tal vez no debería haber dicho nada. El vino ya se me ha subido a la cabeza, y me ha soltado la lengua.

Las niñas están soñolientas, acurrucadas juntas en el sofá.

–Ay, qué monada –digo, mientras Adam recoge a Jess entre sus brazos.

–Está claro que has conseguido cansarla. Muchas gracias de nuevo, Beth. –Empieza a llevársela hacia la puerta, y me adelanto para abrirla, casi tropezando contra una mesa.

–¡Uy, ve con cuidado!

–Qué torpe soy –le digo–. Espero volver a verte pronto –añado, ruborizándome.

–Sí. Mira… Tengo toda la tarde libre el viernes. Tal vez podría devolverte el favor. Así tienes un poco de tiempo para ti. –Su sonrisa es cariñosa, amable. Digo que sí sin pensármelo.

–Eres un buen amigo. Gracias. –Y le planto un beso en la mejilla.

Capítulo 46

Katie

Hace ocho años

Había logrado tener un poco de paz; un rato sola: en el lavabo. Esa era su suerte. Tom había estado actuando de manera muy extraña. Incluso más empalagoso que de costumbre. No la dejaba sola ni un par de minutos en su piso. Quería que se mudara con él, pero la idea a ella le asustaba. No dispondría de independencia. No tendría espacio para nada.

Los últimos dos días fueron claustrofóbicos. Y él tampoco se había comportado igual con ella. No estaba siendo amable ni tierno como antes. Durante el sexo, la miraba con ferocidad, haciendo que se sintiera incómoda. Casi parecía que la odiaba. Se comportaba brusco, castigador.

¿Qué le había hecho?

Tom

¿Cómo puede mirarme a la cara? ¿No se da cuenta de lo que ha hecho mal? Tengo la sensación de que hace como si me amara y quisiera estar conmigo. Casarse conmigo. Pero todo el tiempo me está dando falsas esperanzas. No lo pillo. Tal vez nos quiera a los dos: a mí y a Isaac. ¿O será que está haciendo tiempo? ¿Que espera el momento adecuado para decirme que no quiere estar conmigo?

Bueno. Una cosa sí está clara. Si no puede ser mía, joder, me voy a asegurar de que tampoco sea de Isaac.

Capítulo 47

Beth

Ahora

Por un instante no lo detecto a causa del ruido de la Nespresso. Entonces aumenta el zumbido. Parece que se esté acercando. Miro por todas partes intentando encontrar su procedencia, y cuando estoy a punto de levantar la persiana de la cocina, la cafetera se desconecta y descubro qué es.

–Poppy –la llamo, pasando de la cocina al pasillo.

Está sentada en el suelo ante la puerta, recogiendo algo de la esterilla.

–¡Poppy, no! –le grito. Se asusta y suelta lo que tenía en la mano. Varias tarjetitas aletean hacia el suelo, y me mira, con el labio inferior caído–. Perdona, cielo. No te quería dar miedo. No estaba segura de qué era lo que tenías –le digo, ya más tranquila. El zumbido de antes se oye más claramente junto a la puerta. Gente. Una cacofonía de voces. Y la fuente se encuentra aquí, junto a mi casa.

Recojo las tarjetas que Poppy ha dejado caer. Todas ellas son tarjetas de visita de periodistas. Reporteros de pacotilla. Ya está pasando. Saben lo de Tom. Han descubierto dónde vivo, y todos quieren sacar tajada. «Cabrones». ¿Cómo se atreven? Arrojo las tarjetas sobre la mesa del recibidor, cojo a Poppy de la mano y la llevo al piso de arriba. Su cuarto da a la parte trasera de la casita, así que va a estar tranquila de momento. ¿Ahora qué hago?

Me aterra ir a la cafetería ahora. Está claro que saben que soy yo la propietaria. ¿Y qué pasa si llevo a Poppy a la guardería? He visto cosas parecidas en la tele: te impiden el paso, te gritan preguntas, te sueltan cámaras. Nos estallará el flash en la cara; nos perseguirán calle abajo. Es horrible. No debería permitirse que actúen de esa manera.

Estoy temblando al llamar a Adam. No es que pueda hacer algo acerca de todo esto, pero me hará sentir un poco mejor compartir mi horror. Salta el buzón de voz. «Mierda». Son casi las nueve. Debe de haber dejado ya a Jess y estará de camino al trabajo. Es demasiado tarde para que me pueda ayudar. Arrastro a Poppy al salón y pongo la tele. La culpa se extiende por mi mente, porque sé que la he puesto demasiado ante la pantalla últimamente.

La conmoción ante la ventana de delante se intensifica. He corrido las cortinas y no me atrevo a sacar la cabeza por si me ven. Las voces se intensifican, se vuelven más insistentes.

Golpean a la puerta con fuerza.

Lo ignoro.

Vuelven a hacerlo. Otra vez. Quiero taparme los oídos como hacía cuando mis padres se peleaban, y dejarlos fuera. Dejar fuera a todo el mundo.

–¡Dejadnos en paz! –Las palabras me salen de los labios como un silbido de furia.

–¿Quiénes son, mamá? –Poppy abre muchísimo los ojos. Se está asustando.

–Gente tonta que intenta que les haga caso, pequeña Poppy. No hay nada que temer. Se irán en un minuto. –Sueno bastante convincente, a pesar de mi pesimismo.

Vuelven a martillear mi puerta. Alguien la está aporreando de manera repetida. Entonces, entre todo el ruido, se oye una voz que identifico.

Retiro la cadena, abro la puerta y Julia se cuela en casa.

–Jod… –Mira a Poppy–. Buenos días, guapa –dice, recuperándose rápidamente.

Julia tiene un aspecto increíble. Como una estrella de cine: tengo la impresión de que se encuentra en su salsa. Le da una palmadita en el pelo, plancha con las manos su chaqueta color crema y se junta las manos.

–¡Vale! –dice, alegremente–. Vamos a jugar a un juego esta mañana, Poppy. ¿Estás lista? Yo y los chicos ya lo hemos probado y me encantaría que te juntaras con nosotros.

–Si el juego no consiste en lapidar a los paparazzi, no le interesa –digo entre dientes.

–¿Qué es? –dice Poppy.

–Se parece al juego del escondite. ¿Sabes cuál es?

–Papá lo juega conmigo –dice.

–¡Genial! Entonces ya nos llevas ventaja. Dentro de un minuto, te voy a sacar por la puerta trasera y mamá te ayudará a saltar la verja –dice Julia, mirándome de reojo. Entiendo lo que está haciendo y le estoy tremendamente agradecida, así que la dejo a sus anchas. Que esté aquí también me ha traído paz. Ya no me preocupa pensar que se habría sentido demasiado incómoda para hablarme después de la borrachera.

Cuando Poppy está lista, y después de comprobar que atrás no haya moros en la costa, Julia le coge la mano y la lleva tranquilamente hasta el muro lejano. Creo que es un poco demasiado alto para que Julia lo escale con la ropa que lleva, pero incluso antes de que pueda ofrecerle una escalera de mano ya se ha remangado la falda hasta la

cintura y está escalando.

–¡Ah, guau! –digo–. Eres más ágil de lo que pareces.

–¡Eh, esa boca!

Cuando Julia desciende al otro lado, levanto a Poppy y se encarama hasta la parte de arriba con dificultad, haciendo equilibrios en la parte superior del muro. El corazón me va a mil. Tengo miedo de que se caiga, aunque le sujeto las piernas. Julia reemplaza mis manos por las suyas y consigue que baje al otro lado.

La cabeza de Julia se ve desde encima del muro.

–Menuda pesadilla –digo.

–Sí, realmente lo es. Los vi al dejar a los chicos y pensé que los tendrías ante la puerta. Espero que no te haya importado mi aparición.

–No, para nada. Gracias, Julia. Te debo una.

–Bueno, si incluye vino, mejor que lo dejemos –se ríe–. De acuerdo… Iré tirando antes de que descubran el pastel. ¿Planeas ir a la cafetería?

–Ya veremos, si se cansan. Entiendo que no van a quedarse ahí todo el día…

No percibo la expresión de Julia claramente, pero su ausencia de respuesta parece indicar que puede ser que sí.

–Si esto no tiene buena pinta, escríbeme después de comer y te la traeré de vuelta.

–Muchas gracias, Julia –pestañeo rápidamente–. No me puedo creer que esto esté pasando. –Me obligo a sonreír–. ¡Diviértete jugando, Poppy! Mamá te verá en un ratito.

–Chist… mamá. Me estoy escondiendo –escucho que dice con su vocecilla. Me alegro de que realmente crea que se trata de un juego, porque no me hace ninguna gracia.

–Hablamos más tarde –dice Julia–. Y cuídate. Tal vez podrías llamar a ese abogado y ver qué puede hacer.

Le digo que voy a hacerlo. Oigo que crujen hojas al otro lado, pasos que se hacen cada vez más silenciosos. Espero hasta que ya no los escucho. Entonces apoyo la espalda contra la pared, inclino mi cabeza hacia el sol. Se está bien aquí; hay calma. Quizás debería quedarme todo el día y evitar la realidad.

Es una idea atractiva, pero sé que no puedo. Tengo cosas que debo organizar.

Entro en casa, le pido a Alexa que ponga la lista de canciones que me anima y me pongo a llorar mientras canto.

Capítulo 48

Beth

Ahora

Mi coche está inmovilizado a causa de la turba periodística, pero el de Tom sigue junto al camino. Los policías lo registraron juntamente con la casa, pero no debieron de encontrar nada de interés, puesto que no lo retiraron de la vía. Soy libre de conducirlo. Si quiero abandonar la casa sin que me atosiguen, creo que es buena idea cogerlo. Pueden seguirme, claro, pero por lo menos estaré arrebujada dentro de un caparazón de metal. Las ventanas hasta arriba, y las puertas bloqueadas. Estaré más segura que caminando.

Miro por la rendija entre las cortinas de mi cuarto. La multitud se ha reducido; está claro que algunos se habrán aburrido y que les esperan mejores historias que perseguir. Bien. Los periodistas y reporteros que quedan están relajados, con la guardia bajada, repantigados por ahí y las cámaras apagadas. Si salgo por la puerta trasera y me escabullo hasta la fachada frontal, debería poder subir al coche sin que se fijen en mí. Puedo evitarme lo peor de sus tácticas de investigación. Por hoy, eso sí.

Pero ¿qué pasará mañana? ¿Y al día siguiente? ¿La próxima semana, en un mes? ¿Cuánto tiempo seguirá todo esto? Me clavo las uñas en la palma de las manos con fuerza. Las lágrimas me pican en los ojos. Maxwell parece creer que debería preocuparme por Tom; solo en una celda, angustiado acerca de lo que le depara el futuro. Y estoy preocupada por él. No saber qué pruebas posee la policía contra Tom es un peso enorme sobre nuestras espaldas. Se debe de sentir muy aislado y asustado; no sería la primera vez que un inocente es declarado culpable y termina en la cárcel. Pero también tengo miedo. Ahora mismo, ocupo el centro de la atención. Hacen hincapié en mí. Tom está a salvo, al menos. No es él quien tiene que lidiar con el vecindario. No tiene que dar la cara a sabiendas de que la gente estará hablando a sus espaldas. Y no es a él a quien acosan los periodistas para echarle un vistazo o para sacarle fotos. No le siguen.

Me ha dejado a solas y lidiando con una niña de tres años.

Me ha dejado.

Esa idea hace mella donde más duele. Es un bofetón en la cara. No

importa cómo, ni por qué; lo que importa es que me ha abandonado, como lo hizo mi padre.

Ha abandonado a Poppy.

Corro al piso de abajo, agarro las llaves que Tom guarda en la maceta, salgo a hurtadillas por la puerta trasera, doy la vuelta al exterior como una flecha y me meto en el coche. No me detengo a pensar; tan solo actúo. Si dudo por un segundo, me percibirán y tendré que esconderme como un ratón en su madriguera. Abro la puerta del copiloto, ya que es la más cercana a mí, y gateo hasta el otro asiento. Ya estoy en el lado del conductor, he bloqueado todas las puertas, cuando uno de esos juntaletras capta lo que está pasando. Acelero con fuerza y salgo a toda velocidad: los neumáticos chirrían como si fuera una escena de *Starsky y Hutch*. Los periodistuchos se hacen a un lado, seguramente por el miedo a que les pase por encima. Que se asusten. «No haberos quedado en medio de la carretera. Imbéciles».

Mi cuerpo entero se estremece mientras sigo al volante, ahora más despacio, por todo el pueblo. No quiero ir al Local de Poppy; supondrán que ese es mi destino y no quiero que Lucy se estrese con todo ese jaleo. Sigo conduciendo; salgo del pueblo y me meto en una autopista. No tengo ni idea de adónde voy, pero siento el apremio de seguir adelante. Cualquier sitio fuera de Lower Tew me sirve.

Es en momentos como este que me gustaría tener familiares a los que acudir. Un puerto franco en el que recalar, unas pocas horas, aunque fuera. No tener a nadie más no me pareció un problema cuando conocí a Tom; ocupó el lugar de mi familia. Era mi todo. No necesitaba a nadie más. Tom me lo solía repetir todo el tiempo. También decía que yo era todo lo que él necesitaba.

Pero no creo que fuera verdad al cien por cien.

Antes de darme cuenta, ya estoy en Banbury, aparcando ante la estación de tren.

Esto es parte de la rutina diaria de Tom. Tal vez siga sus pasos. Los que pensé que hizo el martes por la mañana. ¿Qué tenía de distinto ese martes? No puede haber sido una coincidencia que se tomara el día libre después de haber sido interrogado acerca de Katie. Tal vez se le hacía muy gordo ir al trabajo después de una noche larga y tortuosa. Nada me hace pensar que tenía planeado faltar a su rutina de trabajo cuando nos dejó a mí y a Poppy a las seis y cuarto aquella mañana. Tal vez llegó basta aquí y en ese momento decidió salir y pasar un rato solo.

¿Condujo, dejó el coche en Banbury, en este aparcamiento, y luego subió a otro tren para pasar el día? La agente Cooper dijo que habían comprobado las cámaras de seguridad y que no vieron que subiera a ningún tren en dirección a Londres. Y, por supuesto, si hubiera ido en

coche hacia otro sitio, lo habrían visto de inmediato por la cámara. Tienen esas cámaras que reconocen automáticamente las matrículas, de modo que lo habrían comprobado, ¿verdad?

Después de quedarme un rato reflexionando, observando cómo la gente entra y sale de la estación, me decido. Voy a Londres. Me pasaré yo misma por Moore & Wells; veré si alguien de ahí me puede explicar por qué no se presentó Tom el martes. Alguien debe de saberlo. No sé exactamente por qué lo hago; creo que simplemente necesito descubrir qué es lo que Tom me ha estado ocultando. Si lo descubro, me puedo proteger a mí. Proteger a Poppy. Porque mi instinto me dice que no quería simplemente estar a solas. Se disponía a hacer algo. Y no quiso que me enterara.

Capítulo 49

Tom

Ahora

La vista inicial, una mera formalidad, ha llegado a su fin. Maxwell ya me ha contado que diferirán mi caso al tribunal de primera instancia y que no tendré opción a fianza, ya que siguen las investigaciones acerca de mi paradero el martes, así que no hay sorpresas. Me llevan a la cárcel de Belmarsh hasta que comparezca a juicio. Preso preventivo. Me da vueltas el estómago. No quiero pasar ni una noche en la celda de una cárcel, y menos años. Maxwell me ha tranquilizado al decirme que no me tratarán como si hubiera sido condenado ya. Sí, vale. Puede que no tenga que seguir el régimen normal ni vestir la ropa uniformada de los presos, pero me llevan allí. Junto a criminales convictos.

Tengo derecho a una visita de una hora tres veces por semana.

«Por favor, Beth. Tienes que verme. Te necesito».

Capítulo 50

Beth

Ahora

El tren traquetea a su entrada en la estación de Marylebone y voy corriendo hasta la salida antes de verme atrapada entre la multitud, zigzagueando entre cuerpos hasta llegar a la línea Bakerloo. Ha pasado mucho tiempo desde que usé el metro por última vez: casi me había olvidado de cuán atestado y concurrido puede llegar a estar.

No dispongo de muchísimo tiempo. Llamé a Julia durante el trayecto de tren, y le expliqué la situación. Fue muy amable al aceptar recoger a Poppy en mi lugar y cuidar de ella hasta que llegue a casa. Parecía mucho pedir, pero no dudó un segundo. Dijo que ya esperaba tener que recogerla de todos modos después del sainete de la mañana.

Mis nervios se tensan cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo. ¿Qué me hace creer que una sola visita a Londres me va a revelar lo que estaba haciendo Tom el martes pasado? Si la policía no ha descubierto su paradero, dudo que yo tenga más suerte. Pero debo intentarlo. Tengo que sentir que estoy haciendo algo. Ahora bien, suponiendo que descubro dónde estuvo –qué era lo que estaba haciendo–, ¿qué se supone que voy a hacer con esa información?

«Depende de lo que descubras».

Con una docena de pasajeros más nos precipitamos al exterior del vagón. Nos dirigimos todos a la vez a la puerta, y luego recorremos el andén y vamos a las escaleras mecánicas. Mi cuerpo fluye con el resto. Cuando finalmente abandono el río de cuerpos, me encuentro en la acera en la que desemboca la estación, y me tomo un tiempo para ordenar mis pensamientos y saber dónde estoy exactamente. Mi casilla inicial debe ser el banco. No recuerdo cuándo fue la última vez que atravesé su umbral. Apenas recuerdo nombres concretos y no llego a visualizar un solo rostro pero, con suerte, me sonará algún nombre vagamente. El de alguien que quiera hablarme acerca de Tom.

Tan buen punto he cruzado la entrada de Moore & Wells empiezo a analizar la planta que ocupa la recepción, en busca de algún empleado que reconozca. Durante un momento incómodo pienso que estoy perdiendo el tiempo, pero empiezo a sentirme aliviada cuando se me acerca un hombre a quien reconozco y que lleva un traje de color gris

carbón. La impresión de reconocerme también le pasa como una ráfaga por el rostro.

–Buenos días –dice el hombre. Tiene los ojos separados, el caballete de su nariz es achatado. Nariz de boxeador. Eso es lo que me ha inducido a recordarlo–. ¿Tiene hora concertada con alguien?

Observo el distintivo plateado en su solapa: ANDREW NORTON. Andy. Era un recién llegado al mundo de la banca cuando me invitaron a una de sus cenas de empresas. Estuve un buen rato charlando con él sobre banca de inversión; no es que fuera una conversación muy estimulante. No olvidaré haberla tenido, pero sería incapaz de recordar una sola cosa de las que dijo si me interrogaran. Varias horas de mi vida que nunca me van a devolver.

Me recuerda cómo Tom siempre explica cómo ha ido su día en relación a cuestiones introspectivas, más que a detalles concretos. Precisamente porque se da cuenta de lo tremendamente aburrida que es una charla sobre banca a oídos de alguien ajeno a ese mundo.

–Hola, Andy –le digo, mirándole a los ojos–. Soy Beth. La mujer de Tom, ¿recuerdas? –Espero un instante–. No estoy citada con nadie, solo he aprovechado para acercarme, ya que pasaba por aquí.

–Ah, sí, claro –dice con entusiasmo–. Ya me parecía que tu cara me resultaba familiar.

–¿Están por aquí los compañeros habituales de Tom? –Por habituales me refiero a los que él considera sus colegas, pero no lo digo de manera explícita, ya que de algún modo extraño no quiero herir los sentimientos de Andy al insinuar que él no es uno de ellos.

–Vienen muy poco a esta planta –dice Andy, arqueando una ceja. Tiene más que claro que no es «uno de ellos»–. Te haré pasar por seguridad y te daré un pase de visitante. Si vas a la tercera planta encontrarás a alguien que te guíe. –Su rostro se ensombrece de repente, y le revolotean los ojos–. Me sabe… ejem, mal. Ya sabes, haberme enterado de todo es…

–Sí, gracias. –Lo interrumpo rápidamente porque no quiero que pronuncie esas palabras–. Como te puedes imaginar, todo ha sido muy chocante.

–Sí, sí, lo imagino. –Ensancha los ojos. Parece que quiere añadir algo, y luego se lo piensa dos veces y vuelve a cerrar la boca. Se queda en silencio mientras me lleva al otro lado de la valla de seguridad y me acompaña al ascensor–. Les diré que vas de camino –dice, ofreciéndome una sonrisa irregular–. Me alegra verte de nuevo.

–Lo mismo digo, Andy. Y gracias.

Se cierran las puertas del ascensor. Miro de reojo en los espejos, que están por todas partes en el ascensor, de modo que es difícil evitar del todo mi reflejo. Pellizco el tejido de mi blusa para recolocarla en la parte de los hombros, le doy un tirón hacia arriba y lo aliso, y luego

me paso los dedos por el pelo y le doy una palmada para arreglarlo. No tengo tiempo para volver a ponerme maquillaje cuando la puerta se abre con un silbido.

–¡Beth! Menuda sorpresa. –Un fuerte acento escocés me recibe antes de que logre salir del ascensor. El jefe de Tom. Por suerte me viene su nombre a la cabeza al verlo–. Hola, Alexander –le digo–, cuánto tiempo.

–Mira, me esperan varias reuniones, pero puedo cuadrarlo para estar un rato contigo, siendo tú –dice, posando una mano grande y violácea sobre mi hombro, y guiándome por la planta hasta su despacho. Siento el calor de la palma de su mano a través de la blusa y me remuevo un poco para rechazarla. ¿Por qué tiene que tocarme? Eso lo recuerdo también de aquella cena.

–Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

Estoy a punto de rechazar la oferta, pero luego decido que puede ser buena idea y me regalará algo de tiempo para mis preguntas.

–Sí, un café con leche, sin azúcar. Gracias. –Me siento ante su escritorio de madera maciza, de espaldas a la puerta. Sonrío para mis adentros cuando veo que tiene su nombre grabado en un cartel de caoba y metal: Alexander Robertson, Director de Gestión de Carteras, con varias letras más detrás. Qué anticuado y pomposo. Por lo que Tom me ha dicho, también es un machista de cuidado.

Alexander avanza hacia la máquina que ocupa una esquina de su despacho y se dispone a preparar dos cafés. Casi me sorprende que no haya llamado a alguna trabajadora para que entre y los prepare por él.

–Me he estado preguntando si aparecerías –dice. Me da la espalda mientras va removiendo los cafés con un bastoncillo de madera–. Después de que los policías vinieran a hacer preguntas, supuse que estarías al caer.

–¿Ah, sí? ¿Por qué?

–Te conozco, Beth. O, mejor dicho, sé lo que me cuenta Tom. Tenía la sensación de que una mujer decidida como tú no se quedaría de brazos cruzados.

Me parece muy curioso que este hombre a quien, exceptuando contados encuentros formales, no conozco de nada, se dirija a mí de esta manera. Supongo que es probable que Tom le haya hablado de mí. Tal vez acerca de mi determinación de querer montar el *ceramics café*, pero dudo mucho que equivalga a que Alexander crea que me conoce, o que sepa qué haría yo en estas circunstancias.

Si yo no sé cómo actuar en estas circunstancias, ¿cómo lo iba a saber él?

–Si te soy sincera, Alexander… Literalmente no tengo ni idea de cómo tomármelo. No estar de brazos cruzados, sin hacer absolutamente nada, es el motivo por el que estoy aquí, de hecho.

Para intentar despejar varias… incógnitas.

–¿Qué clase de incógnitas? –Deja una taza delante de mí y se dirige a su asiento, que arrastra hacia delante–. Sabes que la policía ya ha pasado por aquí, y que no supimos ayudar más que en lo esencial. Sus horarios, con quién se relacionaba… Ese tipo de cosas. –Entrecruza los dedos de ambas manos en vertical, reposando los codos sobre el escritorio.

–Eso está bien. Lo esencial es por donde se suele empezar. –Me inclino hacia él–. Empezando por el lunes. Ese día estuvo aquí, me parece. ¿Cuál fue su horario aquel día?

–El de siempre. Entra a las ocho y media y se va a las cuatro y media, para poder ver a Poppy antes de que se meta en la cama. Se organizó ese horario cuando ella nació, y siempre compensa las horas que queden por cumplir trabajando desde casa, como sabes. Es un animal de costumbres, Beth. Eso fue lo que le dije a la mujer policía.

–Sí, y por eso me extrañó que llegara a casa tarde aquella noche. Pero incluso más raro fue que no se presentara al trabajo el martes.

–Por lo que nosotros sabemos, Beth, se había tomado el día libre porque estaba enfermo. Llamó a las ocho y treinta para decir que se había puesto mal durante el trayecto y que volvía a casa.

–La policía no me lo contó –digo, más a mí misma que a él. No estuvo en casa aquel día; lo sé porque pasé por casa a buscar pasteles antes de recoger a Poppy–. No volvió a casa, Alexander. ¿Habló con alguien más aquel día?

–De hecho, no habló conmigo para nada. Fue Celia quien respondió a su llamada y quien trasladó el mensaje al equipo.

–¿Está ella hoy? –Me doy la vuelta y saco la cabeza a un lado para ver el resto de la planta a través del panel de cristal de su despacho.

–Espera, la voy a buscar. –Alexander se levanta y hace señas a una mujer de unos cuarenta años, muy elegante, que se encuentra al otro lado. Ella deja de hablar de inmediato y echa a andar hacia nosotros.

–¿Sí, Alex? –dice, introduciendo la cabeza y los hombros por el umbral de la puerta. Entrecierra los ojos cuando me ve.

–Entra, Celia. Cierra la puerta –le dice Alexander–. Esta es Beth, la mujer de Tom. Se estaba preguntando qué te dijo Tom exactamente cuando llamó el martes para avisar de que estaba enfermo.

–Ah, bueno… No dijo mucho en realidad. Fue muy abrupto. Me temo que eso también se lo tuve que decir a la policía.

–¿Y qué es lo que teme? –Le pregunto, incapaz de contenerme.

Se sonroja.

–Bueno, quiero decir… Tuve que explicarles la impresión que me causó. Como si hubiera algo que le molestaba. E imagino que eso pudo haberse sumado a sus… preocupaciones, supongo.

–¿Por qué cree que sonaba como si hubiera algo que le inquietaba? Si

le dijo que se había puesto enfermo, ¿no le pareció que se trataba de eso y nada más?

–Llevo bastantes años trabajando con Tom, e intuí en su tono de voz que había algo raro. No me pareció que fuera a causa de encontrarse mal. Sonaba como si sintiera pánico.

–¿Y de casualidad no habrá intuido algo que pueda serme útil? ¿Por ejemplo, dónde coño estaba? –Me estrujo las manos, me concentro en mantenerlas apretadas para distraerme de mi frustración creciente. Celia parece estupefacta por mi brusquedad. Se relame los labios y traga. Se reajusta los hombros.

–Solamente noté que sonaba de fondo algo parecido a una radio. Nada que pueda ser útil. Podría haber estado en cualquier parte.

–¿Una radio de coche?

–Bueno, supuse que estaría conduciendo a casa de vuelta, de modo que sí. Debe de haber sido eso.

Celia se encoge de hombros y luego vuelve a escabullirse, y veo a través del cristal cómo vuelve a su escritorio.

Sé que Tom no volvió a casa. La policía parecía estar segura. ¿Estaba yendo en coche a otra parte?

¿Mi marido estaba teniendo una aventura? La idea me pone enferma. No, no haría una cosa así.

–¿Cómo le parecía que estaba últimamente? –Me vuelvo a Alexander, a quién pillo bostezando–. Perdón, ¿me estoy alargando?

–He pasado una larga noche sin dormir. –Toma un trago de su taza de cartón–. Siempre ha sido muy reservado, Beth. Ya sabes cómo es. Raramente comparte temas que sean demasiado personales con nosotros. Suele hablarnos de ti y de Poppy. Puede que Jimmy sepa algo más, es quien charla más con Tom.

Recuerdo a Tom hablando sobre Jimmy en varias ocasiones, compartiendo anécdotas graciosas y las bromas que se hacen en la oficina. Si hay alguien en quien Tom confiaba en aquel lugar, posiblemente fuera él.

–Fantástico, ¿podría hablar con él un momentito?

–No está. Tiene sus días de permiso anual, hasta el viernes. Está en Cornualles con su mujer y los críos. Lo siento.

–No hay problema –suspiro. No es que estuviera esperando mucho pero me decepciona que me voy a ir sin tener una sola pista sobre qué hacía Tom el martes pasado.

–Tal vez estés buscando algo que no se encuentra aquí, Beth.

–Puede ser –le concedo–, pero no creo que sea una coincidencia que se marche el día después de que le hagan preguntas acerca de una ex. ¿Y tú?

–Aquello pasó… ¿Cuándo? ¿Hace ocho años? –Se apoya en el respaldo, y da golpecillos en los reposabrazos–. No veo cómo podrían

estar relacionadas ambas cosas. Más allá de que pudiera sentirse alterado, tal vez, y que necesitara tiempo a solas. Para procesarlo.

–Quizás –digo.

Pero sé que no es el caso. Sé que hay otro motivo por el que me mintió. Y no descansaré hasta descubrirlo.

Capítulo 51

Beth

Ahora

Doy un paseo sin rumbo durante una media hora después de dejar a Alexander; mis esperanzas de encontrar algún rastro de información están hechas trizas. Sin saber cómo, acabo delante de nuestro antiguo piso. Me quedo de pie en la acera, con la cabeza girada hacia arriba, mirando el balcón del tercer piso. Se ve igual que antes desde el exterior. Mudarme a casa de Tom fue una clara elección entonces, porque lo que pagaba por mi alquiler era una extorsión. «Una cutrez», decía Tom. Supongo que tenía razón, aunque a mí me gustaba mi pisito. Probablemente porque era el primero que podía permitirme pagar yo sola, sin gente de la uni ni un compañero de piso. Independencia absoluta. Era increíble. Me costó un tiempo adaptarme a vivir con alguien otra vez.

De todos modos, aquí pasamos una temporada muy feliz. Los recuerdos que tengo son buenos, en conjunto. Me entusiasmó volver a gozar de espacio cuando nos mudamos a los Cotswolds, pero no me impidió sentir cierta aprensión por hacer las maletas e irnos. Recuerdo que Tom estuvo muy estresado las semanas antes de irnos, de modo que supongo que también era reacio a un cambio tan grande. Pero teníamos a Poppy, y sabíamos que estábamos haciendo lo mejor por su futuro. Me pregunto ahora, sin embargo, si el estrés de Tom no se debía a algo más de lo que creía. Este era el piso en que él y Katie habían pasado tanto tiempo. Ella prácticamente vivía allí, por lo que me había dicho cuando nos acabábamos de conocer. No eran solamente recuerdos de nosotros dos los que él dejaba atrás. También eran los recuerdos de ella. Incluso encontramos algunas cosas suyas cuando estuvimos empacando.

Me estremezco.

«No pienses en eso».

Dejo a un lado aquellos pensamientos del pasado y cruzo la calle. Debería pensar en ir tirando hacia la estación para no recoger a Poppy muy tarde de casa de Julia. Me frustra que volveré sin un solo atisbo de lo que hacía Tom y de por qué sintió que tenía que mentir. Debería haber planeado detenidamente este viaje y tener un plan listo. Tal vez

vuelva. Si lo dejo para la próxima semana, Jimmy ya habrá vuelto de sus vacaciones. Quizás sea de más ayuda que Alexander.

Mientras esquivo a la gente de camino a la estación siento que el móvil empieza a vibrar en mi bolsillo.

–Hola, Lucy. ¿Todo bien? –Hago una finta hasta una calle menos ruidosa, y me apoyo contra la pared para escuchar su llamada. llamada–. Perdona, estoy en Londres. Ahora mismo estaba… –¿Ahora mismo qué?¿Qué tengo que decirle?

Su voz se corta de todos modos, de modo que no necesito buscarme un motivo.

–Beth, la policía ha estado haciendo preguntas.

–Ah –le digo–, ¿en la cafetería? –Me quedo en blanco un instante, incapaz de imaginar algún motivo por el que irían ahí.

–No, aquí no. A mí no.

Doy un tirón al escote de mi blusa. Me entra calor de repente.

–¿A quién, pues?

–Querían que Oscar les diera información.

–¿Qué? –Me recorre una oleada de ansiedad–. ¿Qué tiene Oscar que ver con todo esto?

–No tengo ni idea, Beth. Pero querían saber más cosas acerca del coche prestado.

Mi mente divaga confusamente mientras intento comprender esta última oración.

–No le hemos pedido prestado ningún coche a Oscar.

–Parece ser que Tom sí. –Lucy hace una pausa. Escucho como respira–. El martes por la mañana.

Capítulo 52

Beth

Ahora

La expresión de Julia es tan tensa como de alivio cuando me dispongo a recoger a Poppy.

–Ay, ¡gracias a Dios! –dice, abriendo la puerta de par en par–. ¿Quién hubiera dicho que cambiara todo tanto con un niño de más? La gente cree que, porque «puedo» con trillizos, uno más será coser y cantar. –Se da la vuelta y se dirige a una habitación lateral en el pasillo. La sigo, sintiéndome fatal. Está claro que he sido la causa de su agobio al pedirle que cuidara de Poppy.

–Lo siento mucho, Julia. Me he pasado de la raya…

–No, no, guapa. Para nada. En realidad me ha hecho… me hace feliz… ayudarte en todo lo que pueda. Tan solo me hace falta un buen lingotazo y echarme luego en la cama, nada más. Cuatro críos armando barullo no es exactamente sedante.

Me río.

–Ten por seguro que te van a llegar unas cuantas botellas de champán como agradecimiento.

–Mejor me iría una escapada secreta, a solas, a un balneario. –Julia se recoge el cabello en una cola de caballo a través de un coletero *scrunchie*. Incluso cuando está agobiada parece que esté anunciando productos de belleza, o algo parecido. Da un grito para que Poppy baje, y luego me devuelve su atención–. ¿Encontraste lo que andabas buscando? –Me ofrece una sonrisa comprensiva.

–Ah… No. La verdad es que no. –Suspiro. No le cuento nada acerca de la llamada de Lucy. Todavía estoy demasiado confundida y no he tenido tiempo de ordenar mis pensamientos, a pesar del largo viaje a casa. Tengo que digerirlo; tratar de comprender su relevancia. ¿Por qué alquilaría Tom un coche cuando ya tenía uno en perfectas condiciones?

El motivo solo puede ser algo malo.

–Qué pena. Tal vez haya sido para bien, Beth –dice, con un rostro serio–. Vete tú a saber lo que podrías desenterrar. A veces, la ignorancia hace la felicidad.

Una sensación fría se abre paso por mi columna.

–Entonces, crees que hizo esa cosa tan terrible de la que se le acusa –digo; no lo expreso como una pregunta, ya que está claro que cree que Tom es culpable. No lo hubiera dicho si no fuera así. Se pone pálida.

–Lo siento. Mira, no tengo ni idea de si es o no es capaz de… hacer daño a alguien. Lo que digo es, solamente, ¿conocemos de verdad alguna vez a alguien? Quiero decir, ¿todo acerca de esa persona? ¿Lo que le recorre la zona más oculta de su mente? En tu cabeza te debes de preguntar si es una posibilidad; si no, imagino que hoy no habrías partido para Londres. No juzgo, Beth. No estoy en condiciones de poder hacerlo. Lo único que digo es que se lo dejes a la policía. Que hagan su trabajo. Los habitantes de Lower Tew darán la cara por ti pase lo que pase.

Las lágrimas me escuecen en los ojos. Estoy agradecida por el apoyo que me está prestando Julia, y me da aliento oírle decir que estará de mi parte sea cual sea el veredicto. Pero sí me preocupa que crea que Tom es culpable. Y me preocupa que, aunque me está diciendo lo que toca –a la cara–, podría estar perfectamente diciendo lo contrario a la gente a mis espaldas. Que las madres de la guardería dijeran que yo debía de saberlo, que debía de estar al corriente de lo que hizo Tom, es un peso enorme en mi interior, como un espíritu malévolo que se agazapa sobre mí, esperando.

–Gracias, Julia. Realmente no te puedo agradecer lo suficiente lo que has hecho hoy. –Decido no adornarlo más.

–¿Y para qué están las amigas?

Poppy corre hacia mí y arroja los brazos en torno a mis piernas.

–Pensaba que te habías ido –dice, enterrando la cara en mis tejanos.

–Claro que no, Poppy. Hoy he tenido que trabajar más horas, eso es todo. Perdóname. –La levanto en mis brazos, agarrándola fuerte y hundiendo mi nariz en su cuello.

–¿Volveremos a escalar el muro? –Se le ilumina la cara. Me alegro de que antes lo viviera como una especie de aventura, pero espero que no sea algo que tengamos que repetir a diario.

–Estoy un poco cansada para escalar. Quizás podríamos ir directamente a la puerta principal –le digo, mirando a Julia y levantando las cejas, teatralmente, como diciendo «¿podremos?». Ella asiente. Gracias a Dios. De todos modos, supongo que los periodistas volverán. Estoy segura de que no se van a dar por vencidos sin más.

Al llegar al camino que lleva a casa, caminamos despacio hacia nuestro hogar. Con precaución, en mi caso. Consigo relajarme al ver que no hay coches de más aparcados, y que no hay personas afuera. Reina la oscuridad. Inmediatamente llevo a Poppy a la cama, en el piso de arriba. Ha tenido un día muy largo. Yo también; se me ha hecho largo.

Pienso en cuál será mi siguiente jugada mientras escucho el suave

zumbido del microondas. Otra cena para solo una.

Tom pidió prestado un coche del garaje de Oscar. ¿Por qué? Por reacia que pueda ser a admitirlo, creo que Julia tiene razón. ¿Lo llegamos a conocer todo acerca de una persona, alguna vez? Conozco la respuesta: obviamente no. Sé muchas cosas acerca de Tom; él sabe muchas cosas acerca de mí. Pero sin lugar a dudas no lo sabe todo de mí, de modo que es razonable suponer que no lo sé todo acerca de él.

Llamaré a Maxwell cuando haya terminado de comer.

Mañana quiero ir a visitar a Tom.

Capítulo 53

Beth

Ahora

El vestíbulo, por algún motivo, huele a limpio y sucio a la vez. He llegado aquí tan pronto como he podido; salí tan buen punto dejé a Poppy en la guardería. Pero, según parece, tuve suerte de que me dejaran entrar, ya que iba tarde. En un futuro debo asegurarme de que llego al registro entre las 8:30 y las 9:15 de la mañana.

Tomo asiento cautelosamente en la silla sujeta con tornillos al suelo a la que me han dirigido para que espere a Tom. Dirijo miradas furtivas por todo el vestíbulo de visitas, lleno de criminales convictos y aquellos, como Tom, que están esperando su suerte. No me veo haciendo esto durante las próximas semanas, por no hablar de años. Hay niños, pero no voy a arrastrar a Poppy hasta aquí. No va a mezclarse en la zona de juegos con hijos de asesinos y demás.

Sobre la mesa, se me acelera el pulso en las muñecas al apoyarme para intentar regular mi respiración. Nunca he estado tan nerviosa por ver a mi marido. ¿Qué pinta tendrá? Maxwell me dijo que no duerme y que no le entra la comida. Las preocupaciones deben estar carcomiéndole el estómago. Han pasado nueve días desde que lo vi y hablé con él por última vez. ¿Qué debe de pensar de mí, ya que he sido incapaz de aceptar una llamada suya? Me retuerzo las manos, miro hacia delante: no quiero cruzar mi mirada con nadie más accidentalmente. Podría pedir algo en la barra, y así tendría al menos algo en qué ocupar mis manos, pero la ansiedad me impide abandonar el asiento.

Al fondo hay cierto movimiento que me llama la atención. Trago saliva con fuerza. Apenas si lo reconozco cuando llega caminando hacia la mesa, lento y encorvado. Al sentarse frente a mí, veo que tiene el rostro grisáceo y demacrado. Los ojos parecen huecos. Fantasmagóricos. Aparto la mirada.

–Gracias –dice; incluso su voz suena extraña, ajena–. Dios, Beth… no tienes ni idea de lo desesperado que he estado por verte.

Las palabras que quiero decir –las que debería decir– se congelan en mi laringe. Me obliga a mirarlo directamente y centrarme en su cara, pero mis labios permanecen obstinadamente sellados. Frunce el

entrecejo y veo que le surgen lágrimas en la comisura de los ojos. En lugar de su bello y claro azul pavo real, ahora se ven borrosos y apagados. Saltones y sin alma.

A Tom le permiten tres visitas por semana y aquí estoy, en su primer día en Belmarsh. Aunque eso me hace parecer como si fuera la esposa fiel –leal y amparadora–, apenas puedo hablar. No sé decirle que lo quiero ni le ofrezco palabras de ánimo, y sé que esto lo va a disgustar.

–Lo siento mucho, Beth. No podría haber situación peor; no me puedo imaginar lo que estáis pasando Poppy y tú. –Sus manos se acercan a las mías; las yemas de sus dedos rozan mi piel; manda pequeñas descargas eléctricas que me suben los brazos. Me retiro rápido, colocando las manos sobre mi regazo, bajo la mesa. Me dijeron que se puede tener un contacto mínimo al principio y al final, no durante la visita. Pero sé que no es el auténtico motivo por el que me aparto.

Mi estómago se hace un nudo cuando veo en su rostro que le ha dolido.

«Habla. Di algo».

Tom se remueve incómodo en la silla, con los ojos yendo de aquí para allá. Entonces, agachándose, se acerca un poco más a mí, y con su voz reducida a prácticamente un susurro, me dice:

–Debería haberte hablado acerca de todo esto el martes por la mañana. Como tú querías. De verdad me arrepiento de no haberte hecho caso. –Hace una pausa, respira–. Siempre has sabido lo que me convenía –dice, riendo un poco.

–¿Por qué me mentiste? –digo, entrecerrando los ojos, con palabras que me salen en forma de silbido. La frivolidad de su comentario me ha llenado de ira y ha conseguido que finalmente encuentre la voz.

La confusión se le extiende por el rostro.

–No he mentido. –Sus mejillas se enrojecen: sabe que no soy idiota.

–¿Adónde fuiste el martes? ¿Por qué me dijiste que te habías ido a trabajar?

–¿En serio? ¿Eso es lo que te preocupa? ¿Por qué te obsesionas con eso? No importa, Beth.

–¡Me importa a mí! –Noto miradas curiosas que se giran al oír que alzo la voz, pero la distracción es fugaz; las cabezas se vuelven a girar y se centran de nuevo en las mesas que ocupan.

–¿Qué les has dicho a los policías? –Tom ahora está a la defensiva; se nota que le da miedo lo que haya podido dejar caer. Sacudo la cabeza.

–Nada, Tom. Porque no puedo decirles cosas que no sé, ¿o sí?

El silencio se asienta entre nosotros dos; la charla de otros presos y visitantes llena el vacío.

–Hay cosas más urgentes de las que ocuparse –Tom acaba por decir; señala a su alrededor–, mira dónde estoy, Beth. No puedo seguir aquí.

Su vulnerabilidad en estos momentos me da un pinchazo en el corazón. Si los policías no se hubieran presentado la noche del lunes, no estaríamos ahora en esta situación. Seguiríamos nuestras vidas como si no pasara nada: una pareja felizmente casada con una hija. ¿Verdad?

–Maxwell está haciendo todo lo que puede –digo con delicadeza. Llevo mis manos hacia las suyas, con culpa que sustituye mi ira, pero me detengo antes de que se toquen. No quiero saltarme alguna norma sin darme cuenta y atraer la atención de los funcionarios–. No cree que el fiscal tenga suficientes pruebas para que te condene el jurado. Le parece que puede demostrar, por lo menos, que hay dudas razonables. Puede que en pocos meses vuelvas a estar en casa.

–Me da la impresión de que todo depende del azar. No me gusta. No tengo control sobre nada.

–No sé qué es lo que quieres que haga.

–Tienes que ayudarme. –Sus ojos miran suplicantes los míos. Y entonces murmura–: Ya hemos pasado por esto. Eres la única que lo entiende.

Junto las manos, preparándome para lo que viene. La verdad que he intentado tanto ocultar, incluso a mí misma.

–Ya sabes que no quería que muriese, Beth.

Capítulo 54

Tom

Ahora

Nueve días queriendo ver a mi mujer desesperadamente y esto es lo que me dan.

La puerta se cierra con un estruendo metálico detrás de mí; las llaves resuenan al cerrar, y ahora me dejan en la celda. Solo de nuevo. Estuvo bien un cambio en el decorado; la sala de visitantes es el espacio menos carcelario de este lugar, si no se mira con demasiado detenimiento.

Una vez entró Beth, no obstante, ya no veía nada aparte de ella. La necesidad de acercármela, olerla, sentir la calidez de su cuerpo contra el mío, era indecible. Arrolladora. Tanto, que me costó un rato calmarme, detener las imágenes que me penetraban la mente. No esperaba que estuviera eufórica por verme, pero reconozco que pensaba que estaría por lo menos un poco contenta. Y, sin embargo, no había nada en su lenguaje corporal –cómo me miraba, cómo me hablaba– que expresara estarlo.

¿Por qué se está apartando de mí? No lo entiendo. Es como si no quisiera ayudarme. Sé que la he dejado tirada, sabe Dios que debería haber hablado con ella después del interrogatorio, y he estado sudando la gota gorda desde que me arrestaron, preguntándome si no habrá dicho algo sin querer que me pueda incriminar. Si hubiera hablado con ella cuando me lo pidió, entre los dos podríamos haber preparado una historia que contar a la policía. La cagué hasta el fondo.

Por supuesto, habrá quien diga que esa no fue mi primera cagada. Que esa fue haber matado a Katie Williams.

Pero puede que esa gente se equivoque.

Capítulo 55

Beth

Ahora

No he conseguido acercarme a la verdad de por qué Tom me mintió. Estaba más decidido a asegurarse de que no iría contando lo que sabía a la policía que a explicarme qué hizo el martes en lugar de trabajar. Es curioso cuánta importancia otorga a lo que yo pudiera saber acerca de algo de hace ocho años, a diferencia de algo de hace poco más de una semana.

¿Qué es lo que me oculta?

Me envuelvo a mí misma con los brazos, meciéndome ante el volante, con la radio puesta, esperando a sentir la suficiente tranquilidad para volver a casa. Ojalá no le hubiera ido a ver. Es extraño, pero he logrado convencerme a mí misma de que estaba tan chocada como los demás cuando lo arrestaron. Y, sin verlo, he sido capaz de conservar la ilusión, ante los demás y ante mí misma. Dejando a un lado las pocas veces que los susurros de las madres me han afectado en la guardería, mayoritariamente he sido capaz de ocultar lo que sé en las profundidades de mi mente. Por supervivencia.

Julia, claro está, se acercó de manera preocupante aquella noche.

Pero debo seguir manteniendo la farsa. No me puedo permitir soltarlo. Porque, a ojos de los demás, eso me convertirá en un monstruo como Tom. Me sentí horrible al decir que no puedo hacer nada por él. ¿Cómo podría, si implica contarle a la policía que lo sabía? No me puedo arriesgar a que me impliquen de ningún modo; tengo que pensar en Poppy. Traté de explicarle que no beneficiaría a su caso, para nada. Creo que espera, si llega a hacer falta, que si le cuento al jurado que fue todo un accidente su nombre quedará limpio, que no será condenado. No está pensando de manera lógica. Todo lo que lograríamos sería confirmar categóricamente que mató a Katie, sea o no un accidente, y que lo ha mantenido oculto todos estos años. Que la ha mantenido oculta. Que nunca dejó a su familia y amigos llorar su muerte, ni que la enterraran. No tuvieron ocasión de experimentar un cierre. No dispusieron de un cuerpo que enterrar.

La única esperanza que tiene Tom para volver a casa es seguir declarándose inocente y rezar por que no encuentren pruebas.

Y tampoco le puedo servir de nada en ese caso.

Mis pensamientos divagan hasta ese día del año pasado. El día en que todo cambió.

Era la hora del desayuno y le dejé a Poppy utilizar el iPad de Tom para ver un episodio de *La luna y yo* mientras lavaba los platos. Le había prometido a él que yo tampoco lo usaría después de haberme pillado la última vez, pero aquel día necesitaba un poco de ayuda.

–Vamos, peque Poppy –dije, apartando el iPad de su manita ladrona. Se le había torcido el gesto con expresión de enfado y pateaba el suelo. «Eso de los terribles dos años es cierto», recuerdo que pensé. Eran las seis y media y Tom justo acababa de irse. Necesitaba darme un poco de prisa; aquella mañana preparaba una sesión de cafés especiales en el local, con la esperanza de atraer a nuevos clientes.

Estaba a punto de apagar el iPad cuando me di cuenta de que Poppy había logrado acceder al correo de Tom. Esperaba que no hubiera mandado letras sueltas a algún cliente o algo parecido. En la bandeja de entrada, desplacé la pantalla hacia abajo, esperando de reojo que no hubiera tocado algo, o peor aún, que no hubiera borrado nada, murmurando palabrotas por el estrés inesperado que me estaba causando. Pero lo que ocurrió fue peor.

Algo de la pantalla parecía raro.

Seguí desplazando la pantalla más lentamente, confundida ante el asunto de varios correos.

Entonces me di cuenta. Lo que estaba leyendo no era la cuenta de Tom.

Me quedé perpleja observándolo todo. La cuenta de correo sin duda era la de otra persona.

Se me detuvo el aliento y mi corazón se aceleró el doble. El nombre de la cuenta me resultaba familiar.

«Katie Williams». Pronunciarlo me dio una sensación extraña en la lengua.

No lo entendía. ¿Por qué tenía Tom la cuenta de correo de su exnovia en su iPad?

El móvil vibra en la guantera y me devuelve de un brinco al presente. Lo había dejado ahí al dirigirme a la sala de visitas. Abro el compartimento y lo busco. Contemplo el nombre que aparece unos instantes en la pantalla.

Adam.

Cojo la llamada.

Capítulo 56

Katie

Hace ocho años

–¿No soy lo bastante para ti? –dijo Tom. Tenía los ojos muy abiertos, maníacos, sujetando el móvil a centímetros de la cara de Katie. Ella se volvió a un lado, retrocediendo hasta que se quedó pegada a la pared–. ¿Eh? ¿Qué pasa, no lo soy?

La saliva que le iba impactando le humedecía las mejillas. Cerró los ojos con fuerza; no se atrevía a hablar.

–¡Joder! ¿Es que no tienes nada que decirme? ¿Ni siquiera vas a intentar explicarte? ¿Pedirme perdón? ¿Suplicar que te perdone?

Katie permaneció en silencio. Su negativa a responder mientras Tom le estuviera gritando no hacía más que aumentar la furia de él. Le dio un empujón para apartarla, haciendo que su móvil saliera disparado al suelo. Katie empezó a sollozar, temblorosa.

–¿Y ahora por qué lloras? Soy yo quien debería estar cabreado. Es a mí a quien han mentido. A quien han engañado con otro. Después de todo lo que te he dado. Todo lo que he hecho por ti. ¡Puta ingrata! –Tom se abalanzó sobre ella otra vez, levantándole la mano derecha. El bofetón cayó sobre la mejilla izquierda de Katie. Le empezó a explotar el dolor, provocando que parpadearan chispas blancas ante sus ojos.

–Por favor… –gimoteó. Se deslizó pared abajo hasta quedar en cuclillas, protegiéndose la cara, que ya se hinchaba.

–No quiero hacerte daño, Katie. Te amo. Sabes que te quiero hasta el tuétano. Pero ¿cómo has podido traicionarme de esta manera? ¿Con *ese*? –Tom se apartó y recogió el teléfono tirado–. ¿Qué es esto? –Le puso el móvil de nuevo sobre la cara–. Léelo. –Le exigió–. ¡Vamos! Lee bien alto esa parte del puto mensaje. Quiero escuchar como lo dices. –Tom golpeaba la pantalla con el dedo, apuntando al final.

–No… quie… ro –dijo Katie. Su voz estaba cubierta de lágrimas. De miedo.

–Que. Lo. Leas. –Su tono era grave, amenazador.

Katie hizo lo que le decía.

–Eres… muy importante para mí… –Katie sollozó con dificultad, luego inspiró, intentando continuar– …ya lo sabes… Y después de la otra noche, pensé que habrían cambiado algunas cosas.

Las lágrimas caían por su rostro enrojecido e hinchado.

–No hace falta que te pregunte lo que esto quiere decir, ¿verdad? Es obvio. ¿Qué pasa, que no soy lo bastante hombre para ti? Parecía que te gustaba follar conmigo. Entonces no será por eso.

Katie sacudía la cabeza, bajando la mirada. No quería ser espectadora de su furia. No se atrevía a decirle que a veces le daba miedo tener sexo con Tom; que podía ser demasiado intenso. Demasiado brusco.

Luego arremetió contra ella, la apretó bajo sus brazos y tiró de ella hacia arriba, hasta que estuvo de pie. Entonces la arrastró, como si fuera una muñeca de trapo, hasta el cuarto. La abalanzó contra el colchón.

–Te tengo que castigar por esto. ¿Te das cuenta? No puedo simplemente perdonar y olvidar esta traición, Katie.

Katie estaba tumbada, con los ojos enloquecidos. Debería enfrentarse a él. Correr. Gritar. Lo que fuera.

Pero no se podía mover. Si simplemente dejaba que él le hiciera daño, que se sacara aquello del cuerpo, tal vez sería rápido. Y entonces, podría huir más tarde.

Tom

Lo he estado aguantando hasta donde pude. Pero siempre sucede que, cuando me posee esa furia, poco puedo hacer para impedirlo. Algo en lo más profundo de mi interior me domina. No sucede muy a menudo. Para bien, probablemente.

Volví a rebuscar entre los mensajes de Katie, en busca de los que le manda él. Durante una fracción de segundo me pregunté si me había excedido con mi reacción, si había interpretado más de lo que había. Entonces, como un molesto espasmo en el ojo, me dije para mis adentros que tenía razón. Habían estado haciendo planes a mis espaldas.

Capítulo 57

Beth

Ahora

Volví a casa en coche, aturdida, sin pensar en Tom, en mi visita o en su juicio. Sin embargo, ahora sí esos pensamientos me inundan el cerebro, sentada sobre la cama. No me siento capaz de hacer nada. Todas mis fuerzas han quedado fulminadas. Me tumbo y cubro con el edredón mi cuerpo vestido, cierro los ojos contra el sol brillante que resplandece a través de la ventana. El rostro de Tom me va rondando tras los párpados cerrados; sus rasgos están distorsionados por la preocupación. La desesperación que irradian sus ojos, suplicándome… Tal y como lo hicieron el día que me enfrenté a él.

–Tom, ¿por qué tienes la cuenta de correo de Katie en tu iPad? –le pregunté aquella noche, cuando Poppy estaba ya acostada. Mi corazón martilleaba, esperando una respuesta. Observé el destello de pánico revelador que planeaba sobre su rostro; noté cómo se le movía claramente la nuez del cuello al tragar. Esperaba que me ofreciera una explicación elaborada; algo inocente, un motivo sin más. Pero no lo hizo. En lugar de eso, el rostro de Tom se empezó a arrugar, y él se desplomó en el sofá como si no pudiera sostener su propio peso. Y se puso a llorar.

Al cabo de un rato, se calmó lo suficiente para empezar a explicármelo. Ni siquiera trató de mentir. Me lo explicó todo, y yo escuché en un silencio absoluto, demasiado anonadada como para interrumpirlo. Fue un accidente, dijo, cuyas repercusiones se habían vuelto incontrolables. Primero, una mentira para tapar lo que había hecho, seguida de otra para encubrir la primera; luego otra, y otra más. Quería chillar para que dejara de hablar. Si me contaba lo que iba a contarme ya no habría marcha atrás. No había forma de deshacer sus errores. Pero no dije una sola palabra. Dejé que continuara su relato. Era como si estuviera escuchando una novela radiofónica; ficción. O la vida de otra persona.

Tom mencionó cómo había perdido el control por un instante. Sintió celos cuando descubrió que Katie le había engañado. Tan solo había tratado de impedir que se fuera del piso; quería que lo hablaran, intentar solucionarlo todo. Le tiró el pisapapeles desde la distancia. Ni

siquiera pretendía alcanzarla con él, solamente quería que fuera una advertencia. Se suponía que debía asustarla, que se frenara y que él lograra disponer de tiempo suficiente para elaborar un buen argumento que justificara estar juntos, arreglarlo. Le dijo que la perdonaba por haber errado en su criterio, pero ella lo ignoró y siguió intentando escapar. Cuando hizo impacto en su cabeza y ella se desplomó contra el suelo, él se quedó paralizado. Debería haberlo pensado mejor.

Había sido un accidente. Un accidente terrible y catastrófico que deseó inmediatamente que pudiera revertir. En pleno pánico, la abandonó en su piso, desangrándose sobre el suelo. Vagó por las calles de Bethnal Green durante una hora, enloqueciendo. Debería haber llamado una ambulancia, aunque era evidente que estaba muerta. Debería haber llamado a la policía, pero tuvo miedo, como cualquiera en aquella situación, dijo; tenía miedo de que nadie creyera que le había hecho daño a propósito, especialmente porque ella le acababa de decir que se iba.

Tom me había convencido de que había sido un accidente terrible. Estaba desquiciado, lloraba mientras lo abrazaba; irradiaba vergüenza, dolor y arrepentimiento. Cuando me aparté y rompí el abrazo, la gravedad de lo que me había contado había hecho mella en mí, y la sensación de horror reemplazó el shock del principio. Tom me suplicó que lo perdonara. Que no pensara mal de él.

–Te necesito –dijo–. Igual que tú me necesitas, Beth. Y no querrías que Poppy creciera sin tener un padre, como tú. Esto la destrozaría. Su vida cambiaría para siempre, afectada por una mala decisión. –Sabía cómo tocarme la fibra, cómo hacer que hiciera su voluntad.

–Soy la misma persona que has conocido siempre, Beth –suplicó–. Me conoces. Sabes que jamás haría daño a nadie a propósito. ¿Te he puesto un dedo encima alguna vez? ¿O a Poppy? ¿Alguna vez has tenido motivos para creer que soy capaz de hacer algo malo?

Y no. Por supuesto la respuesta tenía que ser no. No me haría daño; no de la manera en que insinuaba. Tal y como les expliqué a los policías, Tom es el padre y marido ideal.

Algo que ocurrió hace ocho años, un acontecimiento sobre el que no tenía la menor constancia hasta ese punto, no iba a cambiar nuestra relación. Fue un accidente. Y, por el bien de Poppy, era algo con lo que sabía que tendría que vivir yo también.

¿Verdad?

Capítulo 58

Katie

Hace ocho años

Katie intuía vagamente la presencia cercana de Tom. Sentía dolor por todo el cuerpo. Dijo que iba a castigarla, y sin lugar a dudas cumplió su promesa. Pero, ¿qué vendría ahora? Su respiración seguía acelerada. Muy lentamente, Katie se volvió hacia el ruido. Estaba sentado en el suelo, dándole la espalda. No habría manera en que pudiera abandonar la cama y abandonar el cuarto, el piso, sin que él la detuviera. Debía tratar de convencerlo para que le permitiera escapar de esta situación. Se había equivocado con Tom. Isaac tenía razón; debería haber confiado en él.

Sus movimientos hicieron que el colchón chirriara, y Tom giró la cabeza para mirarla a los ojos.

–Lo siento –dijo él, poniéndose en pie.

Ya era demasiado tarde para pedir disculpas. Y ella no iba a disculparse. Ella no había hecho nada malo.

–Me da igual –dijo ella. Tenía el rostro rígido; estaba claro que estaba amoratada. Tal vez le había roto el pómulo, si había que hacer caso al dolor. Se replegó hasta quedarse sentada, llorando sin parar mientras tanto.

–Esto te ha pasado únicamente porque me has tomado el pelo a mis espaldas, Katie. No puedes echarme la culpa de eso. Te lo has buscado tú solita.

Katie no respondía. Sacando las piernas de la cama, intentaba localizar su móvil por el cuarto.

–¿Es esto lo que estás buscando? –Tom lo sujetaba–. ¿Te piensas ir corriendo con Isaac? –Se burló y, en ese momento, Katie sintió odio. Con las pocas fuerzas que le quedaban, se abalanzó contra él, buscando su móvil.

Tom sorteó sus brazos y se rio de ella.

–No te preocupes. Ya le he mandado un mensaje de lo más sentido a ese capullo patético, de tu parte.

Katie frunció el ceño. Se le empezó a contraer el estómago. ¿Qué era lo que estaba diciendo?

–¿Se te ha comido la lengua el gato? –le sonrió.

–Dámelo –dijo ella.

Tom sostenía el móvil por encima de su cabeza, con la mano que le llegaba hasta el techo.

–Ven y cógelo. –Empezó a bailar, dando vueltas por la habitación. Aquella escena esperpéntica le daba ganas de vomitar. Todos y cada uno de sus músculos se tensaron.

–Que te jodan, Tom. –Le importaba un rábano que tuviera su móvil; solo quería largarse de su propio piso. Que la policía se encargara de él. Esperó hasta que él estuvo en el lado opuesto de la habitación, y luego empezó a correr tan rápido como pudo, hasta la puerta de entrada. Durante un breve instante, creyó que lo conseguiría. Pero el tiempo se empezó a detener, y un dolor agudo en el cráneo frenó sus pasos. Se llevó la mano a la cabeza. Muy despacio, la colocó de nuevo ante sus ojos. Sangre. Que le cubría la mano. Que le chorreaba de la cara. Se quedó mirando, perpleja, cómo llovían manchas de rojo profundo y chocaban contra el suelo.

–No, nada de eso. Tú no me dejas –dijo Tom, arrastrándola hacia él–. Ven. Nos vamos a divertir un poco.

–Mi cabeza –dijo Katie–. Me está sangrando. –Su voz sonaba extrañamente inconexa.

–Sí, cariño. Ya lo sé. No te preocupes. Te voy a cuidar.

Tom dejó a Katie sobre la cama y se fue. Ella se encontraba demasiado mareada para moverse. Dio un respingo de dolor cuando presionó una toalla contra la parte trasera de su cabeza.

–Solo es un corte. Puede que te hagan falta unos cuantos puntos. Pero… antes tenemos que arreglarnos, ¿no te parece? –Él se agachó a la altura de la cama.

La confusión le nublaba la mente. ¿Iba a intentar tener sexo con ella estando así? Se retorcía bajo el peso de su cuerpo, con un dolor ardoroso en la cabeza que le impedía ver.

–No… Tom… Ahora… No… –Se sentía débil. Inerme.

–Estarás bien, mi amor. Déjate llevar. Entrégate a mí.

Sus manos –calientes, suaves– le rodeaban la garganta. La presión que ejercía aumentaba.

Los pulmones de Katie ardían. Halló un último esfuerzo, en lo más profundo de sí misma, y se sacudió, clavando las uñas en las manos de él. Él no la soltaba.

–Te amo, Katie. Jamás lo olvides. –Fueron las últimas palabras que pudo escuchar antes de que se cerniera la oscuridad.

Tom

Me llenó una sensación de alivio –calma– cuando su vida empezó a fluir de mis manos. Una calma que no había sentido desde hacía

mucho tiempo. Siete años, en efecto. Me quedé ahí un buen tiempo sentado junto a ella; observando su cuerpo sin vida. Era bello. Si se miraba más allá de los moretones, claro.

Entendí que debía salir de ese trance y pensar en cuál sería mi siguiente movimiento. Me permití mirarla directamente a los ojos una vez más, y luego mandé un mensaje desde su número:

¡Epa, chicos! Disculpad que no os haya dicho nada. Espero que estéis todos bien. Aviso de que este será un mensaje infinito. Me he estado planteando qué voy a hacer. Ya sabéis, quiero ser monitora de yoga, así que… ¡Me voy a la India! Está claro que lo he estado aplazando, y realmente quería que todos me acompañarais en esto. Ya sabéis, mientras soy joven y flexible :) Sé que esto quiere decir que pasaré un tiempo más bien largo sin tener contacto con vosotros; pues quiero sentirme inmersa en esa experiencia. Nada de distracciones ni redes sociales. ¡Eso se te traga el alma! Intentaré manteneros al día. No habrá fiesta de despedida: esta es una de esas cosas que hay que realizar sin más, sin que se llegue a decir nada (y antes de que me cague).

Os quiero, ¡¡¡ya os echo de menos!!! Id con cuidado, amigos.

Katie

PD: Sed buenos con Tom. Dejamos nuestro compromiso para más adelante y, aunque me entiende y sabe lo que necesito, está bastante destrozado.

Realmente no quería que tuviera que pasar esto. Por supuesto que no la quería muerta. Pero quería que fuera mía, y que ni Isaac ni nadie más se entrometiera. Me parece a mí que estaba más que avisada. Pudo haberlo arreglado. Hacer que nosotros fuéramos la prioridad. Decidió ponerse en contra. Lo eligió a él.

Qué pena. Me había hecho a la idea de que estaríamos juntos.

Pero me pasó lo mismo con Phoebe.

Capítulo 59

Beth

Ahora

Dios mío, ¿qué hora es?

Me debo de haber quedado dormida, olvidé poner la alarma. Dormir durante el día es mala idea, como poco, aunque no tengo ni idea de como he encontrado el momento para echarme. Gracias a Dios que son solo las dos y media. Todavía hay tiempo de espabilarme de una jodida vez y ponerme presentable para recoger a Poppy.

Me han llegado varios mensajes. Dos de Lucy, que no sabía si yo iba a pasar de presentarme en el trabajo; uno de Julia preguntándome si me hace falta que vuelva a recoger a Poppy; y uno de Adam, confirmando lo que habíamos acordado de nuestras hijas cuando llamó antes.

Me ha parecido impactante que Adam se pusiera en contacto tan rápido después de vernos por última vez, cuando propuso cuidar de Poppy el viernes. Quería que me quedara con Jess de nuevo esta tarde, lo que debe de significar que confía en mí. Me tranquiliza saber que todavía quiere que seamos amigos. Por el momento, en cualquier caso. Me imagino que cambiaría de parecer si supiera la verdad. Ahora que he reunido el coraje para ver a Tom, espero que pueda sostener las apariencias ante el resto. Puede que no lo supiera hasta hace relativamente poco, pero eso no excusa que decidiera no decírselo a nadie más. Soy perfectamente consciente de que podría acabar con el dolor de la familia y los amigos de Katie, pero hacerlo produciría dolor y sufrimiento en otra parte. No puedo trasladarlo de un sitio a otro y tener la conciencia tranquila. Poppy es mi prioridad. Me niego a hacerle daño.

Y, además, tengo que interpretar el papel de la mujer abnegada.

Afuera suena un zumbido, bajo. Me concentro, y escucho con atención. Son voces. Muchas voces.

«Mierda. Han vuelto».

Miro a hurtadillas por la ventana de mi cuarto y los veo, apiñados como una manada de hienas. Debe de haber veinte reporteros, periodistas o lo que sea que se llamen a sí mismos, todos ellos deseosos de hacerse con una foto de la mujer del asesino. La ansiedad me recorre el cuerpo. Tengo que afrontar su presencia; puede que

sigan por aquí hasta el juicio de Tom. Aunque espero que no, por Dios. Por favor que salga una noticia más importante.

Decido ponerme mi jersey sin estampado de gasa azul y unos pantalones negros elegantes. Un aspecto prudente. Me pueden estar juzgando por el crimen de mi marido, pero no me juzgarán por mi vestimenta. Con una suave capa de base, el mínimo maquillaje; tengo que parecer afligida pero sofisticada. Me dirijo cautelosa hacia la puerta. Ni siquiera oigo su parloteo a causa de la palpitación que retumba en mis oídos. Los nervios van creciendo en mi interior; con un hormigueo superior al habitual, con más intensidad, con más dolor. Lo bastante como para suscitar dudas.

No puedo.

Me van a calar. Me vilipendiarán. Me crucificarán.

Y eso que no saben ni la mitad.

Capítulo 60

Beth

Ahora

Supongo que es ahora o nunca. Tomo a Julia como ejemplo y decido lucir mis gafas de sol. Por lo menos no van a leer lo que ocultan mis ojos.

«Tienes que pisar fuerte. Que no sepan que tienes miedo de ellos».

Salgo por la puerta como disparada y recorro el camino que conduce a la calle antes de que sepan con quién se están cruzando. Pero entonces escucho el vocerío de una masa en movimiento y el obturador de sus cámaras. Aunque pretendía mantener la cabeza bien alta, la realidad y su explosivo interés por mí me hacen mirar al suelo, con la barbilla pegada al pecho. Sigo caminando, concentrándome en poner un pie delante del otro, intentando acallar sus gritos con lo que digo para mis adentros, repitiendo «no te preocupes, vas a estar bien, esto se acabará pronto». No me lo creo, pero me ayuda a ir tirando hasta la guardería.

También ayuda a que ellos nos acompañen. No puedo creerme que me hayan seguido hasta la guardería de mi hija. Cómo coño se atreven. Me giro, bruscamente, para mirarlos de frente. Sé que tan buen punto abra la boca emitiré tacos de forma torrencial, cosa que no ayudará en nada, y está claro que no contribuirá a ganarme una imagen favorable. Nadie que me escuche se va a compadecer de mí; más bien confirmará sus sospechas. Pero hay cosas que no se pueden tolerar. Su conducta es detestable y se les tiene que dejar claro.

–¡Eh! –les grito. La sangre me palpita en la cara–. Pero qué c…

Antes de que pueda decir nada más, siento un par de manos a ambos lados, que me apartan con fuerza de los flashes de las cámaras.

–No lo hagas –dice Adam–. Permíteme. –Y se va de mi lado, dirigiéndose con arrogancia a los periodistas, imperturbable ante las largas lentes que avanzan hacia él. ¿Acaso no le preocupa que lo incluyan en este linchamiento? ¿Que lo relacionen conmigo? Ha sido muy reacio a que nos vieran juntos en público, por miedo a las repercusiones. Tenía miedo de que la gente se llevara la impresión equivocada. ¿Acaso no ve que se está metiendo él solo en esto al enfrentarse a la prensa?

No puedo oír lo que dice; habla muy bajito. Tranquilo y confiado, a diferencia de mí. Respiro temblorosa.

Momentos después Adam vuelve a mi lado, y el grupo se dispersa.

–¿Qué demonios les has dicho para convencerlos de que se fueran? –Me quito las gafas de sol para ver con claridad a Adam.

–Ah, tan solo he decidido razonar con ellos. Y les he dicho que la guardería les pondrá una denuncia a todos, uno por uno, si en estas instalaciones sacan fotos donde aparezcan sus alumnos sin permiso.

–¡Esa sí es buena! –le digo, logrando una sonrisa.

–Estás temblando –dice Adam.

Me miro las manos, que se sacuden solas.

–Adrenalina.

–Me alegro de haber aparecido. Parecía que estuvieras a punto de reventar. Y aunque me habría gustado que a esos buscavidas les cayera lo que se merecen, no creo que hubiera resultado, y por lo tanto no habrías salido ganando tú tampoco.

–Estaba más bien cabreada.

–Y con razón. Son unos putos buitres.

–Iba a pasarme por la cafetería al volver; le he prometido a Poppy un poco de pan de plátano. ¿Os apuntáis Jess y tú? –le pregunto, pero luego recuerdo–: Ay, Dios. Disculpa. Tenían que jugar juntas, querías aprovechar el tiempo tú solo.

–En realidad, no. ¿Por qué crees que estoy aquí?

–Ah, claro. –Sacudo la cabeza, desconcertada–. Se suponía que yo iba a recoger a Jess, no tú.

–Eso fue antes de que escuchara que había esa turba frente a tu casa. –Adam arquea una ceja–. Supuse que te haría falta respaldo.

–Gracias, Adam. Estoy profundamente agradecida de que hayas estado aquí. Si no, podría haber resultado una escena patética. –Miro a mi alrededor, a Julia y al resto de Madres Monas. Todas me van lanzando miraditas recelosas–. Tengo que hacerles un poco de caso antes de que salgan las niñas. ¿Te importa? –Hago un gesto en dirección a Julia.

–Para nada, adelante. Me quedo aquí esperando. No me apetece apuntarme al grupo de *esas.* Antes me enfrentaría a una jauría de periodistas –dice, sacudiendo los hombros en broma.

–¡Ja! Vaya si me haces reír –le digo, y él se queda sentado sobre el muro, alejado del resto. Me pregunto por qué no hace un intento de hablar con el resto de padres.

Sé que dice que la gente lo trata con cuidado excesivo, que lo evitan porque todavía no saben ni cómo comportarse con él tras la muerte de Camilla, pero mi impresión es que no son ellos, sino él. No quiere charlar con los padres. Es él quien se oculta y los evita, no al revés.

La puerta de la guardería se abre al cabo de un par de segundos de

acercarme a Julia y su pandilla. Nadie tiene tiempo de mencionar la escena que acaba de tener lugar, ni de preguntar acerca de Tom y cómo van las cosas. No llegamos más que a un «hola» rápido, con lo que salgo ganando.

El trayecto al Local de Poppy resulta fatigoso. Ambas niñas se entretienen; se detienen cada pocos pasos para hablar aceleradas acerca de algo que han visto, y eso es bueno. Me alegra ver a Poppy hacerse amiga de alguien de su edad; es un alivio. Y a Adam y a mí ya nos va bien ir tras ellas sin prisas. Nuestro ritmo relajado me tranquiliza, en contraste a mi ida antes a la guardería. Ojalá todo pudiera siempre ir lenta y anodinamente.

–¿Cómo te sientes? –Adam camina por el asfalto, y yo por la calzada. Nuestras cabezas están casi a la misma altura. Lo miro a los ojos y veo en ellos la misma calidez y bondad que me ayudaron a abrirme a él antes. Aprieto los labios, reflexiva. Me vuelvo para ver dónde están las chicas, y me alegra que estén cerca pero que no me vayan a oír. Respiro, y le explico a Adam mi visita a Tom.

Bueno… Le cuento lo justo, en cualquier caso. No me atrevería a compartirlo todo.

–Vaya, Beth. Lo siento de verdad, debe de haber sido muy agobiante. Si es que esa es la palabra.

–Una de tantas –le digo–, aunque el agobio no era la emoción predominante. De verdad, Adam, el modo en que me miraba. Con ojos suplicantes. –Me llevo las manos a la cara–. No quiero pensar en él.

–¿Cambiamos de tema?

–Sí. Te lo ruego.

–Te puedo ofrecer los siguientes temas –dice Adam, girándose y dando un paso hacia mí–. ¿Lista?

Me echo a reír.

–Creo que no, pero adelante, algo intrigada sí estoy.

–¡Qué mala eres! En mi arsenal tengo: traumas de mearse en la cama; traumas de mascotas muertas; traumas laborales. –Se lleva el dedo a los labios–. Y mi plato fuerte… el trauma de quedar atrapado en un ascensor durante tres horas. –Se detiene para hacer una reverencia.

–¡Ay, no! ¿En serio? –No puedo evitar reír–. Todo un vía crucis. ¿Estás yendo a terapia?

–Para eso estás tú.

–¡Menuda presión! En ese caso, creo que deberíamos ocuparnos de esos temas por orden de gravedad. ¿Cuál consideras el más traumático de todos?

–Es difícil decirlo. El peor en el caso de Jess es la mascota muerta. –Su rostro adquiere una expresión seria.

–¿Qué mascota? ¿Y ya lo sabe ella?

–Moby, el pez de colores. Y no. He logrado mentirle, como cualquier

otro buen padre, y le dije que fui a cambiarle el agua.

Me cubro los labios con la mano para evitar ponerme a reír, pero lo hago demasiado tarde.

–Ah, muchas gracias. Te ríes de mis desgracias.

–Adam, ¡esa es la mentira más penosa del mundo!

–Ya lo sé, ya lo sé. Se me cae la cara de vergüenza. –Agacho la cabeza y empiezo a reír de nuevo.

–La mayoría de padres habrían mentido cambiando el pez fallecido por uno nuevo, ¿no?

–Mentir no se me da bien. No se me ocurrió inventarme algo en ese momento. Fatal, ¿verdad?

Es una simple observación, pero resulta muy significativa. Pongo la mano sobre su brazo.

–Es algo bueno, ¿sabes?

–¿Qué es lo bueno, el pez muerto?

–No, Adam. Que te cueste mentir.

–¿No nos cuesta a todos?

Niego, sacudiendo la cabeza. ¿De verdad es tan ingenuo?

–Me temo que no.

–¿Ah? Suena como si hablaras por experiencia.

Es a mí, ahora, a quien se le cae la cara de vergüenza. Vergüenza real. Por algún motivo inalcanzable, empiezo a sentir que quiero contárselo. De repente, siento la necesidad de descargar el peso de mi culpa sobre otro. Es un riesgo enorme, eso sí. Estaría abriendo la puerta a que me juzgue. Pondría a nuestra amistad bajo una inmensa presión. Pero, en este instante, es algo que creo que debo hacer.

Dejo de andar y Adam hace lo mismo, entrecerrando los ojos, buscando en los míos alguna pista de lo que estoy a punto de decir.

–No sabría por dónde empezar, ni cómo decirlo.

–Tal vez no deberías, entonces –dice Adam, con un atisbo de preocupación en el rostro, a juzgar por sus rasgos. Noto que hay un matiz incómodo en su voz. Vacilo. Debería dar marcha atrás. Tal vez me he equivocado con Adam, al fin y al cabo.

Entonces mira en dirección a las niñas, y de nuevo hacia mí.

–Disculpa –dice–. Venga. Está bien, puedes confiar en mí.

Espero que así sea.

–Tengo que hacer una confesión –digo.

Capítulo 61

Tom

Ahora

Si cierro los ojos, todavía veo su rostro en el instante en que la vida se escurrió de ella. El recuerdo ya no parece preciso del todo. Son años de pensar en aquella noche, de darle vueltas, rememorando lo que sentí cuando me di cuenta de lo que había hecho; todo eso ha alterado sutilmente el original. Es como volver a ver una película predilecta tras ser remasterizada en alta resolución: las imágenes son más vívidas, los colores más brillantes, pero después de tantos años es muy posible que haya adornado aquel incidente, que lo haya editado. Estábamos a oscuras. En realidad no podría haber visto su rostro con claridad y contemplar cómo la vida se escabullía de su interior. Y el hecho de que acabara en el agua, y se ahogara, significa que no llegué a ser testigo de su último aliento, tal y como lo imagino en mi cabeza. Todas mis fantasías se deben de haber mezclado con los acontecimientos reales y se han convertido en parte de mi recuerdo.

Phoebe fue la primera.

La primera nunca se olvida, ¿verdad que no? Se dice que uno nunca lo llega a superar. Phoebe daba por hecho que nos conocimos accidentalmente, pero la había visto por el campus. Me había estado fijando en ella durante nuestro primer año de universidad, con los amigos que acababa de hacer. Segura de sí misma, llamativa, llena de energía; su melena de color miel le caía libre sobre los hombros; su rostro pícaro reflejaba curiosidad, estaba lleno de vida. Me fascinó desde el inicio. Pero mantuve la distancia y nuestros caminos no llegaron a cruzarse aquel año.

No fue hasta segundo –durante la semana de los novatos–, en un club de la ciudad, que el destino me dio un empujón. No sabía dónde estaban sus amigos. Dios sabe cómo; la había estado observando y habían pasado la mayor parte de aquella noche inseparables. Ambos estábamos borrachos cuando volvió conmigo a casa, y follamos como si nos fuera la vida en ello. Cuando amaneció, le hice el amor de nuevo; sobrio esta vez. Despacio. Con sensualidad.

Al principio, en cualquier caso. Luego se hizo evidente que le gustaba lo salvaje. También le iba el sexo duro. No podría haberme satisfecho

más aquella noche: me volvió loco. Se marchó al salir el sol del todo; antes de que lograra despertar. Nada de «ha sido fantástico»; nada de adiós. Nada de prometer vernos de nuevo. Pero sabía que volvería a desearme. Apostaba lo que fuera a que nadie se la había tirado de aquella manera.

–Hola, Phoebe –le dije, de pasada, cuando la vi en una discoteca otro día de aquella semana. Le había dicho que era el lugar al que solía ir con mis colegas, así que supe que había acudido esperando encontrarse conmigo. Pero su expresión no mostraba el entusiasmo de siempre. Me miró con desdén, algo inesperado, y que no me gustó.

–Oh, hola, ¿todo bien? –dijo, antes de largarse sin siquiera esperar que le respondiera. Me quedé al final de la barra hasta que la vi dirigirse a los lavabos sola, y luego la seguí.

–Había pensado que podríamos volver a vernos… –le dije. Ella frunció el ceño, y la belleza de sus rasgos se mudó en una fea expresión.

–Hum… No –dijo, en un tono que apestaba a repulsión. Como si hubiera propuesto lo más absurdo de todos los tiempos–. Venga… Tú y yo sabemos que fue un polvo de una noche, borrachos… Hum… –Empezó a dudar, abrió la boca para decir mi nombre, pero luego ni se molestó en hacerlo. Estaba claro que lo había olvidado. Tal vez no se lo había dicho, traté de convencerme. Se marchó, dejándome allí tirado como un capullo. Cuando lo recuerdo me hierve la sangre.

Esa guarra.

Phoebe se pasó el resto de la noche enrollándose con un tipo. Se morreaban ahí en medio, solo para menospreciarme. No quería que supiera que me estaba cabreando, de modo que yo también me busqué diversión. Me fui emborrachando más y más para disimular mi humillación.

Dejé la discoteca antes que ella, pero no fui muy lejos. La esperé en el camino junto al río, por donde suponía que volvería a su casa. Por suerte, no se marchó con el tío con el que había estado, y sus amigos se habían dado a la fuga de nuevo. Pensándolo bien, ¿qué clase de amigos son esos? Aparecí de un brinco ante ella mientras caminaba junto a la orilla del río. El shock, y luego miedo, que le pasó por el rostro me satisfizo. Le hice saber que era una puta, que me dio esperanzas y luego me dejó tirado.

–Estás loco de remate, joder –me dijo, apartándome. Fui corriendo tras ella; salté a su encuentro de nuevo–. Por el amor de Dios –susurró–. No fue más que una noche, métetelo en la cabeza. Ya sabes cómo son los rollos de la uni, ¿no? Estás engañado, joder, si te crees que te voy a volver a ver. Eres un tío raro.

La caída fue muy dura.

Vi cómo ocurría a cámara lenta; la adrenalina que latía por mis venas

con ferocidad mientras ella tropezaba y rebotaba como una muñeca de trapo; desplomándose sobre la acera. El fin de sus días llegó señalado con un ruido sordo y nauseabundo. Solo la golpeé una vez. Juro que fue ella quien quiso hacer que fuera más dramático, debió quererme hacer parecer violento. La jugada le salió mal. Debió de romperse el tobillo, a juzgar por el ruido de algo partiéndose, seguido del grito.

No costó mucho esfuerzo rematarla; apenas opuso resistencia al final, mientras sujetaba levemente su rostro bajo el agua. Su nivel de alcohol debía de ser desorbitado, sin contar las drogas que sin duda llevaba dentro.

Me di cuenta de que tendría todo el aspecto de una caída bajo el efecto de la borrachera. No había juego sucio. En ese camino no había cámaras de seguridad por aquel entonces. Me preocupé por tejidos procedentes de mi ropa, pero teniendo en cuenta su comportamiento en la discoteca, sabía que las mías no serían las únicas que encontrarían. El agua también complicaría conseguir muestras. O esa fue mi esperanza cuando la arrojé de cuerpo entero, en cualquier caso. Principalmente me confié porque ni la policía, ni nadie más, podía tener motivos para sospechar de mí. Por lo que sabía, ni siquiera había alguien que supiera que nos habíamos conocido. Nadie me había visto con ella, y ella apenas sabía mi nombre, de modo que era dudoso que se lo hubiera contado a sus amigos.

Lo único que podía vincularnos era la sudadera de la universidad que llevaba. La olvidó en mi cuarto cuando salió a hurtadillas. Mi intención fue quemarla, pero cuando me decidí a hacerlo, me vi incapaz. Me la quedé como un souvenir. Tal vez alguien diría que era un trofeo. Su perfume permaneció años en aquella sudadera: podía correrme solo con olerla; reviviendo la noche en que cayó, una y otra vez. Beth la encontró un día, pero le dije que era mía, y que se había encogido en la lavadora. Se creía todo lo que le decía.

En realidad, no fue mi intención matar a Phoebe; no antes de que se presentara la ocasión. Pero una vez sucedió, algo en mi interior, que debía de estar latente hasta el momento, hizo aparición y pugnó por salir a la luz. Reprimí aquella necesidad; luché en contra de mi deseo por replicar el sentimiento que me había poseído aquella noche. Traté de llevar una vida «normal». Lo tenía todo bajo control.

Hasta Katie.

Entonces, la noche en que supe que me había engañado, el demonio en mi interior volvió a aparecer.

Capítulo 62

Beth

Ahora

Me siento incapaz de pronunciar esas palabras.

–¿Estás bien, Beth? Te has puesto toda pálida –me dice Adam.

Es el miedo; como si abriera una caja que no se puede volver a cerrar.

–Sí, más o menos… Yo… bueno. –Suspiro hondo, apartando los ojos. Pasa un coche despacio junto a nosotros, y cualquier palabra que estuviera en mis labios es arrebatada tras un grito procedente de la ventana del coche.

–Eres esa, ¿verdad? –grita ese hombre, de veintitantos, a través de la ventana medio abierta del conductor. No se espera a que responda; sencillamente me escupe mientras el coche se pone en marcha con un chirrido. Me paso el dorso de la mano por la mejilla, quitándome la gota grumosa de saliva. Me entran arcadas.

–¡Joder! –Adam sale corriendo, en medio de la calle, tras el coche. Es una pérdida de tiempo, me parece. Se habrá ido. Pero veo que Adam lleva el móvil en su mano. Al volver conmigo y las chicas, respirando con fuerza, dice que tiene el número de su matrícula–. Perdonad, chicas. –Se agacha ante Jess y Poppy y sonríe–. Era un hombre muy maleducado y no debería haber hecho eso.

–Ha sido un chico malo –dice Poppy, con los ojos muy abiertos. Viene hacia mí y me abraza las piernas–. No te preocupes, mamá. Su mamá le dirá que está mal.

Después de quitar hierro al asunto y de que Adam me dedique unas palabras de apoyo, mi temblor empieza a disminuir. No quiero que sepan lo enfadada, lo dolida que estoy. Esto es lo más asqueroso que me ha pasado en la vida.

–Me parece que se va a pasar un buen rato en el rincón de pensar –digo, pellizcando a Poppy–. Bueno, vayamos a por el pan de plátano. Apretemos el paso, chicas, ¡o la cafetería ya estará cerrada cuando lleguemos! –Trato de sonar inmutable; desenfadada. Al ver la cara de Adam, sé que no lo estoy engañando.

Lucy parece estresada cuando llegamos a la cafetería. Al no llevar su pañuelo, se la ve despeinada; varios mechones sueltos le caen sobre la

cara. Una cara enrojecida. Está aturdida, yendo de la mesa a la barra sin parar, de manera abrupta. Ay, Dios. Esto lo he provocado yo.

–Venga, tomad asiento. Voy a buscar tazas y dulces –digo, sonriente, a Adam y las niñas, y luego volviéndome a Lucy a toda prisa–. Disculpa que te haya dejado con todo este lío, Lucy.

Ni siquiera me mira; inclina la cabeza mientras prepara un latte.

–Sí, ya… Fácil no ha sido. –Su voz amenaza con romper a llorar.

–Debería cerrar el local una semana, y darte un poco de tiempo, para que descanses. Sé que te ha caído mucho estrés. Lo siento de verdad. –Apoyo una mano en su hombro, pero se la quita de encima.

–Lo que te parezca –dice; luego me mira, y su expresión se tranquiliza–. Tal vez podrías plantearte reducir el horario… No quiero que el trabajo que te ha costado montar este sitio se eche a perder.

–Ay, Lucy. Eres la mejor. No podría haber logrado nada de esto sin ti.

–Lo siento por estar hecha una gruñona. Todo esto acerca de Tom… Luego, la policía preguntándole de todo a Oscar… Me ha puesto de los nervios. Sé que en cualquier otro momento estaría bien trabajando contigo aquí, pero es que….

–No, Lucy. Nada de esto deberías… –Su mención de Oscar me recuerda el coche que Tom supuestamente le pidió prestado. Debería tratar de contactar con Jimmy, su colega del banco. Mañana en principio estará de vuelta–. Hago mal dejando que cargues con todo esto. Aumentar tus responsabilidades en una época tan complicada. Pero no es que te haya dejado tirada mientras me voy de vacaciones, ¿verdad?

–No. La verdad es que no –dice Lucy, con los ojos llorosos–. Sé que para ti no es fácil. No me sé imaginar lo que estás pasando. Justo ahora, he oído que alguien comentaba que había periodistas merodeando por la guardería. Pobre Poppy… Se debe de estar preguntando qué está sucediendo.

–Sí, es terrible. De momento estoy logrando que no le llegue nada de esto, creo. Aunque ahora mismo alguien me acaba de escupir desde un coche en marcha.

–¡No! Ay, Beth… Espero que lo denuncies…

–Me resulta difícil lidiar con la policía –digo–. Además, tengo el mal presentimiento de que esto se va a repetir. Me van a convertir en blanco del odio de la gente.

Lucy mira a otra parte. No hace falta que responda.

Después de que el silencio se alargue demasiado, me pregunta:

–¿Cuándo empezará a calmarse todo esto?

Con desesperación, quiero decirle que pronto. Quiero decir «todo va a mejorar». Pero no quiero seguir mintiendo como hasta ahora. Lo único que puedo hacer es encogerme de hombros.

Volviendo a la mesa, coloco las tazas y un poco de pan de plátano,

que las chicas empiezan a devorar de inmediato.

–¡Vaya! Jess, es como si nunca te hubiera dado de comer –dice Adam. Y luego me mira a los ojos y se me remueven las entrañas–. Entonces, ¿qué? ¿Te quieres confesar?

Doy un trago al chocolate caliente, y luego miro a mi alrededor, a los clientes que ocupan tres mesas más. Hay una mesa con dos mujeres; ambas están absortas pintando platos. Las otras dos también son parejas, sentadas charlando ante un café. Sería fácil de que captaran lo que digo.

–Lo haré. Pero aquí no. En algún sitio más privado –digo, casi en un susurro. Adam parece decepcionado. Debe de pensar que me estoy escaqueando.

Tal vez sea verdad.

–Después de esto, ¿por qué no volvemos a mi casa? –dice–. Las niñas pueden jugar mientras nosotros charlamos.

Tomo una bocanada de aire, con calma; luego la suelto con la misma lentitud. Suena como si estuviera haciendo respiraciones entre dolores del parto. La comparación no anda desencaminada.

–Si estás seguro –le digo. Mi bravuconada inicial, y mi deseo de confesar, van en descenso a cada instante. Para cuando esté en casa de Adam probablemente me habré rajado del todo.

Capítulo 63

Beth

Ahora

De vuelta a casa de Adam, las niñas suben corriendo al cuarto de Jess, y se oyen los golpes sordos, los topetazos y el estruendo de los juguetes que desparraman por todo el suelo. Adam va tras ellas para ver qué están haciendo, mientras espero de pie, nerviosa, en la cocina. Es pulcra y minimalista; el toque de Camilla se hace evidente en algunos de los enseres. Me fijo en la batidora carísima, de la gama más alta, y recuerdo las conversaciones sobre horneado que mantuvimos, y cómo Camilla disfrutaba inventando recetas sin frutos de cáscara. Una de las últimas veces que la vi estuvimos hablando de galletas. Es una verdadera lástima que eso fuera lo único sobre lo que llegamos a hablar.

En los imanes de la nevera-congelador vertical, veo las fotos de los tres. Retratos de una familia feliz. Momentos captados para toda la eternidad. No tuve tiempo de absorber los detalles más pequeños la última vez que estuve aquí. Quedarme sola unos minutos me permite asimilarlo todo.

–Bueno, están contentas –dice Adam, volviendo de un salto a la cocina como un perrito excitado–. Estaremos más cómodos para charlar en el salón. –Me lleva de la cocina a un cuarto que está enfrente. Me siento, llena de dudas, en el sofá de tres plazas, rodeada de cojines enormes. Ahora que ya estoy aquí, estoy perdiendo la cabeza. Ojalá esos malditos cojines se me tragaran viva, para poder largarme y olvidarlo todo.

–Sé que acabamos de tomar algo, pero ¿te apetece algo más? –Trata de atraer mi atención–. ¿O tal vez prefieres algo más fuerte para esta charla?

Me río con incomodidad.

–No, gracias, estoy bien.

–Entonces, soy todo oídos –Me intenta engatusar.

Me retuerzo las manos, intento tragar saliva. Tengo la garganta seca, con textura de papel de lija.

–De hecho, me podrías traer un vaso de agua.

Adam sonríe, comprensivo, y abandona el salón para volver con un

vaso largo de agua helada.

–Gracias. No es tan sencillo como creía.

–Los temas difíciles no suelen serlo, cuando toca enfrentarlos, Beth.

Doy un sorbo al agua. El único sonido es el de los cubitos de hielo chocando contra mis dientes al inclinar el vaso. Hay un silencio en la sala que me recuerda a las películas de terror. La atmósfera inquietante previa a una fuerte revelación. Acertado.

Muchas veces he pensado en este momento. Los pros y los contras de lo que estoy a punto de revelar, listados y editados, añadidos o eliminados, dependiendo del efecto que creo que puede tener. El resultado deseado. Tengo que ir con cuidado, o por el contrario, lo único que conseguiré será el ostracismo. De parte de Adam; de la comunidad.

«Piensa en el futuro de Poppy».

Es ella lo importante.

Por supuesto, aunque su futuro también depende de preservar el mío.

–No he sido sincera del todo contigo. Ni con nadie. Ni siquiera con Julia. Probablemente tampoco conmigo misma –digo; las palabras se atropellan como el agua contra las rocas de un río.

«No vayas tan deprisa».

Adam no dice nada, de modo que prosigo.

–Sobre Tom. –Añado aquí una pausa. Todavía no estoy convencida de que deba hacerlo. Necesito contárselo a alguien. No puedo seguir guardándomelo más tiempo.

–Está bien, Beth. Evidentemente debe de ser algo importante, y que me lo cuentes significa mucho para mí. –Se desliza silla abajo frente a mí y se arrodilla, agarrando mis manos apretadas entre las de él. Las relajo, consolada por la expresión de apoyo de Adam.

–Te ruego que no pienses mal de mí. No es sencillo.

–Lo entiendo. Vamos –dice.

–Sé más de lo que he contado a la policía. –Las palabras quedan suspendidas en el aire ante nosotros por un instante, cuando suelto la bomba–. Sobre Tom. Sobre Katie. Sobre su muerte.

Noto que se quiere alejar. Que quiere dejar de cogerme de las manos. Siento un ligero tirón, pero no se suelta. En su lugar, respira largamente, con un temblor en la voz.

–De acuerdo. Te admito que esto me resulta muy fuerte. –Aprieta los labios en forma de línea recta, y yo también lo hago; esperando que no nos eche de su casa a mí y a Poppy, rezando porque no lo haga–. Cuando dices que sabes más… Quieres decir… Como que lo sabes ahora, por algo que ha dicho la policía… ¿o que siempre lo has sabido?

Este es el momento. El instante crucial. Podría decir que me acabo de enterar, y tal vez consiga conservar nuestra amistad y mi reputación.

Pero me importa lo que él pueda pensar. Necesito que esté de mi lado. De modo que debería decir la verdad. Explicarme lo mejor que pueda.

–Lo supe el año pasado –le digo. Las lágrimas han empezado a brotar sobre mi cara y ahora caen sobre mi jersey. Se empiezan a formar círculos oscuros sobre el tejido azul claro. Observo las manchas que forman, cómo crecen–. Al principio no lo creí; después del shock pasé a sentirme destrozada. Parecía que nuestra vida fuera una gigantesca mentira. Me había mentido, tal cual, desde el primer día.

–¿Ya se lo has contado a la policía?

Lo miro con severidad.

–¡No! ¿Cómo podría? Soy la única que lo sabe, de modo que se daría cuenta de que ha sido su propia mujer quien ha actuado en su contra. Y si se lo cuento todo, definitivamente Tom pasará su vida en la cárcel. Le arruinará a Poppy su vida. Y tengo miedo de que si lo cuento, ¡yo también iré a la cárcel!

–¿Qué es lo que esperaba que tú hicieras?

–Fue un terrible accidente, Adam. Él estaba destrozado. Y si no hubiera aceptado callármelo de buena gana, no hay modo de saber lo que podría haber hecho.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Estaría furioso, lo habría pagado conmigo…

–¿Que… te habría hecho daño? –Abre mucho los ojos, su expresión está llena de espanto.

–Sí, y eso es algo a lo que no me podía arriesgar. La idea de lo que sería capaz de hacer me aterraba.

–Beth… Lo siento mucho. No tenía ni idea.

–Nadie –digo, bajando la mirada–. Es sorprendente lo que se puede ocultar tras la imagen de una vida perfecta. Supongo que aprendí cómo ser feliz a pesar del modo en que se porta. Tom siempre ha sido bastante controlador, pero al principio era más sutil.

–Suena a que Tom te ha estado manipulando desde que os casasteis. Tú eres la parte inocente en todo esto. La policía comprenderá que no lo hubieras revelado antes.

Dejo fluir mis emociones; ahora estoy llorando. Es la primera vez que lo he podido soltar durante el último año. Retener secretos, sea cual sea la intención, es dañino. Lento, pero seguro, se introduce en la sangre de tus venas, esparciendo veneno hasta llegar a dominarte. Si no lo soltaba, me sentiría consumida por la culpa.

Adam se pone en pie, se me acerca y me coloca de pie, abrazándome fuerte, reconfortándome. El calor de su cuerpo irradia a través del mío. Mi cuerpo se hunde en el de él. Parece el sentimiento más natural del mundo, pero sé que no está bien. Debería apartarme. Adam simplemente está siendo un amigo, me está apoyando, y ya está.

Sin hablar, coloca las yemas de sus dedos bajo mi barbilla y me la

levanta despacio para que mi cara se gire contra la suya. Me seca las lágrimas de las mejillas; por un instante creo que quiere besarme. Indago en sus ojos, buscando alguna pista de lo que debe de estar pensando. Luego, cuando descienden sus labios, el hechizo bajo el que nos encontramos se rompe. Rápidamente se hace a un lado y me deja sin aliento. Sin aliento y, si soy sincera, decepcionada.

Capítulo 64

Beth

Ahora

Al volver de casa de Adam, anoche, me di cuenta de que tenía un mensaje de voz de Maxwell en el que decía que tenía que hablar conmigo. A la hora en que ya he preparado algo a Poppy, y la he dejado en su cama, ya es demasiado tarde para llamar. Esta mañana sé que no lo puedo aplazar.

–Tom mencionó que fuiste a visitarlo –empieza a decir. Por su tono, infiero que me está regañando.

–Sí, no fue fácil, pero fui. Por él.

–Pensé que eso le habría insuflado ánimos, pero parece haberle provocado el efecto contrario. Estuvo muy callado cuando hablé con él. Abatido. ¿Es que no os fue bien?

–Fue normal. Teniendo en cuenta… –digo–. Pero no me explico qué es lo que esperaba, si te digo la verdad. Es complicado estar animada y habladora cuando tu marido está enfrentándose a cadena perpetua, ¿no te parece?

–Claro, claro. Es una época sin duda muy compleja. Pero haz el favor de intentar ser positiva cuando estés junto a Tom. No le hace bien volver a su celda de una visita, especialmente cuando has sido la única visitante aparte de mí, con tal negatividad. A nivel mental, quiero decir.

–Aunque pueda parecer curioso tampoco es maravilloso para mí, Maxwell. –Se me acelera el pulso y me llega flujo sanguíneo a la cara. No debería perder los estribos, ahora no; parece egoísta. Pero, en realidad, estoy cabreada de que me hayan metido en esta situación por algo que Tom hizo, y ahora que toda la comprensión va dirigida a él, cada vez se hace más duro soportarlo. Cualquier persona se enfadaría–. Sé que Tom está sufriendo ahora mismo –digo, con tanta calma como puedo–, pero tiene que aceptar que yo también lo estoy. ¿Qué es lo que le voy a decir a Poppy cuando su padre no vuelva a casa?

–Todavía cuento con que las pruebas para condenarlo son demasiado tenues. Aunque no podemos estar seguros acerca del jurado, naturalmente, si lo influye la fiscalía. Tienen muchas pruebas

circunstanciales, que incluyen correos incriminatorios del iPad de Tom. Aunque eso en sí mismo no puede demostrar un asesinato, no es que dé buena impresión. Si tú das una explicación convincente, Beth, y dado que él no tiene antecedentes, existen grandes posibilidades de que la balanza se incline a su favor. Esa es la interpretación positiva.

–Vale –digo; mi mente divaga.

–¿Ya han vuelto a hablar contigo el inspector Manning y la agente Cooper?

–No, ¿por qué? ¿Piensan hacerlo? Ya realicé una declaración. –Aunque ya me lo había preguntado, no lo había vuelto a pensar. La insinuación de que pueda volver a suceder me produce un nudo en la garganta, y no puedo acallar un pánico creciente. Les dije todo lo que quería decirles.

«No obstante, no lo has hecho», me recuerda una voz molesta en mi cabeza.

Adam tenía más que claro que yo debía ir a la policía y ser sincera acerca de lo que sabía. Lo dejé poco antes de las cinco anoche, prometiéndole que contactaría con la agente Cooper. Pensé que ella sería la persona más comprensiva, a pesar de su apariencia gélida. No porque sea una mujer… aunque supongo que espero que eso la hará menos reacia a comprender lo que le digo. Sino porque el modo en que me ha interrogado hasta el momento me ha infundido cierta confianza. Tengo más fe en ella que en Manning, en cualquier caso. Hay algo en los ojos de él que me desconcierta: como que me sabe calar. Imogen Cooper sería la persona a quien se le confesaría si tuviera que hacerlo. Y, si hacemos caso a Adam, debo hacerlo.

Me siento descorazonada esta mañana. El incidente del escupitajo probablemente sea una nimiedad en comparación con lo que puedo esperar a partir de ahora. Peor será cuando empiece el juicio. ¿Me quedará algún amigo por aquel entonces? ¿Me apoyará todavía Adam? En mi fuero interno sé que tiene razón diciendo que acuda a la policía. Es solo que da miedo. Sospecharán acerca del motivo por el que no les informé antes. Por lo que les he contado hasta este momento, la vida de casados con Tom va bien, y es el marido y padre modélico.

¿Ahora van a creer mis razones para contarles una versión diferente?

Los periodistas vuelven a estar frente a mi casa cuando salgo con Poppy. Hay varios que gritan en busca de mi atención, y otros que me saltan a la cara, bombardeándome con preguntas. Cojo a Poppy de la mano y la arrastro entre ellos, sin mediar palabra. Le he ofrecido la mejor explicación que he sabido encontrar acerca de que esta gente esté acampando al exterior de nuestro hogar, acribillándonos a preguntas y siguiéndonos, sacando fotos. Le dije que se trata de su papá, que algo le ha pasado de camino a Londres, y que hay gente que

siente curiosidad. Me preguntó si era por algo bueno que había hecho, y estuve a punto de desmontarme aquel instante.

Recuperé la compostura y le mentí. Le dije que había hecho algo muy importante. No es una mentira tan grande, en realidad. Supongo que asesinar a alguien es importante, a su manera.

No nos siguen a la guardería; esa frontera parece implacable, gracias a la intervención de Adam ayer.

Pienso acerca del casi-beso, y mi corazón palpita con descontrol. Le siguieron varios minutos de incomodidad; ni él ni yo sabíamos qué hacer ni qué decir. Ambos habíamos comprendido cuán cerca estuvimos de emprender un paso gigantesco hacia lo desconocido; de cruzar los límites de la amistad. Adam reaccionó murmurando una disculpa; diciendo que se sentía mal y que se estaba aprovechando de mi vulnerabilidad. Por supuesto, negué con firmeza que lo hubiera hecho, y le conté que mi relación con Tom se había estado resquebrajando antes de que los acontecimientos presentes salieran a la luz. Pareció relajarse un poco una vez le dije que había estado esperando durante mucho tiempo que la verdad viniera en su búsqueda; que arrestaran a Tom. Quería que Adam supiera que no se había aprovechado de mí de ningún modo.

Me pregunto cómo actuaremos a partir de ahora. ¿Pasará algo entre nosotros? Adonde vayamos a parar desde aquí es incierto, pero Adam es libre de hacer lo que le plazca, y yo no.

Estoy casada. Puede que tenga que hacer algo acerca de eso.

Vuelvo a escondidas a mi casa a través del camino trasero, escalando el muro para evitar ser vista. Una vez a salvo, hago una llamada a Moore & Wells para hablar con Jimmy. Sé que es probable que no esté, ya que Alexander dijo que tenía libre hasta hoy, de modo que puede que no vuelva hasta el lunes. Pero tengo la esperanza de agenciarme su número de parte de sus compañeros.

Usando todo mi poder de persuasión, finalmente sonsaco su número y logro hablar con él.

–Jimmy. Disculpa que te moleste. Sé que justo acabas de volver de vacaciones. Soy Beth Hardcastle, la mujer de Tom…

–Todavía no he vuelto, de hecho. Dispongo también del fin de semana.

–Ah, vaya… Lo siento ¿Te puedo llamar otra vez? –Vacilo. No quiero seguir esperando, en realidad, pero no quiero molestar a este hombre.

–Alex dijo que habías estado por la oficina haciendo preguntas. –Su actitud es agria; está instantáneamente a la defensiva. Me pregunto por qué se lo diría Alexander. De todos modos, todavía no me ha colgado, y esa es una buena señal. Tengo que bajar el tono de esta conversación si quiero sacar algo de ella.

–Sí, me pasé por si acaso podía hablar con alguno de los colegas de Tom. Han sido un par de semanas tan traumáticas que no sabía ya a quién dirigirme. –Cargo las tintas, asegurándome de que mi voz suene frágil y llorosa–. Tom no hacía más que hablar de ti, Jimmy. Supongo que eras el único amigo con quien conectó en el banco. –Sé que esta es una verdad a medias, pero tal vez un masaje al ego de este hombre le haga sentir ganas de abrirse un poco.

–Mira, siento mucho todo lo que ha pasado. No me puedo creer que hayan arrastrado a Tom en este caso de la desaparecida. ¿Cómo pueden saber siquiera que está muerta? Es una locura. Dicho eso, no creo que tenga modo de ayudarlo, Beth. Me sabe mal.

Parece que esté concluyendo la conversación. Tengo que hacer que siga hablando.

–Lo entiendo, Jimmy. Creo que simplemente estoy tratando de resolver las lagunas y descubrir qué es lo que lo inquietaba antes de que sucediera esto. Lleva un tiempo sin ser él mismo y me preocupaba que le pasara algo…

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, ¿y si tienen razón, Jimmy? ¿Y si la asesinó? Nunca se llega a conocer a una persona, ¿verdad? Debo aceptar que exista la posibilidad de que la policía tenga razón. Por lo que sé, salió a trabajar el martes… pero nunca se presentó en la oficina. Parece ser que llamó a Celia para decirle que se había sentido mal de camino y que volvía a casa. Pero no volvió, por lo que sé; no hasta más tarde. Puede que se dedicara a cubrir sus huellas entonces. Tal vez estaba ocultando pruebas del asesinato de Katie antes de que volviera la policía a por él. Es lo único que parece lógico, ¿verdad?

–Por Dios, Beth. –Jimmy suelta un largo suspiro. Se queda callado un rato.

Lo incito.

–¿Qué pasa? ¿Sabías que estaba intentando deshacerse de pruebas?

–No, no. Nada que ver. Esto no es lo que tú crees, Beth. Tom es un buen hombre. –Hace una pausa–. O, mejor dicho, no es un asesino, en cualquier caso.

Está claro que no conoce bien a Tom, entonces.

–¿Entonces qué?

–No estaba cargándose pruebas aquel día. Ni escondiéndolas, o lo que sea. Estaba…

Oigo como Jimmy se está atusando la barba. Se debate, claramente, entre su lealtad a Tom y contarme lo que sabe.

–¿Estaba qué? –pregunto, impaciente.

–Lo siento, Beth. No puedo creer que te lo esté contando, pero es el menor de los males… –Suelta una bocanada de aire–. No te voy a dejar pensando que es un asesino. Por favor, no dispares al mensajero.

Me siento inmediatamente consternada. ¿Qué podría ser peor que ocultar pruebas de un crimen?

–No voy a hacer eso, te lo prometo. Por favor, Jimmy. Necesito saberlo.

–No estaba en el trabajo, porque estaba visitando a alguien.

–¿A quién? –El pulso me late en la garganta.

–Se ha estado… viendo con alguien. Me hizo jurar que no se lo diría a nadie.

–¿Una maldita aventura? –Por un momento pierdo el control de mis emociones. No puede ser–. Él no haría…

–Beth, ya hace tiempo que sucede. Años, calculo. –El tono de voz de Jimmy ha cambiado de forma dramática; en lugar de estar a la defensiva, parece apoyarme. No quiero su compasión. Siento que la habitación da vueltas, siento un mareo que aumenta. Jimmy tiene que estar mintiéndome. Tom me ama; a mí, solamente. Siempre ha sido fiel. Es del tipo celoso… No me pondría los cuernos; desprecia a la gente que lo hace.

Gente como Katie Williams.

–¿Sabes con quién? ¿Dónde?

–Solo que se escapa a la hora del almuerzo para verla, de modo que tenía que ser en algún lugar cercano. Y, a veces, se iba pronto del trabajo y sé que no iba directamente a tu casa.

Las palabras son hirientes. Una aventura era lo último que pensaba destapar.

¿Será que no conozco a mi marido en absoluto?

Me quedo en silencio en la habitación a oscuras, en riguroso silencio. Solo está activa mi mente. Está dando vueltas acelerada, tratando de entender cómo, por qué, Tom me engañaba.

Ojalá estuviera él aquí para que pudiera gritarle; decirle que es un pedazo de hijo de puta. Un marido hijo de puta que me miente, me engaña y que mata. Que no se merece a una mujer y a una hija que lo aman. ¿Por qué pone en peligro la vida que supuestamente ama teniendo una aventura? No tiene sentido.

Jimmy tiene que estar equivocado. No dijo categóricamente que Tom lo hubiera hablado con él. De hecho, Jimmy parecía estar atando cabos en base a las desapariciones de Tom en la pausa del almuerzo. Aunque sí dijo que le había prometido a Tom que no diría nada. No. Es más probable que Tom no quisiera relacionarse con sus compañeros del trabajo y que se buscara una excusa, para no tener que sufrirlos durante el día entero. Sé que a menudo compraba regalos online del Zoo de Londres, y que iba caminando a recogerlos y traérselos a Poppy.

«Esa era su tapadera. Su coartada.»

No puedo reprimir ese pensamiento, y ahora que lo tengo, no para de crecer. Arroja una nueva luz, sobre todo. ¿Me han estado tratando de tonta?

Recuperándome del trance, vuelvo a llamar.

Salta el contestador.

–Hola, agente Cooper. Soy Beth Hardcastle. Necesito que nos veamos. –Hay un matiz de rabia en mi voz. Hago una pausa, a sabiendas de que una vez lo haya dicho, no habrá vuelta atrás. La furia, el dolor y la humillación toman el mando y prosigo–: Tengo que contarle algo, es urgente. –No añado florituras; cuelgo.

Y espero.

Capítulo 65

Él estuvo llorando veinte minutos. Ella llegó a creer que nunca pararía. Era como si hubieran pegado un tirón a un enchufe, a sus emociones acumuladas, a su dolor prolongado, y que ahora lo estuviera soltando todo. Ella se pregunta: ¿por qué ahora? ¿Qué hacía que aquel momento fuera diferente al resto? No puede ser algo que ella dijera o hiciera. Algo ha pasado. Le quiere preguntar acerca de su mujer, pero no se atreve. No quiere que él se enfade, o que se sienta más trastornado todavía. De modo que sigue acariciando su cabello, en silencio, mientras él se recupera de su arrebato. Es como un niño –piensa ella– consolado por su madre. Siente que su relación con ella no podía ser muy buena; con su padre tampoco. En su experiencia, las personas heridas como él tienden a proceder de familias rotas.

–Lo siento –dice él, apartándose finalmente. Deja una mancha húmeda sobre su tripa, que ella limpia con la punta del edredón–. Gracias por escucharme.

–En realidad no has dicho nada.

–Contigo ni siquiera hace falta –dice él. Empieza a subirse los pantalones, y luego arrastra la camiseta de debajo de las prendas de ella, frente a la ventana del cuarto. Ella lo observa atentamente mientras se viste, preguntándose si va a volver. Tiene una extraña sensación en su interior, que hace que lo dude. Cree que lo que tenían puede que haya llegado a su fin. Su utilidad se ha agotado hoy.

–¿Es eso por lo que sigues volviendo a por más? –le pregunta ella, con delicadeza.

Él se vuelve hacia ella, con una expresión solemne.

–Ayuda –dice–, pero sobre todo sigo volviendo porque me dejas hacer todo lo que quiero.

Su brusquedad, su sinceridad, le duele un poco. Y está equivocado, en su opinión, porque ella no le deja hacer todo lo que quiere, sexualmente. Pero asiente, suponiendo que de ella consigue algo más que de su mujer, en cualquier caso. No puede culparla; no es del agrado de todo el mundo ser estrangulada durante el sexo.

–¿Cuándo volverás? –le pregunta, mientras se encamina hacia la puerta.

–Muy pronto –dice él sin mirar atrás.

Tal vez su instinto se equivocó entonces; aunque eso raramente ocurre. Él todavía desea verla. Ella sabe que no debe dejar que esto vuelva a ocurrir. Cada vez, jura que será la última. Pero no puede evitar pensar que le fascina. Es como ser adicta a las drogas: un subidón debe ir seguido por otro; y a pesar de sus desventajas, el miedo que puede inducir, lo necesita tanto como él la necesita.

Capítulo 66

Beth

Ahora

–Adam, ¿cómo te iría recoger a Poppy de la guardería hoy?

–Ningún problema. Me ofrecí a hacerlo, ¿te acuerdas? ¿Estás bien?

Inspiro profundamente.

–He quedado con Imogen Cooper en Londres. Voy a contárselo.

–¿La policía? Bien, me alegro. Estás haciendo lo correcto, Beth. De verdad. Tienes que pensar en ti y en Poppy.

Eso es lo que he estado haciendo. No he hecho nada más desde el día en que Tom me lo contó.

–Gracias por darme un empujoncito. No sería capaz de hacerlo si no fuera por tu apoyo, Adam. Lo digo en serio. Te has portado increíblemente bien conmigo.

–Ah, de nada… –dice. Imagino cómo se le enrojece el rostro–. Me lo he pasado bien contigo y con Poppy. Nos va bien tanto a mí como a Jess. Así que, ¡gracias a ti!

–Es extraño como dos acontecimientos espantosos han conseguido juntarnos. –Al instante me arrepiento del modo en qué lo he dicho, y empiezo a darle vueltas, tartamudeando, tratando de expresarlo de otra manera. No quería implicar que estamos «juntos», de ninguna manera.

–Sí, tienes razón –dice, interrumpiendo mis palabras inconexas, salvándome de ponerme aún más en evidencia–. Parece que esté mal que sea el infortunio de otra gente lo que me ha permitido a abrir a alguien de nuevo, eso sí.

–Sí, lo sé. De todos modos, te lo agradezco de nuevo. Te la recogeré en tu casa cuando vuelva.

Al terminar la llamada, cojo mi bolso y la chaqueta y agachando la cabeza para evitar cruzar la mirada a alguno de los periodistas que siguen afuera, me dirijo al coche. Suelto el oxígeno una vez estoy a salvo dentro, y luego conduzco a paso de tortuga entre ellos para salir de Lower Tew. Con este viaje a Londres, en una semana ya he estado oficialmente más en la ciudad que en los dos años previos.

Aparco lejos del centro de la ciudad y desciendo al metro. Llego a la cafetería donde habíamos quedado unos minutos antes de tiempo.

Tras barrer con la mirada a mi alrededor para ver si Imogen Cooper ha llegado ya, busco una mesa hacia el fondo, lejos de las miradas de la gente que pasa por ahí, y aparentemente más tranquila que la parte frontal. De momento, por lo menos. Deberíamos poder hablar aquí con la relativa certeza de que no nos escuchan.

Veo una melena de color rubio fresa ondeando entre los clientes, que se me acerca. El estómago me da un vuelco. Es estúpido tener esa reacción cuando sé que está de camino a verme. Puede que sea esa parte de mí que prefería que no se presentara.

–Beth –dice, asintiendo con brevedad y tomando asiento frente a mí. Mira a su alrededor, y luego alza la mano para atraer a una camarera. Ella quiere un espresso, yo pido un latte. Cooper pregunta si quiero algo de comer, y le digo que no. Siento demasiadas náuseas como para añadir sólidos–. Bueno, vamos al grano, ¿de acuerdo?

–Claro –le digo, forzando una sonrisa. Me sudan las manos y mi camiseta se pega a mi espalda. La silla de cuero está aumentando la temperatura y una capa de calor se ha quedado atrapada entre mi cuerpo y el asiento. Cambio de postura.

–No hace falta que te pongas nerviosa, Beth. No estás en apuros, ya lo sabes.

«Todavía no».

Se instala un incómodo silencio. Es Cooper quien rompe el hielo preguntándome si hay algo sobre lo que quería hablar.

«No... no puedo hacerlo.»

–Es difícil. –Coloco los codos encima de la mesa y dejo caer la cabeza entre mis manos, con los dedos extendidos sobre mi frente. Estudio la textura granulada de la mesa, debatiéndome sobre cómo debería articular lo que quiero decir. Lo que tengo que decir.

–Lo entiendo, Beth. Has pasado un infierno estas semanas, estoy segura. Pero obviamente hay algo en tu cabeza que tienes que soltar. Te puedo ayudar. Un problema compartido…

–Pero eso no va así, ¿verdad? Sois la policía. Estáis aquí para algo. Queréis lograr una condena contra mi marido. Cualquier cosa que comparta contigo no es un problema del que me desprenda, sino otro clavo en su ataúd.

Cooper alza las cejas con fuerza y se inclina hacia mí.

–¿Un clavo en su ataúd? –Tengo todo su interés, sus pupilas se han dilatado el doble–. ¿Qué quieres decir?

Exhalo con un ruido.

–Hipotéticamente, si te contara algo que ya sabía pero que no me sentía capaz de contar cuando me interrogaron, algo que no llegué a decir en mi declaración. ¿Eso me convertiría en una especie de encubridora? ¿O significa que sería culpable de retención de pruebas y obstrucción de la justicia? ¿Me acusarían también? –Uno las manos y

entrelazo los dedos. Los estoy apretando tanto que están adquiriendo un rojo intenso.

–Hipotéticamente, sí –dice Cooper–. Pero si hubiera factores atenuantes, por supuesto estos serían considerados.

No es suficiente. No existe seguridad en disponer de «factores atenuantes» que puedan contar. Necesito algo firme antes de soltarlo. Ya he cometido un error pidiéndole que nos viéramos.

–Podemos hablar de manera extraoficial –dice Cooper, observándome con cautela.

–¿Eso qué quiere decir?

–Al margen.

–Pensaba que eso solo existía en el periodismo. O en dramas policiales de pacotilla.

Eso hace sonreír a Cooper.

–Te sorprendería. Verás, creo que lo que puedas decir es importante. Pertinente para este caso. De modo que estoy interesada. Tener algo más concreto con lo que trabajar sería muy útil.

–Haces que suene como si yo fuera actuar en contra de Tom. A ayudarte a condenarlo.

–¿Y no lo estás haciendo?

Me quedo perpleja por unos segundos. ¿Es eso lo que he venido a hacer? ¿Eso es lo que quiero?

–Intento contarte la verdad acerca de lo que sé. Antes tenía miedo, pero sé que si algo le pasara a Poppy… –La camarera se acerca con una bandeja y deja nuestro pedido sobre la mesa. Aguardo a que se vaya–. Si alguien le hiciera daño, querría saberlo todo. Y quiero que se imparta justicia contra el monstruo que lo hizo. Me sentía escindida entre protegerla a ella, protegerme a mí misma, y ayudaros a que se haga justicia para Katie.

–¿Tenías miedo de Tom? –pregunta Cooper–. En el sentido de que si decías algo, ¿te habría hecho daño?

–Sí, de eso tenía miedo. Habría arriesgado muchas cosas si me hubiera abierto desde el inicio. Tenía que ir con cuidado. Lo siento mucho.

–Vale. Bien, entiendo tu reticencia a dar ese paso. Es mejor ahora que nunca, así que…

Ambas tomamos un trago de nuestras bebidas, pero no dejamos de mirarnos fijamente a los ojos.

–¿Por dónde quieres empezar? –pregunta Cooper, después de un minuto, aproximadamente.

–Creo que tengo pruebas que pueden ser de ayuda. Pruebas que puedes utilizar contra Tom. –Tengo la boca seca, mi corazón no da tregua. He ido demasiado lejos como para echarme atrás. Los ojos de Cooper están atentos.

–Sabes que tenemos los correos, ¿verdad? Y sospechábamos que los conocerías, ya que admitiste haber utilizado el iPad de Tom, y que tenías las contraseñas.

De modo que *sí* sospechaban de mí. Soy su mujer; supongo que era inevitable. Ahora parece el momento idóneo para confesar.

–Sí, lo sé. Me refiero a otras cosas.

–¿Qué clase de pruebas crees tener, Beth?

–Una sudadera –digo–. Maxwell dijo que todo lo que tenéis, o todo lo que le estáis dando a conocer de lo que tenéis, son los correos que mandaron desde la cuenta de Katie en el iPad de Tom. Nada físico. Nada concluyente que lo involucre en un asesinato.

Cooper no responde a esas palabras, lo que me hace creer que sí disponen de otras pruebas. Pero me temo que no se trata de algo sustancial. Entonces, sin embargo, pronuncia la pregunta obvia.

–¿Por qué sería relevante la sudadera de Katie, a menos que contenga sangre?

–No. Sangre no.

–Entonces, no creo que…

–La sudadera no es de Katie.

A Cooper se le arruga la frente y se apoya contra el respaldo de su silla.

–Entonces, ¿por qué me estás hablando acerca de esto?

–No es de Katie. Es de Phoebe Drake. Es su sudadera de la universidad.

La mitad superior del cuerpo de Cooper se tambalea hacia delante. He conseguido que me haga caso.

–¿Quién es Phoebe Drake?

–Murió ahogada en un incidente de hace quince años. Pero no se ahogó de manera accidental. Phoebe fue la primera víctima de Tom.

Capítulo 67

Beth

Ahora

Cooper suspira, vacía su espresso y se apoya encima de la mesa, mirándome fijamente a los ojos. Guarda silencio. Sé lo que está pensando: qué tiene una sudadera que aportar y cómo es que sé algo de todo esto. Le informo de todo lo que me contó Tom; o la mayor parte. Me reservo ciertos datos; me asustan demasiado las repercusiones. Tengo que asegurarme de que esto no acabe saliéndome mal por haberme guardado la información anteriormente.

–Joder –dice Cooper–. Así que, por aquel entonces, ¿nadie sospechó que pudiera haber un crimen detrás porque se había roto un tobillo y porque tenía alcohol en la sangre?

–Hasta aquí he llegado comprender. Según Tom, sin embargo, fue un accidente. No quiso matarla.

–¿Y te lo crees?

Frunzo los labios. Quería creerlo cuando me lo contó. Cuando descubrí los correos que había estado mandando haciendo ver que era Katie, acabó saliendo el resto al cabo de poco. Si la confesión de Phoebe hubiera llegado primero, creer que su muerte fue accidental habría sido más fácil. Al fin y al cabo, Tom me presentó un relato factible del incidente. Pero fue el hecho de que lo hubiera mantenido en secreto, y haber mentido tanto tiempo, lo que hizo inclinar la balanza para otro lado. Si no hubiera descubierto esos emails, ¿me lo habría contado algún día? Me hizo volver a evaluarlo todo, diseccionarlo minuciosamente. ¿Cómo podía creer que había matado por accidente a dos mujeres?

Verlo en la cárcel ayer despertó en mí algo: recuerdos que había enterrado, junto con la comprensión de que estaba casada con un asesino. Por supuesto que lo sabía. Pero lo amaba. Era mi Tom.

No quería que nos abandonara a mí y a Poppy.

Pero a la vez sabía que debía afianzar un futuro en el que no tuviera miedo. En el que no me pudieran dejar tirada.

Si lo que hizo salía alguna vez a la luz, sabía que todos seríamos destruidos; nuestro núcleo familiar se rompería. Todo acaba por salir al final y es preferible que sea ahora que Poppy es demasiado pequeña

para entenderlo –que yo soy lo bastante joven para construirnos una nueva y más prometedora vida– y no tener que pasar una vida entera preocupada porque la verdad pueda aflorar. Se tiene que hacer.

Debo asegurarme de que dispongan de pruebas suficientes para encarcelarlo.

–Quiero creerle, agente Cooper. Pero sé que, incluso si fueron accidentes, el resultado final es el mismo. Dos mujeres muertas; dos familias que desconocen la verdad. Debería haber denunciado lo que descubrí de inmediato, pero a Tom se le da muy bien darle la vuelta a todo; manipularme; hacerme creer que sería culpa mía si nuestras vidas terminaban destrozadas. Culpa mía si Poppy dejaba de tener un padre. Y… bueno, a veces puede ser… agresivo. Tenía demasiado miedo de convertirme en su tercera víctima. No podía correr ese riesgo, por el bien de Poppy.

Imogen tuerce el gesto y me pregunto si está tratando de reconciliar esta información con la imagen que anteriormente había pintado de mi perfecta vida de casados. Me estaba preocupando porque este fuera el caso. Sin embargo, su rostro termina por ceder un poco. Creo que comprendo que esto ocurre cuando se está en relaciones de abuso; debe de haberlo visto ya montones de veces.

–¿Dónde está esa sudadera? No encontramos nada que se le pareciera cuando registramos tu vivienda.

–Le dije a Tom que la quemaría. La guardo en el almacén del Local de Poppy. Te la puedo traer.

–Sí, perfecto. Y con esta nueva información y pruebas que conectan a Tom con Phoebe, reabriremos el caso y le acusaremos también de su asesinato. Definitivamente será de ayuda con el juicio. –Cooper hincha sus carrillos de aire y resopla lentamente. Luego, casi sin aliento, dice–: Naturalmente, el cuerpo de Katie nos iría aún mejor.

Capítulo 68

Tom

Ahora

Maxwell me cuenta que han aparecido nuevas pruebas.

Dice que proceden de Beth.

Sacudo la cabeza de un lado a otro con violencia. Tengo una sensación como si mi cerebro se diera bandazos contra el interior del cráneo. Si sigo así por mucho tiempo, tal vez me desmaye, o me produzca una hemorragia cerebral. Ahora es el único modo que tengo para salir de aquí.

–¡Tom, no! ¡Para! –Las palabras de Maxwell suenan distorsionadas, de un modo extraño, en mi cabeza.

Me colocan las manos en los hombros.

–Venga ya, tío. Relájate. –La voz del funcionario de prisiones suena tranquila. La reconozco, es de mi pabellón. Otro funcionario entra a zancadas en la sala, para ayudar si me descontrolo. No tengo fuerzas para librar ninguna clase de pelea.

–¿Tal vez será mejor que está visita jurídica prosiga otro día? –dice el segundo funcionario. Vagamente noto que Maxwell se levanta de su silla y que habla en voz baja. Seguramente les está diciendo que he recibido malas noticias, y que me vigilen.

Que me incluyan en prevención de suicidios.

Sí, les quiero gritar. Ponedme en prevención de suicidios porque mi puta mujer me acaba de traicionar. ¿Lo ha descubierto? ¿Es el motivo por el que ha decidido ir en mi contra? Confiaba en ella. Dijo que seguiría a mi lado; sabía que fue solo un accidente. Sabía que no quise hacerles daño.

Pero sí quise. Sí quise hacerles daño. Y aunque Beth me creyó cuando dije lo contrario, existe la posibilidad de que algo que haya descubierto le haya hecho cambiar de parecer. Acerca de aquellos supuestos accidentes. Acerca de mí.

Me golpeo con los puños sobre las sienes. Una y otra vez.

No creo que sea capaz de facilitar pruebas a la puta policía con las que me van a condenar. Me necesita. Poppy me necesita.

No tienen a nadie más.

Es un juego, ¿verdad? Manning y Cooper lo están haciendo para ver

cómo reacciono. Son todo mentiras.

No tienen nada.

Dejo caer mis manos junto a mí.

–Disculpad –les digo a los dos funcionarios que tengo a ambos lados, que me han empezado a manosear y a echarme de la sala para devolverme al pabellón–. Estoy bien. De verdad. No ha sido nada. Ya se me ha pasado.

–¿Quieres ver a un terapeuta? ¿O al cura? Me parece que te iría bien, Tom.

Sus palabras me resbalan.

Beth no me ha vendido; jamás haría algo así.

Malditos mentirosos. No voy a caer en sus trampas.

Capítulo 69

Beth

Ahora

Mis rodillas rozan contra los listones de madera áspera mientras me arrastro por el desván para hacerme con la caja. La agente Cooper quería que se la consiguiera, pero dejó que esperara hasta esta mañana; decidió abstenerse de conseguir una orden para registrarlo ella misma, algo que le agradezco.

Cooper ilumina con la linterna a través de una trampilla, pero no me hace falta. Sé perfectamente dónde se encuentra: solo hay unas cuantas cajas de cartón almacenadas aquí arriba. Siento dudas una vez que la alcanzo; rebusco con los dedos en la parte exterior y toqueteo la cinta marrón con la que sellé las solapas. Dentro está el vínculo con Phoebe Drake: una estudiante de segundo curso a la que Tom conoció en Leeds. La chica a la que «accidentalmente» arrojó hasta su muerte.

Estuve investigando todo lo que había por saber acerca de ella después de que Tom me lo explicase. No había gran cosa. Breve y claro, muerte accidental. Nadie supo que Tom tuvo que ver. Nadie supo que habían estado juntos, por brevemente que fuera. No aparecieron testigos para decir que lo habían visto aquella noche con ella, o durante la noche previa cuando se la había llevado a su apartamento. Dijo que ni siquiera hubo interrogatorios: tan solo «había oído» acerca de su muerte; se lo había contado algún pajarito de la uni. Un accidente trágico, comentaba la gente. Una advertencia para que las estudiantes dejaran de emborracharse hasta perder la noción de dónde estaban; una advertencia del peligro de ir sola.

Tom se había salido con la suya. Tuvo suerte.

Pero esa suerte se ha acabado.

–Aquí la tienes. –Bajo la caja a través de la trampilla y vuelvo a descender por la escalera.

–Gracias –dice Cooper. Se le iluminan los ojos, tiene las pupilas dilatadas. Su exaltación es patente.

–Siento no habértela entregado antes. Tom me dijo que era de él cuando la encontré por primera vez. Que se había encogido en la lavadora, dijo. –Río un instante de modo abrupto–. La conservo aunque le prometí que la quemaría.

–¿Qué hizo que la guardaras, entonces? –Cooper me mira con los ojos entrecerrados.

–Parte de mí no creyó la versión de Tom. Una parte lo bastante importante para que no la destruyera. Pensé que sería sensato conservarla, por un tiempo al menos. Y entonces me olvidé.

–¿De verdad? –Los ojos de Cooper me estudian con suspicacia–. ¿Olvidaste que tu marido te contó que había asesinado a dos mujeres? –Su tono chorrea escepticismo.

–No, eso no fue lo que olvidé. Me refería a la sudadera; no la tenía presente. Siempre se me ha dado bien enterrar recuerdos. –Me maldigo por el modo en que lo he dicho, que invitan a nuevas represalias de Cooper, pero se queda pensativa, acariciando la caja que lleva en sus brazos como si fuera un bebé.

–¿Ya habéis terminado? –Adam saca la cabeza de una esquina. Me está haciendo el favor de cuidar a Poppy. Dispongo un par de platos ante las niñas para que los pinten mientras me esperan. Siendo un sábado a primera hora, no hay nadie más. Lucy no abre hasta las nueve, así que nadie es testigo de Imogen Cooper, partiendo con nuevas pruebas.

–Sí, vuelvo con vosotros en un segundo –digo. Él asiente y se va. Su interrupción ha devuelto del trance en que se encontraba Cooper.

–¿Te está dando apoyo, entonces? –dice, haciendo un gesto con la cabeza hacia el lugar donde Adam estaba hace un momento. No respondo de inmediato, y mi vacilación probablemente sea un factor en mi contra.

–Su hija y Poppy van juntas a la guardería –digo a modo de explicación–. He tenido que llamarlo para que la recoja unas cuantas veces, cuando he ido a comisaría o he visitado a Tom.

–Sí, claro. Es bueno tener a alguien en quien confiar. ¿Está al tanto?

La pregunta me produce recelo; lo que insinúa.

–Le mencioné que sabía algo y que todavía no lo había informado a la policía, sí… y le confesé mi miedo a las posibles repercusiones. Fue él quien me animó a hablar contigo. Dijo que era perfectamente comprensible que me hubiera reprimido, teniendo en cuenta que vivía con un hombre manipulador y controlador, pero que había llegado el momento de liberarse.

–Bien. Muy bien –dice, yendo hacia la puerta. Tiene un aspecto de perplejidad, pero no vuelve a decir nada más.

De vuelta a la cafetería, me deslizo sobre la silla junto a la de Poppy y empiezo a preguntarle sobre el plato que pinta. Hay una gran mancha de amarillo en el medio, y me informa de que es un girasol. Miro de reojo a Cooper cuando se dirige a la puerta.

–Gracias por todo esto, Beth. Seguiremos en contacto –dice, volviéndose a mí, y cierra al salir.

–Bien hecho. No puede haber sido fácil. Has hecho lo correcto, ya lo sabes, Beth. Estoy orgulloso de ti. –Adam me ofrece su mano sobre la mesa, y la deja encima de la mía. Poppy hace muecas y me mira fijamente. Aparto la mano, sonriéndole a ella.

Es como si supiera que acabo de traicionar a su papá.

Nos hemos traicionado mutuamente. Supongo entonces que estamos empatados.

Capítulo 70

Beth

Ahora

Es difícil no dejar que las imágenes me inunden la mente. Todas aquellas cosas que he imaginado; todas, desde que Tom confesó haber acabado con la vida de dos mujeres. Tras encontrar la cuenta de correo de Katie, cuando él se vino abajo y me contó acerca de ella, todo se empezó a deshacer. Él se deshizo. La confesión acerca de Phoebe que vino a continuación, aunque resultó chocante, pareció casi inevitable. Creo que la había estado esperando.

–¿Hay más, Tom? –le pregunté, esperando en vano que dijera que no. Me sentí realmente aliviada cuando dijo que me lo había contado todo. Que no había más secretos.

Fui lo bastante tonta como para creerlo.

El ruido de cristales rotos y pasos ensordecidos sobre la moqueta ayuda a descargar algo de mi dolor: una foto enmarcada en plata de mí y de Tom acaba cara arriba sobre el suelo, y una caja de joyas de cristal yace ante mis pies, ante el tocador desde donde la he barrido con el brazo. Un libro y una lámpara de cerámica se estrellan encima. Ahí está la montaña de destrozos, acusándome.

Nuestro primer año en Lower Tew me preparó para la que imaginaba iba a ser la más feliz de las vidas. Incluso cuando lo trató de arruinar con sus malditas confesiones, seguí esforzándome por unirnos, por mantener vivo aquel sueño. Quería que me salieran bien aquí las cosas; deseaba aquella vida feliz, de pueblo, que había anhelado desde niña.

Tom ha destruido mi sueño. Ha destruido lo que soñaba para Poppy.

Tengo que enmendar sus errores.

Y lo voy a hacer. Estoy decidida a asegurar para Poppy y para mí la vida que había previsto para nosotras; para la que he estado trabajado todas y cada una de las horas.

Aunque eso signifique estar sin Tom.

Mi marido.

El papá de Poppy.

Un asesino.

Adam es un buen hombre. Una buena elección. Cariñoso, estable,

seguro de sí mismo.

No es un asesino.

Me dejo caer sobre la cama, escuchando con plena atención y preguntándome si el estruendo de mi arrebato habrá despertado a Poppy. Parece que no. Tiro del móvil, que está en la mesita de noche, y compruebo mis mensajes.

¿Qué tal estás? Si me necesitas, llámame. Un beso.

Se me acelera el pulso al marcar.

–Gracias por el mensaje –digo–. Te acepto la oferta.

–Bien, me alegro. –Entonces, inesperadamente, con tranquilidad añade–: Te he echado de menos.

–¿De verdad? –Me reincorporo sobre la cama; mi humor mejora al instante–. Si me viste ayer mismo. –Estoy a punto de decir que pensaba ya había tenido suficiente, dadas las circunstancias, pero no quiero meterle esa idea en la cabeza. Me ofreció mucho apoyo ayer en la cafetería, cuando le di a Imogen Cooper lo que espero que sea una prueba fehaciente, por lo que doy por hecho que no me recusa por haber sido incapaz de reaccionar antes con lo que sabía.

–Sí, lo sé. Mira… Sé que las cosas no van demasiado… como siempre, por decirlo de algún modo. Pero quiero estar ahí por ti. En realidad, me gustaría verte más a menudo…

Inhalo aire bruscamente.

–¿Beth? Perdona si es demasiado precipitado, si crees que actúo de modo inapropiado.

–No lo es –digo, con lágrimas que me pican en los ojos–. No es inapropiado, quiero decir.

–Me quitas un peso de encima. Pasar las dos últimas semanas contigo me han hecho sentir mejor que ninguna otra cosa desde hace mucho tiempo.

–¿Desde Camilla, quieres decir? –Por supuesto eso es lo que quiere decir, pero se lo pregunto igualmente.

–Sí. Desde Camilla. He tenido a diario una nube negra sobre mi cabeza desde que murió. He dejado que se me coman vivo preguntas sin respuestas. Como un cáncer, que me iba matando poco a poco. Tú has hecho que eso cambie.

–¿Reemplazando tus pensamientos más oscuros con los míos?

Se ríe.

–No. Porque me has dado motivos para volver a sonreír. Te abrí mis puertas, y al principio me dio miedo. Lo intensa que eres, mis sentimientos por ti…

Oigo cómo traga saliva. Espera a que yo tome constancia de sus palabras antes de continuar. Quiere que le confirme que siento lo mismo por él.

–A veces da mucho miedo abrirse a otra persona, ¿verdad? –digo.

–Sí, y se ha dado en un momento de particular dificultad. ¿Qué crees que pasará ahora?

–¿Con Tom, quieres decir?

–Sí. ¿Crees que habrá suficiente con lo que les has facilitado?

–No lo sé. Supongo que dependerá de lo que los forenses puedan sacar de la sudadera pero, al final, les harán falta más cosas. Les va a ser de ayuda para hacerse con una imagen general, aunque… de hecho, podría afirmar que la sudadera la encontró. No llega a demostrar nada, ¿verdad?

–Pero la agente parecía más que satisfecha de tener más pruebas.

–Como te digo, contribuye al caso, pero lo que ella necesita es el cuerpo. Y, tal vez, pruebas de ADN que involucren a Tom de manera irrefutable con el asesinato de una o dos de las mujeres. Entonces, sin duda lo van a condenar.

–Parece que lo has pensado detenidamente.

–He pasado muchas noches solitarias en las que lo he podido pensar.

–Lo mismo digo –dice Adam–, la cabeza me ha estado yendo a mil, de hecho.

–Ah, ¿por qué?

–Es una tontería –dice. Oigo un fuerte suspiro.

–No, dímelo. He compartido mucho contigo, quiero que te sientas libre para compartir tu locura conmigo.

Adam suelta una risa nerviosa.

–Bueno… Simplemente… Cuando salió por primera vez a la luz que Tom había sido acusado por el asesinato de una mujer, se me ocurrió que puede que interviniera en…

–¡Ay, Dios! ¿No me estarás a punto de decir que crees que tuvo algo que ver con la muerte de Camilla? –No puedo evitar la conmoción de mi voz. Ha dicho que era una tontería, pero ¿por qué dar aquel salto?–. Adam, Tom apenas la conocía. Y su muerte fue diferente. Fue un acci…

No continúo, recordando la palabra «accidente», que Tom había utilizado para denominar las muertes de Katie y Phoebe.

–Es una tontería de idea, ya lo sé. Simplemente, no supe encontrar el EpiPen por ninguna parte cerca de ella, y lo solía llevar a todas partes. Tenía otro, en el armario del cuarto… Imagino que no le dio tiempo a buscarlo.

–No he dicho que sea tonta –digo, recuperando un tono calmo en la voz–. Pero sí es más que dudoso.

–Sí, seguramente. Supongo que creer que Tom la mató, de algún modo, me resultaría casi mejor que saber que ella misma decidió no tomarse con la debida seriedad su alergia. Se lo tomó a la ligera; no paraba de comprar cosas sobre las que no tenía la certeza absoluta de

que no contuvieran trazas de frutos secos. Que no le pasara nada una o dos veces no quería decir que ya no corriera un riesgo. Las trazas son lo que son; con motivo advierten de ellas en todo.

–Siendo justos con Camilla, puede que ese fuera el motivo concreto por el que terminó tomándoselo con frivolidad. Como dices, se etiqueta prácticamente todo con «puede contener trazas de frutos de cáscara». Yo también tengo que colocar el aviso en todo lo que preparo en la cafetería.

–Sí, es verdad. Pero hay que tener en cuenta que ella no debía solamente cuidarse a sí misma. Debería haber ido con más cuidado por el bien de Jess. Fue egoísta de su parte.

Detecto amargura; una emoción que no había notado en él hasta el momento. Sé que sus palabras están poseídas por el duelo. No cree que Camilla fuera egoísta de verdad. Él lo amaba todo en ella. Eso resultaba obvio incluso para un desconocido. Sin embargo, sé captar lo que quiere decir. Si fuera otra persona quien se la hubiera llevado, no podría acusarla. Por desgracia, tal y como sucedió, no puede evitar pensar que Camilla sencillamente no fue capaz de ser lo bastante responsable. Su muerte se habría podido evitar.

–Somos todos culpables de egoísmo a veces, Adam. Eso la hace humana.

–Hacía –dice solamente, corrigiendo mi tiempo verbal. Ambos callamos de golpe. Me preocupa haberlo alterado al no dar crédito a sus pensamientos.

–En cualquier caso –digo para acabar con lo violento de este instante–. ¿Tienes algún plan mañana por la noche?

–Normalmente, cada lunes tenemos nuestra noche de cine. Bueno, al final de la tarde. Y celebramos un picnic en el salón. No es que sea la repanocha, ya lo sé, pero a Jess le encanta.

–Qué bonito suena. ¿Nos podemos apuntar? –le digo, esperanzada.

–Si me prometes una cosa.

Chasqueo la lengua.

–Ay, ya veo. Si eso implica aceptar condiciones, pues tendrás que excusar mi ausencia –digo, adoptando una voz peripuesta.

–Qué nivel, ¡rechazar una invitación del viudo más joven de Lower Tew! Ya sabes que mejores propuestas no vas a encontrar.

–¿Será que alguien se está dando ínfulas aquí?

–Ahhh… Qué genial poder compartir un poco de humor contigo, Beth. No tienes ni idea. De todos modos, la condición es que tendrás que traer tú los aperitivos. ¡Nada de otro mundo! –Se ríe. Por fin, suena a gusto. Está claro que hablar sobre Camilla le pone los nervios de punta. A partir de ahora, debo saber reconducir la situación si sale el tema de ella.

–Creo que a eso llego –digo–; tengo que cocinar igualmente una

hornada de magdalenas para la cafetería mañana, así que puedo hacer unos cuantos más.

–¿Unos cuantos? Me esperaba una docena por lo menos.

–Se te da bien regatear –le digo.

–Mejor que te vayas acostumbrando. Ya sabes, si es que nos iremos viendo más a menudo.

La calidez instantánea que incitan sus palabras me produce felicidad y tristeza a la vez. Así parece ser mi vida en estos momentos; llena de contradicciones. Y creo que la mayor contradicción de todas soy yo.

Mientras me dejo llevar por el sueño, las palabras de Adam vuelan de nuevo a mi conciencia. Me sobrecoge el hecho de que se haya llegado a preguntar, aunque fuera fugazmente, que Tom estuviera involucrado en la muerte de Camilla. Pero su muerte no fue como aquellas otras. Entonces, ¿por qué Adam lo habría siquiera considerado? Pasan runruneando visiones; borrosas, mezcladas, corriendo por mi mente. Se unen con las palabras de Jimmy, también: «Tom tenía una aventura». Se combinaron todos, en un vívido sueño. Tom, Camilla, uno en brazos de la otra. Las sábanas empapadas de sangre, sus labios de una tonalidad azulada. Boquetes de rojo escarlata en torno a un cuello pálido. Atada de brazos a piernas a los pilares de la cama, Tom insertándose en el interior de ella, gritando bien alto su nombre mientras llega al orgasmo, con las manos rodeándole el cuello. Camilla luchando por algo de aire en los pulmones, sacudiendo su cuerpo, sujetándose el cuello mientras agota su último aliento.

Me despierto cubierta de sudor, con un grito que traspasa el silencio de la noche.

Capítulo 71

Apenas le ha dado tiempo de ducharse cuando él vuelve. Verlo de nuevo cruzar su puerta tan pronto la confunde.

–¿Te has olvidado algo? –le pregunta, dejándolo pasar.

Se da cuenta de que lleva consigo una maleta; hace un momento no la tenía.

Toma asiento sobre el suelo y cierra la puerta, con llave.

A ella se le remueve la tripa. ¿Qué está pasando? Nunca la visita más de una vez al día, y jamás después de las cuatro.

–Creo que puede que sea verdad lo que se dice de los siete años –le dice mientras se inclina y abre con un clac los cierres metálicos de la maleta. Aquel sonoro chasquido, al abrirse cada uno de los resortes, como una bala al ser disparada, tiene algo que le seca de repente la garganta.

Traga saliva con fuerza.

–¿Tanto tiempo has estado con Beth? –dice, apartándose de él instintivamente mientras le habla, insegura de cuáles serán sus intenciones. Su instinto le dice que en esa situación ella no va a tener el control.

Él suspira largamente. Ella entiende el matiz sarcástico, y se da cuenta de lo que le espera cuando ya es demasiado tarde. Está sacando un pedazo de cuerda. Lentamente, retorciéndola con decisión entre sus manos. Se pone en pie, sonriendo.

–Sabes demasiado.

–No. No… No sé… No sé de qué me estás hablando. –El pánico se aferra a sus palabras.

–Conoces el nombre de mi mujer. Sabes por qué vengo aquí. Y he estado hablando demasiado. –Se mueve rápidamente hacia ella, y cuando se gira a correr, ella pega un grito. Las manos de él le cubren la boca al cabo de una fracción de segundo; tan rápido que le parece sobrehumano. De pie, sobresaliendo por encima de sus hombros, él susurra «chisss, chisss…» en su pelo, y luego inspira hondo. La cuerda se enrolla alrededor de su cuello–. Ya sabes que esto no lo puedo hacer con Beth. Eres la única con quien puedo ser yo mismo.

La cuerda no está tensa; todavía puede escapar de esta, si mantiene la calma. Ha estado preparándose para una situación parecida desde hace un tiempo. Debe seguir hablándole. Hacer que crea que ella está de su parte.

–Siempre te he dejado hacer las cosas que no puedes con tu mujer. Como has dicho, puedes ser tú mismo conmigo. Me necesitas. Y resulta que yo también te necesito. –Sus palabras son temblorosas, pero al menos todavía es capaz de hablar. Por el momento.

–Sí, me doy cuenta. Veo cómo eres. De verdad, quiero decir. No lo que le muestras a otros, sino lo que hay en tu interior. Realmente significabas algo para mí.

En pasado. ¿Ya no significa ella nada para él? ¿O se refiere al pasado en que ella debe convertirse?

–Tengo treinta y cuatro años y estoy ahorrando para salir de este lugar. Tengo sueños, cosas que quiero alcanzar. Tú y yo… podríamos seguir viéndonos. Y no solo aquí, sino en algún sitio mejor; en algún sitio de más categoría. Te daría lo que quieres.

Su risa provoca que ella deje de hablar.

–No te preocupes. Me darás lo que yo quiero. –Recorre con la lengua su cuello hasta su oreja–. Me vas a dar tu vida.

Las lágrimas toman cuerpo y empiezan a correr. No podrá convencerlo. Si quiere acabar con su vida aquí y ahora, no hay nada que pueda decir o hacer para impedírselo.

Aparte del arma en su mesilla de noche. Si la pudiera alcanzar.

–¿Por qué no seguimos en mi cuarto? ¿Me puedes atar a la cama?

Es una jugada arriesgada, pero es su única esperanza. Él tira de ella hacia atrás con rudeza, usando la cuerda, y sus piernas intentan pegarse al suelo mientras agarra el lazo con la mano, tratando de impedir que la estrangule.

–Llevo ocho años junto a Beth. Pero fue cuando llegué a los siete años que las cosas se empezaron a complicar. Guardarme mis deseos, ocultar mi verdadero yo… resultaba problemático. Fue entonces cuando te encontré. Me di cuenta hace poco; no sé por qué a ese algo en mi interior le llevó tanto tiempo desear más. Maté a Phoebe en un arrebato de furia, y me odié durante años. Pero, cuando me volvió a ocurrir, tras el engaño de Katie, supe que necesitaba volver a matar. Y disfruté dándole lo que se merecía. –La arrastra hasta la cama, le da un tirón hacia arriba–. Llevaba siete años desde Phoebe. ¿Ves el patrón?

Ella se gira hacia un lado, más cerca de la mesilla. Ahora tiene la oportunidad.

–Oye, ¿qué estás intentando? –Da vueltas a la cuerda alrededor de su antebrazo y da un tirón, arrastrándole la cabeza hacia atrás.

Ella gruñe, cayendo contra su espalda.

«Ya está –piensa mientras observa el techo, la mancha de humedad que sigue ahí, a pesar de su insistencia con el casero–. Es culpa mía. Supe que Tom sería un mal asunto desde el primer encuentro. Sus ideas raras, retorcidas, la han llevado hasta este punto. El peligro era excitante a veces; la euforia parecía merecer el riesgo. Pero ahora, ya no.»

–Gracias por tu ayuda. Por llevarme por el buen camino hasta ahora. Mi mujer y mi hija lo aprecian.

–Tu mujer y tu hija te abandonarán y tú vas a morirte solo.

La aplasta con todo su peso, apretando sus muslos contra los de ellas, apretujándola. La cuerda empieza a tensarse. Solo le quedan unos pocos momentos. Su mente empieza a descentrarse. Él sigue llevando puesta la chaqueta de traje. Va completamente vestido. ¿No quiere sexo con ella? La parte de la estrangulación siempre había sido un elemento sexual para él. ¿Por qué ahora no? Tal vez matar no le produzca lo mismo en su caso. Tal vez quiera sexo con su cuerpo sin vida.

–Nunca lo van a saber –dice, inclinándose sobre ella, con una sonrisa.

Ella se ríe; sale como un gorgoteo forzado.

–Eso es lo que tú te crees –consigue decir, antes de arrojar una mano hacia arriba, clavándole las uñas en la carne del cuello. Él la rechaza de un bofetón, insultándola, y luego vuelve a tirar de la cuerda. Más fuerte todavía. A ella se le hinchan los ojos; parece que tengan que reventarle en la cara. La visión se le nubla y se le empieza a ir la cabeza. Tal vez en su próxima vida consiga llegar a alguna parte. Y evitará a hombres como Tom.

Intenta dar una bocanada de aire pero no le llega nada en absoluto: su tráquea está totalmente bloqueada. No parece que quiera darle la satisfacción de verla en pánico. Luchar. Revolverse. Pero no puede resistir la compulsión. El instinto de supervivencia del que se habla: cómo, incluso cuando la muerte es inevitable, se lucha hasta el fin.

Ella espera que no se salga con la suya.

Capítulo 72

Beth

Ahora

¿Era mío aquel grito? ¿O de Poppy? Salto de la cama y me dirijo corriendo al otro lado del rellano, a la habitación de mi hija.

Su cama está vacía.

–¡Poppy! –Me derrumbo sobre mis manos y rodillas para ver si está debajo. Su camita de princesa no tiene suficiente profundidad debajo como para que se esconda ahí, pero por algún motivo lo compruebo de todos modos. La vuelvo a llamar por su nombre; la sangre me zumba en los oídos con tal fuerza que probablemente no la oiría si me respondiera. Mis pasos retumban como el trueno al bajar las escaleras.

–¿Poppy, qué tienes? –Me abalanzo sobre ella, estrechándola entre mis brazos–. ¿Por qué estás en el piso de abajo, cariño?

Su cuerpecito está rígido, y contempla la puerta principal. Me vuelvo hacia el lugar al que dirige su mirada.

–¿Estás teniendo una pesadilla, Poppy? –Llevo mis manos a sus brazos, la sacudo suavemente para que abandone aquel trance. Nunca ha tenido terrores nocturnos, pero yo sí los tenía de pequeña, así que me pregunto si puede que sea el inicio. No me sorprendería, a juzgar por las últimas semanas. Por mucho que la haya intentado proteger de lo que está pasando, ha tenido que ver a los periodistas; el incidente en que me escupieron. Seguramente lo ha interiorizado. Y es así como lo aborda su pequeño cerebro.

–¿Por qué lloras, mamá? –me dice, mirándome volviendo su carita hacia la mía. La abrazo muy fuerte.

–No lloro, peque Poppy. Tengo los ojos muy cansados.

Otra mentira. Parece que estoy contando tantas que ya me salen solas.

–Yo también –dice, frotándoselos–. Me despertó el ruido.

–Ah, ya veo. ¿Y el ruido sonó por aquí?

–Creo que sí…

–Deberías haberme venido a buscar primero, Poppy. Siempre ven primero con mamá, ¿vale?

–Vaaale… –Hunde su cabeza en mi pecho y la levanto para llevarla al piso de arriba. Tras acurrucarla y esperar, acariciando un lado de su

cabeza hasta que vuelve a dormirse, vuelvo al piso de abajo. Enciendo a golpes todos los interruptores de la luz y busco a fondo en cada cuarto, preguntándome qué habrá sido aquel ruido. No veo nada que se pueda haber caído. No hay objetos desordenados. Debe de haberlo oído en sueños.

Antes de volver escaleras arriba echo un vistazo al exterior de la ventana del salón, que tiene vistas al jardín. El cielo está negro, la luna está llena. Su esplendor arroja suficiente luz para ver qué ha provocado aquel ruido. Mi cuerpo queda inmóvil y siento que se esparce la piel de gallina por los brazos. Un temor gélido se instala en mi alma.

¿Quién demonios haría algo parecido?

No puedo dejarlo para mañana: esto no se puede ignorar ni tomarlo a la ligera como hice con el hombre que me escupió. Vuelvo corriendo al piso de arriba, saltando los peldaños de dos en dos, y agarro el móvil de la mesilla de noche.

Ella me responde tras la segunda señal.

–¿Agente Cooper? Soy Beth Hardcastle. Necesito que venga a mi casa. Ya.

–Beth, ¿qué ha pasado? –La voz de Cooper suena aturdida.

–Algún tipo extraño ha estado en mi jardín –digo. Antes de que pueda explicarle nada más, Cooper responde que hará que la policía local mande un coche a mi casa.

–Gracias. Esos cobardes ya se habrán ido. Pero necesito que la policía haga algo; se está desmadrando. No me siento segura.

–De acuerdo, Beth. Trata de calmarte. Como es obvio no puedo acercarme a Lower Tew a toda prisa, pero déjame avisar y luego te vuelvo a llamar.

No pasan ni un par de minutos y mi teléfono vuelve a sonar.

–Hay dos agentes, un hombre y una mujer, a punto de pasarse por tu casa, Beth. Se llaman Hopkins y Mumford. Ábreles solo a ellos; a nadie más.

–Vale. Gracias, agente Cooper.

–Me puedes llamar Imogen, por cierto, está bien. Es todo un cambio de Cooper, o Coops.

Está procurando que no deje de hablar, para tranquilizarme. Pero las náuseas me siguen removiendo el estómago.

–Claro. ¿Cuánto van a tardar?

–Imagino que unos veinte minutos.

–¡Veinte! Tal vez debería haber llamado mejor a una ambulancia. –Es un tiempo considerable. ¿Y qué pasaría si un intruso hubiera entrado? Pueden pasar muchas cosas en veinte minutos.

–Disculpa. Más rápido no se puede ir, no al lugar donde vives. Las alegrías de vivir en un páramo.

–De alegría ninguna, últimamente.

–Sé que llevas una temporada pasándolo mal. Y esto deben de ser un par de idiotas que querrán asustarte…

–Lo han conseguido, agente… Imogen. Tienes que ver lo que me han dejado.

–¿No habrás estado fuera, verdad? Quédate dentro, Beth. Por seguridad, simplemente.

–No. Desde la ventana se ve con suficiente claridad. Quiero que lo quiten antes de que Poppy se vuelva a levantar. Lo ha oído, ¿sabes? Estaba gritando porque el ruido le ha dado miedo. ¡Estaba junto a la puerta de entrada cuando la he encontrado! –Mi voz suena cortada y mis palabras van aumentando su velocidad mientras noto que la histeria empieza a dominarme.

–¿Qué es? ¿Qué hay en tu jardín?

–Alguien ha colocado una horca, Imogen. Cadáver colgante incluido.

–Dios –susurra–. Qué terrible.

–No es de verdad, gracias a Dios. –Al pronunciar estas palabras, de repente ya no estoy tan segura. Una sensación gélida me va resbalando espalda abajo. Ni siquiera había considerado esa posibilidad–. Supongo que es un muñeco, en cualquier caso. Nadie llegaría al punto de colgar a una persona de verdad para exponer algún mensaje macabro, ¿verdad?

Imogen no responde. No quiere decir que es plausible. Que ha visto cosas peores. El hecho de haberlo pensado siquiera me pone la cabeza a mil. Si esto es lo que cierta gente ya es capaz de hacer ahora, ¿hasta qué nivel serán capaces de llevarlo cuando sepan que sí conocía el pasado de Tom… que sabía que era un asesino?

¿Es la horca una advertencia para mí? ¿Me están diciendo que seré la próxima en colgar?

No. Debe de ser a Tom a quien va dirigido. No pueden ir a por él, así que me utilizan a mí. Es una táctica de miedo, no una amenaza.

Sea una cosa o la otra, ya no me puedo quedar aquí sola con Poppy. No pienso ser un blanco fácil.

Mi siguiente llamada es a Adam.

Capítulo 73

Beth

Ahora

–Alguien se ha tomado bastantes molestias para hacer esto. –El agente Mumford camina en torno a la horca. Ilumina con la linterna la enfermiza estructura. La inclina para enfocar hacia arriba, con el rayo dirigido al muñeco colgado. Arroja una luz inquietante de color amarillo sobre su cabeza. Sigue dando pasos con cautela a su alrededor y, a pesar de la oscuridad, veo cómo frunce el ceño. Me pregunto si este no será el incidente más emocionante con el que se habrá cruzado en un buen rato. Se nota que más bien le cuesta, como si no hubiera tenido que ir en busca de un sospechoso durante años. Sin embargo, pareció tranquilo y efectivo cuando llegó, interesado en calmar mis pensamientos. Tenía una sonrisa de seguridad y calidez, lo opuesto a su compañera, la agente Hopkins. Me produjo la impresión de perder el tiempo, con su trato lento e indiferente.

–Voy a comprobar los alrededores –dijo nada más llegar. Ni siquiera se presentó.

–Tienen aspecto de sacos de patatas –dijo el agente Mumford, metiendo el dedo en la parte central con su mano envuelta en un guante–, llenos de arena –sugiere. El alivio, en mi caso, es solo momentáneo. Junto a la cabeza hay una imagen plastificada. Una foto ampliada de mi cara.

Mi cara.

Esto trata de mí, no de Tom.

–¿Por qué me está haciendo alguien esto? –Hago esta pregunta, pero me temo que ya conozco la respuesta. La agente Hopkins responde. Ha estado mirando alrededor de la fachada de mi casa durante los últimos diez minutos, más o menos, pero ahora ha vuelto y está junto a mí.

–Hay gente que se engancha a casos como este. Que se compromete con ellos. Sospecho que creen que usted se está saliendo con la suya de algún modo.

Me giro violentamente.

–¿Cómo? ¿Yo? ¿Qué coño me está diciendo?

No le perturba mi vehemencia; su rostro sigue pétreo y no hace más que encogerse de hombros al pedirme que la acompañe dentro.

–¿Tiene algún sitio donde quedarse un tiempo? ¿Hasta que entierren este tema?

Casi me pongo a reír por el modo en que lo ha expresado.

–Sí, me quedaré en casa de un amigo.

–Vamos a apuntarnos su dirección, si no le importa. –Saca una libreta, y mientras se apoya contra la mesita del vestíbulo, le canto los detalles de Adam. Ya que tenía planeado ir a su casa para la noche de cine, le pregunté si me podía quedar a dormir. No tuve necesidad de sugerir que sería mejor si pudiera quedarme unos días; él mismo me invitó a hacerlo.

Levanta los ojos de la libreta y me mira de modo interrogante por encima de la página.

–¿En serio? A la vuelta de la esquina: ¿le parece buena idea?

–¡No lo sé! Sobreentiendo que a usted no. –Tengo un nudo en el estómago. Les preocupa que el desgraciado que ha hecho esto vaya en serio. Que sea una amenaza, y no una broma tonta, y que podría haber novedades. Puede que solo sea el principio, y que de las amenazas pase a las acciones.

–Está bien. Pero ¿no tiene familia en otros sitios?

–No. No tengo familia. –No añado más detalle–. ¿Qué van a hacer con eso… esa cosa del jardín?

–La agente Cooper ha pedido que se busquen huellas dactilares. Lo fotografiaremos in situ, nos lo llevaremos y lo guardaremos como prueba en caso de que se necesite con posterioridad.

–Por si esto va a más, quiere decir.

–Sí. –Me doy cuenta de que a la agente Hopkins no le gusta edulcorar. Normalmente, me gusta la gente que va directa al grano, pero en medio de la noche y sintiéndome sola y asustada, me hubiera ido bien un tono más liviano, algún toque de empatía. Mumford es el más sensible en este binomio. Él es mayor; probablemente esté casado, mientras que Hopkins es poco más que una adolescente, a juzgar por su aspecto. Da la impresión de ser nueva en esto y tener menos experiencia vital, por no hablar de experiencia policial.

–¿Cuánto van a tardar? No puedo dejar que Poppy lo vea cuando despierte.

–Vendremos tan rápidamente como sea posible, señora Hardcastle –dice el agente Mumford, con una voz que me pone nerviosa, mientras se cuela en el vestíbulo detrás de mí. Su nombre me hace sentir repentinamente violenta. En este lugar, y ahora mismo, decido que voy a cambiar mi nombre y el de Poppy en el registro. No quiero que me asocien por siempre más con un asesino.

–Gracias. ¿Les puedo dejar a sus anchas, entonces? Estoy exhausta. Sé que no voy a dormir, pero necesito tumbarme.

–Solamente serán unas pocas preguntas antes, se lo ruego –dice

Hopkins. Asiento, girando el cuello para soltar algo de tensión–. La agente Cooper mencionó que hubo varios otros incidentes hace poco. ¿Podría existir relación… conoce la identidad de sus autores?

–No. En realidad solamente hubo uno. Un tipo que conducía un coche familiar blanco bajó la ventanilla mientras pasaba a mi lado y me escupió. Gritó algo acerca de que yo soy «esa». Mi amigo fotografió el coche. Puedo decirle que se la mande.

–Eso sería útil. ¿Alguna cosa más? ¿Hay más gente que la haya insultado a gritos? ¿Hay alguien del pueblo que tenga una actitud especialmente hostil ante usted?

–No, por el momento, no. La mayoría de la gente me ha apoyado mucho. No creo que haya sido alguien a quien conozca. No del pueblo. En El Local de Poppy se han presentado unas cuantas caras nuevas desde el principio. Como me ha dicho, hay gente que se interesa por estas historias. Quieren ver dónde viven los involucrados. Es extraño, pero supongo que es como los mirones que bajan la velocidad cuando hay accidentes, por el morbo,

–De acuerdo. Bueno… Si se le ocurre algo más, llámenos. –Arranca un trozo de papel con un número de teléfono y una referencia de informe criminal.

–Gracias, lo haré.

Tanto ella como Mumford se vuelven para salir, pero Hopkins se detiene. Observa como Mumford sigue hasta el final del camino, y luego dice:

–Ah, por cierto. La agente Cooper dijo que estaría por la mañana. Debe quedarse en casa hasta que haya hablado con usted. Entonces ya puede ir a mudarse con el viudo.

Su tono me deja perpleja, pero estoy demasiado cansada para reaccionar. Cierro la puerta, echo la llave y vuelvo al piso de arriba. Doy un vistazo de nuevo a Poppy antes de meterme en la cama. Cuando se haga de día, todo parecerá mejor. Además, mañana por la noche estaré con Adam. Con Adam me sentiré segura.

Capítulo 74

Beth

Ahora

Echo un vistazo furtivo a través de la ventana del cuarto a las cinco de la mañana. Todavía no ha salido el sol, pero percibo que la horrenda estructura ya no está. Respiro con alivio al ver que el agente Mumford ha sido fiel a su palabra. Poppy todavía ni se ha movido. Su descanso nocturno interrumpido ha tenido claras secuelas. Me pongo mi batín de seda y bajo sin hacer ruido las escaleras para poner en marcha la cafetera Nespresso.

No me quito un temblor de la mano mientras me tomo mi taza. Es lunes por la mañana; realmente debería ir a la cafetería. Dejarlo todo en manos de Lucy es injusto, y si no creo que deba hacerlo, tal vez deba buscarme a otra persona que me ayude a compensar lo que no llego a cubrir yo. Veré qué opina acerca de esto una vez se haya ido Imogen Cooper.

Adam dijo anoche que iría a mi casa después del trabajo y me ayudaría a recoger suficientes cosas para que Poppy y yo estemos cubiertas unas cuantas noches. Esta nueva situación me colma de nervios, y sé que él estará luchando contra emociones antagónicas como yo. No es como si nos estuviéramos mudando juntos –tan solo me ofrece una solución a corto plazo– pero dudo que los demás lo vean igual. En el pueblo tendremos habladurías para rato.

Me fijo en un mensaje no leído en el móvil al sentarme para desayunar con Poppy. Está tan lúcida y alegre como siempre, así que empezar el día un poco más tarde no le ha afectado. Como un croissant con una mano y abro el mensaje de Julia con la otra. El corazón me da un vuelco.

Dios, Beth, me sabe tan mal. Acabo de oír que un colgado puso una horca en tu jardín anoche. Madre mía… ¿A quién se le ocurriría algo tan tétrico? ¡Y mucho menos con tu cara! Me horroriza, no me puedo imaginar cómo te estarás sintiendo. Dame un toque si necesitas hablar. Un beso.

Lo leo varias veces. Se me tensan los músculos de la cara. ¿Cómo ha podido enterarse tan deprisa? Los vecinos no salieron a fisgonear

cuando vino la policía. Sin duda habrán espiado tras más de una cortina, pero solo uno de los vecinos tiene vistas de mi jardín desde su ventana, y esa es Gretchen Collins, que apenas sale. No habrá estado llamando a los habitantes de Lower Tew para compartir el rumor. No es ese tipo de persona.

Sin embargo, ¿quién soy yo para juzgar?

Tal vez Julia lo haya descubierto con esa rapidez porque sabe quién lo hizo.

Ese pensamiento me enturbia la mente mientras preparo a Poppy para ir a la guardería. No quiero que nadie me entre a hablar acerca de esto cuando la deje. Siento que cargo un peso sobre las espaldas. Si Julia lo sabe, el resto también, y eso significa que la prensa lo sabrá.

Odio tener razón. Por supuesto ya están ahí, esperando que les proporcione cotilleo sabroso, como perros ante la carnicería. Nunca me ha gustado el enfoque sensacionalista que los periodistas de última hora utilizan en sus historias, pero ahora descubro un nuevo odio. Tal vez hoy habría sido un buen día para escabullirnos por la parte de atrás con Poppy, pero es demasiado peligroso sin que alguien le ayude a pasar el muro. Además, he alcanzado un nuevo clímax de furia y me encuentro dispuesta a enfrentarme a la masa hambrienta de sangre.

En el instante en que abrimos la puerta principal, empiezan a arremeter. Cojo a Poppy en brazos y la llevo sobre un costado, y su cabeza contra mi pecho, a empujones entre la multitud. Consigo apartarme algunos metros de casa antes de que remonte mi mal genio. Furiosa, porque han sido ellos quienes han permitido que un lunático consiguiera una foto mía, que viniera a por mí a mi propia casa, tengo la imperiosa necesidad de gritarles.

–¡Es gracias a todos vosotros que pudieron venir a buscarme! ¿No veis lo que estáis haciendo? –Mi voz suena aguda; la adrenalina me late por las venas. Los flashes me ciegan. Una cacofonía de voces y clics de cámaras me llenan los oídos y soy incapaz de mantener a raya el zumbido de mi cabeza. No les importa. No tienen ningún respeto por mi privacidad ni mi seguridad. Tal vez quieran que me ocurra algo malo para darles algo más de qué informar: una primicia.

–¡Animales! –Dejo de andar y me vuelvo para mirar a quienes vienen detrás de mí. Algunas caras muestran alarma: no esperaban que reaccionara con tanta fuerza después de haber mantenido un relativo silencio la semana pasada

–¿Cómo puedes dormir por la noche sabiendo que tu marido mató a una mujer inocente y tú no hiciste nada al respecto? ¿O no te importa? ¿Es porque lo ayudaste? –La acusación recorre las mentes de prácticamente todos los reporteros y periodistas, rápida y tenaz. Me tienen acorralada: como una estaca. Me quedo boquiabierta, se me mueven los labios sin palabras al intentar formular un contraataque. Y

ahora que una persona ha pronunciado esas preguntas, empiezan a lloverme más acusaciones. Estrecho a Poppy con más fuerza entre mis brazos y sigo en marcha. Sus voces me persiguen.

Una mujer grita:

–¿Te estorbaba ella, Bethany?

–Lo ayudaste a deshacerse de Katie Williams, ¿verdad? –dice otra.

Empiezo a correr, pero tengo miedo de que Poppy oiga aquellas cosas terribles que pronuncian, así que la bajo al suelo y le tapo los oídos con las manos. Juntas, no sin cierta incomodidad, seguimos caminando.

–¿Por qué protege a un asesino?

–¿Sabe tu hija que su papá está en la cárcel?

Esta última pregunta me horroriza. Me alegro de haberle tapado a Poppy los oídos.

Me sobreviene la noción de que esto no va a parar si me instalo en casa de Adam. Me encontrarán y me seguirán, del mismo modo que lo hará quien sea que intenta asustarme. La agente Hopkins tenía razón.

Pero no tengo una alternativa mejor.

Si ven que estoy ayudando a los agentes que investigan el caso, ¿dejarán de acorralarme?

Puede que Imogen Cooper sepa ayudarme. Puede que sea la única que pueda.

Capítulo 75

Tom

Ahora

El televisor de mi celda es pequeño pero es un lujo aquí dentro y, al principio, me sentí agradecido por tenerlo. No tardé demasiado, sin embargo, a empezar a sentir repulsión: ver el mundo exterior, saber que no volvería a formar parte de él, me fastidiaba. Por mucho que Maxwell trate de ser optimista y que no pare de soltar ridículas frases positivas dignas de adornar tazones para pijas sosas, como sé que Beth ha estado proporcionando pruebas contra mí, no tengo muchas esperanzas de ser declarado inocente. A pesar del dolor y la furia, verla en las noticias hace un rato me contrarió, porque sigo queriendo ayudarla. Pero no hay nada que hacer. Yo fui quien provocó todo esto.

Pero ella será mi ruina. Ella será la causante de mi encarcelamiento de por vida.

Maxwell dijo que ha sido «hallada» otra prueba que me vincula a otro fallecimiento de hace años. Y no me hace falta ser un adivino para saber qué prueba es, ni cómo lo han encontrado. Sé que se trata de la sudadera universitaria de Phoebe. Supongo que ya no creen que sea una muerte accidental; la estarán reexaminando bajo una perspectiva distinta. Otro asesinato que van a intentar cargarme.

Beth me dijo que la quemaría. Menuda traidora.

Mi mujer. Mentirosa.

Capítulo 76

Beth

Ahora

–Tengo tanto miedo, Imogen –digo, inmediatamente, al abrirle la puerta a la agente Cooper. El ruido exterior confirma que ahí sigue congregándose una multitud de reporteros, a pesar de mi arrebato de hace una hora. ¿Le gritarían preguntas a Imogen al llegar? ¿Contestaría a alguna de ellas?

Hoy va vestida con un trajepantalón de lino gris oscuro y una camisa blanca debajo. Su cuello exagerado acaba en punta afilada. Sonríe fugazmente, asintiendo al saludar. Luego se dirige de cabeza a la cocina, donde deja deslizar su chaqueta hombros abajo y la cuelga con destreza sobre el respaldo antes de sentarse. Todavía no ha pronunciado una palabra.

–¿Café? –Estoy de los nervios, preguntándome si está a punto de informarme sobre algo malo. Su severa expresión ni se inmuta. Aun así, el rostro raramente se le altera, de modo que tal vez no debería interpretarlo como una señal de nada.

–Sí, gracias.

Cambio de posición para situarme junto a ella mientras preparo los cafés, y no darle la espalda. No es porque crea que es de mala educación dar a alguien la espalda, sino porque no quiero perderla de vista. Soy consciente de que no confío tanto en ella como creía al principio. Ella es meramente la mejor de dos malas opciones.

–Te agradezco que hayas venido hasta aquí. Debe de ser una lata el trayecto desde Londres.

–Es mi trabajo, Beth. Me ocupo del caso de asesinato, y tú eres una parte implicada, así que…

Mierda. Implicada. Las palabras que utiliza me estremecen, como lo hace comprender que no está aquí realmente por mi bien.

–¿Ha pasado algo más? –oso decir.

–¿Aparte de los noctámbulos?

–Sí. Simplemente es que pareces… –Me sacudo el cerebro en busca de la palabra adecuada–. Absorta. –Esa no es la palabra adecuada, ya que con ella insinúo que tiene la cabeza en otro sitio, que no está por la labor o algo. No me puedo permitir ofenderla–. Como si hubiera algo

que quisieras decirme –añado.

–Me gustaría hacerte preguntas de nuevo, pero no. No tengo nada nuevo que contarte. Sin embargo, está claro que te preocupa que haya más por llegar. Lo que significa que quedan cosas por saber.

He caído en esa trampa.

–Siempre quedan cosas, ¿no? –digo, abriendo más los ojos–. Todo esto empieza a parecer una serie policíaca últimamente.

–A los malos les suele caer lo que se han buscado en esas series. La realidad no es siempre así. –Sus ojos fríos y grises penetran en los míos. Soy la primera en apartar la mirada.

–Si esto fuera la tele, probablemente sería la próxima víctima –digo medio en broma, pero recibo a cambio una expresión muy seria.

–¿Por qué te parece que no has sido una de las víctimas de Tom? ¿Por qué te has salvado?

–¡Haces que parezca que me haya logrado fugarme de un ritual con sacrificios humanos!

–Me he expresado mal. Pero si dices que Phoebe fue su primera víctima y, al cabo de siete años, Katie, ¿por qué ha parado?

–Dijo que ambos casos fueron accidentes. Que no intentó matarlas. Las dos fueron injustas con él… Ambas lo menospreciaron… Y él perdió los nervios. Perdió el control. Supongo que yo nunca he hecho nada que le haga ponerse de esa manera. –Me encojo de hombros y dejo las tazas sobre la mesa antes de sentarme–. Y, luego, tuvimos a Poppy. Para él es lo más importante que hay en el mundo. Siempre ha anhelado una familia feliz. No creo que creciera con una a su lado, aunque nunca me ha hablado acerca de su infancia. De algún modo siempre ha esquivado el tema y me ha preguntado acerca de la mía. Siempre creyó que estábamos mejor los dos solos. No invitó a ninguna persona de su familia a nuestra boda.

–Eso parece extraño –dice Imogen, achicando los ojos–. ¿Por qué?

–Porque yo no tengo parientes y él no quería que me sintiera mal. No dejaba de decir que aquel era nuestro día, al fin y al cabo, que no necesitábamos a nadie más. Siguió diciéndolo año tras año: que no necesitábamos a nadie más. Nos teníamos el uno al otro, así que cualquier interferencia ajena era siempre mal recibida. Tom era todo lo que necesitaba. Yo era todo lo que él necesitaba.

Pero ahora sé que esto era mentira.

Yo no era suficiente. Tom tenía a otra persona.

Me debato en la conciencia sobre si conviene mencionárselo. a Imogen. Por alguna razón me lo quiero callar. No es relevante para la investigación.

«A menos que la haya asesinado».

Mi corazón late fuerte en la caja torácica.

¿Por qué no me ha pasado por la cabeza hasta ahora?

El lunes en que empezó todo esto llegó tarde; luego desapareció todo el día el martes. Tomó prestado un coche del garaje de Oscar. ¿Para no ser detectado por las cámaras e impedir que reconocieran su matrícula? Si simplemente hacía una visita a su amante, ¿por qué necesitaría tener un vehículo distinto? Por lo que puedo saber, es la primera vez que hace algo así.

Siento el peso en la mirada de Imogen.

–¿En qué estás pensando, Beth?

–Creo que puede haber otro motivo por el que me han usado como diana.

–¿Ah, sí? ¿Cuál?

–Cuando me dijiste que Tom no fue a trabajar el martes, hice alguna que otra pesquisa.

Las labradas cejas de Imogen se elevan.

–Soy todo oídos –dice, inclinándose hacia delante.

–Hablé con el banco, como tú, y su jefe, Alexander, dijo que si había alguien en quien él confiara, ese era su compañero Jimmy. Estaba fuera el día que visité, así que pude hablar con él el viernes, y estaba convencido de que Tom tenía una aventura. –Contárselo parece lo correcto.

–Interesante –dice Imogen, con sus afilados codos sobre la mesa, y el mentón entre ambos puños cerrados–. Si eso es verdad, puede ser la explicación del día que nos queda por analizar en el calendario. Sabemos que disponía de otro coche, y hemos estado rebuscando horas de metraje de seguridad para descubrir adónde fue tras conducir hasta Londres…

Me da un vuelco el corazón. Imogen acaba de confirmar que Tom *sí* fue a Londres el martes. Parece probable que Jimmy tuviera razón, en ese caso. De repente, todo empieza a tener sentido.

–Eso puede explicar por qué no he sido la siguiente víctima –digo en voz baja. Me da miedo la reacción que pueda obtener.

Imogen se reincorpora de un golpe, soltando aire largamente. De modo abrupto, se pone en pie, empujando la silla, que corre por las baldosas de caliza del suelo.

–¿Te dio Jimmy algún nombre? –Va martilleando las teclas del móvil al hablar.

–No, me prometió que no sabía quién era; simplemente intuía que llevaba un buen tiempo viéndola. Años, me dijo. Pero no me lo puedo creer. A Tom no le gusta la gente que pone los cuernos; nunca lo hizo.

–Tal vez no lo consideraría poner los cuernos.

–¿Practicar el sexo con alguien que no sea la mujer de uno? Estoy bastante segura de que eso es poner los cuernos.

–Y estoy bastante segura de que lo vería de modo bastante distinto si no estuviera realmente teniendo una relación con ella.

–Así que, ¿como solo es sexo, no cuenta como infidelidad?

–Es lo que algunos hombres y mujeres creen, sí. Les ayuda a seguir adelante sin sentirse culpables. Lo justifican porque no tienen un vínculo emocional. –Empieza a caminar hacia el pasillo.

–¿Te vas? Pensaba que venías a informarme sobre la horca. –Le estoy pisando los talones, peligrosamente cerca de arrastrarla con las manos y devolverla a la cocina. No tengo la menor confianza de que vayan a hacer algo con las amenazas si se va.

–Lo siento, Beth, me ha surgido algo importante. Me pondré en contacto contigo más tarde.

Mientras corre hacia la puerta, cazo al vuelo lo que le dice a quien sea que ha llamado.

–Creo que acabamos de hacer un avance importante –dice, antes de abrir la puerta y recorrer el camino que lleva a su coche.

¿Qué es lo que he dicho que haya podido incitar esta reacción en ella?

Todo lo que puedo intuir es que lo que le acabo de contar ahora le ha permitido conectarlo a otro caso.

¿Ha habido un tercer crimen?

Capítulo 77

Beth

Ahora

Esta visita de Imogen Cooper ha sido más rápida de lo que había previsto, lo que significa que me da tiempo a pasarme por la cafetería. Voy con la cabeza a gachas al abandonar la casa mientras los periodistas preguntan a gritos. La mayoría son las mismas preguntas de antes. Aparte de un:

–¿Quién crees que te la tiene jurada, Beth? –pregunta una voz masculina.

De modo que *sí* saben lo de la horca. Lanzo miradas hacia arriba al pasar por las casas vecinas. No me sé imaginar a ninguno de sus inquilinos hablando voluntariamente con aquella turba. Y luego me sobreviene una idea.

¿Y si fue uno de ellos? ¿Uno de los propios periodistas?

Algunos de ellos prácticamente han acampado al aire libre. Está claro que alguno habrá visto al responsable. Tal vez el motivo de que no respondan sea que encubren a alguno de los suyos.

–¿No habéis visto quién lo hizo? –grito–. ¿O fue uno de vosotros?

Me reciben con un silencio sepulcral, para mi sorpresa. Tal vez mi acusación les ha tocado la fibra. Ninguno de ellos me ofrece información, de modo que doy media vuelta y sigo adelante. Para cuando me adentro en el café ya han perdido el interés.

–Ah… Beth. ¿Cómo te va? –pregunta Shirley Irish–. Hace días que no te veo. –Lleva una bolsa de papel llenísima entre sus manos, que habrá que rellenar con su pedido habitual de galletas.

–He tenido días mejores –digo. No hace falta simular lo contrario llegados a este punto.

–No me gusta entrometerme, pero estaba pensando… –dice. Contengo la respiración, pensando en lo que vendrá–… que no me parece, tal y como está todo, que sea una gran idea llevar adelante el grupo de lectura, ¿verdad?

De ella no esperaba que dijera eso y siento tal alivio que casi me pongo a reír.

–Ah… No. Tienes toda la razón, no sería una gran idea. Si te soy sincera, ¡lo había olvidado! Ya sabes, he tenido tantas cosas de las que

ocuparme. Pero puedes estar tranquila, lo he cancelado –digo, poniéndole sentimiento.

–Muy bien, muy bien –dice. Doy por hecho que ya ha terminado tras sacarse ese peso de encima, pero su rostro se vuelve incluso más serio–. No paro de escuchar novedades terribles –dice, con ojos cada vez más abiertos–. Un mal asunto acerca de Tom… –Parece que se esté alejando, pero tengo la impresión de que quiere añadir «¿cómo puede ser que no lo supieras?». Tengo miedo, ahora que se lo he contado a Adam y que he dado más explicaciones a los policías, de que mi conocimiento de los actos de Tom se va a hacer público. ¿Y qué va a pensar entonces la gente?

Puede que deba repensar mi estrategia.

–Es devastador, Shirley. Intento hacer todo lo que puedo para ayudar a la policía –le digo. Siento lágrimas que me escuecen en los ojos. Disimulo parpadeando, pero Shirley se fija en ellas.

–Vamos, querida. –Me toca el hombro con la mano que tiene libre, y me da un apretón–. Seguro que todo el mundo en Lower Tew sabe que no tiene nada que ver contigo. Nada de esto es culpa tuya. No siempre lo sabemos todo de una persona, ¿verdad? Es tremendo lo que algunas personas ocultan.

No puedo mirarla a los ojos.

–Gracias. Lo aprecio de verdad. En fin, será mejor que me ponga en marcha –digo mientras me hago a un lado. No me vuelvo a girar hasta que oigo la puerta cerrarse. Una sensación gélida me va subiendo columna arriba. ¿Por qué parecía que me examinara el alma directamente?

–Ah, Beth, ¡aquí estás! –La voz cantarina de Lucy me hace sonreír.

–Hola, Lucy. Soy como la oveja perdida del rebaño, ¿verdad?

–Espero que no te importe, pero tengo una nueva recluta para que me ayude gratis. –Lucy gesticula con el brazo en dirección a una adolescente con un peinado punk y prácticamente una docena de piercings en la cara–. Esta es Emmy. Está buscando un poco de experiencia laboral y pensamos que esta era una ocasión perfecta. Es mi prima –añade, a modo explicación. Me alegro de que alguien ayude a Lucy; he estado descuidándola a ella y al Local de Poppy.

–¡Fantástico! –Me acerco para dar a Emmy un apretón de manos–. Encantada de conocerte, Emmy. ¿Qué te está pareciendo, de momento?

–*'Tá* bien. –Lo expresa con lo que creo que es una sonrisa, pero es difícil decirlo, ya que lleva los labios rodeados de cuentas plateadas. Lucy le explica cómo hay que limpiar una de las mesas, y una vez se aleja, me cuenta cuánto la ha ayudado que esté aquí, aunque no se trate de la trabajadora más entusiasta del mundo.

–Te seré sincera, cualquier cosa que te haga la vida más fácil me irá

bien –le digo.

–¿Alguna novedad?

–Aparte de un «regalito» amenazante que dejaron en el jardín frente a mi casa anoche, nada.

–Joder, Beth. ¿Qué era?

–Nada, ya sabes… Una horca de nada, con un cuerpo de mentira colgando…

El rostro de Lucy palidece.

–¡No será una broma! Es espantoso.

–Por desgracia, mi sentido del humor está de capa caída. Así que… No, no te lo digo en broma. Nos vamos a quedar unas cuantas noches en casa de un amigo. O puede que un poco más… Hasta que esto empiece a decaer. –No me parece sensato mencionar de momento que Adam es ese amigo.

–¿Y tú crees que decaerá?

La negatividad de Lucy me aplasta. Es lo que he estado pensando: que no hay final a la vista. Pero escucharlo en forma de su pregunta ha sido una puñalada directa al corazón.

–Dios, espero que sí. No se puede seguir así, ¿verdad? Tendría que mudarme a otra parte.

–No lo hagas, Beth. Me encanta este trabajo. –Me mira con cautela, probablemente preguntándose si va siendo hora de ir buscando otro empleo, pero luego añade–: Ay, Dios. Suena tan egoísta. Lo siento. De nuevo solo pensaba en mí. –Agacha la mirada.

–Tienes todo el derecho del mundo de pensar en ti misma, Lucy. Pero no te preocupes, no te vas a quedar sin trabajo. Incluso si tuviera que irme, seguiría llevando El Local de Poppy. Prácticamente eres tú quien lleva el cotarro, de todos modos. Seguro que podrías ser la encargada.

–Gracias. Pero no te vayas. No dejes que un par de resentidos hagan que te vayas.

–Me sorprende que no quieras que me vaya. Especialmente después de que Tom arrastrara a Oscar a este… desastre. Y tal vez tú no tendrías tanta empatía si le hubieran acusado de asesinar a un pariente tuyo, ¿verdad?

Lucy no responde.

No la culpo.

Para quitar hierro al asunto, le pregunto si hay algo que yo pueda hacer mientras sigo allí. Lucy propone que eche un vistazo al horno y que compruebe que las bandejas estén limpias. Hay algo extraño en recibir instrucciones de ella, pero realmente ella ha sido la jefa últimamente. Me alegro de poder ayudar en algo, e incluso más si implica quedarme en la trastienda, lejos de la acusación en el ojo público.

Holgazaneo un poco, yendo de un tema a otro en mi mente; por qué

se largaría Imogen con tanta prisa tras mencionar que Tom tenía una aventura; quién es la tercera víctima, si es que hay una; cómo conducir los progresos en la situación con Adam; cómo mantener las apariencias, o si es preferible sincerarse de entrada. Ha sido relativamente sencillo hasta ahora impedir que la verdad se desbordara. Pero no puede durar. No puedo seguir indefinidamente en silencio.

Capítulo 78

Beth

Ahora

Al llamar a Imogen Cooper durante el día de hoy, fui redirigida cada vez al buzón de voz. Así pues, ahora me extraña ver que su nombre aparece en la pantalla de mi móvil. Siento una sacudida. Probablemente se trate de la tercera víctima. ¿Estoy preparada para oír lo que *yo* he sido reacia a compartir?

–Hola Imogen –digo–, he estado intentando contactarte.

–He estado muy liada.

No añade nada más, y nos quedamos en silencio. Es extraño, siendo ella quien me ha llamado. Yo sigo callada, esperando que sea ella quien hable de nuevo. Quiero saber qué está pasando, pero estoy indecisa a la hora de preguntar. Soy paciente con su silencio.

–¿Dónde estás ahora mismo? –pregunta Imogen. Suena cansada, su voz suena forzada.

–En casa, preparando una bolsa para quedarnos en casa de Adam los próximos días. ¿Por qué? –Siento sequedad en la boca. Me pregunto si me encuentro todavía bajo sospecha. ¿Me creyó Imogen? Puede ser que esté reuniendo pruebas del modo en que yo estoy involucrada, o que se esté preparando para arrestarme por entorpecer la justicia. Solo cuento con su palabra de que todo lo que divulgué no sería usado en mi contra. Si han encontrado a una tercera víctima, es fácil que se retracte de aquello. Se me acelera el pulso. Miro a través de la ventana, prácticamente esperando ver coches policiales frenando en seco ante mi casa.

–Estoy de camino a tu casa –dice Imogen, y luego cuelga.

¿Tengo razón? ¿Puede ser que esté viniendo a arrestarme? No es la primera vez que se oye hablar de parejas de asesinos en serie. ¿Puede ser que los policías crean que Tom y yo somos los nuevos Fred y Rose West?1

Camino de un lado de la habitación al tiempo que mis pensamientos se descontrolan.

«Relájate. No pueden tener pruebas de que haya hecho nada malo».

Si obviamos el hecho de que yo conocía que hizo daño a sus víctimas y que no se lo conté a nadie. Eso ya es bastante malo.

¿Creen que conozco a la víctima más reciente? Tal vez sea el motivo por el que Imogen está viniendo hacia aquí.

Con el corazón en un puño, me doy cuenta de que pueden haber asesinado a alguien mientras Tom ha estado bajo custodia. Si es el caso, ¿creerán que fui yo?

«No, claro que no».

Tengo una coartada para las últimas dos semanas. He sido vista cada día por alguien, y hay una manada de periodistas que documentan cada minucia de lo que hago. Bueno, prácticamente. Tengo que calmarme. No he hecho nada.

Meto de cualquier manera unas cuantas cosas más en mi bolsa de viaje, y luego voy al cuarto de Poppy para empaquetar sus cosas. Está jugando, feliz. Es tan independiente; eso es algo que me encanta de ella. Está satisfecha en compañía de sí misma. Un pensamiento irrumpe en mi mente.

Tom es un asesino. ¿Vienen de familia estas tendencias? ¿Habrá heredado Poppy los genes que podrían convertirla en asesina?

No.

Ella no ha sufrido trauma, ni abusos, ni ninguno de los factores que se atribuyen a la gente que, más adelante en sus vidas, matan a gente. Con mi ayuda, podrá superar la pérdida de su padre. Yo no tuve a una madre amorosa, que me apoyara y que fuera un contrapeso a la fuga y abandono de mi padre, pero ella sí. Lo voy a conseguir: tendrá un entorno seguro y lleno de amor en el que crecer, y se convertirá en una adulta con autoestima y emocionalmente estable. Estoy decidida a que sea así.

Los golpes en la puerta me sobresaltan.

–Quédate ahí y juega un ratito, Poppy. Volveré en un minuto y te ayudaré a guardar juguetes en la bolsa.

No aparta la mirada de sus peluches, todos en fila por orden de tamaño, pero dice alegremente:

–Vale, mamá.

Bajo a toda prisa las escaleras, prácticamente olvidando agacharme bajo la viga de madera con las prisas. Sería mal momento de darme con ella y quedar inconsciente. Aunque perderme este drama tendría sus ventajas. Trago saliva y respiro profundamente varias veces antes de ir en busca de Imogen. Durante un instante llego a ver varias cámaras disparando, antes de cerrar la puerta a toda prisa tras ella.

–¿Qué ocurre? –le pregunto inmediatamente.

–¿Por qué no nos sentamos? –Imogen se va de cabeza a la cocina. Siento una punzada de enfado cuando ella, de nuevo, no espera a que la invite a pasar.

–Tengo que echar un vistazo a Poppy primero. –Me obligo a caminar escaleras arriba, con calma, de nuevo. Sé que no hace falta realmente

que compruebe cómo está otra vez, pero estoy siendo cobarde. Poppy juega con su juego de café y su cocinita, preparando comida a los peluches. Estará bien sola ahí arriba un rato más.

–De acuerdo… Tengo unas cuantas noticias –dice Imogen cuando vuelvo.

Asiento, temporalmente muda. Ansiosa.

–Cuando mencionaste la presunta aventura de Tom hace un rato, varias cosas encajaron. Hace dos semanas, un miércoles, encontraron un cadáver en un piso del centro de Londres. De la autopsia concluyeron que la víctima había sido asesinada entres les cuatro de la tarde y las diez de la noche, dos días antes.

–Lunes.

–Sí. El lunes en que Tom llegó tarde a casa.

–¿C… cómo murió?

–Estrangulamiento. –Imogen suelta esta información repentinamente, sin intento alguno de suavizar el golpe–. Los investigadores de la escena del crimen recogieron varias muestras. Podremos comprobar si ahí se encuentra ADN que coincida con el de Tom.

–Está bien –logro decir. Siento debilidad en todo mi cuerpo; el cansancio se abate sobre mí para robarme la poca energía que me queda.

–Lo está y no lo está –dice, apretando el entrecejo con fuerza–. La víctima era una trabajadora sexual.

Sacudo la cabeza. ¿Una trabajadora sexual? ¿Por qué demonios creen que Tom la mataría? Recuerdo haberlo oído en las noticias, y cómo me hizo alegrarme de haberme ido de Londres y estar en la seguridad de Lower Tew. Y aun así, he estado viviendo aquí todo este tiempo con un asesino.

–¿Y crees que Tom la mató?

–Lo creo, sí. La ubicación es cercana al trabajo de Tom, de modo que podría haberla estado visitando a la hora de la comida. O bien, en caso de que se fuera antes de lo que te contaba, también después del trabajo. Las cámaras de la zona circundante lo van a confirmar. Y, a partir de los recibos bancarios, creemos que nos encaja un pago regular a la víctima.

Esos recibos bancarios que faltaban en el cajón de la cocina. Siempre di por hecho que Tom no utilizaba la cuenta, por lo que nunca los comprobaba.

–Así que eso es a lo que te referías cuando mencionaste que no pensabas que Tom lo percibiría como una aventura. Si era solo sexo y él no tenía un vínculo emocional.

–Sí. Y que se haya estado viendo con una trabajadora sexual cuadra con el perfil.

–¿El perfil?

–El perfil de la clase de asesino que creemos que Tom es –dice Imogen, con una mirada menos dura. Casi parece, en este momento, que sienta pena por mí.

No debería.

–Se le va a acusar también de este asesinato, entiendo. Son pruebas suficientes para que le condenen, entonces, ¿verdad?

–Bueno. Ahora viene lo que no resulta tan claro como cabría esperar. Como te decía, la víctima era una trabajadora sexual, y eso presenta unas complicaciones particulares. No solamente la cantidad de ADN que se ha recogido en la escena. No será solo el de Tom. Y, si él tuvo cuidado, puede que su cuerpo no proporcione pruebas suficientes de que él fuera el culpable.

–Ay, Dios. Resulta que volvemos a la casilla de salida, entonces. Montones de pruebas circunstanciales, pero nada a lo que un buen abogado sea incapaz de dar explicación. Es un marido infame que me engaña, pero no necesariamente un asesino. –Oírme a mí misma articular estas palabras me causa estupor; hay algo en resumir los actos de Tom en pocas palabras que me deja fría.

–Me temo que así es. Nuestro argumento sigue siendo fuerte; hay una gran cantidad de pruebas circunstanciales acumulándose. Preferiría disponer de pruebas concluyentes, en cualquier caso. Que fuera innegable. Tu marido no debería poder salir de la cárcel durante el resto de su vida.

Es extraño, pero sigo sintiendo la necesidad de defender a Tom.

–Pero se estaba viendo con alguien a cambio de sexo, e imagino que sería para realizar fantasías que a mí no me entusiasmaban; todo para no hacerme daño. Intentaba protegernos de él a Poppy y a mí.

–Quizás sí. Es posiblemente la razón por la que siguió adelante sin cometer otro crimen. Pero, al fin y al cabo, parece ser que su necesidad de matar se volvió demasiado fuerte. Perdió el control.

–Pero solo perdió el control cuando sintió que lo estaban defraudando. Phoebe y Katie lo hicieron sentir despreciable. Y Tom dijo que sus muertes fueron accidentes imprevistos. La estrangulación no me parece accidental. ¿Por qué mataría a esa mujer si solo se estaba viendo con ella para sus fantasías sexuales?

–Creo que él es el único que lo puede responder.

Un pensamiento me alcanza.

–¿Podría haber sido un juego sexual que hubiese acabado mal?

–Es una posibilidad. –Imogen no añade nada más. Probablemente sepa más a partir de la autopsia de lo que me revela.

Una parte de mí está conmocionada al oír que Tom estuvo pagando por sexo, pero la otra siente un pinchazo de culpa. No sé si puede considerarse una aventura. Creí que me estaba engañando, de modo que actué con furia. He traicionado su confianza y he conducido a los

policías a más pruebas incriminatorias. Y, según parece, si lo hacía era por amor a su familia. Para evitar hacerme daño.

Ahora, sin embargo, solo se puede ir en una dirección. He llegado hasta aquí; debo dárselo todo a Imogen. Respiro profundamente.

–Creo que sé dónde puede que se encuentren los restos de Katie Williams –digo.

1. Fred y Rose West fueron un matrimonio responsable de la muerte de al menos 12 personas durante la década de 1970, precisamente en la región donde transcurre esta novela. (*N. del T.)*

Capítulo 79

Tom

Ahora

Los nervios me consumen.

Me han relacionado con Natalia. Sabía que encontrarían su cuerpo, pero confiaba en que no me apuntarían a mí.

Dejé su piso y luego fui a mi casa; suponiendo que nadie la encontraría antes de volver al día siguiente para limpiarlo todo. En ese instante, estuve más ocupado asegurándome de que el plan que había organizado con su amiga al día siguiente no seguiría adelante. Utilicé su dedo para acceder a su teléfono, y mandé un mensaje a Mandy para cancelar la ruta de compras. Natalia me había contado, antes de nuestra sesión, que tenía un día libre.

Después de haber sido interrogado acerca del presunto asesinato de Katie aquella tarde, resultaba un riesgo enorme volver, pero no podía jugármela y dejar la escena tal y como estaba. No la podía dejar a ella tal y como estaba.

Planeé deshacerme de su cuerpo como lo hice con el de Katie. Fui a ver a Oscar en su garaje; le fui con una historia de que se había estropeado la batería de mi coche y que necesitaba uno en ese momento para ir al trabajo. Me dejó prestado un coche que estaba a punto de subastar. La metería en el maletero y conduciría a algún lugar remoto, pero una vez llegué a su apartamento, no me pareció algo factible. A plena luz del día en un distrito concurrido de Londres: había gente por todas partes. Así que me lo quité de la cabeza. No es fácil salirse de rositas en este mundo digitalizado. Hay cámaras de seguridad por todas partes, y gente con móviles que postea en las redes sociales cualquier cosa que les parezca inusual. Las cosas ya no son como cuando maté a Phoebe, o incluso a Katie. La vida es más complicada ahora.

O tal vez yo no me atreva tanto. Al fin y al cabo, tengo una familia en la que pensar.

Pensando las acciones a realizar por la millonésima vez, llegué a la conclusión de que no debería haber nada que categóricamente expresara que yo había sido quien matase a Natalia. Cualquier evidencia de ADN tan solo confirmaría que había estado en su piso –

que la había tocado, que había tenido sexo con ella– del mismo modo que la media docena de hombres con los que habría estado aquel día. Por supuesto, si la policía consigue localizar a esos hombres, puede que ellos tengan coartadas acerca de la hora de su muerte, con lo que solo quedaría yo. Pero me apuesto a que no los encontrarán fácilmente: la gracia de verse con Natalia era que no se trataba de una trabajadora sexual más. Era todo muy privado –no ostentaba de lo que tenía, no anunciaba lo que hacía; funcionaba por el boca a boca. Sin detalles, sin nada que se pudiera localizar. A menos que le contara a alguien, como a su amiga, acerca de los hombres que la visitaban, nadie sabría nada. Ella era su propia jefa, no tenía a nadie que le buscara clientes.

Error suyo.

«Pero sí logró hacerme un rasguño en el cuello».

El recuerdo me incrementa las pulsaciones.

No. Lavé su cuerpo, le raspé las uñas. Estoy seguro de ello.

«Respira».

Debería intentar calmarme. Maxwell sabrá sonsacarme las culpas de esta fácilmente. Todo se puede explicar.

Por supuesto, pensándolo bien, no tuve tanto cuidado con Katie. Imagino que la adrenalina, la gratificación sexual que sentí al matarla, me embotó los sentidos. Creo que probablemente lo llamaría un crimen pasional.

No pensé con tanta claridad cuando me deshice de su cuerpo. No llevaba guantes. No pasé su cuerpo por lejía. Pero ahora mismo debe de estar realmente descompuesto –es posible que solo quede un esqueleto–, así que poco importa. Y sin embargo, por otro lado, lo que enterré de ella… Serán pruebas cruciales; podría inclinar la balanza y hacer que me declaren culpable. Ese fue *mi* error. Entre otros.

El nudo que siento en el estómago de repente se intensifica.

Beth supuestamente ha dado pruebas a la policía para ayudarlos contra mí. Les ha dado la sudadera para intentar vincularme a la muerte de Phoebe.

¿Qué pasa si los conduce al cuerpo de Katie?

Respirando profundamente, intento mantener mis emociones bajo control. No le dije claramente dónde había enterrado a Katie, aunque por lo que sí le dije, no le llevaría mucho tiempo descubrirlo. Aunque nunca ha estado en ese lugar, de modo que si me traiciona, puede que no lo lleguen a encontrar. Me aferro a la esperanza de que Beth todavía sienta amor por el padre de su hija. Que no arriesgará en vano nuestra vida de familia, nuestra felicidad futura… la seguridad de Poppy.

Si finalmente llega a hablarles acerca del cuerpo, y si llegan a encontrar a Katie –y demuestran que la maté– voy a hacer todo lo

posible para que Beth pague por su traición. No voy a permitirle tener un futuro con mi hija si yo no lo puedo tener.

Capítulo 80

Beth

Ahora

–Perdona, ¿cómo has dicho?

Esas cuatro palabras me atraviesan. Imogen las pronuncia con incredulidad y exasperación. Frunce los labios y sus labios se achican al cruzarse con los míos. Esta información no le hace tan feliz como había esperado. Pensé que disponer de una posible ubicación de los restos de Katie tendría mayor peso que su enfado conmigo por no haberlo desvelado a la vez que todo lo demás. No comuniqué mi sospecha, en parte porque solo era un pálpito, aunque en parte también por miedo. La expresión de Imogen me hace consciente de mi enorme error.

He errado en mi juicio.

–Me asustaba, antes, decir algo más. Ya te había dado la sudadera; si Tom salía, volvería y me mataría por ir en su contra –dije con la incoherencia de la prisa.

–No, Beth. Te asustaba que fuéramos a buscarte y te encerráramos a ti también, ¿verdad? Y a ver si adivino. Pensaste en mantener secreto el paradero del cuerpo de Katie Williams porque calculabas que, si te guardabas este as en la manga, tendrías con qué negociar y así salirte de esta fácilmente.

El asco repentino en Imogen se advierte fácilmente. Ya hay demasiadas cosas que no puedo soportar: las emociones de estas semanas pasadas me salen a borbotones. Intento sofocar mi llanto. No quiero que Poppy me oiga y se asuste.

–Lo… lo siento. No lo tenía lo bastante claro… –Me levanto y arranco un pedazo de papel de cocina para sonarme la nariz, y luego me sirvo un vaso de agua. Tomo sorbos para calmarme–. Imogen, te juro que solo quería ayudar. Tienes razón; me lo reservé, pero solo sé lo poco que Tom me contó y no fue específico. No quería mandarte en pos de una quimera.

–Y sin embargo, ahora me lo estás contando. La quimera sería la misma. Entonces, ¿para qué? ¿Tu conciencia está intranquila?

–Tom me ha estado manipulando tanto tiempo, que supongo que me he convertido en una experta en cerrar la boca. Todo este asunto ha

sido mi peor pesadilla, Imogen. Durante un tiempo, después de descubrirlo, tuve miedo de lo que me haría si me pasaba de la raya. ¿Puedes imaginar que tu marido, el padre de tu hija, te diga que mató a dos mujeres antes de conocerte? Estuve tan consternada que, durante un tiempo, me impedí procesarlo. Y luego, la consternación se convirtió en miedo.

–Entiendo que tengas miedo, Beth. En eso, créeme. Pero deberías haber revelado todo lo que sabías cuando me hablaste acerca de la sudadera. Entonces debiste contármelo. Esa fue tu ocasión para asegurarte de que no volverá jamás a hacerte daño. ¿Es que no lo viste? –Las manos de Imogen golpean la mesa repetidamente mientras habla. Pestañeo cada vez que suenan sus bofetadas.

–Vi como mi vida caía a pedazos –digo, con la voz cargada de lágrimas–. Me imaginé las ruinas del futuro de Poppy, con problemas de abandono como los que yo tuve, si se la llevaban de mi cargo. ¡Entré en pánico! Y la idea de que todavía lo puedan soltar y volver para hacer de mi vida un infierno viviente o, peor, matarme… me hizo echarme atrás. Siento mucho no habértelo contado todo. De verdad lo siento.

–Tendrás que acompañarme, ser interrogada y presentar otro informe, Beth.

–De acuerdo –digo. Nuevas lágrimas me nublan la vista–. ¿Van a acusarme de algo?

Poppy entra en la cocina y se lanza a mis brazos.

–¿Cuándo vuelve papá? –Sus ojos enormes y azules brillan al mirarme. Observo de reojo la expresión de Imogen; está observando esta escena con suma atención.

–Todavía falta un poquito, Poppy. –Intento ocultarle las cortinas de lágrimas que me cubren la cara.

–Te quedarás conmigo, ¿verdad, mamá? No te vas a ir.

Contemplo a Imogen y veo que su rígida pose cede un poco.

–Siempre estaré aquí contigo, mi peque Poppy. –Le doy un abrazo y luego le digo que vaya a jugar al salón un momento y que iré con ella al cabo de un minuto.

Imogen espera que Poppy se vaya hasta la otra habitación antes de volver a hablar.

–De acuerdo, Beth. Más te vale que me cuentes dónde crees que está Katie.

Capítulo 81

Beth

Ahora

Adam llama a la puerta exactamente a las seis.

Tardamos unos cuantos minutos en llenar su maletero, y luego me lleva una media hora ponerlo al día con los hechos de hoy. Nos sentamos en silencio en el coche una vez llegamos a su casa. Poppy y Jess cotorrean sin parar en los asientos de atrás. Sobreentiendo que él está consternado por el hecho de que yo conociera –o que por lo menos creyera conocer– la ubicación del cuerpo de una víctima de asesinato. Una víctima de mi marido. La segunda de supuestamente tres.

Que sepamos.

Imogen hizo mucho hincapié en que, si Tom fue capaz de matar a tres personas, no se puede saber si no habrá más. Eligió contarme los dos «accidentes», probablemente porque no tuvo más remedio que hacerlo tras encontrar la cuenta de Katie en su iPad. Sé ahora que tiene razón. Tom jamás me lo habría confiado si yo no hubiese mareado la perdiz. Si no le hubiera puesto la evidencia ante los ojos y lo hubiera acorralado.

Que haya asesinado y que, hasta el momento, se haya salido con la suya, demuestra que se le da bien mentir. Se le da bien cubrir sus huellas y seguir adelante con su familia normal. Me manipuló a mí y a todo el mundo. Si no hubiera salido a la luz, ¿cuándo habría terminado por suceder? ¿Al cabo de un año, cinco? ¿Una vez fuera ya demasiado tarde para volver a empezar? ¿Cuando arruinara del todo la vida de Poppy?

Fui estúpida al ocultar a los policías mis sospechas acerca del cuerpo de Katie. Es un paso que podría terminar saliendo caro de verdad. Pero espero que Imogen mantendrá su promesa inicial; que los factores atenuantes seguirán en pie. Señaló claramente que me protegería a mí y a Poppy, siempre y cuando les diera todo cuanto sirviera para encerrar a Tom de por vida.

Así pues, si consigue lo que está buscando, entonces imagino que jugará en mi favor.

Rezo porque así sea. Hasta que consiga una confirmación de ello, seré

incapaz de tranquilizarme. Si estoy equivocada acerca del lugar al que Tom llevó el cuerpo de Katie, y si el resto de pruebas circunstanciales no bastan para la cadena perpetua, entonces todo esto habrá sido en vano.

La mano de Adam está sobre mi muslo. Su calor me penetra la piel. Me vuelvo a mirarlo a los ojos.

–¿Te va bien que nos quedemos…?

–Estoy completamente seguro –dice, cortante–. Lo siento. Hay mucho que asimilar, eso es todo. Ya estaré bien una vez hayamos entrado.

Se fija en su casa, y veo como mira a un lado y a otro. Está comprobando quién anda ahí; vigilando quién nos puede ver a mí y a Poppy entrando con maletas.

–Si realmente te preocupa tanto lo que la gente dirá, Adam…

–No me preocupa. De verdad que no. Son viejos hábitos, supongo. –Su rostro se relaja hasta formar una sonrisa generosa–. Vamos, ven, hoy toca noche de cine. ¡Espero que te acuerdes de esos aperitivos, Beth!

Son las nueve y media cuando me llaman.

–La han encontrado.

Mi mundo se estremece sobre su eje. No dispongo de palabras para responder.

¿Será este cuerpo la prueba para revelar, finalmente, la verdad sobre mi marido, y asegurar que pase el resto de su vida en la cárcel?

Capítulo 82

Tom

Hace ocho años

El viento sopla cortante a través del jardín, me muerde en la cara. Pero no siento el frío. Los cuatro millones de glándulas sudoríparas de mi cuerpo están funcionando a toda marcha. Un líquido salado se escurre por cada centímetro de mi piel. Siento su sabor cuando me gotea en los labios e inconscientemente lo relamo al golpear la maleta sobre el suelo irregular.

Antes de alcanzar este destino final –el paradero que debe convertirse en la sepultura de Katie– ya llevaba casi una milla arrastrando la puta maleta para llegar a mi piso. Si hubiese podido tomar la ruta directa, me habría evitado media milla. Pero no podía jugármela pasando por las partes más bulliciosas del centro, ni ante cámaras de seguridad. Tenía ya una historia lista por si hacía falta: sencillamente estaba trasladando la maleta de Katie a mi casa, donde se quedó la vigilia de su viaje a la India, pero no quería que me observaran durante un momento tan crítico. No quería que a alguien le sonara un tipo sudoroso acarreando una maleta pesada. Sería arriesgar en exceso que se pudiera establecer un vínculo.

Fui a mi piso porque necesitaba estar a mis anchas para calcular la próxima fase del plan. Me introduje en el edificio por la entrada trasera y cogí el ascensor; de ninguna manera habría conseguido subirla por las escaleras sin que alguien viniera atraído por el ruido. Resulté tener suerte; no había ni rastro de Paul, de la planta baja, ni de Maxine y Joy, del segundo.

Tuve tiempo de recuperarme una hora, y tramité el alquiler de un coche. Aunque eso no estaba exento del riesgo de dejar rastro, esperaba que nadie la encontrase jamás, para que mis actos no fueran examinados. Si finalmente eso sucedía, siempre podía decir que lo alquilé para acompañar a Katie al aeropuerto, para ser fiel a mi relato. Supongo que la empresa se llevará el coche a la vuelta, así que desaparecerá cualquier prueba de que había una maleta.

Cuando finalmente llego al pequeño terreno de bosque que hay en la parte trasera de casa de mi madre, me detengo a respirar. La casa está desierta; mi madre lleva dos años en una residencia. No porque sea

mayor –solo tiene cincuenta años–, sino por la demencia. Un inicio precoz, dijeron. Estoy más tentado a pensar que fue provocado por la presión de guardarse tantas mentiras. Tal vez, después de todo esto, yo comparta su mismo destino.

Puede que sea lo mejor. Para ella, al menos.

No soy lo bastante fuerte como para pasar la maleta al otro lado de la valla, de modo que lo que hago es arrancar un par de planchas de madera. Voy yo primero al otro lado, y luego arrastro la maleta de un lado a otro. Cuando termine, reemplazaré las maderas para no atraer la atención a este sitio. Ahora que estoy con fuerzas mínimas, no me adentro en el bosque. Lo suficiente para que los vecinos no me vean a mí, ni una pila de tierra sospechosa. Por lo que sé, este terreno no es de uso público. No es una zona que frecuenten los paseantes, así que será un lugar relativamente seguro para enterrarla.

Que cupiera en la maleta fue complicado; por suerte es menuda, de otro modo tal vez la habría tenido que desmembrar. Sería un proceso engorroso y no precisamente disfrutable. Prefiero pensar en ella como un todo: con su belleza intacta. Fue como empaquetar una enorme marioneta. Pensé en practicar sexo con ella por última vez antes de que se enfriara el cuerpo, pero al prepararla en una posición en que la pudiera penetrar me di cuenta de que no me excitaba suficiente su cuerpo sin vida. Nada me excitaba en su rostro de cera, en sus miembros inertes. No se sacudía, no se revolvía contra mí. No requería de mi control.

No. Disfruté con su pelea y disfruté viendo cómo moría; pero una vez se terminó, me resultó superflua. Su cuerpo era un caparazón. No me interesaba.

Por supuesto, la amé mientras estuvo viva. Me obsesioné con ella. La quería para mí. Por eso era especial. Es la razón por la que le pedí matrimonio. No estoy seguro con exactitud por qué le di el anillo de mi madre: un aro singular, con un único diamante, que mi abuelo paterno hizo especialmente para ella. No había inscripción, solo dos iniciales y contrastes. No le dije a Katie que había sido el de mi madre, por lo que fuera. Tal vez pensé que podía parecerle demasiado. No quería darle motivos para vacilar. Pero pareció encantarle tener un anillo antiguo. Dijo que sentía que tenía historia: una historia de verdad.

A causa de mi infancia –cómo me humilló mi madre, cómo dejó que mi padre abusara de mí– podría pensarse que sería insoportable ver aquel símbolo de aparente amor en el dedo de mi prometida. Pero por el motivo que fuera, quería que Katie lo tuviera. Se lo dejé puesto en el dedo para que me recordara desde la otra vida que sea que ahora le espera.

Solo al acabar mi cometido –doy un traspiés, exhausto– me doy

cuenta de que me dejé el móvil de Katie olvidado en la maleta. Joder. Iba a destruirlo o abandonarlo en el aeropuerto para que si alguien fuera a denunciar su desaparición –aunque no deberían, teniendo en cuenta cómo estaba todo planeado–, su última localización no hubiera sido aquí. No en la parte trasera de la casa de mi madre.

No me queda nada. Todas mis fuerzas, psíquicas y emocionales, están agotadas. Sencillamente soy incapaz de desenterrar la maleta para cogerlo. Además, se hace de día.

No; no pasa nada. Si no pierdo la cabeza, mando los correos a su padre y a sus amigos como voy a hacerlo, no habrá motivos para que vayan en su búsqueda.

Jamás la encontrarán aquí.

Capítulo 83

Beth

Ahora

La llamada de Maxwell me proporciona el alivio que tan desesperadamente me hace falta.

–Ya está hecho, Adam –le digo, al colgar.

–¿La han encontrado?

–Sí. Con lo que yo les dije y su instrumental, han detectado variaciones en el terreno de solo tres áreas. Encontraron a Katie Williams al segundo intento. –Mi mano, sujetando el móvil, cae sobre mi regazo. Toda mi energía parece haberse esfumado de mi cuerpo–. Se acabó. –Vuelvo a desplomarme en el sofá. Parece que mi cuerpo se marchite al completo.

–Pero no es así, ¿verdad? –dice Adam, con amabilidad–. No quiero sonar negativo, Beth. Pero todavía les falta relacionarlo con el cadáver. Aun así, debería bastar a un tribunal para declararlo culpable durante su juicio.

Su juicio.

Antes de colgar, Maxwell dijo que habían elegido una fecha. Dentro de cuatro meses. Me da pavor y quiero que *eso* se acabe también, cuanto antes. Tengo que mover ficha. Sé que Adam tiene razón: por supuesto no se habrá acabado hasta entonces. Pero esta parte sí. Yo ya he hecho mi parte.

–Maxwell dijo que Imogen parecía optimista acerca de tener pruebas suficientes para lograr que lo condenen –digo–. Ni para él ni para Tom son buenas noticias, obviamente. Parecía hecho polvo, por la voz. Dice que creen tener pruebas forenses claves, tanto de la escena del crimen como también de los restos de Katie y de su sepultura. Al fin y al cabo, Tom se la llevó a la parte trasera del antiguo hogar de su familia. Eso es bastante incriminatorio; todo concuerda.

–Espero que tengas razón –dice Adam–. Quiero que esto se acabe ya para ti y para Poppy, de verdad. Si la gente cobra conciencia de la ayuda que has prestado, y que tuviste suerte de no ser una otra víctima suya, deberían dejarte en paz. Los putos periodistas y los imbéciles que van a por ti.

Consigo sonreír y me revuelvo en el sofá para estar más cerca de él.

Su brazo me envuelve y luego me acerca a él. Es la primera vez que nos hemos permitido acercarnos así. Nos quedamos en silencio, yo absorta en el calor de su cuerpo.

–Ah, te iba a decir… –Adam se aparta y me mira a la cara–. Mandé por correo a la policía la foto de aquel coche, y me respondieron para decirme que localizaron al propietario.

–Bien. ¿Y qué es lo que van a hacer con eso? Espero que lo acusen de…

–No era un hombre.

–¡Fue un tío quien me escupió!

–Sí, pero el coche no estaba registrado a nombre de él. El agente con quien hablé dijo que no podía darme más detalle, ya que era una investigación en curso, pero sí me pidió que me asegurara de que los llames «lo antes que sea posible».

–Hmm… Bueno, vale. Qué intriga.

–Tal vez esa persona sea la responsable de la horca.

–Espero que así sea, y nos lo quitemos de encima también.

–Finalmente, todo se va poniendo en su sitio. –Adam se incorpora de un salto y se va a la cocina–. Me da la impresión que tendríamos que celebrarlo –dice bien alto.

Estoy a punto de gritar y recordarle que no se creía que esto hubiera terminado; que es demasiado prematuro celebrarlo. Pero parece aliviarle tanto como a mí que le haya contado a Imogen todo lo que sé, y no quiero estropear este momento. Además, un trago me iría bastante bien.

–Aquí tienes –dice, pasándome una copa de champán–. Todavía no toca el de verdad, es un simple prosecco. Nos reservamos lo bueno para la sentencia final.

–Gracias, Adam. De verdad aprecio tu apoyo.

–Un placer. Gracias a ti también. A pesar de tanto estrés y… bueno, cosas raras, me alegro de que hayas aparecido en mi vida.

Entrechocamos las copas y volvemos al sofá.

–¿Me estás diciendo que soy rara?

No contraataca con una frase. En lugar de eso, sin mediar palabra, me quita la copa de la mano y la deja, junto a la suya, sobre la mesa. Entonces, sin vacilar, se inclina hacia mí y me besa. En todo mi cuerpo se encienden diminutas corrientes. Me sorprende lo rápido que se ha decidido. Puede que la certidumbre de que Tom terminará en la cárcel le haya facilitado soltarse. Ha permitido que llevemos nuestra amistad un paso más allá. Solamente sé que me parece que hemos hecho bien.

Nos nos soltamos de los brazos del otro hasta que Poppy y Jess llegan corriendo. No estoy segura de si Poppy nos ha pillado, pero me mira con cautela.

–¿Cuándo toca hacer el picnic? –pregunta Jess.

Adam comprueba su reloj.

–Oh, ¡ahora… mismo!

Se levanta de mi lado y hace como si las persiguiera. Al escuchar sus risitas de emoción, entiendo que me he ganado el beso, pero todavía me quedará contárselo pronto a Poppy. No es algo que pueda obviar.

Su padre no formará parte de su futuro, y debo hacérselo saber de un modo que pueda comprender. No puede creer que la haya abandonado.

Capítulo 84

Beth

Ahora

Mi casa rebosa el olor a magdalenas recién horneadas, y lo inhalo con deleite. Lo echaba de menos. Por maravilloso que haya sido estar tres días en casa de Adam –con Adam–, me alegra volver a mi cocina y hacer lo que se me da mejor.

Lucy se ha encargado bien de la cafetería durante mi ausencia. Incluso ha tenido la buena idea de hacer pedidos más grandes a mis proveedores habituales para suplir lo que no he cocinado yo. Me ha resultado valiosísima, y si se leen sus mensajes entre líneas, se nota que le ha ido bastante bien que yo no estuviera. No me sorprende, con tanto drama a mi alrededor.

Llaman con fuerza a la puerta. Al instante siento miedo. Me he ido condicionando, como los perros de Pavlov. Me paso un poco de agua por las manos y con precaución voy a ver quién es.

Es Imogen. Se me cae el alma a los pies.

–Hola, Imogen. ¿Todo bien?

–Buenas, Beth. Quería ponerte al corriente. –Entra y, como siempre, se mete de cabeza en la cocina–. ¿Estás con el horno?

–Sí, tenía que preparar cosas para la cafetería.

Cojo una bocanada de aire y no la suelto, esperando que las noticias sean buenas. No estoy preparada para nada malo.

–¿Sabes que han programado para agosto el juicio?

–Sí, Maxwell me informó.

–Es inevitable que te convoquen a declarar ante el fiscal. ¿Lo ves bien?

–Tendré que hacerlo.

–Vale. En fin, de todas maneras… las pruebas son firmes. Gracias por tu información.

Oh, mierda. ¿Pretende indicarme con su visita que me van a acusar de entorpecer la justicia o algo parecido? Un pánico crece en mi interior. «Por favor, ahora no». Me tiemblan las manos; las mantengo ocupadas trasladando magdalenas ya frías a unas cajas, mientras espero que prosiga.

–¿Ha ido todo bien desde que volviste? ¿Problemas con la multitud?

–dice Imogen, señalando a la parte frontal de la casa.

–Acabo de llegar esta mañana. Ha sido raro, de hecho, no tener que bajar la cabeza y abrirme paso a empujones. Me preguntaba cuánto durará esta paz.

–Hasta el juicio, probablemente –dice Imogen, sin inmutarse.

–Qué ilusión de que llegue ese momento. –Lo intento con humor, pero no funciona. Imogen me mira, aguantándome la mirada con sus ojos intensos de gris acero. Tengo la sospecha de que tanto parloteo no es sino el preludio del motivo real por el que está aquí. Ojalá hubiera ido al grano y lo pronunciara; que me dijera que se me acusa. Estoy a la espera de la frase insoslayable: «Bethany Hardcastle, queda arrestada por no presentar pruebas de las que disponía… Tiene derecho a guardar silencio…».

Me hago la loca con las bandejas sucias, me ocupo llenando de agua caliente el fregadero para ponerlas en remojo.

–Pareces un poco nerviosa, Beth –dice.

–Mis nervios están continuamente hechos trizas. Llevan así semanas. No es que le vaya a sorprender a nadie, ¿verdad? Me daba miedo volver a casa esta mañana y encontrar nuevos «regalos». No había ninguno, gracias a Dios –digo.

–Bien. De hecho, te iba a poner al corriente en parte sobre eso.

–¿Ah, sí? Pensaba que era la policía local la encargada.

–Ese era el caso, pero resulta ser que está relacionado con nuestra investigación.

Tomo asiento frente a Imogen para escuchar lo que viene a continuación.

–Entonces, ¿no fue solo algún tipo con ganas de asustarme?

–Hemos inspeccionado el metraje de las cámaras de seguridad. Hay imágenes de un Jeep con remolque cerca de aquí y concordaba con el marco temporal del estruendo que oíste en tu jardín. Los agentes se fijaron en que, de camino a aquí, el remolque llevaba algo oculto bajo una lona, pero que a la vuelta iba vacío, así que tenía todos los números de que la persona al volante fuera la culpable.

–¿Y eso en qué tiene que ver con la investigación?

–El propietario a cuyo nombre está el coche fue interrogado. Supimos que no estaba solo cuando lo hizo; su hermana le había pedido que la ayudara.

Frunzo el ceño; esto es muy confuso. Estoy a punto de decirlo, pero Imogen sigue.

–La hermana era una buena amiga de Natalia, la mujer a quien hallaron muerta en su piso de Londres.

Me quedo un instante asimilándolo.

–Pero ¿cómo demonios sabía ella que fue Tom quien la mató? ¿O donde vivía?

–Nos dijo que había hecho planes con Natalia, pero que los había anulado en el último minuto. No le dio muchas vueltas, pero el miércoles por la mañana se pasó por ahí a ver si estaba bien, ya que conocía a qué se dedicaba. Fue ella quien la encontró.

–Eso sigue sin explicar…

–Natalia le había contado a su amiga acerca de un cliente suyo. Mencionó detalles sobre sus visitas y, al parecer, días antes de su asesinato, Natalia le había confesado que empezaba a tener miedo de él y del modo en que le gustaba estrangularla.

Parece que alguien me esté estrujando el corazón.

–¿Vio en el telediario que Tom había sido acusado de la muerte de Katie y supuso que sería el mismo de quien le había hablado Natalia?

–Sí. A la hora de la muerte de Natalia, informó de su inquietud acerca de aquel hombre y del miedo que Natalia sentía por él, pero no tenía nada firme. Ni siquiera recordaba su nombre, hasta que vio las noticias, que fueron un fogonazo para ella. No creyó que fuera suficiente: no tenía pruebas, era una corazonada, ya que ni siquiera lo había visto antes de su detención. Pero sí te había visto a ti, y podía ir a por ti, ya que no podía atacar a Tom.

–Putos periodistas.

–Una vez obtuvo tu dirección, sintió que debía hacer algo para hacerte ver que te culpaba a ti por la muerte de su amiga. Estaba furiosa. Necesitaba repartir leña a quien fuera.

Estoy a punto de probar el argumento de «¿y en qué tengo yo la culpa?», pero comprendo lo vano que es. Sí es culpa mía. Si hubiera informado a la policía de la confesión de mi marido, la muerte de Natalia se habría evitado.

–¿Qué le va a pasar?

–Eso depende de si quieres presentar cargos contra ella.

–No –digo rápidamente–. No quiero. Entiendo que necesitara desquitarse. Me lo merezco.

Se produce un silencio solemne.

Pasa un rato antes de que Imogen vuelva a hablar.

–Debo preguntarte, Beth. ¿Hay algo más que todavía no me hayas contado? ¿Algún fragmento del pasado de Tom que ahora pueda disparar alarmas?

–Creo que no. ¿Por qué? ¿Crees que ha matado a otras?

–¿Lo crees tú?

La pregunta me desmonta. Niego con la cabeza.

–No… yo… –¿Cómo voy a responder a eso? No supe acerca de Katie y Phoebe hasta el año pasado. Y la muerte de Natalia, desde luego, no era algo que esperara–. La conducta de Tom, hasta la noche que llegó tarde a casa y su mentira al día siguiente, jamás me había causado preocupación, la verdad. No, que yo recuerde. –Añado esta coda final,

por si acaso.

–Vale, Beth. –Imogen se pone en pie–. Te dejo con tus pasteles. Simplemente te venía a contar las novedades.

–Gracias. –Y luego recuerdo que Adam dijo que habían localizado al propietario del coche del incidente con el escupitajo–. ¿No será la misma persona, entonces? ¿El tipo que me escupió y los que me dejaron la horca?

–Supongo que no, pero me temo que no conozco los detalles. Se lo dejé a las fuerzas locales. Tienes que llamar a la comisaría de Banbury.

–Sí, debería haber llamado ya. Es que no he tenido tiempo –digo, acompañando a Imogen a la entrada.

Es un gran descanso que solo viniera a ponerme al día, y no a arrestarme.

¿He salido indemne, entonces?

–Te agradezco de verdad que hayas venido –añado.

Imogen se detiene y se gira para mirarme.

–Una cosa más.

Mi pulso se acelera.

–¿Sí?

–Gracias por tu valentía, por dar el primer paso. –Sus labios forman exactamente una media sonrisa y asiente con adustez.

No estoy segura de lo que pretende decir con eso, pero le devuelvo el gesto y digo adiós.

Capítulo 85

Beth

Ahora

Julia viene a toda prisa hacia mí cuando llego a la guardería a las tres.

–Pensaba que vendrías con Adam a recoger a las niñas.

–¿Y eso? –Achico los ojos con expresión interrogativa.

–Bueno, ya sabes… viendo que ahora los dos sois un no-sé-qué… –Casi espero que me dé con un toquecito y que me guiñe el ojo, pero su mirada permanece glacial.

–No somos «un no-sé-qué», Julia –le digo, chasqueando la lengua. Su cuadrilla nos está inspeccionando. Tengo la sospecha de que Julia hace las preguntas a las que ellas quieren respuestas; sencillamente la mandan a ella.

–Pero te estás quedando con él en su casa, ¿no es así?

–Estuve ahí un par de noches, sí. Pero ya he vuelto a casa. Se ha portado como un buen amigo y nos ayudó porque me daba miedo estar sola. Ya sabes, entre las amenazas y los periodistas. –Me cabreo conmigo misma por dar demasiadas explicaciones.

–Te podrías haber quedado en mi casa –dice.

–¿En serio? Tener a dos personas de más en tu casa habría sido un auténtico lío. ¿Recuerdas lo nerviosa que estuviste cuando se quedó Poppy?

Hace un ademán de enfado.

–Bueno, sí. Pero aun así. Yo no te hubiera dado la espalda, ¿sabes?

–Gracias, es muy amable de tu parte, Julia. Lo tendré en cuenta en un futuro. Aunque espero que no me echarán de casa de nuevo.

–Humm… –dice, elevando las cejas–. Se acerca el juicio. No me parece que esto haya terminado.

–En el juicio se demostrará que Tom es culpable. Estará en la cárcel y seré libre de seguir adelante con mi vida junto a Poppy, aquí en Lower Tew, haciendo lo que amo. –Mi discurso es bastante cursi, me parece, una vez le he puesto fin. Pero quería dejarlo claro.

Julia se acerca y me susurra al oído:

–No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo.

–¿Qué secreto?

–¿No te acuerdas de lo que me contaste? –Los ojos le chispean con lo que supongo picardía. ¿O es que le reluce la malicia? No le dije a Julia nada que fuera especialmente de confianza. ¿Para qué? Frunzo el ceño y, en silencio, sacudo la cabeza.

–Habías consumido bastante alcohol –dice. Su mirada es fija. Se me remueven las tripas. ¿Qué está diciendo? Ella es la que bebió más de las dos, no yo.

–La verdad es que no, Julia. Tú te pimplaste la segunda botella, si lo recuerdo con claridad.

Me dirige una mirada curiosa.

–No te acuerdas, ¿verdad?

–Es evidente que no, Julia, o no estaríamos teniendo esta conversación –digo, con un enojo que me hace sonar sarcástica.

–Ay, Beth –dice–. Yo no me tomé la segunda botella. Fuiste tú. No es que eso importe, no te preocupes. –Posa una mano en mi brazo–. Compartimos tantas cosas aquella noche…

Me empieza a dar vueltas la cabeza. ¿Será que tiene razón? ¿Me bebí yo la botella de prosecco? ¿No ella, como había creído? El rostro de mi madre me viene a la mente. Mierda.

Decido que iré con precaución.

–Bueno, si te conté algún secreto, imagino que en secreto quedaráa. –Julia sonríe y se da la vuelta, de vuelta entre las Madres Monas sin contestarme antes.

¿Qué demonios le dije aquella noche?

Capítulo 86

Beth

Ahora

Hoy siento un peso en el cuerpo, pero estoy inquieta, como si me picaran los órganos internos y el único modo de aliviarlo fuera no parar. Estos acontecimientos tan horribles me han castigado física y mentalmente. Y no me puedo quitar de la cabeza las palabras de Julia. Suenan especialmente amenazantes ahora que sé a nombre de quién estaba registrado el coche del incidente del escupitajo. Me he estado callando que estaba registrado a nombre de una tal Julia Bennington, e informé a la agente de policía en Banbury de que no quiero presentar una denuncia. Nunca he visto el coche de Julia, de modo que ni siquiera se me habría pasado por la cabeza que podía haber sido ella cuando Adam me dijo que la propietaria era una mujer. No tenía ni idea de quién era el hombre: sin lugar a dudas no era su marido. Podría haber sido su hermano, pero no se lo voy a preguntar.

Ahora mismo, lo que me llama la atención es el telediario. Los restos de una mujer han sido encontrados. Este macabro descubrimiento está siendo relacionado con Tom. No han revelado el nombre de la víctima; tan solo dicen que su identidad ha sido confirmada y que se ha notificado a sus familiares.

Pero lo sé.

Hay más detalles por llegar, dicen.

Suena mi móvil e inmediatamente supongo que será la prensa. Estoy a punto de rechazar la llamada, pero es Maxwell. Dejó que suene unas cuantas veces más, debatiéndome entre si dejar que salte el buzón de voz. En sus últimas dos llamadas fue muy áspero conmigo: cortante y con distancia profesional. Seguramente por mi papel en todo esto. No creo que imaginara que la mujer del acusado ayudaría a que la policía accediera a pruebas tan irrefutables.

Respondo. Me dice que es para informarme de las últimas novedades, acerca de las pruebas contra Tom. Suena pesimista; usa un tono muy plano, lo que me lleva a hacer lo mismo. Es una conversación deprimente.

–Junto a las pruebas de las que tenías constancia, Beth –dice, de tal modo que deja bien claro que está enfadado conmigo–. Tengo que

informarte de todo lo demás con lo que cuenta la policía para que te prepares adecuadamente para el juicio.

–Antes de que sigas, Maxwell, quiero decirte algo.

Él suspira perceptiblemente.

–Vale… Adelante –dice.

No me he preparado para esta conversación, de modo que lo que digo está empapado de pausas y muletillas de «hum…» y «ah…». Pero parece comprender a lo que voy, que no pretendía sabotear la oportunidad que Tom tenía de salir. No fue algo deliberado, simplemente llegué a estar muy estresada y confundida, y la policía me acorraló contra una pared de la que había tratado de escapar.

–Me derrumbé, Maxwell. Todo fue demasiado –digo, entre lágrimas.

Masculla un poco y luego sigue como si no hubiera hablado. Pero sus palabras parecen más amables; su aspereza se ha limado. Me apoyo en el respaldo del sofá y escucho cómo su voz monótona me detalla las pruebas. Se le daría muy bien dedicarse a la hipnoterapia.

–Los forenses han encontrado manchas de sangre en el apartamento de Katie Williams…

–¿En serio? ¿Después de tanto tiempo?

–Sí, Beth –dice–. Incluso cuando alguien trata de hacer desaparecer la sangre, se encuentran restos. Y, al principio, el suelo del pasillo no estaba enmoquetado. Cuando retiraron la moqueta, las encontraron.

–Ese es el lugar donde Tom le tiró el pisapapeles que la mató –digo.

–Sí, eso parece corroborar lo que dices que Tom te contó. Pero hay más.

–¿Qué quieres decir? –De repente estoy nerviosa. Tom dijo que se lo había arrojado para impedir que Katie se marchara; que murió ahí y que él se fue, aterrorizado por lo que había hecho.

–La sangre formaba un reguero del pasillo hasta otro cuarto, que es probable que fuera el dormitorio de Katie en esa época. Pero no había suficiente sangre, por lo que calculan, para creer que se tratase de una herida mortal.

Esta información me pilla desprevenida. No es cómo Tom había descrito lo sucedido.

–De modo que, por lo que dices, ¿Tom no la mató? ¿Simplemente la hirió y ella logró arrastrarse hasta su cuarto?

–No precisamente.

–¿Entonces, qué?

–La autopsia inicial muestra una fractura en el hioide. Indica estrangulamiento.

La mano inconscientemente se me dirige sola al cuello. Dios, Tom también la estranguló.

No fue un accidente.

Por un instante estoy consternada, y luego furiosa. Furiosa de que me

mintiera. De nuevo. Pero entonces mis emociones se rebajan. Si hay alguien con quien debo ser honesta es conmigo misma: no esperaba otra cosa. En mi fuero interno, siempre supe que no había sido un accidente. Como en la muerte de Phoebe. Y tampoco la muerte de Natalia había sido un juego sexual que se había descontrolado. La estranguló para matarla. Había querido matarlas a todas.

Realmente he tenido suerte de escapar.

Extrañamente desapegada, le pregunto a Maxwell cómo lo está llevando Tom. No sé por qué.

–Como supongo que imaginas, dadas las circunstancias. Y aunque no se le ha informado de que fuiste tú quien comunicó el paradero del cadáver, sin duda sabrá que fuiste tú, Beth.

–Sí, me hago cargo. Dile que lo siento, pero hice lo que debía. Como lo habría hecho cualquier buena madre.

Capítulo 87

Beth

Cuatro meses después

Con la ingente cantidad de pruebas circunstanciales, la documentación forense y el perfil de ADN obtenido de la sepultura de Katie Williams, junto con su móvil –repleto de huellas dactilares de Tom–, no le llevó más de tres horas al jurado deliberar. Tuve la impresión de que más bien pasaron tres días. Volvieron todos con un veredicto unánime de culpabilidad.

Decir que fue una tranquilidad ni siquiera se le acerca.

Pero ver a Tom en el banquillo fue mucho más traumático de lo que había esperado.

El modo en que me miró me hizo estremecer.

Odio. Aquellos ojos tan bellos de color azul pavo real estaban tenebrosos, y completamente vacíos de amor. Lo he traicionado más que nadie en su vida, incluyendo a sus padres. Y ese es el mensaje que le pidió a Maxwell que me trasladara.

Tendré que vivir con ello.

–Bien hecho, Beth. Estoy tan orgulloso de ti. Eres la persona más fuerte que conozco –Adam me envuelve entre sus brazos, y lo retengo unos instantes, acurrucada en este abrazo seguro y acogedor. Que Adam esté aquí hoy significa muchísimo para mí. Al principio había sido receloso de que nos vieran juntos, del cuchicheo de la gente; de modo que llevábamos nuestra relación en privado. No queríamos ponerlo todo en peligro presumiendo de ella. Pero lo tengo aquí conmigo, abiertamente junto a mí. Dijo que no podía soportar la idea de verme sola en el tribunal. Su necesitad de darme apoyo trascendía su preocupación por las lenguas viperinas. Sin embargo, claro está, seguimos yendo con cuidado porque debemos pensar en las niñas.

Las voces exaltadas me devuelven al aquí y ahora. Hay una multitud en el exterior del tribunal que me esperan al salir para bombardearme a preguntas.

–Mejor que acabemos con esto –digo, pellizcándolo, y luego me suelto de entre sus brazos. Abandonamos la recepción del tribunal y caminamos hacia el exterior. No vamos de la mano. El estruendo crece

cuando abro la puerta, y no para de aumentar mientras bajo por las escaleras y cruzo el arco en dirección a las cámaras expectantes.

–¿Qué sensación produce ser la responsable de encerrar a tu propio marido?

Flashes. Manoseos. Empujones.

–¿Cómo es ser la mujer de un serial killer, Beth?

Las manos se acercan en exceso. Tengo lentes en la cara.

–¿Qué vas a hacer ahora?

Casi devuelvo la mirada.

Esta pregunta final es la más fácil de responder. Y por mucho que me gustaría hacerlo, sé que no se lo puedo decir. Me mordisqueo el labio, aprieto el mentón contra el pecho y dejo que Adam me arrastre del brazo hasta un taxi que nos está esperando.

–Si es así cómo reacciona la gente cada vez que sales a la calle, Beth, me voy a tener que pensar de nuevo lo de ser tu novio –bromea Adam, mientras el coche se pone en marcha entre la masa de gente.

–Creo que una vida más tranquila sería preferible, ¿no te parece? –digo.

–¿Sigue en pie el Plan A? –Me sonríe.

Asiento; pronto estamos lo bastante alejados de los fotógrafos y de los cámaras, y me deslizo hacia él para que nos besemos.

–Te agradezco muchísimo que te quedaras con las chicas, Constance.

–Oh, de nada, Adam. Es siempre un gusto que se quede Jess. Y Poppy me ha tenido entretenida con sus cuentos de animales –dice Constance, riendo–. Está hecha toda una pequeña cuentacuentos, ¿verdad?

Me abstengo de comentar que eso lo ha sacado de su padre.

–¡Pues sí! Le veo un futuro en la literatura –decido decir.

–Echaré de menos a Jess. Y a ti, claro, Adam. –Le centellean lágrimas en los ojos.

–Te prometo que vendremos de visita, Constance. Y, de todos modos, volveremos los dos para arreglar la venta de la casa. –Adam rodea con el brazo los hombros de Constance y le da un suave pellizquito–. Te vamos a echar de menos, ¿verdad que sí, Jess?

Jess abraza las piernas de Constance y dice que sí.

–¡Pero quiero de verdad ver el mar! –exclama sonriente.

Los padres de Adam se mudaron a Devon al jubilarse y, tras mucho debatirlo, nos hemos convencido de que el único modo de seguir juntos, felices, sin interferencias, consiste en irnos de Lower Tew. Lejos de las miradas y las habladurías; libres de la presión que inducen la fama de Tom y el fantasma de Camilla. No porque nos estuviera persiguiendo de ningún modo, sino porque los demás eran reacios a dejar que se marchara, a permitir que Adam siguiera con su vida sin

meter la cuchara.

En particular, dado a que había decidido seguir con su vida con la mujer de un serial killer.

Adam me mostró fotos de la casa de sus padres, ubicada en un lugar fantástico junto al mar, y de inmediato me pareció ideal. Su casa no es que sea enorme, dijo Adam, pero nos podríamos instalar con ellos durante una temporada antes de encontrar otra cosa. En ciertos sentidos todo ocurrió rápidamente entre nosotros –habrá quien diga que demasiado– pero, en otros aspectos, el tiempo se había detenido, y todos nuestros pasos parecían precisos y deseados.

Cuando me propuso Devon, no lo pensé dos veces. Tenía todo el sentido del mundo.

–Yo puedo trabajar desde casa, pero no sé qué vas a hacer con la cafetería… –dijo.

Yo sí.

Lucy será la perfecta encargada.

Entonces, estamos haciendo lo que debemos hacer si queremos poder estar juntos.

–¿Cómo te encuentras ahora que todo se ha acabado del todo? –dice Adam, acercándome una copa de champán, llena esta vez del de verdad.

–Salud –digo–. Por un comienzo nuevo. –Brindamos con las copas–. Me siento aliviada. Me siento afortunada. Pero ha conllevado un precio, ¿no es cierto? Esas pobres mujeres. –Agacho la mirada.

–Jamás debes culparte, ¿me oyes? No lo sabías cuando podían haber sido salvadas. Y una vez sí lo descubriste, tuviste que mantener silencio para salvarte. Fuiste valiente de verdad al hablarle de la sudadera a la agente. Todos tomamos decisiones, Beth. No todas nos van a gustar siempre. Hay cosas que son para sobrevivir.

–Sí, tienes razón. Gracias. –Me fijo en que no menciona que conociera el paradero del cuerpo de Katie. Sé que comprende que fuera reticente a hacer llegar esa información a la policía, y aunque le expliqué que se trataba más de una corazonada y no una certeza absoluta, creo que se siente incómodo acerca de habérmelo callado una vez Tom ya se encontraba bajo custodia. Espero que ahora no haga falta discutirlo.

–Venga, a beber. Tenemos una botella entera que acabarnos.

–Con un par de copas tengo suficiente, gracias. Deja el resto para Constance. –Otra cosa que debo cambiar en mi vida es mi consumo de alcohol. Me puede meter en líos. He llegado a la inquietante conclusión de que voy siguiendo un camino parecido al de mi madre. Lo que Julia comentó acerca de haberme trincado la segunda botella de prosecco aquella noche que me visitó hizo que entrara en pánico. Además, está claro que dije más de lo que debía. Seguro que dejé caer algo. Espero que nada sea excesivamente condenatorio…

Tengo que empezar de nuevo por mí y Poppy, con Adam y con Jess. Debo distanciarme de todo lo que ha sucedido.

Capítulo 88

Tom

Ahora

¿Quién demonios se creía que era? Ahí sentada, con esos aires de superioridad moral, contemplando con su seguridad al jurado, mientras escupía una mentira tras otras.

Ni una sola vez la controlé. ¿Y la manipulación? Sandeces. Si ella era la maestra de la manipulación, no yo. Durante un año, después de contárselo, hizo como si me apoyara. Me prometió que se quedaría junto a mí y que se desharía de aquella sudadera. Y durante todo aquel tiempo estuvo planeando mandarme a la cárcel. No me lo puedo creer.

–Todo lo que quiero es una familia segura, ser buenos padres para Poppy –decía. ¿Cómo cuadra en todo eso que me metan en prisión? Puta imbécil. Lo hice todo por ella y por Poppy. Ellas siempre fueron para mí la prioridad.

La celda se cierra con un ruido metálico. Ya no estoy en prisión preventiva. Ahora soy un criminal convicto.

Un serial killer.

Supongo que esa etiqueta supone cierto prestigio. Puede llegar a funcionar para que no se metan conmigo en este sitio.

Pero ¿toda la vida? Mi mente todavía no lo puede comprender. La juez –una puñetera mujer, por supuesto– me ha condenado a cadena perpetua.

Aquí hasta la muerte.

Todo por culpa de Beth.

La traición hiere en lo más hondo: la siento en la boca de mi estómago; la siento en mi corazón. Todos y cada uno de mis miembros sienten su peso.

Me siento en la cama y miro a las cuatro paredes, una por una. Ahora mi vida está destinada a ser tan embotada y vacía como ellas.

Beth ya me trae sin cuidado. Me ha hecho demasiado daño. Pero al echarme en esta cama y contemplar el techo, me hago preguntas acerca de Poppy. ¿Le contará Beth dónde estoy? ¿Y, algún día, lo que hice? Supongo que cuando tenga la edad apropiada, Poppy sabrá buscarme en Google y descubrir la verdad, de todos modos. Hay

mucho que reprocharle a la tecnología.

Aun así, todavía no logro comprenderlo. ¿Por qué Beth rompería de esta manera nuestra familia? Me creyó cuando dije que las muertes de Phoebe y Katie fueron accidentales. Y estaba más que decidida a seguir siendo una familia normal y feliz para que Poppy jamás tuviera que crecer sin un padre, como ella. O con un padre abusador, como yo.

¿Qué le hizo cambiar de opinión?

Capítulo 89

Beth

Ahora

Han pasado tres semanas desde el juicio y hoy, más tarde, tenemos que irnos a Teignmouth. Tan solo me queda una sola cosa por hacer antes de irnos.

Son las 8:30 de la mañana y me encuentro en el centro de visitantes por segunda y última vez. He llegado cuarenta y cinco minutos antes de tiempo para asegurarme de pasar todo el trámite de la seguridad, terminar la visita y volver a Lower Tew hacia la hora del almuerzo. Planeamos salir a las dos. Adam en estos momentos está cargando en el coche la primera ronda de equipaje. Alquilará una furgoneta para el segundo viaje y, una vez estemos instalados en nuestra propia casa, que alquilaremos por una temporada, organizaremos cómo traer el resto de cosas, que guardaremos en un almacén. Me emociona y me aterra a la vez. Parece que hayamos tardado una eternidad en llegar a este punto.

No quiero que nada se interponga ahora en nuestro camino.

Una vez he pasado la fase de proceso de datos con el resto de visitantes, me revisan y cachean en busca de drogas y otros objetos de contrabando. La agente no hace el menor esfuerzo por conversar conmigo, cosa que me viene de perlas. Suspira un montón, incluso llega a resoplar con fuerza. No parece tener más ganas de estar aquí que yo.

Esto no es algo que yo quiera hacer. Lo necesito. Se trata de pasar página respecto a mi vida anterior antes de poder empezar una nueva.

Un funcionario abre el cerrojo de la puerta, y camino hacia el pabellón de visitantes con el corazón latiendo con fuerza.

Voy a ver a un asesino convicto.

Mi marido, el serial killer.

–No planeaba abandonar mi celda –dice, al sentarse ante mí.

–Entonces, ¿por qué lo has hecho?

–Quería verte una vez más. Suponiendo que ese sea el motivo por el que me visitas. Para decir adiós.

Entrecierro los ojos, confundida. No esperaba que se diera cuenta de que mi intención era esa, pero tal vez era obvio, ya que solamente he

venido una vez.

–Hemos estado casados siete años, Beth. Te conozco. –Sonríe. No afecta sus ojos. De momento, me abstengo de contarle que ya he visto a un abogado para empezar el proceso de divorcio.

Con la cabeza gacha, juego con el borde de mi camisa, enredando el dedo y luego soltándolo; volviéndolo después a enredar.

–¿Ahora que ya estás aquí, ni me vas a hablar? –pregunta Tom, bajando la cabeza para mirarme a los ojos–. ¿No piensas decirme lo mucho que te arrepientes de haberme jodido la vida?

Su voz es un susurro áspero. Imagino que sus ojos están llenos de odio, pero soy incapaz de buscarle la mirada. Me siento como un crío que ha recibido un sermón. En cierto modo sí quiero pedirle disculpas, pero me muerdo la carne de las mejillas por dentro para no decirlo. Está aquí a causa de sus actos, no los míos.

–Realmente no me diste opción, Tom –digo al final.

–¿Ah, de verdad? A mí me parece que más bien sí. Te conté acerca de Phoebe y de Katie. Lo sabías, y prometiste quedarte a mi lado. Pudiste largarte entonces. Acudir a la policía, lo que fuera. Pero te quedaste. Y seguiste como si no pasara nada. Durante un año entero, Beth. Fuiste mujer y madre perfecta durante aquel tiempo. ¿Por qué de repente cambiaste de parecer?

–No era la vida que quería. Me daba miedo lo que podía pasar después. No teníamos garantía; todo podría haber estallado en nuestra cara en cualquier momento. Continuamente estaba atenta por lo que pudiera pasar, preguntándome cuánto tardaría en salir a la luz. Porque sabía que ocurriría. Tenía que pasar. Nada queda enterrado para siempre.

–Especialmente si les revelas el puto paradero. –La furia y el dolor se combinan en su tono, y su expresión facial se retuerce, mientras arroja esas palabras entre sus dientes apretados.

–Pero tenía razón, ¿verdad? ¡Tú y aquella… puta! Volviste a matar, Tom. Y no existe ninguna duda de que volverías a actuar en base a tus instintos… horribles y retorcidos, hasta asesinar a otra mujer inocente. ¡A mí, incluso, tal vez!

–Lo hice por ti, Beth. Para que estuvieras a salvo.

–No. No te atrevas –digo. Caen gotas de saliva en la mesa que nos separa–. No me puedes culpar de lo que hiciste.

–Dijiste que me querías. Prestaste un juramento: para bien o para mal, confié en ti.

–Y yo también confié en ti. Por aquel entonces. Pero ya no. ¿Cómo podría?

–Jamás te habría hecho daño. Pero tú me has hecho daño de verdad.

Acabo por entender que no hay nada que pueda decir para hacer que mi traición sea menos dura.

–Lo que está hecho está hecho –digo en su lugar. Se hace un silencio mientras ambos dirigimos miradas a cualquier lugar de la sala que no sea el otro. Me quiero ir ya. Oscilo en mi asiento, preparada para levantarme, pero me paraliza con sus palabras.

–Y tan a gusto con el viudo, ya te veo. –Se ríe de modo falso y burlón–. Ya lo vi en el juzgado. Podrías haber intentado que no pareciera que estáis juntos, pero me di cuenta, Beth.

No me gusta hablar sobre Adam.

–Bueno, como tú siempre me has dicho, hay que mirar hacia delante. Así que es lo que hice. Lo que estoy haciendo. –Le dedico una sonrisa sarcástica y añado–: Necesitaba un sustituto.

–Espero que hayas tomado buenas decisiones, entonces. Por el bien de Poppy.

–No podría tener un peor padre que tú –le digo, para herirlo.

–Es extraño cómo terminan siendo las cosas, ¿no es cierto? Quiero decir… puede ser que mis actos te hayan acabado beneficiando, finalmente.

–¿De verdad? No entiendo cómo puedes ver las cosas de un modo parecido. Han muerto mujeres, Tom. Las arrebataste a sus familias, a sus amigos. Destrozaste vidas.

No dice nada durante un rato, aparentemente ponderando lo que he dicho.

–Sí, es cierto. Y menuda pena lo de la muerte accidental de Camilla, ¿verdad? –Se burla, y asiente con la cabeza. Se gira y señala con el brazo al funcionario más cercano–. Aquí termino –dice–. Adiós, Beth.

Me quedo boquiabierta mientras él desaparece.

Capítulo 90

Beth

Ahora

Estamos cantando canciones durante el largo viaje. Nuestro coche va cargado de todo lo que hemos logrado que cupiera. Las niñas rezuman emoción, y resulta contagioso.

–Ay, Dios… No puedo esperar a abrir las cortinas cada mañana y ver el mar –digo, dejando una mano sobre el muslo de Adam mientras él conduce.

Nos dirigimos hacia mi futuro, hacia el de Poppy. Es tremendamente importante para mí lograr que Poppy jamás deba pasar por lo que yo pasé; que crezca en la seguridad y la estabilidad. Con suerte, no guardará recuerdos de aquellas irregularidades tempranas: algún que otro destello de Tom, pero no podrá rememorar que su padre, a quien ella amaba, era un serial killer. Haré todo cuanto pueda para impedir que lo descubra.

Me recorre un escalofrío a lo largo de la espalda. Ha sido una temporada difícil. Pero, me recuerdo a mí misma, así debía suceder. Tom tenía que ir a la cárcel para que yo pudiera ser libre de volver a construir nuestras vidas.

Adam, a largo plazo, será un mejor padre para Poppy. Y ahora también tiene a Jess; y, quién sabe, tal vez haya otro hijo de camino. Me acaricio la tripa con la mano.

El sol brilla bien alto sobre el muelle de Teignmouth. Hacemos cabrillas con las piedras y construimos castillos de arena mientras las niñas van chillando, encantadas. Finalmente he descubierto la perfección. Realmente existe. Y está aquí mismo, con mi Poppy, Adam y Jess.

Sé que he tomado la decisión correcta. Tuve claro desde el primer momento en que vi a Adam que era el hombre para mí. Tenía la seguridad de que se convertiría en el perfecto padre y marido. Sentí un relámpago cuando me miró mientras le servía un café a Camilla aquella primera vez. Creo en las chispas, y definitivamente las provocamos en abundancia. Pero, naturalmente, Camilla era la perfecta madre y esposa. Sabía que no sería fácil.

Pero no era imposible, tampoco. Nada lo es, si alguien tiene la

tenacidad suficiente.

¿Qué fue lo que dijo Alexander, el jefe de Tom? «Tenía la sensación de que una mujer decidida como tú no se quedaría de brazos cruzados». Y tenía toda la razón. Una vez Tom se abrió a mí y me contó lo que había hecho, fue solo cuestión de tiempo. Debía actuar rápidamente para empezar a planear una nueva vida: había mucho que hacer antes de que pudiera abandonarlo. Tuve cuidado de hacer encajar todas las piezas en el lugar correcto; había que hacerlo en el orden preciso. Si no procedía con cautela, mi plan no funcionaría y me quedaría sola.

O me convertiría en una de sus víctimas.

Ahora, en cambio, comprendo que Tom no podría haberme matado. Ese es el motivo por el que se veía con la trabajadora sexual: para poder deshacerse de la tensión reprimida y dar rienda suelta a las fantasías que yo no estaba dispuesta a permitir. De todos modos, incluso de haberlo sabido, habría seguido planeando mi fuga. Ser la mujer de Tom conllevaba demasiados riesgos.

Cuando descubrí la cuenta de correo en el iPad de Tom, aproveché la ocasión para leer todo lo que Tom había mandado simulando que era ella. ¿Por qué su padre y sus amigos se lo creían todo? El tono era del todo postizo, y las excusas que ella daba para no volver, para no mantener ningún contacto, eran inconsistentes.

Tom estaba consternado cuando la policía entró a buscarlo aquella noche de lunes; se veía tan asustado cuando el comisario requirió su ayuda en lo que refería a un asesinato. Pero jamás sospechó de mí. Le había mandando un correo al padre de Katie haciéndome pasar por una amiga preocupada. Fui a un cibercafé y utilicé una nueva cuenta de correo para que no me localizara. Tras decirle que algo parecía estar mal en los correos de ella, de algún modo, como si realmente no fueran siquiera de Katie, finalmente hizo algunas pesquisas. Escribió a Katie varias veces, pero los borré antes de que Tom tuviera ocasión de responder. Lo justo para que sus sospechas fueran en aumento, y fue aquello lo que lo condujo a la policía.

El comentario de despedida de Imogen Cooper, el día en que abandonó mi casa, me hizo darme cuenta de que lo sabía. «Gracias por tu valentía, por dar el primer paso», dijo. Doy las gracias de que no lo convirtiera en algo más. Gracias de que no investigó demasiado a fondo.

Ahora, sencillamente espero que nadie más lo haga. Ahora que ya he desaparecido del mapa, puede que Julia siga adelante con su vida; que encuentre a una nueva amiga y que se olvide de mí, y el secreto que le confié. Mi confesión a Julia, estando borracha, me vino a la cabeza a primera hora de la madrugada, mientras estaba junto a Adam, contemplándolo, emocionada de haber encontrado finalmente la paz.

Cómo le había contado que Adam era un padre maravilloso, cómo había conectado con él cuando nos conocimos por primera vez. Que era una pena que no estuviera soltero. Le dije que Camilla era una afortunada. Y qué celosa estaba de su vida perfecta.

–¿Lo bastante celosa para hacer algo al respecto? –preguntó.

–Claro que no –mentí–. Pero creo que secretamente siempre esperé que aparecería una oportunidad para mí en un futuro. Ahora parece que el momento ha llegado. Lo bueno se hace esperar.

Estoy absolutamente segura de que no puedo haberle contado nada más; pero, aun así, jamás imaginé que le contaría tanto. Y puede ser que lo que dije bastase para que se lo cuestionara todo. Tan solo espero que sus recuerdos sean difusos; embotados por el prosecco. Aunque ese no sea el caso, ¿qué puede hacer ella? No hay pruebas de que haya sido un hecho delictivo.

Capítulo 91

Beth

Hace quince meses

Hace falta mucha valentía para hacer algo tan terrible como lo que estoy a punto de hacer.

Preparo las galletas recién hechas junto con otros productos de pastelería a lo largo del mostrador de cristal del Local de Poppy, preparada para abrir justo a las 9 en punto. Coloco mi galleta especial de dulce de azúcar y mantequilla con avena sobre un plato y lo dejo bajo el mostrador hasta que entre. Luego lo pondré en una bolsa de papel y le diré que lo pruebe cuando llegue a casa. He usado la receta sobre la que estuvimos charlando la semana pasada, con la inclusión de otro ingrediente que me haría presentarlo normalmente con la etiqueta: «contiene frutos de cáscara».

Camilla llega a las diez y media. Viene de correr, por el aspecto que presenta: lleva el pelo recogido en una cola de caballo, el barniz del sudor le recubre la cara y los brazos. Lleva pantalones cortos de lycra y una camiseta, todo tan ceñido que le resalta cada curva. Me fijo en la riñonera sujeta en la cintura. Parece ligeramente sin aliento al acercarse a mí.

–Buenos días, Beth –dice, desabrochándose la riñonera y sentándose ante la mesa más cercana al mostrador. Suelta la bolsa con un ruido seco a un lado sobre la mesa. Siento cierta aprensión burbujeando en mi interior. ¿Realmente podré tirar esto adelante?

–Hola, Camilla. ¿Una buena carrera? –Noto el temblor de mi voz y me aclaro la garganta para disimular.

–Lo normal. Detesto correr –dice–, pero la necesidad apremia. ¡Se acabó seguir comiendo tus fabulosas galletas si no le doy caña al ejercicio! –Me exhibe una inmensa sonrisa.

–Cierto –digo, forzando hacia arriba los labios–. Para lucir hay que sufrir, ¿verdad? ¿Te pongo un latte?

–Sí, por favor. Pero hoy nada de galletas. Intento portarme bien. –Camilla se da golpecitos sobre el vientre, más plano que un plato de postre, pero no oso decirle nada.

Confirmo que nadie nos pueda oír cuando vuelvo a hablar.

–¿Tal vez una para el camino? He preparado algunas de dulce de

azúcar y mantequilla especialmente para que las pruebes.

–¿Ah, usando la receta que te mencioné?

–Esa misma.

–Bueno, en ese caso me llevaré unas cuantas, sin duda. Me alegro de que hayas probado la receta nueva. Tendrás que anotarme los ingredientes exactos para probar a hacerlas yo también. No es que te quiera echar del gremio, claro –dice, coqueta y sonriente–, pero a Adam le encantan las galletas y seguro que Jess también va a pegar un mordisquito. Y es más seguro para todos si preparo las que no llevan frutos secos.

El nudo que se me ha formado en el estómago se ciñe aun más.

–¡Veremos si te gustan a ti primero! Solo tengo esta hoy. Parece que ha gustado demasiado, y Tom y Poppy se han zampado el resto. Pero, claro, si te gustan las haré a menudo. Y sin duda tú también. –Espero que suene creíble la razón por la que solo me queda una. No puedo dejar que coja más de una y vaya dejando pruebas por ahí.

Charlamos, mientras no estoy sirviendo a los escasos clientes, acerca de las niñas. De nuestros maridos. Hablar de Tom resulta un poco incómodo –todavía estoy aturdida por su confesión– pero trato de ser tan natural como es posible. No quiero que se disparen alarmas con Camilla; no cuando estamos tan cerca. Cuando habla con tanto afecto sobre Adam, se me acelera el corazón; un bulto me oprime en la garganta. Siento nervios acerca del futuro. Hubo una chispa cuando Adam y yo nos conocimos aquí, pero ello no significa que encuentre paz entre mis brazos cuando su querida mujer esté muerta. Podría ser que haga esto para nada.

Por otro lado, podría lograr exactamente lo que quiero. Si tengo paciencia. No es un apaño rápido, de ningún modo, pero me ofrece una salida eventual. Es lo mejor que cabe esperar de esta horrible situación.

Además de su latte, atosigo a Camilla con un vaso de zumo de naranja recién exprimido –grande, la casa invita–, y me siento de nuevo a su lado. Quiero que vaya al lavabo. Cuando un ruido de la calle capta su atención, subrepticiamente cojo su riñonera de debajo de la mesa y la coloco sobre una silla junto a mí. No quiero que se la lleve al lavabo consigo si va.

Esta parte es ajena a mi control. Si no me deja a solas con su bolsa, no podré quitarle el EpiPen. Entonces, incluso si algo le produjera una reacción estando sola en casa, se podría pinchar y todo seguiría bien.

–Jess está con tu amiga hoy, ¿verdad? –Tengo que cerciorarme: aunque pueda querer a Camilla fuera de mi vista, no quiero que una niña de dos años ponga en peligro todo el proceso.

–Sí, hoy me queda algo de tiempo para mí sola, gracias a Constance. Se me ha ocurrido que puedo leer un poco. Tengo que ponerme al día

con el libro. Teniendo en cuenta que lo elegí yo para el grupo de lectura… Quedaría bastante mal si no pudiera hablar sobre él en mi propio grupo, ¿verdad? ¿Todavía te va bien que lo organice aquí la semana que viene?

–Claro. Estaré a vuestra disposición como siempre, para serviros. –Hay un deje de amargura en mi voz, que me apresuro a rectificar añadiendo cuánto disfruto escuchando cómo hablan sobre libros.

–Deberías apuntarte –dice con alegría–. Es decir, en serio. No sé por qué no te lo he propuesto antes. El próximo libro después de este es *Matar un ruiseñor*. Mucha gente lo leyó en el instituto, pero nunca más.

Intento que la bola que se me ha formado en la garganta viaje un poco más abajo. El título del libro me produce un escalofrío. Los nervios y la mala conciencia se entremezclan. Durante todo este tiempo he intentado infiltrarme en su grupo, y ahora me invita a apuntarme, el día en que intento matarla. Tal vez debería echarme atrás; intentarlo otra vez. De todos modos, no parece funcionar.

–Y, ahora que lo pienso, será mejor que vaya tirando. –Camilla da un respingo y veo cómo su mirada rebusca fugazmente por la mesa.

«Mierda. Está buscando la bolsa».

–Pasaré por el lavabo antes de irme –dice, y se dirige al fondo de la cafetería.

Dios. Mío. Este es el momento.

Siento una extraña reticencia, ahora que toca hacerlo.

«Lo estás haciendo por Poppy, por su futuro», me recuerdo a mí misma.

Hay dos clientes. Una está pintando atentamente un plato; la otra está contemplando el exterior del escaparate, mirando la calle.

Debo hacerlo ya.

Cojo la bolsa, abro la cremallera y cojo de un tirón el EpiPen. Rápidamente, me levanto y lo llevo conmigo detrás del mostrador para esconderlo. Un ruido a mi izquierda me hace saltar del susto, y con torpeza me cae al suelo, junto a mis pies.

Mierda. Ya ha vuelto.

Con la parte lateral del pie hago que ruede hacia adelante, bajo el mostrador.

–También tomaré una galleta con virutas de chocolate, por favor, Beth –dice Camilla.

Me tiemblan las piernas; estoy mareada. Me ha ido de poco. ¿Qué diablos podría haber dicho para escabullirme de la situación si me hubiera pillado?

–Claro –digo, con voz de estar siendo estrangulada.

–¿Todo bien?

–Tengo un poco de carraspera –digo, apuntando al cuello con los dedos–. Bueno, una con virutas de choco y otra de dulce de

mantequilla, ¡marchando! –Observo cómo vuelve a la mesa para volver a atarse la riñonera, y luego dejo caer la galleta del plato que guardo bajo el mostrador. La pongo en una bolsa aparte de la de chocolate.

–Muchísimas gracias, Beth. Me apetece mucho. –Irradia una sonrisa perfecta antes de volverse y salir.

Se me revuelve el estómago al ver cómo se marcha.

Lo que ocurre a partir de ahora ya no está en mis manos. Pero podría ser perfectamente la última vez que vea a Camilla Knight.

Cuando estoy cerca, me agacho para recoger el EpiPen. No sé muy bien qué hacer con él, ¿tirarlo a la basura? ¿Dejarlo en algún lugar obvio y decir que se lo olvidó? Voy hacia la mesa donde ella estaba y me pongo a gatas. Si a Camilla se le hubiera caído el autoinyector mientras se sentaba aquí, sería concebible que hubiera caído rodando debajo de la barra. Hay un pequeño hueco en la base. La barra está integrada en el suelo. No se puede mover, tan solo se limpia alrededor, de modo que nadie lo encontraría. Pero si lo hicieran, parecería que se le cayó accidentalmente.

Perfecto.

Un accidente sin más.

Cuando Camilla estuvo fuera del mapa, supe que dispondría de algo de tiempo antes de poner en marcha el plan. Tenía que asegurarme de que Tom estuviera lejos de mi vida para que Adam y yo fuéramos libres para iniciar una vida juntos.

Un nuevo núcleo familiar.

Con amor, estable y seguro.

Tal y como le dije a Maxwell, hice lo que tenía que hacer. Lo que haría cualquier buena madre.

Epílogo

He hecho las paces con Dios. Estoy aquí por un largo trecho, de modo que no tiene sentido que me vaya relamiendo las heridas como si fuera un pajarillo por siempre. Debo proseguir con la vida en la cárcel. No hay manera de desahogar mis fantasías sexuales aquí dentro, eso es cierto. A menos que me apetezca un encuentro sexual con alguno de estos tíos. Supongo que tampoco se puede descartar. La vida se hace eternamente larga.

El formulario de visitas me consternó. Cuando vi su nombre en el papel me sentí desconcertado. La curiosidad hoy me ha dirigido al pabellón de visitas. Se está húmedo ahí, el aire es espeso mientras me dirijo a la mesa, entrecerrando los ojos.

–Menuda sorpresa –digo, al sentarme junto a ella.

–Ya me lo puedo imaginar. –Toma un trago de una botella de agua, con los labios sensuales y carnosos enroscándose en ella. Cierro los ojos un segundo para imaginarme esos labios en otro sitio.

Los abro de golpe. Ahora no es momento para eso. Me reservaré esas imágenes para otro momento.

–¿Qué quieres?

Se mueve, incómoda, en la silla de plástico. Sus piernas al desnudo, excitantes, provocan un chirrido con el roce. Su cabello brilla; es suave como la seda. Siento la necesidad de tocarla y pasar las yemas de mis dedos por su pelo.

Suelta un suspiro tembloroso.

–Yo… No estoy segura de hacer bien estando aquí. –Lanza miradas cautelosas hacia los otros visitantes.

–No estés nerviosa. Está claro que tienes algo importante que decir.

–Creo que hay algo que deberías saber –dice; su voz no es más que un ronco murmullo. Deja sus manos sobre la mesa, extendiendo sus uñas rojas y perfectamente maquilladas ante mí. Por un instante, logran hipnotizarme. Las imagino clavándose en mis manos, tratando de ahuyentarme. Intentando detenerme cuando quiero estrangularla y dejarla sin vida.

–Continúa –le digo, con intriga creciente.

–Vale. Tienes que escucharme. Sé que esto te va a sonar… bueno,

descabellado.

–Te sorprendería –digo–. Cuéntame.

–Creo que Beth planeó juntarse con Adam Knight. Cuando estuviste en custodia preventiva, me contó acerca de sus sentimientos por él.

–También a mí –le digo.

–¿En serio? ¿Mencionó a Camilla?

Presiento hacia dónde nos dirigimos pero, de momento, no reacciono.

–Creo que pudo haber tenido algo que ver con la muerte de Camilla.

Levanto las cejas y permito que prosiga.

–Esa forma en que Beth actuaba, tan destrozada, cuando te arrestaron. Pero luego se empezó a ver más a menudo con Adam casi de inmediato. Tengo la impresión que buscaba más que un hombro al que arrimarse… Y, en retrospectiva… Bueno, todo resulta muy sospechoso.

Asiento lentamente. Es algo en lo que también he reflexionado. Y. viendo la mirada de Beth al sacar a colación la muerte *accidental* de Camilla, me pareció más seguro. Ahora, al oír esto, mis sospechas han sido confirmadas. Pensé que Beth se arrojaba piedras sobre su tejado cuando facilitó pruebas. Era incapaz de entender por qué ponía en peligro la felicidad venidera de Poppy. Pero no lo estaba haciendo, ¿verdad? Ya había descubierto cómo deshacerse de mí y juntarse con Adam. Obviamente me percibía como un riesgo excesivo. Creía que él era mejor que yo. Era alguien que sabría ofrecerles seguridad de por vida a ella y a Poppy.

El hombre perfecto.

Solo que estaba casado.

–Gracias por venir hasta aquí a contármelo –digo, sonriendo.

–El problema es… que no disponemos de ninguna prueba.

Trago saliva, y me incorporo más hacia adelante, asegurándome contacto visual con Julia. Se ruboriza. Sigo teniendo ese poder.

–Eso lo podemos arreglar.

Agradecimientos

Le agradezco a mi agente, Anne Williams, y al equipo de Avon, HarperCollins por hacer posible la escritura de *La mujer del serial killer*. Muchísimas gracias a mi editora, Katie Loughname, por sus fabulosas aportaciones, su apoyo inquebrantable, sus ánimos y sus valiosos conocimientos de edición. Me ha gustado de principio a fin trabajar con ella en este libro. Debo agradecer también a Phoebe Morgan y a Sabah Khan por sus comentarios, a Felicity Radford por su buen ojo y ayudarme con el marco temporal y varios aspectos del procedimiento policial, y a todos aquellos que están entre bambalinas y que trabajan incansablemente para que los libros lleguen a manos de los lectores.

La industria editorial y los libreros han tenido que adaptarse a formas nuevas de trabajar desde el principio de la pandemia de COVID-19, y me gustaría agradecer a todos ellos por haber seguido asegurando que haya un volumen de lectores para los libros en tiempos tan difíciles. La planificación de esta novela tuvo lugar antes de la pandemia, mientras que buena parte de la escritura tuvo lugar durante sus primeros meses: por ello no aparecen referencias a ella, ni a ninguna de las medidas de seguridad a las que nos hemos acostumbrado.

Gracias, como siempre, a mi familia y amigos por su apoyo continuado, y a los críticos y blogueros literarios por el tiempo y entusiasmo que dedican ayudando a promover nuevos libros. Ante todo, gracias a todos aquellos que leáis *La mujer del serial killer*. Espero que disfrutéis de esta historia y que os ofrezca algo de evasión.

Alice Hunter es una escritora inglesa, licenciada en Psicología y colabora desde hace mucho tiempo en programas de rehabilitación en centros penitenciarios. Su labor profesional y el contacto diario con presidiarios culpables de cometer crímenes violentos fueron la principal inspiración para su thriller debut, La mujer del serial killer, un auténtico éxito que alcanzó rápidamente los primeros puestos en las listas de ventas del Reino Unido.

Índice

Sinopsis
La mujer del serial killer
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56

Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89

Capítulo 90
Capítulo 91
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Índice
Créditos

Título de la obra original: *The Serial Killer's Wife*

© 2021, HarperCollins*Publishers*
© 2023, de la traducción por Guillem Gómez Sesé
© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.newtoncomptoneditores.com
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-15-6
Código IBIC: FA

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición y conversión a formato digital: Grafime Digital S. L.
Imagen de cubierta: © Arcangel Images

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*